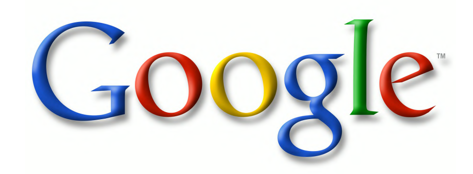

Google

LA CASANDRA.

Schneider y Langrand, calle de Erfurth, 1



LA CASANDRA.

La Calprenède, Gautier de Coste, seigneur de,

LA

CASANDRA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR D. M. BELLOSARTES.

NUEVA EDICION

Adornada con 21 láminas.

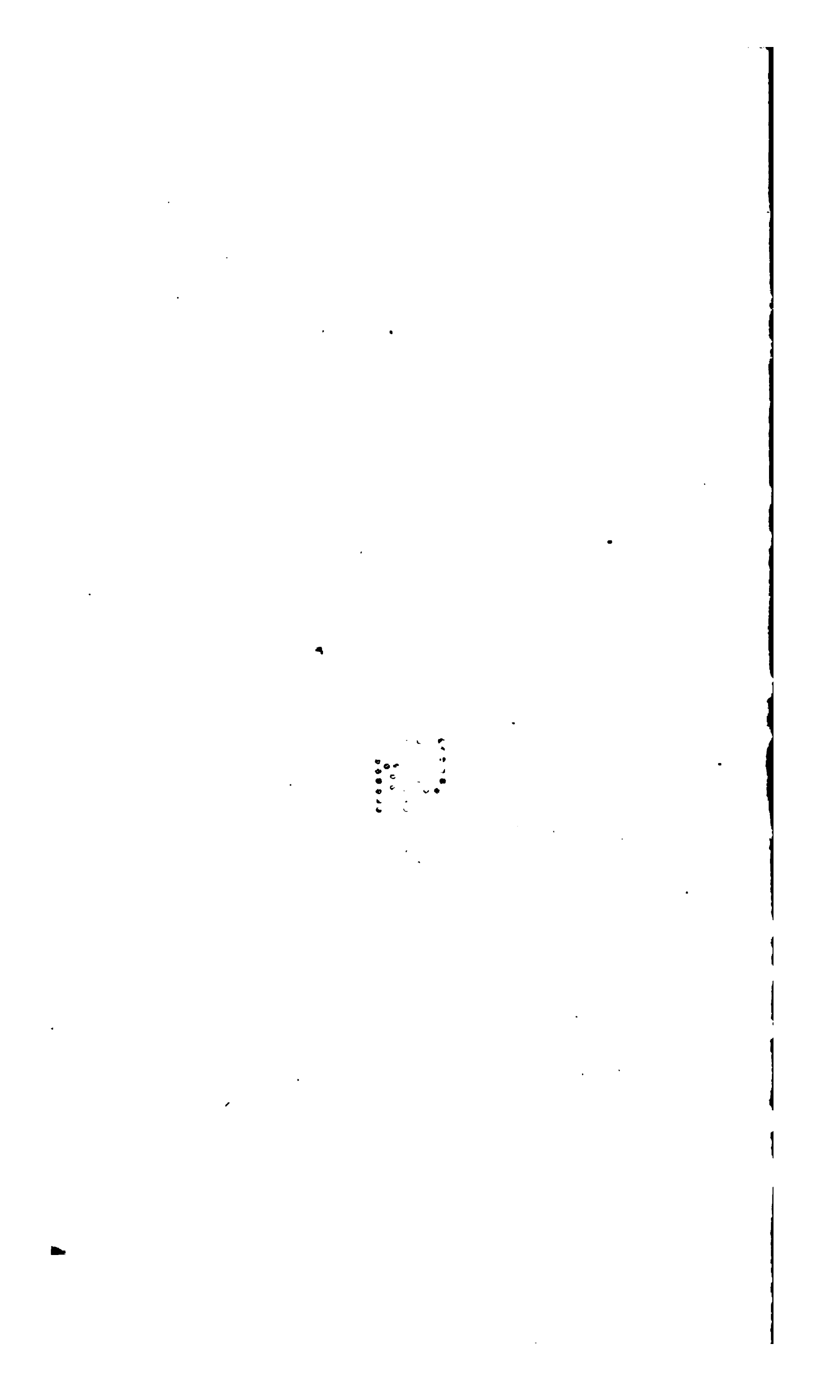
PARTE PRIMERA.

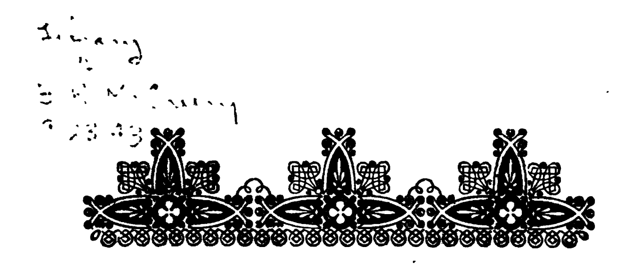
TOMO I.

PARIS, LIBRERIA DE ROSA.

MEJICO, LIBRERIA DE GALVAN.

1841.





EL EDITOR.

Te presento, amado lector, esta obra maravillosa y grande. Es una de las mejores de este género que se escribieron en Francia en el siglo pasado, año de 1642. Segun me han informado la tradujeron al instante los Ingleses, los Alemanes y otras naciones : y últimamente ejecutaron lo mismo los célebres Condes Ronchi y Bisanccioni en italiano año de 1732. Varias veces estuve determinado á mandarla traducir en castella-

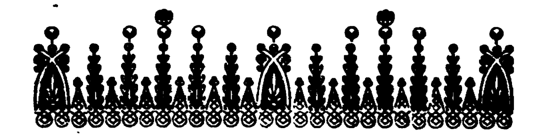
no, y otras tantas me detuve, creyendo que saldria á luz cuando menos lo pensara. Frustróse mi deseo con harta estrañeza mia, al ver que entre tantos eruditos Españoles no hubiese uno que echase la mano á esta obra singular, habiendo tantos que emplean el tiempo en otras de menos consideracion. Es verdad que es romance, pero romance precioso, util, ingenioso y agradable, y que sirve no poco para tomar varias noticias del Asia, con otros infinitos conocimientos. El autor es forzoso que tuviese una imaginacion tan fuerte y tan fecunda como nuestro inimitable y famoso Cervantes; pues segun va siguiendo y enlazando los sucesos, se engolfa de manera que parece inagotable su caudal. Es preciso leerlos para quedar enteramente convencidos.

El traductor, sin embargo de las muchas y muy enormes erratas, de la mala puntuacion y pésima ortografia así del original francés, como de la traduccion

italiana que ha tenido presente, y de la que se ha valido cuando lo ha juzgado necesario, y no obstante tambien la rapidez y precipitacion con que se ha traducido la obra, por haberlo exigido así ciertas circunstancias, ha hecho cuanto ha podido para cumplir con las severas leyes de tal: acaso hubiera salido mas limada, si en el acto mismo de la traduccion y de la impresion hubiera tenido mas salud, mas tiempo, y singularmente mas tranquilidad.

Acepta, pues, este corto obsequio de mi buen deseo, y vive feliz.





A CALISTA.

Vos, Calista, habeis querido que mis últimas demencias hayan visto la luz, y que sirva á la diversion del público lo que yo habia destinado á vuestro entretenimiento. Ciertamente esto es manifestar poco amor á quien jamas ha faltado al celo y al respeto que mereceis, y que os ha hecho ver con esta última prueba de su obediencia la sumision con que siempre se ha conformado con vuestro gusto. Si vos hubierais estimado esta obra, seriais mas avara; y si la hubierais considerado como produccion de

un espíritu que siempre será vuestro, no la hubierais estendido entre unos pueblos, que á la verdad no tienen parte alguna en la intencion con que me propuse escribirla. Ademas de que el suceso es poco cierto entre ellos, y con dificultad podré esperar el perdon de muchas faltas que habeis disimulado, ó que el amor propio os ha hecho desconocer en una cosa que es puramente vuestra.

¿ Mas por qué he de pretender yo que os intereseis en la reputacion de mis escritos, cuando he visto que no habeis tenido jamas cuidado alguno por la conservacion de mi vida, y que habeis mostrado mas compasion por las desgracias estrañas que por aquella de la cual habeis sido la causa? Yo os he visto muy interesada en referir las pasiones de mi Héroe, y tomar mucha parte en sus desgracias, con unas señales de ternura y de piedad, que mis males verdaderos jamas han merecido de vos. Yo he visto vuestros bellos ojos, aquellos ojos que la Córte ha mirado y mira aun con desalumbra-

miento, derramar tiernas lágrimas al leer algunas aventuras ó inventadas, ó muy distantes. ¿ Pero no he implorado mil veces á vuestros pies esta misma piedad que me habeis negado, habiéndola concedido francamente á unos infelices imaginarios ? Sí : mil veces postrado delante de vuestros ojos os he significado la violencia de mis pasiones en unos términos mas espresivos y harto mas penetrantes que los que han merecido vuestra compasion : y (si me es permitido hablar de mí en estos términos) no creo haber tenido menos elocuencia para declarar mis verdaderos pensamientos, que para pintar los de un Macedonio, ó los de un Escita : y sin embargo, esta misma elocuencia que supo representar agenas desgracias, os ha movido á ternura, y no ha alcanzado á enternecer vuestros corazon para que os compadezcais de las mias propias.

Direis acaso que os he pintado estos ilustres personajes con unos colores tan vivos que les dan un resplandor muy ventajoso, y sus cualida-

des admirables os han inclinado á ellos por una estimacion que la compasion ha introducido en vuestra alma. Yo sé muy bien, Calista, cuán lejos estoy de arribar al sublime grado de perfeccion que hace á mis Heroes dignos de vuestra piedad y de vuestras lágrimas : pero si ellos me llevan algunas ventajas por las cualidades de alma y cuerpo, y por las señales de su nacimiento y acciones, yo tengo sobre ellos la gloria de haber servido á Calista, y de haberla servido con el amor y respeto dignos de ella; y de haber reconocido con tanta justicia en todo el discurso de mi pasion la desproporcion que hay de Calista á mí; que en esta soberbia elevacion de mi alma, por mas severa que sea Calista, no ha podido condenar unos sentimientos llenos de celo y sumision, ni ha tenido ocasion de amenazarme con una caida que verisímilmente debia suceder. Esta es mi gloria, ó Calista, estas son mis ventajas : y si me perdonais aquella leve presuncion con que me he atrevido á poner los ojos en vos, me tomaré la libertad de deciros, que por lo que he pintado en otro podeis

considerar que la virtud no me es desconocida, y que muchos dejan de practicarla porque la fortuna no les ofrece ocasiones.

Un ejemplo bien notable os presentan estos dos Príncipes, á quienes hago vivir en un mismo tiempo, y cuya fortuna es muy diferente, sin embargo de que su nacimiento y virtud són iguales, y que segun vuestro juicio, el mas desgraciado y menos conocido tiene mayores ventajas que el mas favorecido del destino, que ayudado de la fortuna oscureció con su gloria la fama de todos los que le han seguido, y de todos los que le precedieron. Vos como generosa habeis tomado la parte del mas desgraciado : y si me atrevo á reconveniros en vista de la confesion que me habeis hecho, os diré con libertad que le habeis amado. No os sonrojeis, Calista. Este era un Príncipe digno de vos, y los hados debian sin duda haberle reservado para este siglo, ó vos haber nacido en el suyo. ¿ Pero qué? los dioses querian que su reputacion llegase pura hasta nosotros, y pre-

servar su vida de una mancha que vos sin duda le habriais ocasionado. Su Princesa merecia toda su aficion, y vos sola erais capaz de apartarle de una fidelidad que os es tan amable, y que le hace tan recomendable á todo el mundo.

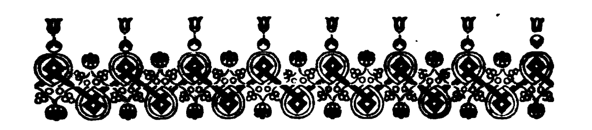
Hasta aquí os he hablado como á Calista, que es decir, como á la soberana Señora de mí vida y de todos mis pensamientos. Ahora os voy á hablar como á aquella que ha de volver á leer esta mediana obra, y á quien la dedico con todo mi corazon y con el mayor afecto: porque además de la consideracion de mi inclinacion amorosa, yo veo en vos todo cuanto se puede desear en los sugetos á quienes se dedican los trabajos de esta naturaleza. Vuestra condicion es muy ilustre, y demasiado ilustre para mis esperanzas. Ella ha ocasionado hasta aquí una parte de mis desgracias, y elle misma es tambien la que me ha hecho pasar muchos años postrado á vuestras plantas, sin otra ventaja que la esperanza de ser vuestro, y la bondad

de habérmelo permitido. Un amante interesado, ó por mejor decir, un esclavo sumiso, se haria sospechoso si solo celebrara las bellezas de vuestro cuerpo y de vuestra alma; pero los ojos y los espíritus mas brillantes de toda la Francia son de mi partido, y dan un testimonio universal de que sois la mas perfecta de todas las criaturas. Està es, pues, la causa por que Casandra se pone debajo de vuestra proteccion. Ella se lisonjea de tener alguna relacion con vos, y en vos sola pone su esperanza, para mudar enteramente de fortuna. Vos la desconocereis muchas veces aunque esté siempre á vuestro lado: y os admirará al verla dar el nombre á las aventuras en que parece no tiene parte alguna, mas vos la vereis salir de las tinieblas cuando menos lo espereis. Vereis en ella una disposicion nada comun, y hallareis en su aspecto una parte de aquellas que visiblement resplandecen en vuestro rostro. En fin nada vereis que en sus costumbres os pueda desmentir, ni que vos debais desaprobar.

Si esta primera Parte os gustase, el deseo que tengo de serviros, y de no tener otro objeto que vos en todas mis ideas, me obligará á daros prontamente la continuacion : que aunque no soy Doctor, ni aun un hombre medianamente habil, estoy cierto que no me inspirareis bajos sentimientos, cuando me habeis sabido inspirar el noble deseo de vivir y morir vuestro.




I.
Pag. 18.



LA CASANDRA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

En la ribera del Eufrates, á poca distancia de Babilonia, dos estrangeros pusieron pie á tierra debajo de unos árboles, cuya agradable espesura y frondosidad presentaba una sombra deliciosa. Uno de ellos que por la hermosura de sus armas, y por el respeto con que le trataba el otro, se conocia ser el Señor, desenlazó su armadura, y reclinándose sobre la yerba sepultó en un profundo sueño todas las inquietudes que le mortificaban. Mas apenas hubo gustado sus

primeras dulzuras, cuando un ruido que le dispertó de repente, le obligó á tomar la celada, y montando á caballo, se avanzó á la orilla del camino que acababa de dejar para reconocer la causa. Hallóla al primer objeto que se presentó á su vista en un combate de dos caballeros, en quienes desde luego reconoció todas las señas de un raro valor, y de una grande animosidad. Las lanzas hechas cien pedazos á los pies de los caballos daban lugar al manejo de las espadas, de las que se servian con tal furia, y tan poca precaucion, que se podia bien conjeturar que en el ánimo de los dos combatientes, el deseo de acometer no les daba lugar al cuidado de defenderse, y que á cada uno la pérdida de la vida de su enemigo le era mas gustosa, y mucho mas importante, que la conservacion de la propia.

Hasta entonces el combate habia sido dudoso: cuando el uno de ellos, cuyas armas negras y penacho del mismo color hacian ver la afliccion que tenia en su alma, se arrojó sobre su enemigo con tal furia, que á la violencia de tres ó cuatro heridas grandes que le hizo, se empezó á dudar de su vida; y embistiéndole á medida de su flaqueza, estaba resuelto á terminar un combate que le parecia demasiado largo á su venganza, si aquel que estaba á la vista no se hubiese interpuesto para separarlos,

rogándoles con aquellos términos de urbanidad que presentaba la ocasion se abstuviesen de ofenderse. Pero aquel que llevaba las armas negras, que por razones poderosas deseaba perder á su enemigo, y que la esperanza de la victoria le tenia orgulloso; — Cualquiera que tú seas, le dijo con una voz terrible, si haces profesion de proteger delitos, si eres enemigo de la virtud, y si no temes el odio de los dioses, y de los hombres, no te opongas á la destruccion del mas cruel, y del mas desleal que hubo jamas; — pero viendo que se empeñaba en separarlos, cerró contra él con tanta prontitud y fuerza, que reconociendo el estrangero al primer golpe el valor de este nuevo enemigo, perdió el cuidado de la salud del otro por cuidar únicamente de la suya.

Es verdad que la vergüenza de ofender á un hombre que ya tenia un enemigo en frente, y que podia estar cansado por el precedente combate, le hizo estar por algun rato sobre la defensiva; pero viéndose asaltado con tanta vehemencia por un hombre á quien no habia ofendido, y conociendo el peligro en que se ponia perdonando á un enemigo contra quien necesitaba emplear todas sus fuerzas, estaba determinado á poner en olvido toda suerte de consideracion; cuando se dejaron ver diez ó doce ca-

balleros que corriendo á rienda suelta, habiendo reconocido á los combatientes, se pusieron de parte del herido, á quien su flaqueza habia reducido ya á solo espectador, y separándole dos de los de la tropa, le aconsejaron que tomase el camino de Babilonia : todos los otros se arrojaron sobre el de las armas negras, le matan el caballo que cayó en tierra pasado de siete ó ocho heridas : mas él, lleno de invencible valor, y nada aturdido, desembarazándose de los estribos, se preparó con el mayor aliento á disputar generosamente la vida.

Viendo el estrangero la desigualdad del combate, y detestando el engaño : — Tu incivilidad, le dijo, no me hará faltar á la obligacion que me corresponde : y pues que en tí hay mas valor que cortesía, yo quiero arriesgar en tu servicio la vida que pretendiste quitarme. — Y dicho esto mezclándose entre aquellos que habian venido de nuevo, con la mayor prontitud ; á los dos primeros golpes que tiró con su espada derribó dos á sus pies, y dió lugar al compañero para que montando en uno de sus caballos, se uniese con él con la mayor presteza.

Viéndose socorrido este caballero con tanta generosidad de un hombre, á quien habia tratado tan malamente, no solo quedó atónito de

tanta virtud, sino que enamorado de haberle visto echar al suelo á dos de sus enemigos, y cargar contra los otros con un corage tan maravilloso, ya le parecia que no tenia necesidad de su socorro para desbaratarlos : sin embargo, ayudándole vigorosamente en compañía del otro estrangero que estaba con ánimo valeroso al lado de su Señor; combatieron todos tres con tanto espíritu y con tanto próspero suceso, que bien presto aquellos que pudieron huir, se vieron precisados á fiar su salud á la ligereza de los caballos.

No se empeñaron en seguirlos, mas conociendo el estrangero que se debilitaba su caballo por las heridas recibidas, saltó ligeramente á tierra : lo mismo hizo el otro que le habia socorrido; y alzando la visera se le acercó con una cortesía bien diferente del primer recibimiento que le habia hecho. El estrangero quedó sorprendido al ver su bello aspecto, y cuando le vió mas de cerca, observó unas facciones que no le eran enteramente desconocidas, y olvidando toda suerte de enojo, le abrazó con el mayor afecto.

— Generoso estrangero (le dijo el otro acercándose mas), ó por mejor decir, el mas virtuoso de todos los hombres, si la vida me fuera amable, yo la deberia reconocer á quien

me la ha conservado; mas cualquiera que haya sido el motivo de aborrecerla, ó el deseo de despreciarla, yo lo olvidaré todo por satisfacer á mi deber, y no dispondré de una cosa que vos habeis tan gloriosamente adquirido, y que por nadie debo emplear sino por vos. El amor que ha producido en mí vuestra virtud me arrastra tan poderosamente á vos, que la obligacion que os profeso, y el conocimiento que me habeis dado, me hace esperar el perdon de una descortesía á la que la desesperacion y un legítimo enojo me han obligado. Sin duda alguna me disculpareis cuando sepais la causa, y juzgareis que me habeis servido menos en mirar por mi salud, que ultrajado en cooperar por la del infame Perdicas.

Juzgando el estrangero así por este discurso, como por el nombre de Perdicas, que este hombre era persona de alguna consideracion, nada le quedó á deber en cortesía, y volviendo á despertar las antiguas ideas que el tiempo habia casi borrado de su memoria, le espuso con tal eficacia el deseo que tenia de conocerle, que el otro considerando su impaciencia le dijo:

—Ingrato seria yo si os ocultase el nombre de quien en todo lance os manifestará el corazon. Yo soy el infeliz Lisimaco, el hombre mas desgraciado del mundo, pues me veo precisado á

prolongar mi vida miserable, por corresponder á lo que os debo.

El nombre de Lisimaco acabó de abrir los ojos al estrangero, que mirándole con mayor atencion, no dudó fuese el mismo que habia visto presentarse con tanto esplendor en la corte de Alejandro. Dió gracias á los dioses por la ocasion que le habian dado de servir á una persona tan calificada: pero no queriendo descubrirse todavía, se contentó con responderle:

—Es tan famoso el nombre de Lisimaco, que el del grande Alejandro no le lleva ventaja, ni es necesario haber oido hablar de su vida para ignorar las acciones maravillosas de la vuestra. Ciertamente no esperaba yo de este encuentro un suceso tan glorioso para mí, y la satisfaccion que recibo me hace olvidar enteramente el resto de mis desgracias.

A palabras tan atentas, respondió Lisimaco con todas las demostraciones que se pueden esperar de una amistad estrecha. Fué esta confirmada con infinitas promesas y juramentos, y tambien fué igual la admiracion con que Lisimaco consideró en el estrangero aquella que habia visto en el combate; y ciertamente este espanto no fué sin alguna razon muy legítima, porque los dioses le habian dotado de todas las escelentes prendas que pueden hacer á una per-

sona perfectamente cumplida. Era su rostro maravillosamente bello; pero al traves de una belleza que no tenia nada de afeminada, se notaba una cualidad tan marcial, tan brillante, y tan majestuosa, que podia imprimir en todos el afecto, el temor y el respeto. Su estatura escedia á la de los hombres mas altos; pero con proporcion maravillosamente bella, y todas las acciones de su cuerpo tenian una gracia particular, y una libertad nada comun: se conocia que su edad no podia pasar de veinte y seis á veinte y siete años. El ardor del sol, y las fatigas de tan largo viage, habian empañado un poco el esplendor de su belleza ordinaria, y la largura y negligencia de sus cabellos mostraban el poco cuidado que habia puesto en conservarlos.

Pero este olvido ocasionado de la importancia de sus negocios, y de los accidentes de la vida, no impidieron á Lisimaco que lo reputase por persona estraordinaria; y la union de tantas y tan escelentes partes, junta con la obligacion que le tenia, concurrió á imprimir en su alma un afecto tan singular, que ni la continuacion de los años, ni los accidentes que sobrevinieron despues fueron capaces de alterarlos. Todas las cosas contribuyeron á esta misma union. Los dos eran iguales en edad; la buena disposicion de

la presencia de Lisimaco cedia poco á la del estrangero, y si una profunda melancolía no la hubiera ofuscado una gran parte, habria muy poca ventaja entre los dos. Movido el estrangero de la fama, y de haber tocado tan de cerca su virtud, descubriendo mas atentamente, y con mas interés tan raras cualidades en él, concibió una alta estimacion por su persona, y no hizo resistencia alguna á la poderosa inclinacion que conoció nacer en sí mismo por un hombre de tanta importancia.

Desvanecida, pues, la admiracion de ambos, y vueltos del éxtasis en que la consideracion de los méritos de uno y otro los habia mutuamente detenido ; tomando el estrangero la palabra :

— Si yo no temiera, dijo á Lisimaco, que mi curiosidad os disgutara, os pediria la razon del odio que manifestais tener contra Perdicas, puesto que conociendo el crédito de uno y otro, jamas he oido decir que en la corte del grande Alejandro no hayais vivido en la mejor inteligencia : mas habiéndoos visto ahora tan terriblemente enfurecido contra él, la noticia que tengo de vuestra moderacion me hace creer que una animosidad tan estraordinaria debe estar asistida de razones muy poderosas. — A esta instancia se ablandó el corazon de Lisimaco, y le salieron con tanto ímpetu las lágrimas de los

ojos, que estuvo largo tiempo sin poder responderle : y luego que se puso en estado de poder hablar, levantando los ojos al cielo prorumpió en estas espresiones :

—¡ Oh dioses inmortales ! Ya que me habeis permitido sobrevivir á lo que habiais puesto mas perfecto en el mundo, si no me destinais á la venganza de las injurias recibidas por unas personas tan ilustres, no me dejeis gozar ni un momento de una vida que llevo con horror, y de que no puedo gozar sino con ignominia. Vos me obligais, continuó mezclando las palabras con suspiros, á creer que yo sea bastantemente moderado para no precipitarme tan á ciegas, y con tanto furor á un combate, cuya causa seria comun ; mas sea el que sea el objeto que yo tenga, es imposible que diga una parte, y solo me contentaré con manifestaros que he perseguido al infame Perdicas como matador, ó por mejor decir, verdugo de la bella Reina Estatira, viuda del grande Alejandro, y de la bella Parisatides su hermana, viuda de su querido Efestion. — Fueron acompañadas estas pocas palabras de tantas lágrimas, y tan tiernos lamentos, que cualquiera otra alma, cuanto mas la de este estrangero, habria dado lugar á la compasion : pero era demasiado grande el sentimiento que tenia

por sí mismo para ocuparse con las acciones de Lisimaco.

Solamente despues de haber mudado dos ó tres veces de color, mirándole con ojos distraidos : — Lisímaco, le dice, yo os suplico por todos los dioses, que me digais sencillamente si la Reina Estatira no está ya en el mundo. — Demasiado cierto es, le respondió Lisimaco, que ella no vive ; y si quereis que os diga en pocas palabras cual fué su fin, sabed, que desde que falleció el grande Alejandro, la impía Roxana, que durante la vida de este grande hombre habia sido atormentada de unos terribles zelos, ordenando que la pobre Princesa, que por entonces estaba retirada con su hermana en el castillo de Calcís, no tuviese noticia de la muerte del Rey, la envió una carta en nombre del difunto, en que la mandaba venir con toda diligencia á Babilonia : y para dar mas aparente fundamento á esta traicion, sellaron la carta con el sello real que al morir este grande Príncipe habia puesto en las manos de este desleal, y del cual debia servirse á otro fin, y no á la pérdida de aquello que él habia amado tanto. Así fueron atraidas las inocentes Princesas al lazo que las habian tendido, y desde este mismo dia esta muger cruel, y este hombre homicida las hicieron matar delante de sus ojos, y arro-

jaron sus bellísimos cuerpos en un pozo que inmediatamente llenaron de piedras.

No esperó el estrangero el fin de este discurso, sino que levantando los ojos al cielo, con un tono de voz fuera de lo ordinario; — Hoy, grandes dioses, dijo, recibo los efectos de vuestras promesas, porque despues de la persecucion de diez años, se me concede el descanso que tanto me habeis hecho esperar en estas tierras. — Dichas estas palabras, habiendo mirado á Lisimaco con el rostro enteramente mudado y espantoso, y en el que parecia que ya estaba pintada naturalmente la muerte, sacó la espada de la vaina, y aplicando la punta en el hueco que dejaba la coraza, se dejó caer ligeramente sobre ella, sin que Lisimaco, y su escudero pudieran estorbarlo, y cayó á sus pies revolcándose en su sangre,

Al ruido que hizo con la caida, y al grito del escudero volvió en sí Lisimaco del profundo desvanecimiento en que la renovacion de sus dolores le habia sepultado, y uniéndose al escudero que desesperado con este accidente desarmaba á su pobre Señor, con gritos y ademanes de un hombre rabioso, mezcló sus lágrimas con las del otro con tales señales de dolor, que bien se dejaba conocer que su amistad se podia llamar adulta, cuando apenas habia nacido.

Luego que le hubieron desarmado, advirtieron que todavía respiraba ; y considerando su herida con aquella atencion que la turbacion en que se hallaban les podia permitir, vieron que la espada no habiendo ejecutado su designio, habia corrido lo largo de la coraza, y no habia pasado sino al soslayo por entre las costillas. Con esta vista concibieron alguna esperanza de su salud, y pusieron la mayor aplicacion en detener la sangre, cuya pérdida le habia debilitado tanto que apenas podia moverse Mientras ellos estaban ocupados en esta accion piadosa, les enviaron los dioses dos buenos paisanos, que viéndolos en estado tan lastimoso, y movidos de compasion á vista de un espectáculo tan triste, se ofrecieron afectuosamente á socorrerlos.

Alabó Lisimaco al cielo por este inesperado socorro, y habiendo sabido por ellos que su casa estaba en el vecino bosque, distante de allí doscientos ó trescientos pasos, resolvió hacerle pasar á ella, creyendo que en la mutacion de sus intereses habria para uno y para otro poca seguridad en Babilonia, y mucho mas habiendo representado el escudero que por ciertos y muy importantes respectos no se debia retirar allí. Tomada esta resolucion, le pusieron en el caballo del escudero que montó á la gurupa para

sostenerle, y poniéndole un pañuelo en la herida, comenzaron á caminar siguiendo á los dos paisanos.

Pero antes que llegaran á la casa, volviéndose Lisimaco al mas anciano; — buen hombre, le dijo : sin duda que los dioses te han enviado aquí para tu felicidad : si sabes aprovecharla, y guardarnos fidelidad en lo que esperamos de tí, tú has hallado la ocasion de enriquecerte. — De la respuesta de este buen hombre acompañada con afectuosas y sinceras protestas, conoció Lisimaco que era hombre de entendimiento : habiéndole tomado todavia juramento de que no le venderia, le ordenó que marchase á Babilonia : y dándole todas las instrucciones que creyó necesarias, le entregó tambien dos sortijas, una para él, y otra por señas para su Médico Amintas, y algunos criados suyos; de los cuales creia tener necesidad en este retiro; haciéndole venir prontamente con él, y que trajese todas las cosas necesarias, así para la cura del estrangero, como tambien para su manutencion; y encargándole de nuevo el secreto, le mandó partir : y ayudado del otro que era hijo suyo, acabaron de conducirle á la casa donde fueron bien recibidos de las mugeres que encontraron, que instruidas por el joven paisano de la liberalidad y condicion de

sus huéspedes, se ofrecieron á servirles con el mayor cuidado. Inmediatamente pusieron al herido en la cama, á quien la pérdida de la sangre habia dejado ya sin fuerzas ni conocimiento.

Sin embargo de que Lisimaco reconocia en sus desgracias muchos motivos de desesperacion, y que estando inconsolable por sí mismo, era incapaz de consolar y socorrer á otro; la obligacion que le creia tener en un mal que le habia sobrevenido, por lo que le habia dicho, junto con la inclinacion que ya le habia tomado con atencion á su virtud, le determinó á no abandonarle de ningun modo, y á suspender la memoria de sus propios infortunios por asistirle en cuanto le fuese necesario. En consecuencia de este pensamiento, haciendo reflexion en el accidente ocurrido, y atendiendo al grande interes que este hombre habia mostrado en la muerte de las Princesas de Persia, sin poder adivinar el motivo, y confiando en que le podria saber, ó bien de él, ó bien del escudero, se confirmaba mas y mas en la amistad que le habia profesado, juzgando por las pruebas que tenia que eran compañeros en la fortuna, así como habia sido una la causa de su desesperacion.

Suspendió Lisimaco estos pensamientos con

la llegada del viejo Polemon, y del médico Amintas, que venian acompañados de algunos cirujanos, y de otros oficiales que habia mandado buscar. Alabó Lisimaco la buena diligencia; y habiendo recomendado á Amintas la salud del estrangero, quiso ver primero la curacion y disposicion de la llaga. Luego que Amintas la reconoció, hizo juicio que no era peligrosa, y asegurándole de la salud del herido, le dió el gusto mayor que podia recibir. El fiel escudero estaba tan gozoso, y servia á los que trabajaban en la curacion de su Señor con tanto celo, que se veia claramente el amor que le profesaba. Aplicado ya por los cirujanos el primer medicamento á la herida, echaron un licor en la boca del enfermo, con el que recobró inmediatamente el sentido, la vista y el conocimiento. Cuando volvió el herido del desmayo que habia tenido hasta entonces, puso los ojos en los primeros objetos que se le presentaron, y viéndose rodeado de Lisimaco, de su escudero, y de todos los que le curaban, consideró por un rato el sitio en donde estaba y las personas que le asistian, y dudando de la verdad del accidente, volvió lentamente los ojos á los que estaban mas inmediatos, y habiéndolos mirado un poco sin hablarles una palabra; — Crueles, les dijo finalmente con una voz desfallecida; crueles ene-

migos, ¿qué motivo os he dado yo para que me persigais con tanta inhumanidad? — Y sintiendo luego el dolor de su herida, echó intrépido las manos para rasgar los bendages que le habian puesto en ella, lo que hubiera ejecutado, si Lisimaco, conociendo su designio, no le hubiera detenido, lo que pudo hacer fácilmente por la debilidad en que se hallaba.

Viendo el estrangero frustrada su resolucion, le miró primeramente con ojos enfurecidos; pero reconociéndose despues demasiado flaco para ejecutar el proyecto que habia meditado, procuró ablandar á Lisimaco con las lágrimas que derramaban sus ojos, que por ser tantas podian haber obtenido cualquiera gracia, menos la que pedia al presente. Movido vivamente Lisimaco á compasion, le alegó todas las razones que podian distraerle de su desesperacion; pero viendo que no queria escucharle, y que finalmente le seria imposible precisarle á vivir, determinó llevarle por la via del honor para á lo menos poderle conservar: díjole, pues, con una voz mucho mas resuelta que la primera vez: — Señor, hasta aquí os habia creido virtuoso; pero ahora me veo precisado á deciros, que oscureceis con ese manifiesto furor las pruebas que me habeis dado de vuestro valor. Yo os suplico, prosiguió, por todos los dioses, y por la memoria

de todas las Princesas de Persia, si es verdad que las habeis amado, que os digneis ayudarme en la venganza que quiero tomar por su muerte, no pidiéndoos que conserveis mas tiempo vuestra vida que el necesario para quitársela á sus asesinos. Como conozco que mi valor no alcanza contra estos enemigos, necesito de vuestro socorro: ellas y yo os lo pedimos; y si vos os interesais en su pérdida tanto como quereis que lo crea, sabed, que no podeis morir sino vergonzosamente cuando á lo menos no hagamos algun esfuerzo por vuestro honor y para dejar á las Princesas satisfechas. Tanto motivo tengo yo para morir como teneis vos; y ya que en este punto no estamos en tiempo de ocultarlo, creed que yo no habria sobrevivido á la Princesa Parisatides, si no me juzgara obligado á sacrificar á su sombra la sangre de los que me la han arrebatado.

Tuvo tanto poder este discurso en el alma del desesperado enfermo, que habiéndole naturalmente gustado, se avergonzó del deseo que tuvo de morir sin venganza, y aseguró su arrepentimiento á Lisimaco por estas palabras. — Vos habeis vencido, Lisimaco; vos habeis vencido; pero acordaos del tiempo que me pedís, y no deseeis otra ventaja. Entretanto quiero que Araxes os descubra el motivo de mi desesperacion, y no

os oculte ni el nombre, ni la vida del infeliz compañero de vuestros infortunios.—Despues de esta propuesta ya no se opuso mas á la voluntad de los cirujanos; y habiéndole prohibido hablar por algunos dias, resolvió Lisimaco emplear este tiempo en saber por menor la historia de una vida que consideraba llena de acontecimientos muy maravillosos. Mas porque ya la noche estaba demasiado adelantada, despues de haber cenado muy poco, y encomendado el enfermo á los que le cuidaban, se acostó, y descansó, hasta el otro dia, el tiempo que le pudieron permitir sus afanes.

Luego que llegó la mañana se levantó, y se informó de la salud del herido, y sabiendo que todavía descansaba, llevó al escudero á un jardin que el amo de la casa cultivaba con el mayor cuidado, y era de una amenidad tan estraordinaria, que la hacia un sitio agradable y delicioso. Entraron, pues, en él, y despues de haber paseado un buen rato por las amenas y deliciosas calles que le componian, oyó Lisimaco detras de un espaldar que separaba dos hileras de árboles la voz de dos personas que hablaban entre sí; y habiendo puesto alguna atencion distinguió la del anciano Palemon que hablaba de esta suerte:

—Yo no sé, ó Casandra, desatar vuestras du-

das; pero el tiempo que os detengais aquí las podrá resolver. Yo trabajaré cuanto pueda, y os protesto, por todos los dioses, que no perdonaré á fatiga alguna, ni á mis cuidados, ni aun á mi vida misma por vuestro descanso. Entre tanto procurad aliviar vuestro espíritu de los temores y aflicciones; y creed que la virtud de Casandra es demasiado atendida por los dioses, para dejarla espuesta á las desgracias que la persiguen.

Calló Palemon; y la persona con quien hablaba, despues de dos ó tres suspiros que oyó Lisimaco, verisimilmente le iba á responder, cuando los unos y los otros juntos ya al fin de las calles se encontraron en el principio de otra que las cruzaba.

Este encuentro hizo ver á Lisimaco que era una muger de harto bella disposicion, casi vestida al uso de aquellos paisanos. Esto fue cuanto pudo discernir; y esta persona que no queria testigo alguno en su conversacion, viéndose sorprendida de Lisimaco y de su compañero, se retiró con gran prontitud, y alejándose en un momento, salió del jardin por una puerta que daba á un bosque lleno de altísimos árboles, que se unian con las paredes del mismo jardin. Lisimaco, en quien la consideracion de sus desgracias habia apagado la curiosidad natural á los hombres, no cuidó de averiguar esta aventura,

ni de informarse de un secreto á cuya participacion no era llamado; solamente levantó los ojos al cielo, reflexionando en su propia infelicidad por la memoria de los de otro, y tomando á Araxes por la mano, le condujo á una fuente deliciosa, y sentándose los dos en su borde, despues de haberle reconvenido con el mandamiento de su Señor, le pidió con todos los términos de la mayor cortesía y urbanidad que le contase todas las particularidades de su vida. El escudero que estaba muy gustoso, y ademas se hallaba en la necesidad de obedecer, despues de haber meditado un rato, comenzó de esta manera.

HISTORIA DE OROONDATES.

—En el discurso que ahora debo haceros, vais á ver representada naturalmente la inconstancia de la fortuna; y puesto que el mandato de mi Señor, y el deseo que tengo de complaceros me obligan á que os haga relacion de una vida llena toda de prodigios, procuraré satisfacer el empeño en que me pongo del mejor modo que pueda. Mas respecto de que es poco menos que imposible que la distancia del tiempo y la variedad de nuestros disturbios no hayan hecho

escapar de mi memoria una parte de los sucesos ocurridos, me esforzaré á contar los mas considerables; y ya que tengo todas las facultades, os descubriré cosas maravillosas, y casi desconocidas al resto de los hombres.

Aun cuando la indisposicion de mi Señor no le hubiese obligado á darme esta comision, yo hubiera tenido mucha razon para hacerlo, porque en las maravillas de su vida han pasado tantas cosas, tan gloriosas, y tan grandes, que estoy seguro de que no hubiera permitido su modestia referirlas, sino con mucho disimulo : ademas de esto, yo estoy bien instruido de todo por haber estado presente á la mayor parte; y aquello á que no he podido asistir, me lo ha contado despues con tanta ingenuidad, que estoy tan informado de todas las particularidades como él mismo.

Su nombre es Oroondates, nombre que de seguro seria mas conocido de lo que es, si la necesidad no le hubiera puesto en la precision de ocultarlo. Su nacimiento es de los mas ilustres del mundo, siendo hijo único, y legítimo sucesor del grande Rey de los Escitas : temido tanto por su formidable poder de sus enemigos vecinos, que el mismo grande Alejandro, á cuyo valor ha cedido casi todo el mundo, jamas le ha asaltado, como vos lo sabeis mejor que yo, sino

con pérdida y vergüenza. En cuanto á la persona ya veis cual es : las cualidades del alma las conocereis despues que hayais frecuentado su trato : acerca de las del cuerpo os diré, que no obstante que veis en él ahora alguna apariencia de buena fisonomía, con todo los trabajos y fatigas de nuestros largos viages le han escurecido una gran parte de su belleza, la cual resplandecia tan estraordinariamente mientras la fortuna le trataba mejor, que las personas mas insensibles no le podian mirar con ojos indiferentes. El Rey su padre reconociendo en él desde su infancia el mas escelente natural que se podia apetecer, y en un cuerpo estremadamente hermoso un ánimo capaz de todas las bellas impresiones, resolvió cultivar el uno y el otro con tanta aplicacion, que nadie pudiera argüirle de no haber contribuido con todo cuanto dependia de él para perfeccionar el talento, y las gracias con que la naturaleza le ha adornado.

En esta ocasion fuí yo escogido con otros muchos para que fuese testigo y compañero de sus ejercicios : mas como él era muy superior á nosotros en el nacimiento, así lo fué á todos en el adelantamiento que hizo al lado de sus maestros. Aprovechó tanto, que os puedo asegurar sin mentir que en la edad de catorce años, no solamente sobrepujaba á sus compa-

ñeros de estudio, sino tambien á otros muchos de mayor edad escedia en la ciencia, en el vigor, en la gracia, en la destreza, ó de manejar un caballo, ó de arrojar una lanza, ó de combatir de cualquiera manera, ó en bailar, ó en el cantar, ó en el tocar la lira. Cualquiera que le trataba reconocia ademas de los adornos del cuerpo mayor virtud en su conversacion y en sus costumbres. Todos los discursos y acciones de este Príncipe presentaban la viveza y la escelencia de su espíritu : su dulzura y bondad eran celebradas en todo el mundo, no perdiendo jamas ocasion de obligar á las personas virtuosas. Cuando se le presentaba alguna de estas tenia tanta gracia, que el modo de obligar los empeñaba mas poderosamente que la misma obligacion. Era tan liberal, que nada retenia para sí; y cuando era mas joven, todo lo que le habia señalado su padre para los placeres de aquella edad, lo repartia entre los demas jóvenes con tanta gentileza y gusto, que bien se conocia que él quedaba mas satisfecho dando, que el mas avariento recibiendo. En fin, todas sus acciones y todos sus pensamientos eran verdaderamente reales, y toda la Escitia con su rey miraban á este sol naciente como el honor de su propio pais, y como el apoyo futuro de su gloria y de su grandeza.

En efecto no se puede negar que estas esperanzas estaban bien fundadas : y me permitireis que os diga como de paso, que semejante educacion no es ordinaria ; y que sin duda os parecerá estraña entre los Escitas, á quienes vosotros los Griegos, Macedonios, y otras provincias distantes habeis tenido siempre por bárbaros, crueles, impolíticos, y que solo viven segun la ley natural ; pero yo no negaré que nuestros padres hayan sido tales, ni menos que hay aun algunas provincias remotas donde conservan sus antiguas costumbres sin aquella urbanidad y cortesía que entre vosotros. Mas en las cortes de nuestros reyes, en las casas de las personas ilustres y elevadas, en nuestras buenas ciudades se ve la misma pompa de los Persas, la cultura de los Atenienses y la política de los Lacedemonios. Tomiris fué una de las primeras que redujeron á los Escitas errantes al circuito de las ciudades ; y los que les sucedieron lo trabajaron con tanto estudio, que bien presto pusieron á este pueblo belicoso, franco, y sin artificio, bajo las mismas leyes que el resto de la Europa : si bien que yo os puedo asegurar con verdad que nuestro grande Rey Mateo posee hoy uno de los mas magníficos, mas floridos, y mas ordenados imperios de la tierra.

Pero volviendo á mi Príncipe, de cuya infancia no hablaré, por pasar á contar unos sucesos mas dignos de vos, os diré que á los quince años era de una altísima estatura, y ademas de la agilidad ya referida, estaba dotado de una fuerza tan estraordinaria, que todo el mundo admiraba sus efectos. Era de un temperamento muy robusto, sufrido en el frio y en el calor, y en todas las demas incomodidades, infatigable á pie y á caballo; de manera que aun en la edad muy tierna pasaba los dias y las noches siempre armado, dando con esto las mayores pruebas de su valor. Siempre se le presentaban ocasiones; y la guerra perpetua que habia por entonces entre el Rey su padre, y el de Persia le ofrecieron mil modos de ejercitar aquel espíritu animoso, con que le habian enriquecido los dioses. Creible es que ya habeis oido hablar de una guerra, cuyos principios son tan antiguos como el mismo Imperio.

El grande Ciro, primer monarca de los Persas, puso los primeros fundamentos, y habiéndose propuesto domar aquella nacion guerrera con la misma facilidad que habia vencido los débiles y afeminados pueblos de la Lidia, vino á perecer allí con todo su ejército. Su sucesor Darío, primero de este nombre, queriendo reparar esta pérdida, y la vergüenza de los Per-

sas, perdió un ejército de cien mil hombres : y si esta cruel guerra ha tenido algun intervalo en el reinado de sus sucesores, se puede decir que la flaqueza comun y la ocupacion de otros negocios que unos y otros traian entre manos, mas que el fin de la enemistad, les ofreció esta suspension. Pero habiéndose renovado este antiguo aborrecimiento en el alma del difunto Rey Dario y del Rey mi Señor ; enfurecidos estos dos Monarcas la hicieron mas famosa con la muerte de tantos millares de hombres, que las tierras de los Masagetas blanqueaban despues de muchos siglos con los huesos de los Persas y de los Escitas que acabaron allí lastimosamente sus dias. En esta ocasion fué cuando el joven Oroondates quedó perfectamente instruido ; pues apenas habia salido de la infancia, cuando ya se señaló con acciones de valor y de buena conducta; de manera que su padre el Rey mirándole como á un hombre enviado milagrosamente del cielo para instruirle y animarle mas, no reparó en darle antes de los diez y siete años el mando de una parte de su caballería.

Nosotros habiamos rechazado de esta parte del Araxes á Darío, que poco antes habia entrado en persona en nuestras tierras, donde perdió cincuenta mil hombres ; y estábamos todos acampados á las orillas de este rio, los unos

á la mira de los otros con el eterno deseo de ofendernos mutuamente. Pocos dias se pasaron sin algun ligero ataque, escaramuza ó combate particular; pero siempre se singularizaba el príncipe Oroondates con algunas acciones gloriosas. Un dia (dia funesto á nuestro descanso, y á otros muchos infelices que se siguieron) supo el Rey que el ejército enemigo, ó por la negligencia de los cabos, ó por otras razones que no habiamos penetrado, no estaba alerta, y sobre las armas, como parecia deberlo estar á la vista de un enemigo tan formidable. Este aviso obligó al Rey á tomar la resolucion de asaltarles por la noche en sus propias trincheras, no ignorando las ventajas que tienen los Escitas sobre todos los pueblos del mundo en los combates de esta naturaleza. Hecha la resolucion, y dadas todas las órdenes necesarias, luego que llegó la noche, las tropas destinadas á esta ejecucion comenzaron la marcha, dejando solo en nuestras trincheras la gente que se necesitaba para defenderlas. Los batidores del enemigo nos descubrieron, y llevaron el aviso á su campo : mas por mucha priesa que se dieron, no pudieron impedir que forzando nosotros los cuerpos de las guardias avanzadas, no estuviéramos ya cuando lo notaron en las orillas de las trincheras : no tenia la fortificacion

defensa alguna ; y llenando los fosos pequeños con las faginas que llevábamos con este fin, pasamos sin la menor resistencia. El horrible sonido de nuestros instrumentos, junto con una sorpresa tan impensada, puso en tal consternacion á los Persas, que antes que se pudiese unir una parte del ejército, quedó enteramente desecho. En efecto, esta nuestra manera de pelear era tan diferente de la suya, que no parece estraño que en medio de las tinieblas de la noche un asalto improviso llenase de espanto á unos hombres medio adormecidos.

Al primer encuentro fueron infinitos los que perdieron la vida; pero al fin Mateo, uno de los principales capitanes de Darío, reuniendo algunas tropas lo mejor que pudo, entretuvo una parte de los nuestros, y con esto dió tiempo á Darío para poner la otra en alguna forma de batalla. Pero no queriendo yo tomar parte sino en las acciones de Oroondates, ni hablar de otros sino cuando lo pida la ocasion, os diré que hallándose á la frente de tres mil caballos, rompió por todo lo que podia hacerle alguna resistencia, desdeñando por un afecto de su generosidad ensangrentar su espada, y las de los suyos en unas personas que estando medio dormidas, estaban tambien inhábiles para su defensa. Sin embargo de las tinieblas de la no-

che se dejaba conocer Oroondates por cinco ó seis plumages blancos que colgaban de la gurupa de su caballo, otro tanto mas blanco que la misma nieve, y por una piedra preciosísima, llamada entre los Persas *Piropo*, que embutida en lo alto del escudo, despedia un resplandor maravilloso.

Infinitas acciones hizo Oroondates en esta oscura noche, que eran dignas de un dia claro y de un testimonio universal. Animados los suyos con ejemplo tan eficaz, procuraban seguirle, imitando el ardor con que se precipitaba en los golpes, y esta consideracion le puso en términos de hacer tales cosas, que escedian el poder de los hombres. Yo estaba al lado de mi Señor, y era de los mas inmediatos á su persona : motivo por lo que estoy bien informado de todo lo que le sucedió aquella fatal noche. En fin, le llevó tan adelante su valor, que llegó á descubrir las tiendas de Darío, y á reconocer el número de guardias que las defendian. Dos mil Atenienses, ademas de los Persas de la guardia ordinaria, habian tomado este encargo por orden de Darío, bajo el mando de Patro, tambien Ateniense, que habia pocos dias que se habia alistado debajo de sus banderas. Esta vista escitó en el ánimo del Príncipe un violento deseo de adquirir honor, y en los suyos el de

un botin tan considerable, cual se podia suponer en el mas rico y soberbio de todos los Monarcas.

Estas dos diferentes consideraciones llevaron al Príncipe, y á sus soldados con tanto ardor al asalto, que despues de una larga y dura resistencia, en que nosotros perdimos la mayor parte de los nuestros, y todos los Atenienses la vida, entre las heridas mas honrosas quedamos en fin los Señores de todo; por lo que ya íbamos de tropel á tirar las tiendas por el suelo, si el Príncipe que queria impedir el desorden, y atender como debia á la condicion de Darío, no nos hubiera detenido con los ruegos y con las amenazas. El respeto que todos le teniamos como á una persona tan grande, nos obligó á obedecerle sin el menor rumor: y él entonces desmontándose del caballo, acompañado solamente de cincuenta de los nuestros que escogió á este fin, entre los cuales tambien tuve yo el honor de ser uno de ellos, entró con espada en mano en las tiendas, mandando á los demas que se quedasen en buen orden á la entrada. Mas ¡ó dioses! ¡qué admiracion fué la suya, cuando en vez de los enemigos que buscaba, vió á la luz de cien antorchas una tropa de damas, que al instante prorumpieron en gritos lastimosos, y manifestaron el espanto que las

habia ocasionado nuestra vista! Eran estas (como lo supimos despues, y como lo conocimos entonces por el respeto que las otras las tenian) la Reina vieja Sisigambis, madre de Darío, la Reina su muger, y las dos Princesas Estatira y Parisatides sus hijas.

Yo creo que no tendreis este discurso por estraño, pues sabeis muy bien que en nuestras guerras pasadas ellas jamas abandonaron al Rey, y el grande número de sus carros, y el buen orden de su equipage las proporcionaban una habitacion muy cómoda, así en los ejércitos ó campañas, como en la ciudad de Persépolis. Habia salido Darío de la tienda en el principio del rumor, y encaminándose al sitio en que juzgaba ser necesaria su presencia, dejó, como os he dicho, la guardia de las Princesas á los que tenian el cargo ordinario, y á aquellos Atenienses que murieron todos obstinadamente en el combate. Juzgad si estas damas quedarian asombradas al ver á mi Príncipe Oroondates cubierto de sangre, con la espada en la mano, y acompañado de nosotros en la misma disposicion, entrar en un lugar conquistado con tanta fiereza, que aun en la misma sangre podian haber hallado alguna cosa gustosa, si la turbacion en que estaban las hubiera dado lugar á considerarlo.


1.
Pág. 49.

Las jóvenes Princesas, mas muertas que vivas, se acercaron á su madre, y á la anciana Sisigambis, creyéndose seguras al lado de unas personas de tanta veneracion. Esta grande Reina, á quien los dioses habian dado un corazon igual á su calidad, reprendia su poca esperanza, y aguardaba con paciencia su destino, cuando soprendido el Príncipe de un espectáculo tan impensado, y que le hizo estar por bastante rato confuso y dudoso, tomó en fin aliento, y se acercó con un respeto tan profundo, que la dejó enteramente asegurada. Dió gracias inmediatamente á los dioses al ver que habia caido toda la familia de Darío en las manos de un enemigo tan civil.

Aseguradas ya las Princesas se vieron obligadas al considerarle tan atento, pues ya se habia quitado la celada, y habia puesto la punta de la espada en tierra. El calor producido del combate, y el estupor de este reencuentro habian añadido tal resplandor á su belleza natural, que á primera vista le tuvieron las damas por una persona celestial; pero creció y se aumentó mucho mas este juicio, cuando haciendo una grande cortesía, y volviéndose á Sisigambis, la dijo en idioma persiano, que hablaba tan natural como si hubiera nacido en Persépolis :

— Yo no mereceré perdon, Señora, de un error

que me han hecho cometer las tinieblas de la noche, si la oscuridad no me sirve de escusa; pero os protesto delante de los dioses, que si yo hubiera tenido la mas mínima noticia del sexo y de la condicion de las personas á quienes gravemente he ofendido, antes me hubiera quitado la vida á mí mismo, que haber turbado vuestra quietud entrando aquí con tanta irreverencia: si yo pudiera reparar este crimen, no perdonara ni á la sangre, ni á la vida por purgarle; pero ya que no me es posible, llevad á bien, Señora, que á vos, y á todas estas damas os suplique dejeis todo el temor que os ha podido ocasionar este accidente. Todos los que vienen conmigo me obedecen; y ni ellos, ni yo pretendemos aquí otra cosa que el honor de haceros la guardia hasta la vuelta de los vuestros, y la ocasion de poder deshacer con este corto servicio la opinion que habeis podido tener de nosotros con el suceso que ha pasado.

Mientras que Oroondates hablaba de esta manera estaban las damas tan suspensas entre la admiracion y el gozo, que Sisigambis no pudo en largo rato articular una palabra para responder á la urbanidad de un vencedor tan generoso: pues creyéndose prisionera, no solo se vió libre, sino Reina tambien y absoluta de todos aquellos de quienes pensaba con razon

ser esclava. Sisigambis en fin hubiera tenido su constitucion por muy dichosa, si hubiera podido comprar su libertad y la de sus hijas por una parte de los estados de Darío; pero este glorioso enemigo no solo rehusó toda suerte de derecho ó de pretension para con ellas, sino que se ofreció á defenderlas aun de los suyos propios, y hacer los mismos oficios que podian esperar de aquellos á quienes los dioses habian hecho sus vasallos.

La consideracion de esta felicidad y la admiracion de tanta virtud tuvo por algun tiempo suspensa á la Reina; mas en fin por no parecer impolítica le respondió con aquella afabilidad que se puede desear en semejante ocasion.

—Cualquiera que seais, Señor, le dijo, cualquiera que seais, ó nacido entre los hombres, ó como lo demuestran vuestras acciones, del número y descendencia de los dioses, ni yo tengo palabras para alabaros, ni Darío Imperios para corresponder á lo que os debe, ni el mismo cielo gracias bastantes para recompensar vuestra virtud. Las pruebas que nos dais á nuestra costa y en nuestras ventajas nos llenan de tanta admiracion por vuestro valor, y de tanto conocimiento de vuestra bondad, que nos confesamos dos veces vuestras prisioneras. La propia modestia no os permite darnos este título; mas la noticia que

tenemos de los derechos de la guerra nos le hace tomar, y la de vuestra virtud nos hará llevarle con la mayor conformidad.

Prosiguió la Reina con otras espresiones, á las cuales Oroondates no prestó atencion alguna, pues por desgracia puso los ojos en la hermosura de la Princesa Estatira, de donde no pudo apartarlos sin dejar el alma en trueque. ¿ Pero quién hubiera creido que este joven Príncipe hubiera hallado su pérdida en la primera conquista, y que quien habia visto con ojos indiferentes todas las bellezas de la Escitia que morian por su amor, encontrase entre el horror de la sangre y los combates lo mismo que habia huido entre las delicias y el ocio? Pero lo cierto es que él se rindió á la primera vista, y que este fué el primer momento de su desgracia y el origen de donde todos los demas tuvieron su principio.

Yo no me fatigaré en persuadiros que la Princesa Estatira, que entonces solo tenia quince años, era la mas bella obra de los dioses, porque ya la habeis visto y podeis ser testigo fiel; solo diré que el temor originado de aquel suceso dió tal cualidad á su belleza, que jamás la consideró Oroondates como persona mortal. Tenia tan fijados en ella los ojos y los pensamientos, que ni pensaba en Sisigambis, ni menos en sí mismo. Todavía no habia vuelto en su acuerdo cuando

se oyó un ruido estraordinario de armas y gritos fuera de la tienda. Uno de los nuestros entró finalmente voceando : — á caballo, Señor, á caballo, montad presto, si no quereis ser sorprendido de Darío, que viene aquí en persona con la mayor parte de sus fuerzas.

Fué muy sensible para el Príncipe este golpe viéndose precisado á apartarse de aquella que apenas habia visto, y quedaba con pocas esperanzas de volverla á ver. Sin embargo haciendo de la necesidad virtud, y disimulando su pesar. — Señoras mias, las dijo : si no mandais lo contrario, yo me retiraré, pues con la venida de los vuestros mi presencia ya no puede ser util, y de esta manera estareis mas seguras bajo su proteccion, que guardadas de una persona en quien no teneis todavía la mayor confianza. — Acabadas estas palabras las hizo una profunda reverencia, y echándose la celada intentaba salir de la tienda, cuando la Reina, esposa de Darío, que hasta allí no habia hablado palabra alguna, quitándose del cuello une banda encarnada sembrada toda de llamas de oro, con cifras de su nombre y de su esposo Darío, se la puso en el cuello del Príncipe, diciendo de esta suerte : — No permitan los dioses que habiendo conservado vos el honor y la libertad de la madre, muger, é hijas de Darío, partais de aquí sin llevar una

señal de su reconocimiento : guardad este pequeño testimonio que os presento, para que os acordeis alguna vez de quien queda en la obligacion de conservaros siempre en la memoria.

Escuchó el Príncipe el discurso, y recibió el presente de rodillas; y mas glorioso con este botin que con cuantos hasta entonces habia generosamente despreciado, habiendo hecho la última despedida se separó á su pesar de aquella ilustre y amable compañía, dejándola un sentimiento nada inferior al del Príncipe, que llevaba en su corazon un fuego que no se apagará mientras viva. El ruido que nosotros habiamos anunciado era verdadero; y por volver á la batalla, os diré que Darío y Artabazo habiendo ordenado el ejército en forma de batalla, mientras que Mateo entretenia á los nuestros de la manera que podia, cargaron con tanto furor sobre nuestras tropas, que como eran muchos mas en número, se pusieron en el mejor estado, y los nuestros comenzaron á retirarse cuando fué avisado Darío de la deshecha de los Atenienses, y del peligro de las Princesas.

El amor que Darío las tenia le hizo olvidar todo interés, y dejando el grueso del ejército á Artabazo, cargó este con una parte de él sobre nosotros. Apenas estaba Oroondates á caballo cuando llegó Darío, y viéndose inferior en fuer-

zas, hizo tocar la retirada, que siguió con buen orden, mas no sin pérdida de doscientos ó trescientos caballeros. Comenzaba á verse el dia, y el Rey mi Señor, que dudaba estuviese descubierta la debilidad de su ejército, encaminó la retaguardia, y haciendo sostener á Artabazo por los mejores soldados de la caballería, se retiró con el resto del ejército con pérdida muy considerable, recibida por algunas descargas que dieron los enemigos por la espalda.

Pero, admirad, Señor, la fortuna de Oroondates, y notad como contribuia todo para empeñarle en un afecto que despues le fué tan dañoso. Ya estaba el dia bastante adelantado, y nosotros fuera de las trincheras del enemigo y bien lejos, procurando reunirnos con el grueso de nuestro ejército que se retiraba, cuando vimos á nuestro lado, y á la orilla de un pequeño bosque un combate de unos veinte caballeros. Creimos desde luego, que algunos de nuestros enemigos, como era así, avanzados para perseguir á los que se retiraban, habrian hallado tal resistencia, que les hiciese obstinar en este combate. Entonces Oroondates para averiguar la verdad, encaminó hácia ellos el caballo: nosotros le seguimos, y fuimos testigos de un espectáculo que nos llenó de admiracion. Este era un caballero Persiano, cuyas armas estaban

todas cubiertas de piedras preciosas, que rodeado de una veintena de los nuestros, se defendia con tan raro valor, que faltó muy poco para que no desconfiasen de la victoria : él se hizo una trinchera de caballos y de cuerpos muertos : pues ademas de los que nosotros juzgamos habia herido, vimos muertos á sus pies treinta, ó cuarenta entre Persas y Escitas. Esto nos dió á entender que al principio del combate no habia estado solo, y que habiendo muerto los que le acompañaban en su defensa, habia quedado solo, disputando valerosamente la vida contra un número considerable de enemigos. Todos consideramos su valor como maravilloso, y si el de nuestro Príncipe no le hubiera igualado, y no nos hubiese dado siempre muchas pruebas de semejante prodigio, apénas hubiéramos dado crédito al testimonio de los ojos.

Nada espantó al valiente Persa nuestra llegada : pues resuelto á morir primero que rendirse, determinó vender cara su vida; y mezclándose entre los Escitas, con mayor corage que la primera vez; derribó dos á sus pies al primer golpe. Pero viendo que su caballo malamente herido desfallecia, se arrojó ligeramente á tierra, y procuró dilatar su muerte con una resistencia mas que humana. Apasionado ya nuestro Príncipe de tan heróico valor, y consi-

derando el peligro en que se hallaba, se puso con el caballo en medio de todos, y dándose á conocer á los Escitas, les mandó retirar con respeto y vergüenza de la desigualdad del combate. — Indignos, les gritó con voz imperiosa, ¿ qué juicio formais del valor, cuando el de este famoso guerrero no os lleva primero á su conservacion que á su ruina? — Y conociendo por la riqueza de las armas de este enemigo que su condicion seria muy relevante; puso pie á tierra, y desenlazando la celada corrió á abrazarse con él con todas las demostraciones del mayor afecto.

— Invencible guerrero, le dijo, perdonad la brutalidad de estos hombres que no han podido reverenciar en vos lo que jamas han poseido en sí; y si juzgais que yo os puedo hacer algun pequeño servicio, haciéndoos acompañar con toda seguridad á vuestro campo, concededme por cualquiera respecto, que yo pueda pretender el honor de vuestra amistad, y me reputaré gloriosamente recompensado.

Quedó sorprendido el caballero persiano de un tratamiento tan impensado, y juzgando del buen aspecto de nuestro príncipe, y del respeto que nosotros le teniamos, que era hombre de elevada cualidad, desenlazó tambien su celada, y nos hizo ver un semblante tan bello, que co-

menzamos á perder la opinion en que estábamos, de que no se podria hallar belleza igual á la de Oroondates. La edad de los dos era igual, su disposicion corporal muy poco diferente, de manera que creimos, no sin apariencia de razon, que los dioses habian unido juntas, por medio de algun accidente impensado, las dos mas perfectas criaturas de la tierra. Uno á otro se miraban con igual admiracion; pero el Persa obligado poderosamente de la magnanimidad y cortesía del otro, tomó su espada por la punta, y presentándosela con la mayor sumision, le dijo así :

—Guerrero generoso, hasta aquí he disputado mi vida y mi libertad : mas puesto que yo no sabria perder ni la una ni la otra por una persona mas valerosa que vos, yo me rindo vuestro prisionero, con la satisfaccion de haber cedido solamente al mas valiente y al mas bravo guerrero de los hombres.

Oroondates dando algunos pasos atras, le contestó de este modo :

—No permitan los cielos que yo pretenda sacar de este suceso otra ventaja que la amistad que os he pedido : libre estais, y sois invencible, si no os dejais vencer de mis cortos servicios, y si os empeñais en no amar á un príncipe que está verdaderamente apasionado por vos.

Confuso el Persa, y sucesivamente enamorado de Oroondates, le abrazó segunda vez con toda la ternura posible, y le dijo con el amor mas afectuoso: —Ahora es cuando yo soy ciertamente el mas desgraciado, pues permiten los dioses que quede de tantas maneras vencido, sin darme jamas lugar á que cumpla con la mas mínima parte de la obligacion que os debo. Si el cielo me hubiera presentado otro combate, de manera que hubiera caido en otras manos, yo le podria ofrecer tesoros y provincias por mi rescate; siendo yo Artajerjes, único hijo y legítimo heredero de todos los Imperios de Darío; porque ya me parece delito, continuó él, ocultaros mas tiempo mi nombre y la condicion de un Príncipe que debe á vos la vida, y por los tratamientos que recibe, juntos con la inclinacion que tiene á amaros se ha entregado enteramente á vuestra disposicion, y se ha propuesto honraros siempre en vista de vuestro mérito.

Juzgad, Señor, os suplico, cual sería la admiracion y el gozo de mi Señor; y si no creyó que los dioses cuidaban de su felicidad y le guiaban por caminos estraordinarios. A la verdad, entre todos los gustos que habia tenido en su vida, este fué el mayor, y el que le sorprendió sobre todo. Sin embargo, él quiso ocultar la ocasion,

y hacer á Artajerjes, como hijo de Darió, el obsequio que le debia como á hermano de Estatira.

Despues de este conocimiento renovó las protestas con mayor respeto y sumision que antes, y el joven Príncipe de Persia le volvió las caricias con tanto esceso, que ademas del interés que manifestaba Oroondates en su afecto, la conformidad de sus personas y de sus costumbres, y la estimacion que mutuamente habia concebido el uno por el otro, los inflamó dulcemente en una ardentísima amistad. No cesaban de darse muestras recíprocas de la amistad mas fina, cuando reparando Oroondates en la sangre que corria por muchas partes del cuerpo del príncipe Artajerjes, quedó sumamente afligido, y haciéndole montar en su caballo, que era el mejor de toda la Escitia, obligándole á no rehusar esta demostracion, mandó traer otro, y tomando el camino hácia su campo, por mas instancias que le hizo, no quiso dejarle hasta que le puso á la vista de sus trincheras.

Para uno y otro fué esta separacion muy sensible, y despidiéndose la última vez con el mayor pesar, el Príncipe de Persia suplicó á Oroondates con los ruegos mas atentos del mundo, le dijese su nombre, si no tenia algun motivo para ocultarle. Mas mi príncipe Oroondates no juz-

gando á propósito, por los designios que él tenia, darse á conocer tan presto, se contentó con decirle por entonces que era Orontes, príncipe de los Mesagetas, vasallo y pariente muy cercano del rey de los Escitas. Satisfecho Artajerjes de este conocimiento, le echó nuevamente los brazos al cuello, separándose de él con el mas sensible dolor. No quedó menos afligido Oroondates por esta parte, mas por la otra fué grandísimo el gusto que tuvo por haber hecho tan felizmente estos buenos oficios con el hermano de Estatira, á la que tenia ya tanta pasion, que de ninguna manera la podia disimular. Luego que llegamos á nuestro campo, el Rey que estaba con cuidado por la ausencia del Príncipe, y que ya tenia noticia de sus hechos maravillosos, le recibió con el mayor placer; y habiéndole hecho desarmar en su presencia vió con sumo disgusto dos ó tres heridas, pero tan ligeras, que no obligaron al Príncipe á hacer cama.

En el resto de la campaña no hubo despues suceso memorable; y llegando ya el frio á incomodar á los dos ejércitos, se retiraron á invernar en el sitio de su guarnicion, esperando el tiempo mas oportuno para volver á la batalla. El de los Persas desalojó el primero, y en la retirada pasaron algunas escarmuzas, en que

recibió bastante daño; mas estando nosotros, como he dicho, estrechados de la estacion, y de la penuria de víveres y forrajes, no nos empeñamos en perseguirle : y viendo el Rey que el Príncipe estaba perfectamente curado, despues de haber dado las órdenes correspondientes para la marcha del ejército, tomó con todos los suyos el camino de Isedon, ó Serica, ciudad de la Escitia, donde ordinariamente tenia su mansion.

Mas aunque el Príncipe se hallaba en buen estado en cuanto á las heridas del cuerpo, estaba tan empeorado en cuanto á las del alma, que casí se habia perdido la esperanza de su curacion. Hizo mil esfuerzos para desvanecer una aficion en que se preveia mucho mal, y esperaba poca satisfaccion : se propuso todas las dificultades que necesitaba superar, y todos los peligros á que visiblemente se esponia, y cualquiera reflexion terminaba en conocer claramente el error, y en la grande dificultad de poderse retirar. — ¡ Desgraciado Oroondates, se decia á sí mismo, por qué rumbo tan estraordinario te llevan los dioses á tu perdicion! muy importante debe ser esta cuando te encaminan por unas sendas desconocidas. ¿No basta hacerte amar con tanta violencia sin inclinarte á amar un imposible? ¿Qué esperas, pues, miserable?

¿Qué harás? ¿Piensas tú que el rey de Persia dé su hija al hijo de su mortal é irreconciliable enemigo? ¿Crees tú que quiera pagar con una tan amable recompensa los daños que ha recibido de los tuyos, y la muerte de tantos millares de hombres que han perdido la vida por su razon particular? ¿No sabes bien que la guerra de estos dos reyes no es de la naturaleza de otras guerras, y que ni el interés de sus estados, ni el deseo de su gloria son sus principales fundamentos? ¿Ignoras tú que ella solo está unida á las personas de los reyes y á las familias reales, y que Mateo sacrificará gustoso sus estados por la destruccion de Darío, y Darío se burlará de la perdida de los suyos si puede sepultar á Mateo entre sus ruinas? No esperes, pues, lograr su alianza por los caminos de la dulzura, ni la esperanza de la reconciliacion durante la vida de estos dos reyes : pues, ni Darío dará jamas su hija al hijo de Mateo, ni Mateo sufrirá que se despose su hijo con la hija de Darío. ¿Pues qué pretendes tú cuando ves cerrados todos los caminos? ¿Quieres tú conquistarla con las armas, y obligar á Darío, el mas grande y el mas poderoso rey del mundo, á que te conceda lo que tú debes conseguir á fuerza de servicios y sumisiones? Pero cuando tú hayas vencido estas dificultades (que no parece estan en el po-

der de los hombres) ¿habrás conquistado el espíritu de Mateo, arrancándole por fuerza lo que no debes esperar de su consentimiento? Y aun cuando por un grande milagro venzas estos obstáculos, ¿no te falta todavía que combatir otro mayor enemigo? ¿Crees tú que la princesa que ha mamado el odio con la leche, y que no ha sido criada en la casa del rey de Persia sino con horror y detestacion de la del rey de los Escitas, se pueda desprender de todos los sentimientos de la naturaleza para amar el enemigo heredero de todos los suyos?

Así discurria Oroondates sobre los obstáculos que preveia en su aficion: y seguramente un valor inferior al suyo hubiera desmayado á la violencia del trabajo producido de tan importante consideracion: mas como él le tenia estraordinario, y capaz de mayores empresas, atropelló por todas las dificultades, y fundándose en sus felices principios, en la amistad de Artajerjes, á quien tan poderosamente habia obligado, en la obligacion de las Reinas, y de la Princesa misma, defendidas por él de la violencia de sus soldados, y tratadas con tanta discrecion, sin embargo de que por ley de guerra eran sus prisoneras, en la misma apariencia de Darío, cuyo nacimiento y generosidad eran verdaderamente reales; y finalmente fundado tam-

bien en que Darío no seria insensible á unos servicios que acaso no habria recibido jamas de sus mayores amigos, comenzó á disipar sus primeros temores; y juntando á estas últimas consideraciones la necesidad de su amor, y la imposibilidad de curarse, se engolfó mas y mas en este mar, donde ha sufrido las tempestades mas terribles por espacio de diez años. En fin, viendo levantar el campo, y que el Rey su padre se disponia á repasar el Araxe al dia siguiente, despues de haber combatido consigo mismo largamente, tomó la mas estraña resolucion que pudo caer en el corazon de un Príncipe.

Llegada la noche me mandó llamar, y acercar á la cama donde descansaba, y despues de haber mandado retirar toda la gente que estaba en la tienda, con voz trémula y titubeante me dijo así: — Araxes, si entre todos los que estan con nosotros no conociera yo vuestro corazon, vuestro espíritu y vuestro amor á mí, no os escogiera para confiaros el mayor secreto de mi vida, y para valerme de vos solo en un empeño de quien depende absolutamente mi reposo, y el establecimiento del resto de mis dias. Mas despues de haber considerado cuidadosamente vuestra persona, y todas vuestras acciones pasadas, os creo de una capacidad suficiente para emplearla en mis negocios, de un grande espí-

ritu para acompañarme en los peligros, y de una fe particular para que no me engañeis en ningun tiempo.

Este discurso me obligó á arrojarme á sus pies, y á asegurarle de mi fidelidad, en la que reconoció tanto afecto que levantándome y abrazándome mil veces, me descubrió su pasion, y la resolucion que habia tomado: y dándome las órdenes convenientes y oportunas, me mandó que le siguiese. Obedecí con mucho gusto por el honor que recibia, aunque muy maravillado por la novedad del pensamiento. Escogí los cuatro mejores caballos de su establo, uno para el Príncipe, otro para mí, y dos para dos criados, cuya fidelidad tenia yo bien conocida, y de solo los cuales queria ser acompañado en el viage que pretendia hacer. Preparado, pues, este corto equipage, y puesto todo en estado de poder partir antes de amanecer, pasé á la tienda del Príncipe, que en vez de dormir habia pasado el tiempo en escribir una carta al Rey su padre, la cual (si no me engaño) estaba en estos términos.

EL PRINCIPE OROONDATES AL REY DE LOS ESCITAS.

« Señor,

« No hubiera ya dejado á V. M. si no hubierais tomado la resolucion de retiraros á la ciudad por una parte de este año. Os suplico por el amor que me habeis mostrado hasta aquí, me perdoneis la libertad que me tomo de hacer un corto viage mientras descansa el ejército. Un deseo de un hombre joven me aparta de V. M. igualmente que el de ver tierras estrañas, é instruirme en todas aquellas cosas que es preciso saber para ser hijo digno de tal padre. Mi viage no será mas largo que el invierno; y luego que V. M. vuelva á tomar las armas, me vereis á vuestro lado para serviros con aquella fe que debeis esperar de vuestro hijo.

« OROONDATES. »

Despues de esta carta escribió tambien otra á la princesa Berenice, hermana suya, de quien todavía no os he hablado, y que merece tambien como su hermano un elogio particular; pues en belleza, en espíritu y virtud es igual, no

solamente á todas las de su siglo, sino tambien á cuantas la han precedido. El Rey, despues de la muerte de la reina su esposa, se aplicó á educarla segun su nacimiento, y las raras cualidades que se reconocian en ella : el Príncipe, su hermano, que la amaba tiernamente, no quiso partir sin hacerla saber por una carta la memoria y el amor que la tenia. Habiéndolas ya cerrado el Príncipe, se las entregó á uno de los suyos, mandándole que no las pusiese en manos del Rey, sino despues de cuatro dias.

Concluida esta espedicion, mandó salir de la tienda á todos aquellos que le podian ser sospechosos; y tomando las joyas mas preciosas, me las entregó con la plata mas menuda para acudir á las necesidades que podian ocurrir en nuestro viage. Proveyóse tambien de armas finísimas; y habiendo pasado la mayor parte de la noche, antes que amaneciese montamos á caballo, tomando el camino de Persépolis, y marchando detras del ejército de los Persas que habia desalojado pocos dias antes.

Callaré el disgusto del Rey de los Escitas por la ausencia de su hijo y el de su hermana, la princesa Berenice, que le amaba entrañablemente con las particularidades de nuestro viage, dejándoos de hablar de cosas menudas por atender á los sucesos de mayor importancia :

porque como son tantos me temo que la mayor parte se hayan escapado de la memoria. Por esta razon me contentaré con deciros, que al otro dia de nuestra marcha nos vestimos al uso de los Persas, de que anticipadamente estábamos prevenidos; y habiendo aprendido perfectamente su idioma, pasamos sin tropiezo por las ciudades de la Persia, y por medio de las tropas que andaban descarriadas en los caminos, y se retiraban á su guarnicion. Haciamos las jornadas enteras sin detenernos mas tiempo que lo que pedia la necesidad. En fin, despues de un largo viage, entramos en la ciudad de Persépolis, adonde el Rey con toda la casa real habia llegado unos dias antes, y donde ordinariamente tenian su habitacion. Era esta ciudad sin adulacion de las mas hermosas del Asia: y si al grande Alejandro se le puede vituperar alguna de sus acciones es haber consentido en su destruccion, y en el incendio del mas bello y mas soberbio palacio del mundo.

El Príncipe mi amo quedó lleno de gozo al ver el fin de su viage; y tomando alojamiento en la ciudad, descansamos algunos dias, conformándonos en tanto con las costumbres del pais, y tomando informes de lo que era mas necesario, esperando que el cielo ofreciese á mi Señor alguna ocasion oportuna para descubrirse

al príncipe Artajerjes. Bien presto se presentó la mas gloriosa que se podia desear, oyendo á nuestro huesped unas nuevas que le llenaron de gozo, por el empeño que tenia el Príncipe de no darse á conocer sino por algun accidente. Dijéronos, pues, que al cabo de tres ó cuatro dias se celebraban las fiestas del nacimiento del Rey, segun el estilo de los Persas, y de otras muchas naciones, y que para distraer á las damas de los objetos de la guerra, y dar las pruebas de su galantería y agilidad, Artajerjes, con otros nobles y jóvenes señores, habian obtenido licencia del Rey para hacer una comparsa y algunos combates á caballo, adonde todos serian admitidos, y la princesa Estatira daria el premio con sus propias manos.

Esta manera de combate es muy antigua entre los Persas, y despues acá entre nosotros, y es de esta manera. Dos caballeros armados con todas las piezas necesarias, y con fuertes y grandes dardos, cuya punta está embotada, corren el uno contra el otro á rienda suelta, y encontrándose en medio de la carrera, chocan con los escudos, y con los dardos con ímpetu tan grande, que si los dardos no se rompen, es forzoso que uno de ellos caiga en tierra. El vencedor está obligado á mantener el segundo combate, el tercero y todos los demas, ó hasta tanto que

queda vencido, ó que no tenga con quien combatir. Si este es vencido, el que ha quedado superior está obligado á guardar las mismas condiciones, hasta que el último que quedó victorioso va á recibir con la mayor pompa y magnificencia el premio del combate. Oroondates què sabia muy bien las condiciones de las luchas de esta naturaleza, y que en este especie de ejercicios, como de otros, era uno de los mas bravos y mas vigorosos hombres del mundo, dió gracias á los dioses de la buena ocasion que le presentaban, para señalarse en la corte, y hacer ver á la Princesa que tanto amaba las gracias con que el cielo le habia adornado : y resuelto á no perder una coyuntura tan dichosa, habiéndome dado las órdenes necesarias, se preparó para este dia con toda la diligencia posible.

Apenas comenzaba á romper el alba, que con el mayor desvelo pidió sus armas ; pero el huesped le advirtió que no se precipitase, pues no se daba principio á las carreras hasta despues de haber comido el Rey. Llegó en fin la hora tantas veces deseada, y armado Oroondates de todas sus piezas, montó en su caballo, y se fué á la plaza grande acompañado de mí solo. La magnificencia y la pompa de la soberbia asamblea embargaron por algun rato los ojos del Príncipe : pero viendo que llegaban el Rey, las

Reinas y las Princesas, se desdeñó de mirar otros objetos por inclinar su vista hácia lo mas noble; buscando desde luego con los ojos del cuerpo lo que siempre tenia presente á los del alma. No tardó en descubrirla al resplandor estraordinario de sus vestidos: y aquella, que entre los ropajes de la guerra, á la luz de algunas antorchas, entre los espantos de un combate, y la aprension de prisionera, le habia parecido tan hermosa, se le representó entre los adornos de las piedras y diamantes, en dia claro y sobre un soberbio anfiteatro tan pomposo y triunfante, que se le renovaron las heridas, y se aumentó su fuego tanto, que mirándola, se quedó arrobado; y si el son de las trompetas no le hubiera retirado de tan profunda meditacion para acordarle el designio que le habia traido á la plaza, hubiera empleado todo el dia en esta contemplacion. Estaba á su lado Parisatides, hermana de Estatira, poco diferente de ella en hermosura, en disposicion de cuerpo y en cualidades de alma. Las Reinas estaban sentadas algo mas altas que ellas, y el Rey acompañado de su hermano Oxiarto, de Artabazo, de Mazeo, y otros muchos Sátrapas, á quienes la edad dispensaba estos violentos ejercicios, estaban en otro anfiteatro poco apartado del de las damas.

Cuando mi Señor consideró un rato estos personages, vió al Príncipe Artajerjes al frente de los jóvenes caballeros en el mismo caballo que él le habia dado, cubierto de armas blancas sin divisa alguna. Despues que por suerte se puso orden á las primeras carreras, se comenzaron al son de infinitas trompas con gran gusto de los espectadores, y alabanzas de muchos caballeros que hicieron ver su valor y su agilidad.

No espereis que yo os cuente todas las particularidades que ocurrieron : hablaré solamente de aquellas que pertenecen á mi Señor, y á la prosecucion de mi discurso. Sabed, pues, que despues de varias carreras, el honor de la lucha era de Cambises, hijo de Mazeo ; cuando mi amo, no dando ya lugar á la paciencia, se avanzó para combatir. Toda la asamblea puso inmediatamente los ojos en él ; y cierto que el estado en que yo le consideraba me agradó tanto, que no puedo menos de pintarle en dos palabras. Toda su armadura estaba compuesta de pequeñas escamas de plata, embutidas de oro, y en la parte de mas consideracion de piedras de grande resplandor, y mayor precio. El borde de la casaca que saliendo por las estremidades de la coraza, le cubria los muslos hasta las rodillas, era de púrpura sembrada de llamas de oro,

con una bordadura verdaderamente singular, y artificiosa. La manga, que saliendo de un mañon de oro hecho á semenjanza del hocico de leon le cubria el brazo hasta el codo, era de la misma calidad: los botines de cuero plateado con escamas embutidas de oro, como las de la coraza, enlazados á media pierna con cintas y borlas de oro, como los de la manga, y manecillas de rubíes perfectamente trabajadas: su celada formada á escamas, estaba cubierta de un dragon de plata que tenia la cresta, las alas y las garras de ora, y arrojaba por la boca en vez de llamas tantas plumas, cuyo color parecia de fuego, que la cabeza y las espaldas del Príncipe estaban totalmente cubiertas, mas no de tal manera que no se viese bien la bella banda que le habia regalado la Reina, esposa de Darío, la cual venia maravillosamente con el vestido, y de la que pendia una rica espada, cuya hoja, medio inclinada, era de las mas finas de la Siria, y su guarnicion del mas esquisito trabajo. Su caballo tan negro como el ébano, con una pequeña señal en la frente: en lo demas era tan bello, tan fogoso, y tan arrogante, así en su andadura, como en las demas acciones que acompañaba muy bien la desenvoltura y gracia de mi Señor, que le manejó entonces con tanta ciencia y vigor, y le puso en

medio de la lid con un rasgo tan magestuoso y resuelto, que se llevó desde luego los ojos de todos, y creo que tambien el corazon de todos los asistentes.

No desdeñando Cambises un enemigo de tan bella presencia, le salió á recibir á la mitad de la carrera con mayor valor que buena fortuna, y no habiendo logrado ni aun siquiera mover al Príncipe, fué arrancado del arzon con tanta fuerza, que arrojándole por la gurupa del caballo, imprimió en la arena la figura entera de su cuerpo. Levantóse una grande gritería entre los asistentes por la caida de Cambises. Oroondates terminó su carrera con una gracia singular, habiendo ejecutado lo mismo, y con la misma facilidad con otros dos ó tres. Impaciente y zeloso de su gloria, Idaspes, hijo de Artabazo, se presentó al fin de la lid. Mi amo le recibió con el mayor gusto del mundo ; y viéndole partir al son de las trompetas, hizo él lo mismo acometiéndole con la misma velocidad que un rayo.

La carrera fué muy gustosa por una y otra parte, Oroondates conmovido estrañamente del golpe de Idaspes, perdió los dos estribos; pero él empujó á Idaspes de tal suerte, que arrancándole del arzon de la silla, le arrojó seis pasos mas allá de su caballo, y habiendo acabado

gloriosamente su carrera, venció Oroondates á Beso y Nabarzano Digo á estos dos Beso y Nabarzano, monstruos de nuestro siglo, que despues con tanta infamia mancharon sus manos parricidas con la sangre de su Señor. Habiendo, pues, mi Príncipe derribado á estos, echó todavíá por tierra á Mitrano, Megabises, Oriobato, Oxidato, Ariobarzano, Fradates y Cohortano; y glorioso con tan feliz suceso, se dispuso á recibir al valiente Memnon, que abrasado de amor por Barcina, hija de Artabazo, y hermana de Idaspes, quiso vengar la afrenta de su hermano. Vos habeis conocido al uno, y al otro. Habiendo quedado Barcina viuda de Memnon, mereció todo el afecto de Alejandro; pero el grande Memnon hizo contra Alejandro empresas tan considerables, que jamas se perderá su memoria entre los Persas.

El Príncipe de los Escitas, conociendo el crédito de este hombre que estaba en los mayores empleos, recogió todas sus fuerzas para conservar la reputacion que habia adquirido con Idaspes: y partiendo contra él cuando le vió moverse, le vino á encontrar en medio de la carrera. La violencia de este encuentro fué tan grande, que las lanzas se quebraron en mil piezas, y los caballos no pudiendo sufrir un choque tan poco acostumbrado, pusieron en

tierra las ancas sin poderse levantar sino á fuerza de espolazos : con los cuales avivados de los dos caballeros, con gran trabajo se pusieron en pie, y terminaron la carrera, sin que se pudiese conocer ninguna ventaja. Un aplauso universal solemnizó esta bella funcion ; y los que conocian el valor de Memnon miraban ya con admiracion á mi Príncipe, cuando él solo se despreciaba ; y instigado de la rabia y de la vergüenza, tomó otra lanza al ejemplo de Memnon, que habia hecho lo mismo. Volvieron á encontrarse con mayor ímpetu que la primera vez, siendo la carrera mas furiosa, y el suceso muy diferente. Oroondates fué movido estraordinariamente, y el valeroso Memnon, despues de haber vacilado un poco, cayó finalmente á los pies de su caballo. Esta caida acrecentó mucho mas las aclamaciones, y redoblando el corazon á mi Príncipe, desmayó á muchos de ellos que esperaban combatir.

El Príncipe Artajerjes, enamorado ya del valor de mi amo, quiso hacer su prueba, y acercándose con este designio, vió á Resaces en la carrera, y á Espitridates á un lado dispuestos para ocupar el lugar del que quedase vencido. Estos eran dos guerreros que hicieron correr tanto peligro á Alejandro en el pasage del Granico, y que los dos murieron en la batalla, el

uno por las manos del mismo Alejandro, y el otro por las de Clito. Como eran verdaderamente valientes, incomodaron fuertemente á mi amo : mas quedando vencidos, dieron lugar á la impaciencia del Príncipe de Persia, que volvió el caballo para empezar la carrera contra Oroondates. Con esta vista resonó, y se llenó la plaza de un aplauso universal : y ya idólatras todos los asistentes de la valentía de este incógnito, y fundando en la de su Príncipe las últimas esperanzas, quedaron suspensos por esperar el suceso, y miraron sin pestañear la prueba maravillosa de estos dos guerreros. Partieron, pues, á la tercera señal de las trompetas; pero estando ya cerca de batirse, no queriendo el Príncipe Oroondates ofender al de los Persas, arrojó al suelo su lanza, y cubriéndose con el escudo, se afirmó en el arzon para recibir el golpe de una mano tan formidable. El dardo de Artajerjes se hizo cien pedazos, y si no se hubiera deslizado del escudo, mi Señor corria mucho riesgo en este golpe. Quedó su caballo tan aturdido, que reculando cinco ó seis pasos, faltó muy poco para poner las ancas en tierra; pero animándole á fuerza de espuela, le puso en disposicion, y asegurándose en la silla, terminó la carrera sin que se conociese que habia vacilado ni un instante. Todos admiraron accion tan grande,

y el Rey mismo habiéndola considerado, la celebró con palmadas, haciéndo ver la estimacion con que miraba á este guerrero.

Mas el Príncipe Artajerjes que notó como todos los demas esta accion, y que á causa de la sorpresa, y ligereza del caballo no habia podido considerarla, volvió la brida espantado y atónito, y estrañando el accidente, le dijo á mi Señor. — Yo no sé por qué razon habeis querido perdonarme : si lo habeis hecho por menosprecio, no creo valer tan poco, que el que combate conmigo no tenga necesidad de aplicar todas sus fuerzas : si es acaso por algun respeto de amistad, yo os estoy muy obligado, y os pido perdon del esfuerzo vano que han ejecutado mis armas contra vos.

No pudiendo Oroondates hallar mejor ocasion que esta para descubrirse, le tomó la mano, y bajándose con mucho respeto hasta el arzon de la silla, le dijo en alta voz : — Quien solo lleva las armas por vos, no las empleará jamas contra vos, ni ha venido á buscaros desde tan lejos, sino para daros un testimonio del deseo que tiene de serviros. Yo no puedo desmentir una virtud de la que tengo ya tantas pruebas ; mas, pues, esta es debida enteramente á mi obsequioso afecto, no desdeñeis el celo de quien os ha dedicado todo el resto de su vida.

Artajerjes, mas confuso que antes, le echó los brazos al cuello, y le abrazó tiernamente diciendo : — Cualquiera que seais, aun cuando fueseis el mismo Rey de los Escitas, soy ya todo de vos ; y el conocimiento de vuestro valor, y la obligacion que os tengo me impelen tan poderosamente que nada será capaz de separarme : mas de gracia os suplico, desatando á este tiempo los lazos de la celada, no me negueis la vista de vuestro semblante, ni tampoco el nombre de quien ha sabido ganar mi corazon, y á quien he sacrificado mis afectos. — Os voy á obedecer, respondió Oroondates, y aunque el uno y el otro acaso os serán poco conocidos, puede ser que os renovarán la idea de una persona á quien por pura bondad prometisteis alguna parte en el honor de vuestra memoria.

Diciendo estas palabras se descubrió, y el resplandor de su belleza y de su juventud, produciendo el efecto que otras veces, arrebataron desde luego los ojos y la admiracion de toda la asamblea. Desalumbrado Artajerjes como los otros, no le conoció al instante; mas despues de haberle mirado con mas reflexion, reconociendo inmediatamente el eco de la voz, y las facciones del rostro, quedó tan lleno de asombro, y de un gozo tan grande, que no pudiendo esplicarse ni con gestos, ni con palabras, quedó

por un gran rato poco menos que mudo, é inmovil. Disipado el asombro, y ocupado su corazon de la alegría que la vista de mi amo le causaba, el Príncipe Persa demostró entre gritos y lágrimas el gozo que no podia contener, y levantando al cielo las manos y los ojos: — ¡ Oh dioses! dijo, moderad la gracia que me haceis, si no quereis, ó que yo muera, ó que me olvide de mi condicion : — Y acabadas estas pocas palabras se arrojó á los brazos de Oroondates, y le apretó entre los suyos con tanta vehemencia, que bien conoció mi Señor que le amaba con la mayor ternura.

— Mi querido Orontes, le decia muchas vecez, besándole infinitas en el rostro, ¿es posible que yo os veo, y que yo os abrazo? ¡ Oh dioses! si esto es sueño, haced que sea eterno :— Y mezclando entre las palabras mil caricias, no le hubiera dejado jamas si el Rey que veia las acciones desde su anfiteatro, y no podia entender lo que hablaban, no hubiera enviado á Bagoas para decirles que él queria tener parte en la alegría de su hijo, y en el conocimiento de este generoso estrangero.

Apénas recibió Artajerjes la orden del Rey, cuando tomando á Oroondates por la mano, le llevó al anfiteatro de su padre, manifestando en su rostro un júbilo tan escesivo, que todos juz-

garon tenia motivos grandes para amarle. Desmontados ambòs, subieron al balcon del Rey, y poniendo mi Señor una rodilla en tierra al uso de los Persas para saludarle, le dijo Artajerjes al instante : — Señor, para obligaros á hacer á este estrangero el honor que es debido, basta deciros que es el Príncipe de los Masagetas.

Darío, que sabia ya por su hijo el tratamiento que le habia dado, no quedó menos confuso que él, y levantándose en pie con estraordinario gozo, le alzó del suelo, y le abrazó con las mayores muestras de amor. Renovó infinitas veces las caricias, y hallando en él cosas que parecian mas que humanas, jamas se resolvia á acabarlas. — Hijo mio, le dijo el Rey, porque es muy justo que yo llame con tal nombre á uno por cuyo valor poseo aquel que me han dado los dioses; cualquiera que sea el designio que os ha traido á esta corte, sabed que sois bien venido, y que sucediendo por este medio el ver una de las dos mas valerosas, y mas admirables personas de mí tan deseadas; no me haceis menos favor ahora que cuando me habeis conservado y vuelto á mi único hijo. Si los dioses, que me han cedido estos Imperios, no os hubieran dado tanta virtud para despreciarlos, yo os ofreceria una parte : mas puesto que lo que yo poseo es inferior á vuestro mérito ;

solo puedo ofreceros nuestros corazones, y un deseo eterno de agradecer vuestra generosidad en todo cuanto dependa de nosotros.

A este discurso que le obligó tanto, respondió Oroondates con el mayor respeto y sumision, y con el debido miramiento á la persona del Rey mas grande del mundo, á la amistad que le mostraba, y á las ventajas que él mismo pretendia. Darío, habiéndole besado en la mejilla (favor muy distinguido entre los Persas), le quiso llevar él mismo al balcon de las damas, en donde luego que llegó, las dijo: — Señoras mias, dad el premio á este Príncipe, no solo de la carrera que ha ganado, sino tambien de la vida y de la libertad de Artajerjes. — Antes que ellas respondiesen, las dijo Artajerjes mas claramente el nombre supuesto de mi Señor, y estas grandes Princesas embargadas de un placer poco esperado, le recibieron con señales de afecto singular: las Reinas le abrazaron, y las Princesas mas contenidas le saludaron muy atentas.

Despues de las particularidades de este recibimiento, la Princesa Estatira, cumpliendo con el mandamiento del Rey, le dió á mi Señor el premio de las carreras. Era este un brazalete de piedras esquisitas trabajadas con el mayor primor, y las mas bellas de toda la Asia. Despues

de haberle renunciado cortesmente y cedido al Príncipe Artajerjes, se arrodilló para recibirle. Entonces mirándole todas las damas mas de cerca, creian ver á aquella misma persona de quien habian recibido el beneficio de la libertad, y de cuya presencia conservaban todavía con el mayor gusto alguna idea. En medio de estas dudas, acertó la Reina á poner los ojos en la banda que le habia regalado; en la que viendo claramente sus cifras y las de Darío. — Esta es, ó grandes dioses, esclamó repentinamente la Reina, esta es la banda; — Y mostrándosela á Sisigambis y á las otras Princesas, las sacó de la duda, y todos los presentes quedaron aturdidos de manera que el Rey y las damas renovaron del todo las facciones de su rostro, y se maravillaron de haber tardado tanto tiempo en conocerle.

En medio de este gozo, — Él es, esclamó Sisigambis, él es. — Sí, Señora, respondió el Príncipe, yo soy aquel que habiendo cometido contra vos una irreverencia indigna de perdon, os viene á presentar su cabeza para recibir y sufrir el castigo antes que el agradecimiento.

Ella le hubiera respondido si el Rey y su hijo instruidos ya del motivo de su admiracion, y trasportados mas de lo que se puede imaginar, no la hubieran interrumpido para hacerle

los honores que me es imposible referir. Oxiarto, Artabazo, Mazeo, y todos los demas que estaban al lado del Rey, le saludaron con las mayores muestras de amistad y de respeto. Memnon, Idaspes, y los demas á quienes habia vencido, cumplieron perfectamente con él, mostrando el mayor gusto en haber sido vencidos por un brazo que en una noche habia conservado toda la familia de Darío.

El Rey, lleno de gloria, le llamaba el genio tutelar de su casa; y me acuerdo que dijo estas palabras proféticas á aquellos que estaban á su lado : — Mucho me temo que una dicha tan grande y tan impensada no me traiga alguna infausta desventura. — Poco se destuvo en este pensamiento, y tomando su coche quiso que Oroondates le acompañase á palacio, donde le hizo poner cuarto, sin embargo de que se escusó con la mayor urbanidad.

Apenas llegaron cuando se entró el Rey en su gabinete, en donde llamando á Artajerjes y á mi amo, le mandó cerrar, y viéndose solo con ellos, le dijo así á mi Señor : — No es posible que siendo pariente y vasallo del Rey de los Escitas hayais dejado su corte para retiraros á la de su mas mortal y mas irreconciliable enemigo sin algun respecto muy superior : yo os suplico no me le oculteis, y creed que cualquie-

ra que haya sido el motivo tendreis en mi corte la mayor autoridad, y una acogida segura.

El Príncipe de los Escitas, despues de haber dado gracias al rey humildemente por los buenos y grandes ofrecimientos que le hacia, respondió con un discurso que ya tenia meditado. — Los dioses son testigos que en los dos cortos servicios que he tenido el honor de hacer á vuestra casa, jamas tuve otra consideracion que la de mi deber, y la del respeto á que me creí obligado por unas personas de condicion tan ilustre, y que nunca me propuse la gloriosa recompensa que recibo sin haber merecido la menor parte. Sin embargo, las personas mas confidentes y menos obligadas á sospechar de mi fe, no hicieron tal juicio; y con todo, cuando volví á mi Rey, fuí calumniado de estas dos acciones por aquellos mismos que me habian acompañado. Acaso su naturaleza depravada les obligaba á desaprobar aquello que era contrario á su inclinacion, ó envidiaban la gracia que me habian concedido los dioses, ó como es mas verosimil habian concebido este odio contra mí por haberles privado de un botin que se habian figurado abundantísimo en una presa tan importante. Cualquiera que sea la razon, me acusaron de traidor, y de que tenia con vos secreta inteligencia, y con sus pa-

labras artificiosas exasperaron de tal manera el espíritu del rey contra mí que se resolvió á hacerme quitar la vida. Fuí avisado de muchos de mis amigos de la resolucion que el Rey habia tomado; mas yo fundado en mi propia conciencia no hice caso, hasta que paseándome un dia con el Príncipe de Escitia, que me habia honrado siempre con su gracia, llevándome á un sitio retirado en donde sus acciones no podian ser notadas de nadie, escribió en la arena con la punta del dardo que llevaba en la mano estas palabras que yo leia mientras él las iba escribiendo : « Huye, Orontes, si no quieres ser muerto ; pero huye hoy, si no quieres morir mañana. » Viendo que yo habia leido la escritura, la borró con los pies, y dejándome confuso, se fué á buscar á los otros que le esperaban. Esta advertencia tuvo mas poder en mí que todas las otras, y me hizo creer que el Príncipe habiéndose obligado con juramento á no descubrir el secreto de su padre, se habia servido de esta astucia para salvarme sin irritar á los dioses contra él mismo. No me dejé lisonjear de la propia opinion, mas abriendo los ojos, y considerando el peligro que me amenazaba, partí la noche siguiente con el menor séquito que me fué posible, sin otro destino por entonces que huir de la cólera de mi Rey.

Al otro dia estando ya bastante alejado de nuestro campo, me acordé de la suma bondad del Príncipe de Persia, y de las ofertas que me hizo en recompensa de una pequeña demostracion de mi obsequio. Se me vino tambien entonces á la memoria la fortuna pasada en el encuentro de las Reinas, y me imaginé que no habiendo perdido la gracia de mi Rey sino por estos dos motivos, no seria totalmente abandonado, acogiéndome á vos, y que tendriais la bondad de proteger á un Príncipe inocente, y desterrado de su patria por la malignidad de sus enemigos.

Añadió á este discurso otras muchas palabras, al fin de las cuales le dijo el Rey : — Si no nos resultara una gran ventaja de vuestra desgracia, ciertamente nos doleremos con vos; pero nazca de lo que quiera la obligacion que nos poneis, nosotros no nos podemos desprender enteramente del afecto de nosotros mismos. Cuando el Rey de los Escitas no fuese nuestro enemigo, yo estoy obligado á protegeros por tantos respectos, que espondré mis Imperios y mi misma vida en vuestra defensa, no siendo justo que vos seais infeliz por habernos obligado con tanta generosidad. Aseguraos, pues, de que hallareis entre nosotros condiciones tan ventajosas como entre los Escitas, y que por la

Provincia de los Masagetas que perdeis, yo os daré á escoger la mejor de las mias sin que pretenda obligaros á que me reveleis el secreto de vuestro Rey, ni á tomar las armas contra él.

Mi Señor, arrojándose á sus pies, le besó la mano para agradecerle el favor que le hacia, y retirándose á su cuarto, halló que ya se habia dado orden para que se le pusiese casa y familia. Desde luego se le dispuso un equipage digno de su ilustre condicion, con tan fuertes pensiones para su mantenimiento, que no las hubiera tenido mejores en la corte de su padre. Ved aquí como quedó mi Príncipe asegurado cerca de Darío con tanta satisfaccion y principios tan felices, que perdió enteramente la memoria de los peligros á que habia estado espuesto, y de las dificultades que le quedaban que vencer.

Ahora me acuerdo el preveniros que este nombre Orontes, príncipe de los Masagetas, no era imaginario. Los Masagetas habian tenido en verdad un Príncipe de este nombre, de la edad de Oroondates, y que se habia criado con él; mas le perdieron en el primer pasage del Araxe por el naufragio de un puente de barcas que cayó desgraciadamente sobre él, y sobre otros muchos que tambien perecieron en

su compañía. Esta razon movió á mí Príncipe para no dejar este nombre que habia tomado en el encuentro con Artajerjes, creyendo que si llegaba la noticia á la Escitia, podria pasar por el verdadero Orontes escapado del naufragio, sabiendo ciertamente que por mas diligencias que se hicieron no pudieron dar con su cuerpo.

Entre tanto el rey de los Persas, que era el mejor y el mas generoso de todos los reyes, viéndose tan obligado á mi Señor, quiso corresponderle los servicios con pruebas de amistad y favores tan singulares, que pudiesen servir de ejemplo á la posteridad, y de estímulo á los mas frios en su obsequio. Le colmó de repente de tantas gracias, le honró con tantos cargos, y le aseguró su amor con tantas demostraciones, que ni Memnon, ni Mazeo, ni Artabaso, ni el mismo Oxiarto estaban en la corte con mas estimacion. Muchas personas, y particularmente aquellas que conocian bien la natural gentileza de Oroondates, se acercaban á este nuevo favorito; pues parecia que tenia una magia inevitable para atraer los corazones, y un lazó indisoluble para retener los conquistados. Todos los bienes que habia recibido de Dario los repartia entre los mas necesitados, negándose á su propia comodidad por satisfacer á su libe-

ral inclinacion. Cuantos codiciaban cargos y pensiones, solo acudian á Oroondates, y aunque él procedia con modestia estraordinaria con el Rey, andaba cauto, y nunca pedia sino con vergüenza. Era tan grande su moderacion, que sin ser importuno con el Rey, repartia sus favores á todos los que podian resentirse. Este modo de portarse le hizo tan grande lugar en los corazones de los cortesanos, que comprimiendo su natural envidioso, miraban con gozo su fortuna, y jamas nos dieron otro conocimiento que por mil que le adoraban; ó porque le conocian sin ambicion, y muy lejos del deseo de hacerse grande, ó por el maravilloso ascendiente que tenia sobre todos, ó lo que es mas cierto, por los beneficios con que obligaba á todo el mundo.

Las Reinas y las Princesas llevadas del reconocimiento, y de la inclinacion que tenian al valor de un Príncipe tan grande, y al mandamiento del Rey, litigaban sobre acariciarle, y dejaban la gravedad ordinaria á las damas de su condicion para darle pruebas de la sinceridad de su afecto. En sus tertulias hacian estudio particular de la estimacion de su persona. Contra la costumbre de los Persas, él tenia entrada libre en su cuarto, y en su conversacion; y por voluntad y mandamiento del Rey vivia con ellas

del mismo modo que el Príncipe Artajerjes. Mas todas las demostraciones de amor que recibia del Rey, de las damas y de toda la Persia, eran muy inferiores en comparacion á las de este Príncipe. Él le entregó absolutamente su corazon, y mi Señor tomó una amistad tan fuerte, y tan estrecha con él, que jamas se amaron dos con una pasion tan vehemente. El uno no podia vivir sin el otro, en la caza, en los ejercicios, y en las visitas de las damas. Al principio Oroondates le respetaba como le parecia era debido al Príncipe de los Persas, por el de los Masagetas; pero Artajerjes le representó muchas veces que semejantes respetos no le eran agradables, y le rogó con tanta eficacia que desistiese de su empeño, que mi Príncipe despues de bastante resistencia se dejó vencer, y empezó á tratarle como si no hubiera conocido su verdadera condicion.

Esta franqueza acabó de obligar á Oroondates, y le internó en esta amistad, por la cual recibió despues muy sensibles disgustos. Aseguraos, Señor, que el sol jamas ha visto persona mas amable que Artajerjes, y os debo confesar que yo no puedo atribuir ninguna buena cualidad á mi Príncipe, en que él no fuese ventajosamente dotado. Tiempo ha que ya conoceis su valor, su belleza era maravillosa, su bondad singular,

y en todas sus acciones tenia una gracia tan poco comun, que era imposible conocerle sin amarle. Yo no me maravillo que mi Señor se uniese tan estrechamente con él; pues yo mismo he sentido los efectos de su mérito, con una pasion que siempre me hará reverenciar su memoria.

Este recuerdo sacó algunas lágrimas á los ojos de Araxes, y Lisimaco, que hasta entonces le habia escuchado sin interrumpirle, despertando como de un profundo sueño en que le habia sepultado la admiracion y la atencion que habia tenido en la narracion de estos sucesos; — yo tomo parte, le dijo, en vuestros disgustos por grandes que sean; pero me habeis contado aventuras tan estrañas, en las que á mí me toca alguna cosa, que es imposible esplicar la confusion en que me habeis puesto. Pero proseguid, os ruego, y no temais que yo os interrumpa.

El Príncipe de Escitia; continuó Araxes, recibia alguna satisfaccion en las caricias de Artajerjes, de Darío, y de toda su casa; y hacia todo el esfuerzo posible para manifestar la obligacion que tenia. Mas su pasion, que infinitamente habia crecido con la frecuente conversacion con la Princesa, no podia alimentarse con esta felicidad y favores de que estaba colmado;

que aunque le eran amables comenzaban á importunarle á vista de aquellos que eran el blanco de su deseo. Cada dia veia á la Princesa, y la trataba con la mayor satisfaccion : y esta le miraba con tan buenos ojos, que se creia obligada á ser menos severa, y halagar á quien habia conservado toda la real familia; ademas de que las raras cualidades de mi Señor habian ya producido en su alma una parte de sus efectos ordinarios, y dado un ligero asalto á un espíritu que ya estaba preocupado de una obligacion tan poderosa. Esta conversacion acabó de perder al pobre Príncipe, que descubriendo en el espíritu y en las costumbres de esta soberana persona hechizos mas ventajosos que los que habia reconocido en su rostro, se abandonó tanto á su pasion, que perdió una gran parte de su bizarría, y el sosiego que le habia quedado.

La libertad que tenia con ella le ponia mas triste, y lo único que podia hacer por sí en la presente constitucion, era consolarse con la paciencia, y esperar la voluntad de los dioses sin tentar otro remedio para su alivio. Oroondates se figuraba que nadie sabia amar como él, y se afligia mas y mas no teniendo esperanza alguna de ser favorecido. Si se descubria, arruinaba todos sus proyectos, y peligraba su vida, la cual

todavía hubiera espuesto si la hubiera considerado ventajosa á sus intereses. Esta consideracion que me hacia el honor de comunicarme muchas veces, le resolvió á no descubrirse, y á presumir que podria ganar el amor de la Princesa, bajo el nombre de Orontes, hasta que asegurado con algunas pruebas, y autorizado en el espíritu del Rey por algun servicio de importancia, conociese mayor ventaja y menor peligro en descubrirse.

Continuaba entre tanto sus visitas, mas hablaba con la Princesa con tanto respeto, detencion y palabras agenas de todo sentimiento, y del amor que la tenia, que si algun suspiro no hubiera manifestado su pasion, era imposible conocerlo. Buscaba todas las ocasiones de complacerla y de servirla con aquella frecuencia y aplicacion que no se encuentra en las personas indiferentes. Sus ojos hablaban de manera que se hacian entender como interesados; pero la boca siempre muda, y la lengua pegada al paladar con tan profundo respeto, que dejaba sus oficios á los ojos y al corazon la pena de la temeridad que le acusaba. En este estado vivió dos ó tres meses; y las continuas inquietudes de su alma le mudaron de tal manera el humor, que haciéndose cada dia mas melancólico, y menos sociable, casi llegó á desconocerse.

Cuando yo intentaba consolarle, y condenar la flaqueza que mostraba, solo me respondia con suspiros y lamentos que me partian el alma de dolor, y me hacian detestar su pasion dañosa. Bien presto empezó á sentir el cuerpo las aflicciones del espíritu; y su primer color que era perfecto, se volvió tan amarillo, que no dejó señal alguna de aquel antiguo resplandor que maravillaba á los Persas. Artajerjes, que de dia en dia notaba una mutacion tan estraña, trabajaba no poco para saber el motivo; pero Oroondates lo disimulaba con alguna ligera mentira, y le ocultaba la verdad con todos los pretestos que podia discurrir. Procuraba Artajerjes divertirle con cuantos pasatiempos podia, mas viendo que todo era inutil, se compadecia de su mal con mucho sentimiento, y se afligia con tanto esceso, que conociendo mi Señor su afecto por unas muestras tan visibles, se esforzaba en su presencia á manifestar unos sentimientos que no cabian en su alma.

El Rey, que le amaba tiernamente, hizo cuanto pudo para alegrarle; y las Reinas y Princesas no omitieron medio alguno para apartarle de una melancolía que ya se hacia comun en la corte. Estando el Rey una noche en el cuarto de la Reina su madre, con la Reina su esposa, las Princesas sus hijas, y las damas mas bellas

de la Corte hablaban largamente delante de mi Señor, de la mutacion de color y semblante, alegando cada uno su razon; pero el Rey tomando la palabra, — Sin duda es el amor, dijo, el que tiene así al Príncipe de los Masagetas: él infaliblemente ha dejado alguna belleza entre los Escitas que le persigue entre los Persas, y en tal caso se venga del agravio que nosotros hacemos á su pais, privándole de un Príncipe que era su mayor ornamento.

Artabazo, que estaba cerca del Rey, añadió: — ¿Creis, Señor que entre nuestras damas no haya podido haber una belleza que haya producido un afecto tan perjudicial á nuestro gusto? Pues yo creo que Orontes ha perdido entre los Persas la libertad que él habia conservado entre los Escitas : pues aquí es adonde ha dejado aquel humor, y aquella bella presencia que trajo de su pais.

— Si es así, replicó el Rey, que entre nuestras damas haya alguna tan cruel que le deje en una situacion tan infeliz, desde ahora me declaro su mortal enemigo : y añado que juro por el Sol que yo recibiré como en mi propia persona todos los tratamientos que ella le hiciera.

Artajerjes aplicándose al parecer del Rey su padre, suplicó indiferentemente á todas las da-

mas conservasen á su querido Orontes; y la Reina misma añadió: — No creo yo que entre estas señoras haya alguna tan ingrata y desdeñosa que puede escasear la inclinacion á Orontes, ni que el crédito del Rey y la intercesion de un amigo no puedan obtener lo que no ha autorizado su mérito.

Oroondates, á quien penetraban estos discursos hasta el corazon, quiso responder alguna vez á tan corteses espresiones; pero temiendo que no podria dominar su pasion, y huyendo de que no se le deslizase alguna palabra, se fué adonde estaban la Princesa Roxana, Barcina, y Memnon, que hablaban en un balcon, y no los dejó hasta que el Rey se retiró á su cuarto; pero durante la conversacion jamas apartó los ojos de la Princesa, y estaba tan distraido, que Roxana concibió varias sospechas de la verdad.

Desde aquel tiempo viendo el interés que tomaba la corte en su alegre ó melancólico humor, y cuán miradas eran sus acciones, procuró disimular su disgusto, y no dar tanto motivo á la curiosidad de averiguar la razon, no queriendo descubrir con imprudencia, lo que ocultaba con tanto cuidado, y con tanta pérdida de su quietud. Esta violencia agravó su mal, y se hubiera ido insensiblemente acabando, si

lo que le sucedió no hubiera mudado ó alterado su fortuna.

La delicia de un dia, estraordinariamente sereno para la estacion en que estábamos, movió á las Princesas á salir al paseo del jardin de palacio. Acompañábanlas los mas bizarros y galantes caballeros; y al dejar el coche tomó la mano Oroondates á Estatira, Idaspes á Parisatides, Artajerjes á Roxana, y Memnon á su querida Barcina. Refaces, Ariobarzano, Orsino, y otros acompañaban á Arsinoe, Cleone y otras muchas damas de que la corte estaba bien provista. Tengo por ocioso describiros la belleza de estos jardines que habeis visto en su mayor lozanía, antes que la insolencia de algunas infames mugeres obligase á vuestro rey á la ruina del mas bello palacio y de la mejor ciudad del mundo.

Despues que todos juntos se habian paseado un rato, se dividieron segun la diversa inclinacion de las damas. Unos se fueron á las fuentes, otros á los cenadores, otros se reclinaron sobre la yerba, y otros se entretenian en ver las flores del jardin. Estatira, que se vió sola con Oroondates, distante veinte ó treinta pasos del resto de la compañía, y en una calle algo apartada, se valió de esta oportunidad para descubrir la enfermedad de mi Señor : y luego que vió que

nadie podia oirla, despues de haberle mirado con alguna reflexion un rato, le dijo así : — Orontes, por las pruebas que tenemos de vuestra modestia y bondad yo no puedo creer no querais complacer á las damas, y particularmente á aquellas que os estiman como yo : como yo, digo, que sin mentir estoy mas agradecida que todas aquellas á quienes podeis haber obligado con vuestro mérito.

Orontes atónito con el principio de este discurso, estuvo sin responderla un rato, mas finalmente inclinado con la mas profunda humildad, la dijo de esta suerte : — Señora, tengo tanta Gloria en serviros y en obedeceros, que cuando yo no estuviera obligado por deber y por inclinacion á estos servicios y obediencia, es muy alta la recompensa para dejar de complaceros.

— No esperaba yo otra cosa, replicó la Princesa de una atencion que me es tan conocida : mas si yo no quedase enteramente satisfecha de vuestro discurso, y el interés que tomo en vuestra benevolencia me hace desear otras pruebas, no por eso os debereis apartar ni un punto de la obediencia prometida, ni permitir que yo me sujeté al disgusto y vergüenza que pueda haber merecido mi indiscrecion.

El Príncipe no conociendo á donde podria

ir á parar este discurso, la respondió agitado del amor y del respeto : —No, Señora, no quebrantaré jamas el voto que he ofrecido de obedeceros eternamente, y aun cuando peligrase mi vida, este honor me hará abrazar este partido como la mas gloriosa fortuna.

—Esto es mucho, replicó la Princesa, y jamas la grandeza de mis obligaciones permitirá que yo reciba á tal precio el mayor bien que puedo desear. La oportunidad de la conversacion me hace ser curiosa, y acaso indiscreta, obligándoos á hablar contra vuestro humor, y tal vez contra vuestra resolucion. Y para no teneros mas suspenso, Orontes, yo os pido por la memoria de cuanto me habeis prometido, y por el respeto de lo que mas amais en este mundo, me descubrais el objeto de vuestra pasion. Os digo, Orontes, con la verdad posible, y os protesto que esta súplica no proviene de mera curiosidad, sino de verdadera compasion de vuestro mal y del deseo de procurar aliviarle con todos los medios que dependan de nuestra asistencia y del crédito del Rey mi padre.

Si al Príncipe le hubiera herido un rayo, no hubiera quedado tan aturdido, y tan confuso como le dejaron las espresiones de Estatira. No pudo menos de retirarse dos ó tres pasos, y de mudar el color dos ó tres veces con unos movi-

mientos tan violentos y perdidos, que considerando la Princesa sus acciones con espanto, casí se arrepintió de haberle puesto en tanto estrecho, y mucho mas cuando levantando sus ojos, vió que Oroondates no podia contener las lágrimas que corrian de los suyos. Pero contenido un poco, y mirando con toda reflexion á Estatira: — ¡ Ah, Señora ! la dijo con una voz toda mudada, ¿qué es lo que me pedís?

Esta pregunta la repitió dos veces, y continuando el paseo sin hablar, á la manera de quien se halla en una mortal agonía, revolvió mil ideas en su cabeza que cedieron finalmente á su última resolucion. Paróse, y volviéndose al lado de la Princesa tan mudado que ella quedó medio turbada : — Sí, Señora, la dijo, estoy resuelto á obedeceros; y aunque veo mi muerte inevitable en la ejecucion y cumplimiento de vuestro deseo, me acuerdo muy bien que en los ofrecimientos que os hice no esceptué por obedeceros esta circunstancia.

La Princesa tan aturdida como él, y acaso dudando de la verdad, sintió mucho haber pasado tan adelante, y cortándole la palabra : — No, no, le dijo, Orontes, yo no quiero unos votos de esa naturaleza; creí ciertamente pediros una cosa ligera; pero pues es de tanta im-

portancia, desde luego os dispenso, si lo quereis, de cuanto me habeis ofrecido.

El Príncipe, que despues de un molesto combate consigo mismo estaba ya resuelto, no quiso perder esta bella coyuntura, por si acaso no se le presentaba otra; y atropellando por este peligroso pasage, la dijo con una voz algo mas atrevida : — Señora, ya no es tiempo de dispensarme de una obligacion en que estoy empeñado por mis promesas y por otras consideraciones mas poderosas; y ese piadoso cuidado que manifestais por la conservacion de mi vida no me será inutil cuando sepais que ella solamente depende de vos. Los dioses son testigos, continuó, levantando los ojos y las manos á los cielos, que solo vuestro mandato podia arrancar de mi boca una confesion que me será muy fatal, y que sin vuestro orden espreso hubiera tenido siempre secreta hasta el sepulcro : pues sin la menor duda, mejor hubiera querido morir callando, que desagradaros por una temeraria declaracion : mas ya que ademas de la obligacion que tengo de obedeceros, veo mi pérdida evidente; yo la creeré la mas justa y mas legítima, cuando por no apartarme de vuestro gusto os haya declarado que sola vos sois la causa de mi mal. No os sorprenda, Señora, esta insolente confesion, ni por horror ó

por resentimiento aparteis los ojos de este desgraciado. Ello es cierto, Señora; ya lo he dicho, yo muero; y si me es permitido volverlo á repetir en el último instante de mi vida, yo muero por vos; y si acaso es poco una muerte para satisfacer tanto delito; culpad á los dioses que no me han concedido mas de una vida para reparar una ofensa, cuya espiacion pedia mas de mil.

Hubiera el pobre Príncipe dicho mucho mas; pero la Princesa tocada en lo vivo por una declaracion tan libre, conociéndose hija del mas grande y mas soberbio de todos los Reyes, y no creyendo que se pudiese hallar un Príncipe en el mundo que tratase con ella en tales términos, apartó súbitamente la mano, y se fué á sentar sobre un monton de yerba mirándole con el mayor enojo, mientras el Príncipe recostado á un arbol esperaba temblando la sentencia de su muerte. Pensó ella largamente la respuesta que debia darle, vacilando entre la cólera y la compasion. No dejaba Estatira de mirarle con alguna voluntad; y aunque se veia sumamente ofendida, tenia presente cuanto habia hecho por ella, y por los suyos (reflexion verdaderamente digna de alguna consideracion) para borrar una ligera ofensa del espíritu por una persona tan estrechamente obligada. Esta conside-

racion la suavizó un poco, mas no la embarazó para darle una respuesta con mucha frialdad y moderacion.

—Orontes, le dijo, si las obligaciones que yo os tengo por la salud de mi hermano, y por la libertad de toda nuestra Real casa, no compensaran la falta que habeis cometido, no me faltarian medios de haceros conocer la naturaleza de una ofensa, á la que sin duda os ha dado entrada el buen tratamiento que se os ha dado en esta Corte: mas ya que á mi pesar os estoy obligada, y que por mi curiosidad impertinente tengo mucha parte en vuestra falta, yo la quiero callar con la condicion de que jamas me habeis de hablar de semejantes locuras, y que perdais eternamente esta memoria so pena de mi mortal enemistad.

Fueron tan sensibles estas palabras á mi Príncipe, que le quitaron el uso de la voz y de todos los sentidos, y le hicieron caer á sus pies sin alguna apariencia de vida. Penetrada la Princesa de este lastimoso espectáculo, ó en fuerza del espanto, ó del afecto que le tenia, arrojó un grande grito. Dos de sus damas, que no estaban muy lejos, corrieron presurosas, y detras de ellas Barcina y Memnon, y poco despues Artajerjes, y la demas compañía. El dolor

de todos fué vehementísimo, pero breve; porque Oroondates volviendo luego en sí, les quitó el temor que les habia ocasionado su desmayo. Él quedó avergonzado sobre manera al verse en medio de toda la compañía, y en los brazos de Artajerjes que le bañaba el rostro con sus lágrimas. Mas cuando recobró sus sentidos y la razon, temió haber descubierto por este accidente lo que tanto procuraba ocultar, y habiéndose levantado, pidió perdon á todos de la turbacion que su indisposicion les habia causado; y con una mirada algo funesta á la Princesa, se despidió, y se retiró con el Príncipe Artajerjes, que no le quiso dejar, y con otros muchos que le acompañaron á su cuarto.

Queria proseguir Araxes su discurso, y Lisimaco le escuchaba tan atentamente que no pensaba en comer; y aun hubiera pasado así todo el dia, si Amintas y Polemon no les hubieran interrumpido con este fin. Entráronse en la casa, y habiendo tomado Lisimaco el corto alimento que le permitian sus inquietudes, se fué al instante al cuarto de Oroondates, á quien no miraba sino con asombro y admiracion. Le halló descansando, y no queriendo incomodarle, tomó á Araxes por la mano, y le llevó al mismo lugar en que habian pasado la mañana, asegurándole por esta accion cuanto gusto tenia en

oirle. El fiel Araxes, que conocia su deseo, y que solo estaba contento cuando hablaba de su amo; sin hacerse rogar prosiguió su discurso de la manera siguiente.



LIBRO SEGUNDO.

El accidente que sobrevino al Príncipe fué recibido en toda la Corte como una indisposicion corporal; y de todas las personas, que habian estado presentes, ninguna hubo que adivinase cual fuese la verdadera causa. Luego que estuvo en su cuarto, quiso el Príncipe Artajerjes que lo llevasen á la cama para descansar el resto del dia sin que nadie le incomodase. Obedeció prontamente Oroondates, y Artajerjes despues de haberle estrechamente abrazado, le animó á que se alegrara, y se retiró llevándose consigo á todos aquellos que le habian acompañado. Cuando el Príncipe se vió en libertad, los suspiros, los sollozos, y las lágrimas se desata-

ron con tanta violencia, que yo creí llegaba la hora de rendir su alma. Acerquéme con el fin de consolarle, y para participar de su afliccion como lo acostumbraba : mas apenas iba á articular la primera palabra, — Deja, Araxes, me dijo, deja morir en paz á este desgraciado, y abandona la fortuna del mas miserable de los hombres. Toma el resto del dinero, joyas, y alhajas que han quedado, y marcha á ver tus parientes y los mios, y procura perder con su vista la memoria de quien te envolverá en sus ruinas, si te obstinas en acompañarle. He permitido tu asistencia en tanto que he podido vivir, mas ahora que se me ha prohibido, y que ya he recibido la cruel sentencia de mi muerte, abandona á este desgraciado para siempre, y ve á decir al Rey de los Escitas la funesta aventura de su hijo. Díle que yo he muerto por un soberano decreto, pero un decreto pronunciado por la boca mas bella del mundo. Díle que Darío se venga por medio de su hijo de la desecha de sus tropas, y que yo pago la pena de tantos millares de Persas que él ha degollado cruelmente.

Díjome todavía otras muchas cosas que me pasaban el corazon de compasion, y me estrecharon á responderle con un diluvio de lágrimas que derramé al lado de su cama. Yo queria alegarle otras razones, para serenarle, pero él me cerró

la boca diciéndome: —Basta, Araxes, no hablemos mas, Estatira quiere que yo muera, y yo estoy determinado á obedecerla: guárdate de oponerte á mi intencion, pues ya sabes que no ignoro los medios de efectuarlo. Sí, bella Princesa, continuó alzando los ojos al cielo, y cruzando las manos sobre el pecho; se cumplirán vuestras órdenes conforme lo deseais, y no habrá necesidad de la asistencia de los vuestros para castigar la ofensa que os he hecho. Si ahora me prohibís la palabra y el pensamiento, tambien debierais haberme prohibido la entrada en vuestra tienda aquella noche fatal, en la cual aseguré vuestra casa de la insolencia de los Escitas. Este corto servicio, del cual aunque á vuestro pesar os confesais deudora, os hace disimular mi error, no echando de ver que lo que vos llamais error os debe ser mil veces mas considerable que este servicio. En el primer encuentro yo obré como caballero y como Príncipe, mas en abandonar ahora los mios, y despojarme de los sentimientos de la naturaleza por buscar á vuestros pies una muerte inevitable, he obrado como Príncipe que os ama, y como Príncipe que muere por vos. Vos ignorais estas obligaciones, mas las que conoceis son demasiado considerables para hacerme esperar el mismo suceso que por las que os son desco-

nocidas. En fin, vos me amenazais con vuestra enemistad eterna. ¡Ah cruel! ¿Pero qué accion es la mia para tanto castigo? Examinad la naturaleza de mi crimen, y no me hallareis tan culpable que con mi muerte no pueda eximirme de una parte de esta amenaza. Vuestra enemistad durará mas que mi vida; ¿pero podreis vos aborrecer un espíritu que solo abandona el cuerpo por complaceros? No, no, Princesa mia, no sois tan dura; esta satisfaccion sin duda os contentará; y cuando yo deje de ser, dejaré tambien de causaros horror.

A este tenor hizo otros muchos discursos, y aunque hice mil esfuerzos para que tomase un poco de alimento, lo rehusó siempre con la mayor obstinacion, pasando al fin toda la noche en lamentos que ablandarian al corazon mas insensible. A la mañana siguiente habiéndome acercado á su cama, le hallé con una terrible calentura. Luego que vino el dia el Príncipe Artajerjes pasó inmediatamente á visitarle, y viéndole en tal estado, se afligió en estremo; y haciendo llamar á los médicos, le obligaron á instancias mias á que tomase alguna cosa en su presencia; pues sin esta asistencia yo no le hubiera podido reducir. Por no hacer patente á todo el mundo su descsperacion, siempre obedecia á Artajerjes, mas en apartándose este, lo

rehusaba todo, y se burlaba de las disposiciones de los médicos.

Este mismo dia vino el Rey á visitarle, y mostró tanto disgusto en su indisposicion, que se le redobló el dolor al Príncipe por ver la parte que todos tomaban en su dolencia. Vinieron tambien las Reinas, y la Princesa Parisatides; porque la Princesa Estatira temiendo que su presencia, ó su semblante, descubriesen alguna cosa, fingió estar indispuesta para escusar la visita. El pobre enfermo, que no formó con esto un juicio razonable, sintió tanto esta inhumanidad, que se le redobló la calentura con mayor violencia. Pasó esta segunda noche como la primera; y luego que llegó el dia pidió sus vestidos. No estaba todavía en estado de vestirse, y resistí cuanto pude en obedecerle; pero viendo en fin que él absolutamente lo queria, y que comenzaba á airarse con los criados, tuve paciencia esperando en qué pararia su designio. Despues que se vistió, se fué con mucha fatiga á su gabinete, mandándome no dejase entrar á nadie sino al Príncipe Artajerjes, quien apenas se habia encerrado, entró en el cuarto. Acercóse á la cama dulcemente, y quedó admirado cuando no le vió en ella, y mucho mas cuando yo le dije á donde estaba, y la orden que me habia dado. Antes que Artajerjes entrase en el gabi-

nete, le supliqué interpusiese su crédito y autoridad para hacerle mudar esta manera de vida, y el Príncipe respondió que pondria todos los esfuerzos posibles.

Entrado que fué, y dádole los buenos dias, corrió presuroso Artajerjes á abrazarle; pero mi Señor deteniéndole cuanto le permitia su flaqueza: — No, Artajerjes, le dijo, no es á mí á quien debeis hacer estas demostraciones: es preciso que desde ahora mudeis de vida conmigo, y que dejeis con vuestro error una amistad que yo no he merecido, y que yo no puedo conservar sin engañaros. De cualquiera favor que yo reciba me conozco culpado en la traicion que os hago; y no teniendo que temer, tampoco tengo que disimular.

Confuso Artajerjes con este discurso esperaba la continuacion con espanto, y entre tanto Oroondates con violencia mayor de lo que le permitian sus fuerzas, prosiguió diciendo: — No os admireis, Artajerjes; y ya que habeis deseado tanto saber la causa de mi mal, con ella sabreis la culpa, el nombre, y la condicion de aquel que habeis honrado con vuestra amistad. Pero antes (continuó cogiendo un puñal que estaba sobre la mesa, y presentándosele por el puño) tomad este acero capaz solo de vengar mis crímenes, y cuando haya acabado de proferir la última pa-

labra pasad el corazon de este traidor que ha mirado vuestra franqueza con disimulacion : no os detenga nuestra amistad. Y aunque yo conservo tiernamente la memoria, ella se acabará muy presto por vuestra parte : no creais que por esta accion violais sus derechos : ella es conforme á vuestro estado, agradable á todos los vuestros, y quitándome del mundo, acabais con un enemigo que no seria despreciable si su aborrecimiento fuese hereditario. En fin, no me considereis mas como Orontes, Príncipe de los Masagetas, que felizmente os hizo un servicio de poca importancia : consideradme como Oroondates, Príncipe de los Escitas, y legítimo sucesor de aquel que tantas veces ha regado la campaña con la sangre de vuestros vasallos; y finalmente como á persona, y por esto mas criminal, a traida á esta Corte por la belleza de vuestra hermana la Princesa Estatira, cuyo aborrecimiento me ha reducido al estado lastimoso que me veis. Vos no sereis vituperado porque quiteis la vida á quien teneis tantos motivos de aborrecer. El Rey vuestro padre estará gustoso, y vuestra hermana, que sin conocerme ha mamado el odio con la leche, os quedará muy obligada.

Artajerjes, á quien un accidente tan impensado habia dejado tan inmovil como una estatua, no sabia si velaba, ó si dormia, no pudiendo

dar crédito á un suceso tan estraordinario. Se le hubiera tenido por muerto si las lágrimas que vertia no hubieran dado señales de que estaba vivo.

Entre tanto Oroondates persistia en su designio, y viéndole tan lento en tomar venganza: —Estas lágrimas, prosiguió él, desmienten vuestro bizarro valor, esta resolucion desdice de la generosidad de Artajerjes. No dejeis, pues, perder esta ocasion de vengaros de un tan poderoso enemigo, y de obligar á un amigo fiel. La muerte me será mas gloriosa por vuestra mano, que por la mia propia; y cuando una ú otra me la rehusen, el amor, el dolor, y la enfermedad estan prontos á complacerme.

Artajerjes, que hasta aquí le habia mirado con la mayor atencion, se dispertó como de un profundo sueño, y conociendo ser verdad todo lo que decia, despues de haberlo considerado mucho tiempo, se arrojó de repente á él, teniendo pasado el corazon de dolor, y de gozo todo junto, y permaneció así largo tiempo sin poder articular una palabra. Aunque Oroondates le amaba mas que á sí mismo, como el estado presente le tenia incapaz de gozar ningun contento, recibia al principio sus caricias con bastante frialdad; mas considerando despues el amor tan grande con que el Príncipe le acariciaba, aun

despues de una declaracion que le dispensaba de todo, se avergonzó de tanta generosidad : y estrechándole entre sus brazos cuanto le permitia su debilidad, le hizo conocer al instante que con el nombre y condicion de Orontes no se habia desnudado del afecto. Estaban tan estrechamente abrazados que parecia no habia mas que uno solo.

Mas habiendo disipado el tiempo el espanto de Artajerjes, y dadole campo para reunir los espíritus desmayados, respondió á mi Señor, con un semblante sereno, estas palabras : — Gran Príncipe, el error en que me ha precisado á vivir vuestra disimulacion, me da tanto disgusto, cuanto es el honor y gozo que recibo con esta fortuna no esperada. Yo he faltado infinitas veces contra vos, y si no estuviera bien asegurado de vuestra bondad, no esperaria perdon, como (si me es permitido decirlo) vos no le alcanzareis sino muy tarde de un juicio que me ha ofendido gravemente. Habeis podido creer, cruel Oroondates, que la mudanza de vuestra condicion y el odio de nuestros padres haya podido cambiar la buena voluntad que os he profesado, y que Artajerjes haya tenido un corazon tan indigno, que se quiera aprovechar de una ocasion tan impropia para vengarse de un enemigo á quien debe la vida y la libertad. No,

no, Príncipe generoso, la posteridad no se avergonzará de un crimen, cuya mancha estaria siempre impresa en la sangre real de Persia, y nadie me podrá jamas reconvenir que el conocimiento de Oroondates haya borrado la memoria de los beneficios recibidos de Orontes. Habiéndoos amado como Orontes, yo os honraré como á Oroondates; y si la mutacion de vuestro estado me permite el uso de la primera libertad, yo siempre os amaré como á mí mismo, puesto caso que me es imposible vivir sin ser amado de vos. No me negueis, gran Príncipe, la nueva seguridad que os doy ahora de mi modo de pensar; ni me rehuseis la confirmacion de la que he recibido de vos. Si Estatira, que se puede tener por dichosa de vuestro amor, no es del mismo parecer, no la conoceré por hermana, y desde luego me declaro su mayor enemigo. Yo espero sin embargo que el conocimiento de vuestros méritos y de vuestro nacimiento, juntamente con la fuerza de mis súplicas, harán algun efecto en ella, contra quien abrazo vuestro partido con una pasion tan ardiente, que bien presto conocereis hasta donde llega mi amor por vuestros intereses. Yo no pretendo otra recompensa que la mutacion de vuestra vida, pues la mia no será gustosa mientras esteis tan afligido; por lo que desde hoy en adelante debeis contar

con mi aplicacion y cuidado en cuanto sea de vuestra satisfaccion.

Es imposible que yo os pueda esplicar el asombro y alegría de Oroondates. Elevándose su esperanza sobre promesas tan dulces, quedó enteramente mudado, y las espresiones de una amistad que le era tan amable y ventajosa produjo un pronto y maravilloso efecto, así para la salud del cuerpo, come para el descanso de su espíritu; pues se dividió de tal manera de su mal para corresponder á las bizarrías de Artajerjes, y se empeñó tanto en las protestas de servicio y amistad, que no hubiera cesado, si el Príncipe, que siempre miraba por su salud, no se hubiera empeñado en que se volviese á la cama, no queriéndole escuchar hasta que se restableciera. Obedeció Oroondates, y recostado Artajerjes en el lecho, quedando yo solo en el cuarto, me mandó le contase todos los sucesos del Príncipe, que habia ignorado hasta aquel dia; pero mi Príncipe, sin embargo de las contradicciones que Artajerjes le hacia á causa de su indisposicion, quiso contarlos él mismo, creyéndose solo habil para esprimir su pasion.

Tomó, pues, el discurso desde el principio de su amor, no disimulando ninguna particularidad, hasta las palabras de la Princesa que le habian ocasionado aquel sentimiento que él igno-

raba, y que espresó con tal viveza, que esta memoria le hubiera reducido al primer estado, si el Príncipe que le habia escuchado sin interrumpirle no le hubiera consolado con estas palabras : — Aunque la desconfianza y obstinacion que habeis tenido en ocultar al amigo mas fiel que tendreis jamas vuestras penas, me tocan muy al vivo, no me quiero acordar de esta injuria, habiendo vos olvidado otras muchas mayores y mas importantes ; y sin atender á la ofensa que hago á quien me ha puesto en el mundo, yo me empeñaré de tal manera por vos, que acaso no os seré inutil. Estatira me ama, y vos sois digno de ser amado : estos dos puntos me hacen esperar toda suerte de prosperidad, si la vuestra depende de la suya, rogándola yo como amigo vuestro, y aconsejándola como hermano suyo, aseguro que nos escuchará, y creo que ella no os aborrece ; antes bien ademas de las obligaciones que nos debe, me atreveria á jurar que hay pocas damas en la corte que no os tengan inclinacion : no atendais á las palabras que os ha dicho, pues, en ellas no se ve ninguna aversion á vuestra persona. Ya podeis considerar que un encuentro tan impensado y un discurso tan repentino de una persona tenida por inferior á su condicion era dificil que no la sorprendiese. No ignorais las co tumbres de su

sexo, y particularmente de las de semejante condicion ó nacimiento. Haced las debidas reflexiones, y en vez de precipitaros á una desesperacion indigna de vuestro valeroso aliento, recobrad vuestra primera salud y vuestro primer humor, y esperad de vuestro mérito y mi asistencia toda satisfaccion.

— Y vos, respondió Oroondates, esperad de mí todo lo que se puede aguardar de un Príncipe á quien sacais de la sepultura, y que abrazará con igual pasion el bien que le prometeis, como las ocasiones de sacrificarse en vuestro servicio.

Despues de estos y otros muchos discursos, se despidió Artajerjes para empezar á trabajar en el asunto, y dejarle descansar. Y digo descansar, porque verdaderamente ya comenzaba á gustar un poco de quietud entre tan dulces esperanzas, y á abandonar aquel deseo de morir en que estaba tan obstinado; y aunque el esceso de aquel dia le habia trastornado alguna cosa, la calentura no fué mayor; antes bien dos horas despues de la ausencia del Príncipe de Persia los médicos hallaron menos desarreglado el pulso, y señas mas evidentes de alivio en la voz y en el rostro.

Entre tanto, el Príncipe Artajerjes, dando gracias á los dioses por la merced que le habian

hecho, suministrándole el modo de satisfacer alguna parte de lo mucho que debia á mi Señor, determinó á abrazar la ocasion con tal cuidado que no se le pudiese acusar de ingrato; y deseando avivar mas el negocio, luego que salió del cuarto de mi Señor (como yo lo supe despues por la boca de mi Príncipe) se fué al de la Princesa Estatira. La halló con solas sus damas y no queriendo testigos en lo que la iba á decir, la suplicó entrase con él en su gabinete. Cerrada la puerta la hizo el Príncipe sentar á su lado, y despues de haberla mirado un rato sin hablarla, la tomó las manos; y apretándolas con las suyas, con un eco de voz menos seguro que lo que él acostumbraba, la dijo así : — Hermana mia, ¿no es verdad que me amais en estremo?

— Hermano mio, respondió ella, no sé con qué fin me preguntais una cosa de la cual yo no creo que dudeis.

— Pero yo entiendo una estimacion que está muchos grados sobre la comun, dijo el Príncipe, y de la que me dareis pruebas cuando os las pida.

— Era preciso, respondió la Princesa, que estas fuesen poco menos que imposibles; pues no hay mas verdad en que yo soy Estatira, que

en que amo al Príncipe Artajerjes sobre todo cuanto hay en este mundo.

— No pido tanto, replicó este, ni envidiaré jamas á cualquier otro aquello que él ha merecido mas que yo. No os maravilleis, hermana mia, prosiguió, si os propongo algunas cosas que vuestro modo de vivir debe tener sin duda por estrañas. Yo he creido verdaderamente que me amais, y sobre esta fe he fundado mi vida. Pero considerad bien, hermana, la confirmacion que me habeis hecho, acordándoos que si pensais en arrepentiros cuando os pida alguna prueba, vos no debeis tener á Artajerjes por vuestro hermano, sino por un hombre, á quien habeis gravemente ofendido, y á quien infaliblemente habeis echado al sepulcro.

Hasta entonces la Princesa no habia puesto cuidado particular en el discurso; mas viendo con la alteracion que la hablaba su hermano, le respondió con mas seriedad : — El Príncipe de Persia, le dijo, tiene tanto amor á su hermana, que jamas la pedirá cosa que sea indigna de los dos ; y así puede estar seguro que no perdonará á su propia vida si se la demanda en prueba de su amistad.

—Yo daré siempre la mia, respondió el Príncipe, por la conservacion de la vuestra, y consentiré mas presto en mi perdicion que en vues-

tro perjuicio. Teneis razon de creerlo, querida hermana mia ; y yo me persuado tambien que no siendo mi pretension sino de cosa justa, y á vos facil, no os escusareis de hacerla, particularmente cuando se trata de la salud de vuestro hermano : en fin, por no entreteneros mas, os pido la conservacion de mi propia vida en la de mi querido Orontes. La una y la otra dependen absolutamente de vos, y no debeis juzgar del estado en que me hallo sino por aquel mismo en que habeis á Orontes reducido. Si él muere, es imposible que yo viva : si él vive, á vos os debo la salud, y á mí mas que á él me haceis sufrir la pena rigorosa de la presuncion de que le curais. No os admireis, hermana mia : á lo último de la vida él me ha descubierto cuanto le ha pasado con vos, y en aquella misma hora se me ha dado á conocer ; pero conocer de tal manera, que puedo muy bien sin haceros agravio alguno, ni menos á la corona de Persia, pedir por él lo que vos podriais negar á Orontes. No os detenga su condicion, pues es igual á la nuestra, y no debemos por ningun respecto despreciarla. No es del caso deteneros mas; porque ademas de lo que le debeis á él, y el afecto que me manifestais á mí, sois bastante discreta para que merezcais os confie un secreto de tanta im portancia, y para obligarme á deciros que no es

á Orontes, Príncipe de los Masagetas, á quien sois deudora, sino al valeroso Oroondates, hijo del grande Emperador de los Escitas, y legítimo sucesor del imperio mas poderoso de la Europa. No os espanteis, querida hermana, y recibid esto que yo os digo como una cosa tanta mas verdadera, cuanto parece mas imposible. Este no es un Príncipe fugitivo, que por huir la cólera de su Rey ha buscado el refugio en nuestra corte : es un príncipe, que amándoos tiernamente desde aquella vista que á él le fué tan fatal, y á nuestra casa tan ventajosa, ha abandonado la amistad de su padre, y el sitio en que el cielo le ha hecho nacer soberano : ha corrido tantas tierras enemigas, y se ha espuesto á mil manifiestos peligros por veros y dedicaros una vida que solo ha conservado para vos.

Queria proseguir el discurso, cuando la Princesa, que le habia oido con muchísima atencion y maravilla, no permitiéndole pasar adelante : — ¡Oh dioses! dijo, ¿será posible que mi hermano me engañe? ¿Os debo creer, hermano mio?

— Sí, me debeis creer, dijo Artajerjes, porque os hablo de veras; y os suplico que le recibais como pide su nacimiento, su amor, su mérito, y los servicios que os ha hecho.

— ¿Y quereis, respondió Estatira, que ame

yo al hijo del mayor enemigo de nuestra casa, y de todos los nuestros, sin considerar cuanto puede ofender esta voluntad á quien os ha dado el ser? ¿Y no aprobareis que sobre este particular yo os desobedezca?

— Me seria mas cruel, dijo Artajerjes, esta desobediencia que la misma muerte, habiendo profesado con el Príncipe de los Escitas tal amistad, que ya desde hoy son nuestras fortunas comunes: y os suplico que si no me quereis complacer en salvarle, no me detengais mas; y creed que no volvereis á ver á Artajerjes hasta que os conviden para asistir á su entierro

— ¿Es posible, replicó la Princesa, que tengais tanta pasion por una persona que ha derramado tantas veces la sangre de los vuestros, y con quien no podeis tener paz mientras su padre, y el vuestro vivan?

— ¿Y es posible, respondió el Príncipe, cruel hermana, que conserveis todavía esa memoria despues de tantas obligaciones que la debian haber borrado de vuestro espíritu? ¿Son acaso vuestros intereses mayores que los mios? ¿Y podeis vos mirarle como Oroondates que hizo ver su valor en daño de los nuestros cuando aun no nos conocia, sin considerarle al mismo tiempo como aquel que ha salvado el honor, la libertad y la vida de vos y de todos los vuestros,

y que solo por veros y serviros no ha tenido dificultad en dejar su partido, en abandonar su reino, y en esponer su cabeza al furor de sus mayores enemigos? ¿Una injuria imaginada os puede hacer olvidar tantos servicios, y os puede preocupar de tal manera que os embaraza conocer lo que debeis á los afanes, y peligros á que se ha puesto por vos? No es creible, hermana mia, que vos podais corresponder á tanta deuda; y cuando hagais mucho mas de aquello que yo os pido, no os desquitareis ni siquiera de una parte. Ademas de sus intereses y los mios, consideremos, hermana mia, los vuestros, porque como ya os he dicho, yo nada deseo que os pueda ser perjudicial. ¿Acaso podeis vos lograr un Príncipe mas grande, y un partido mas conforme á vuestro nacimiento? ¿Quereis vos una persona de mas garbo? ¿Es posible que sus escelentes cualidades, y aquel rostro capaz de penetrar las almas mas salvages, no os encanten? Hermana mia, si hasta aquí habeis sido insensible, ya es tiempo de dejaros vencer. Bastante ha sido la resistencia que habeis hecho á sus méritos, á las obligaciones que le debeis, y á los ruegos de un hermano que os ama mas que á sí mismo.

A estas palabras añadió el Príncipe otras muchas capaces de ablandar un alma mas endure-

cida que la de la princesa, y en la que hallando buena disposicion la estrechó finalmente á rendirse á unas consideraciones tan eficaces. Estuvo sin embargo un gran rato sin responder á las reflexiones de su hermano, que no olvidó ni las lágrimas, ni los discursos para moverla, unas veces abrazándola tiernamente, y otras veces arrojándose á sus pies. En fin, alzando la cabeza como si volviera en sí de un éstasis profundo, le miró con ojos menos severos, y echándole los brazos al cuello, le dijo : — Y bien, hermano mio, ¿qué debo yo hacer para satisfaceros?

Lleno el Príncipe de gozo, despues de haberla abrazado estrechamente, la respondió : — Es preciso que cureis al pobre Oroondates con un tratamiento contrario á aquel que le ha puesto en los términos en que se halla.

— ¿Y bastará esto para vuestra satisfaccion, dijo la Princesa?

— No, hermana mia, respondió el Príncipe; cuando le hayais sacado del peligro en que le habeis puesto, conviene que reconozcais sus servicios, permitiéndole la esperanza de un afecto que tiene bien merecido.

— Ea pues, dijo la Princesa, os concedo todo lo que me habeis pedido. No es posible que yo pueda resistir una cosa en que vos tomais tanto

partido. Yo permitiré que me ame por vuestro amor.

— Esto no basta, interrumpió Artajerjes; su amor pide mucho mas, y merece que su propia consideracion os obligue. Añadid esta demostracion á la otra si quereis que yo sea el mas feliz de todos los hombres.

— Muy importuno estais, respondió la Princesa : mas ya que he hecho tanto, yo no quiero rehusar cosa alguna, y desde ahora os dejo el cuidado, y toda la conducta de un afecto en el que me habeis empeñado, y en donde preveo mucha oposicion. Vuestra prudencia la superará, si puede, y os acordareis de que yo no tengo parte alguna en una falta que vos me haceis cometer.

Colmado de alegría el Príncipe, despues de infinitas gracias, procuró quitarla todos los temores que tenia, y contándola las particularidades de la vida de mi Señor, no se ausentó de ella hasta que conoció mucha voluntad por Oroondates, y mayor deseo de concurrir á su salud con la posible diligencia. Para no retardarla mas, el Príncipe obligó á su madre la reina á que le visitase aquella misma noche. Hicieron la compañía sus hijas las princesas, y él quiso tambien hacer su visita con ellas. La princesa Estatira entró en el cuarto temblando, considerando lo

que iba á hacer, y la repugnancia que sentia por las cosas que su hermano pretendia de ella. Acercóse finalmente al lecho de mi Señor con tanta confusion y vergüenza, que cualquiera que la hubiera mirado lo hubiera conocido en su rostro. No obstante como ya le tenia buena voluntad, y le veia en un estado tan lastimoso por su amor, la piedad acabó de introducir el afecto, y la redujo á vencer todas las dificultades para satisfacer á su hermano, corresponder á lo que debia á mi Señor, y seguir los movimientos de una inclinacion bastante adelantada. Despues que la reina le preguntó por su salud, y estuvo un rato con él, el príncipe Artajerjes fingiendo que tenia que decirla alguna cosa, la tomó de la mano, y lo mismo á la princesa Parisatides, y se las llevó cerca de un balcon, donde las entretuvo con algunos discursos premeditados para tal efecto.

Entonces la princesa Estatira se vió en una confusion tan estraña, que tuvo la mayor pena en resolverse, y en acordarse de sus últimas resoluciones. Mi Señor temblando de amor y de respeto, no se atrevia á levantar los ojos, y avergonzado de vivir, parecia la pedia perdon con su silencio y con algunas lágrimas que la acabaron de vencer, y la precisaron á dar tales señales de compasion, que bastaba para descubrir el

verdadero motivo. Ella se resistió fuertemente, y acercándose á mi Señor, le dijo con una voz tan baja que él solo pudo sentirla : — Con que, Orontes, ¿os quereis morir?

— Sí, Señora, respondió el Príncipe ; él lo quiere como debe ; y si ha dilatado tanto daros muestras del cuidado que tiene en complaceros, no le acuseis, Señora, pues él ha hecho cuanto ha podido y ha debido para satisfaceros.

— Pues yo quiero que Orontes muera, dijo la Princesa, con tal que viva Oroondates.

Perdido de gozo el Príncipe, poseido del espanto y del todo sorprendido, estuvo algun tiempo tan parado y confuso, que no supo hallar palabras para responderla : no obstante, viendo que la reina se iba poco á poco acercando, la dijo así : — Oroondates vivirá, Señora, si aquella, por quien debe y quiere morir, consiente en que viva.

La Princesa le respondió con prontitud : — No solamente ella consiente, mas se lo ruega, y si tiene á mas alguna autoridad, se lo manda.

La Reina y la princesa Parisatides que se acercaron á ellos, estorbaron que dijese mas : pero el príncipe Artajerjes reconoció muy bien en el rostro de Oroondates que habia empleado este corto tiempo á su satisfaccion ; pues apenas po-

dia disimular el gozo que sentia. Luego que la Reina y las Princesas se retiraron, le esplicó mi Señor el suceso con tanta alegría, que conocí mejor que antes la ardiente amistad y amor que le profesaba. No se puede esplicar la mas mínima parte de la gloria de mi Señor, lo que hizo y lo que dijo al príncipe de Persia. ¡Cuántas veces le llamaba su dios y su genio tutelar con las protestas de una fidelidad eterna! Baste, pues, deciros que al dia siguiente quedó sin calentura, y que la mutacion de su vida la produjo muy grande en su salud; pues en el espacio de dos dias se vistió, y al cabo de otros dos salió de su cuarto.

Los que estaban interesados en su mal, se alegraron sobremanera, y os puedo asegurar sin mentir, que esta misma alegría fué casi comun; pues el valor y la virtud del Príncipe se habian adquirido en tan poco tiempo tantos amigos, cuantas eran las personas que le conocian. Cuando estuvo en estado perfecto, volvió inmediatamente las visitas. Despues de haber visto al Rey y á las Reinas, pasó al cuarto de las Princesas, donde las halló acompañadas de su prima Roxana. Acercóse á ellas con el temor que de algun tiempo le acompañaba siempre que veia á la Princesa. Artajerjes, que llegó bien presto, y estaba tan rendido como él, para

obligarle mas, tuvo medio de entretener á Parisatides y Roxana, dándole lugar de hablar con Estatira, como lo podia desear. No dejó perder la ocasion, y habiéndola mirado un rato sin hablarla, al fin conmovido de gozo la dijo : — Yo no sé, Señora, si habiéndome permitido vivir, me habeis permitido tambien hablar; mas cuando mis palabras hayan sido entredichas por cualquiera otro respecto, á lo menos se me debe volver el uso de ellas para dar las gracias á quien me ha conservado la vida.

La Princesa respondió : — Toda nuestra casa os tiene esta obligacion, y yo seria ingrata y desconocida si no hubiese contribuido con todo aquello que dependia de mí, por la salud de una persona á quien estamos tan obligadas.

— Estas ligeras obligaciones, dijo el Príncipe, traen consigo la recompensa, y los servicios que yo pueda haceros en todo el resto de mi vida, estan ya gloriosamente recompensados, si esta piedad que habeis tenido por una persona moribunda, no se apaga por otra que veais en mejor salud.

— He hecho una buena obra (añadió la Princesa sonriéndose), cuando he cooperado á vuestro restablecimiento para no arrepentirme jamas; y ademas de las noticias que tengo de quien sois, de vuestra virtud y de nuestras obli-

gaciones, amo tanto la satisfaccion de mi hermano, que le sacrificaré siempre la mayor parte de mi amor.

El Príncipe la respondió con un grande suspiro : — Ya que los dioses no me han hecho la gracia de hacerme digno de serviros, recibo como de su mano la fortuna que me envian ; y si por la mas pura y circunspecta pasion que jamas ha tenido hombre alguno, yo no puedo merecer el honor de ser vuestro, me tendré por el mas dichoso del mundo, si en atencion á vuestro querido hermano deponeis por mí el odio de nuestras casas, y me permiteis vivir como persona que no es nada indiferente de quien amais tanto.

La Princesa, que amaba tiernamente á Oroondates, y que le queria favorecer tanto como se conocia obligada, violentando un poco el humor contenido, le respondió : — Yo no os prohibo hagais juicios mas favorables por vos, ni llevaré á mal que creais sois digno de la mayor consideracion por vos mismo. Es verdad que el influjo de mi hermano me ha inducido á esta accion que llamais piedad ; pero tambien os confieso que si hubiera creido que lo podia, y lo debia hacer, hubiera sido efecto de mi voluntad aquello que ha sido motivado de su persuasion.

Quedó tan penetrado Oroondates de estas pala-

bras, que estuvo para echarse á sus pies, y dar á conocer con esta accion la naturaleza de sus discursos. Pero volviendo en sí, tuvo lugar de considerar donde estaba, quien le veia, y la precision de moderarse en lo posible. Sin embargo, manifestando en el semblante el esceso de su gozo, la dijo así: — Con razon juzgué, Señora, desde el glorioso momento que me trajo á vos, que alguna cosa muy superior me obligaba á respetaros con algun modo estraordinario; y ahora reconozco sus efectos en la potestad absoluta que teneis sobre nuestras vidas; porque habiéndomela quitado con algunas palabras que mi temeridad sacó justamente de vuestra bella boca, ahora me la habeis vuelto con aquella que la compasion os ha sacado; y me la conservais con una gracia tan poco merecida de mí, que apenas me conózco, y ni aun lo creo, viéndome ya libre de un abismo de miserias, y elevado á una gloria que debe ser envidiada de todos.

Mas hubiera dicho, si la Princesa no le hubiera interrumpido, diciéndole: — Oroondates, yo hago mas de lo que debo, si miro á quien soy; pero si atiendo á lo que sois vos, á todo lo que habeis hecho por nosotros, y particularmente por mí, me parece que seria muy ingrata, si no reconociese el afecto de que me dais tantas prue-

hes, aunque con peligro vuestro. Yo verdaderamente llevé muy á mal que Orontes se atreviese á amarme; pero ya que mi hermano aprueba que Oroondates me ame, y que yo lo consienta, y ya que este Príncipe, cuya condicion es proporcionada á la mia, se ha espuesto por servirme á peligros tan manifiestos, creeria faltar á la amistad, y á la obligacion misma, si no suavizase mucha parte de la severidad de mis primeros sentimientos. No abuseis, os ruego, y vivid de tal manera por vos y por mí, que jamas se pueda sospechar alguna secreta inteligencia entre el Príncipe de los Escitas y la Princesa de Persia. Esta reflexion me hace temblar; pero cuando pienso en los obstáculos que no os han espantado, quedo tan confusa de vuestro deseo, que no puedo menos de dejar la conducta á los dioses, á vuestra prudencia, y á la asistencia de mi hermano.

Oroondates, que ya recibia de la Princesa mayores espresiones de amor de lo que esperaba, respondió : — La bondad de los dioses y del Príncipe Artajerjes, que han dado principio á un amor tan perfecto, favorecerán el buen éxito, y este odio hereditario que opone los obstáculos mayores, cederá sin duda á mas justas consideraciones. En cuanto á mí, Señora, ya que me haceis la gracia de mandármelo, viviré

de manera que nadie pueda sospechar de una fortuna tan poco merecida de mí : y cuando el Príncipe de los Escitas sea conocido como tal en la Corte de Persia, la Princesa Estatira será tan culpada como la Princesa Parisatides.

Iban á proseguir su discurso, si la Princesa Roxana, que conoció algun interés entre los dos, no les hubiera interrumpido maliciosamente. Artajerjes y Parisatides se unieron á ellos, y todos juntos pasaron el resto del dia en una conversacion indiferente. Despues del cual Oroondates empleó tan bien el tiempo al lado de su Princesa, que hizo progresos maravillosos, y la estrechó con tal discrecion, que obtuvo finalmente la mayor seguridad, así por su misma boca, como por sus obras, de que verdaderamente le amaba. Este conocimiento le redujo á su primera belleza, y á su humor acostumbrado, y le puso tal á los ojos de la Corte, que volvió á conquistar de nuevo los corazones, y la admiracion. El Príncipe Artajerjes, resuelto siempre á obligarle hasta el fin, hizo todos los buenos oficios á su favor ; mas á poco tiempo ya no fueron necesario, porque la Princesa, viendo de dia en dia las cualidades admirables en un Príncipe que solo vivia por ella, se dejó llevar insensiblemente de una amistad tan estrecha, que ya no era mayor la pasion de Oroondates, Ella no obs-

tante obraba con tanto recato, que los mas severos del mundo, ni aun el mismo Diógenes, tan estimado de vuestro Rey, no habria podido notar accion alguna, aun cuando hubiera sido ejecutada en público. Mi Príncipe no se escedió jamas, ni aun á pretender cortos favores, creyéndose mas afortunado con una mirada, ó con cualquiera palabra cortés, que con la posesion de un Imperio.

No puedo menos de deciros de paso, aunque bien creo que estareis mas informado que yo, que como no es posible que cuerpo alguno esté dotado de tanta belleza y hermosura como el de la Princesa, así creo no pueda haber alguna que esté acompañada de tan raras virtudes. Su espíritu era maravillosamente bueno y sutil : su humor siempre igual y tan lleno de dulzura, que todo el mundo estaba encantado ; su valor, como sabeis, ha podido resistir los mas fieros asaltos de la fortuna sin disminuirse sino poco : la discrecion y la modestia eran maravillosas, y su recato tan grande, que aun cuando haya sido acosado de amor, ha sido tan señora de sí misma, que jamas ha ejecutado cosa alguna contraria á las severas leyes del deber, aunque el tiempo y las ocasiones que ha tenido la pudieran escusar. Viendo Oroondates un compendio de tan altas perfecciones, estaba fuera de sí, refle-

xionando esta felicidad; y aunque le arrebató infinitas veces la belleza del cuerpo, le llevaba la atencion de tal manera la del alma, que no pudiendo amar una menor virtud, ni hacer caso de una conquista mas facil, hallaba todo su placer en las dificultades que se le presentaban.

El trato con la Princesa era á gusto de todos, y el Rey y las Reinas, no creian hacer menos con quien habia conservado sus hijas, que permitirle la conversacion y frecuencia : pero él jamas abusaba de esta satisfaccion, antes para no dar materia ni motivo de sospecha, igualmente hablaba con la Princesa Parisatides que con su hermana, y á consecuencia de este disimulo, no se acercaba menos á ellas que á Barcina, Roxana, y otras Princesas que veia todos los dias, y de quienes era visto de buena gana. Artajerjes estaba contentísimo, viendo cuán bien le habia salido el deseo de no parecer ingrato; y Oroondates se aplicó tanto á hacerse tener por Orontes, que ninguno tuvo motivo para sospechar lo contrario. Este dichoso cambio de su fortuna le restituyó su acostumbrado semblante, y su primer humor con tanta ventaja, que se grangeaba el amor de toda la Corte, y particularmente de las damas, que viéndole salir en todas sus acciones con una maravillosa gracia, no podian disimular los movimientos que una

persona tan estraordinaria escita en las almas: y si la pasion que tenia por la Princesa le hubiera dejado en estado de conocer su fortuna, hubiera tenido tiempo de satisfacerse con los testimonios del amor que recibia de las damas mas bellas de la Persia. Sin duda habreis conocido vos muchas de estas que no han estado exentas; mas porque este discurso seria demasiado largo, aunque importante á la vista de mi Señor, os diré solamente lo que no puedo callar sin dejar lo mas considerable de los sucesos.

En las bodas de Memnon y Barcina reconoció el Príncipe un efecto de su mérito, que desde entonces le ha sido muy perjudicial. El valiente Memnon, habiéndose hecho recomendable por mil generosas empresas, obtuvo despues de un largo servicio á la bella Barcina, con el consentimiento de su padre Artabazo, del Rey y de toda la Corte que se interesaba mucho en esta alianza. La cualidad importante de estas personas, la hizo mas solemne á toda la Persia, y su ilustre condicion obligó al Rey, á las Reinas, y á toda la Casa Real á honrar con su presencia la casa de Artabazo. Mi Príncipe, que por su valor habia hecho con Memnon una estrecha amistad, intervino en todo aquello que pudo hacer para honrar tan ilustre matrimonio, y se

presentó en todas las ocasiones con tanto garbo y magnificencia, que tuvo su parte en el honor con el Príncipe de los Persas, que le dió mil pruebas de bizarría, y gentileza.

Despues de la pompa del dia, el baile de la noche fué lucidísimo, y las Reinas, las Princesas, y todas las damas mas bellas y mas nobles concurrieron con un esplendor tan estraordinario, y realzaron su natural belleza con tantos adornos, y tanto resplandor de piedras preciosas, que mis ojos no lo podian sufrir. Mi Señor estaba sentado al lado de la Princesa Roxana, verdaderamente bella, y costosamente vestida. Vos sabeis el puesto que ella tenia en la Corte, como hija de Cohortano, primo hermano del Rey Darío, y Satrapa de Saquis. No os hablaré de su rostro, ni de su viveza, pues sabeis mas que yo, y nosotros tenemos tantos motivos para detestarla, que no es del caso conserve yo alguna memoria ventajosa. Despues que Oroondates conversó con ella algun rato sobre la belleza de las damas de Persia, que le tenian desalumbrado, Roxana, mirándole de hito en hito, manifestando por las diversas mutaciones de su rostro la inquietud de su alma, le dijo de manera que nadie pudiera sentirla. — ¿Es posible que en medio de personas tan bellas, y cuya vista confesais os ha maravillado, conser-

veis la frialdad de vuestro pais, y no hayais perdido aquella indiferencia que ha ofendido á todas?

—Ellas tienen demasiada, respondió el Príncipe, con un infeliz como yo, para estar penetradas de los sentimientos que puedo tener por su respeto ; y no soy tan insensible que no las tenga como se debe por las cosas mas bellas del mundo : mas, Señora, no me falta el respeto, y yo sé callar por deuda y conocimiento, lo que no podria declarar sin temeridad : ademas de que yo hago los esfuerzos posibles para defenderme de un mal, del que yo no podré esperar remedio sin mucha presuncion.

— Vos disimulais, replicó Roxana, y teneis bastante conocimiento de vos mismo, como tambien por acá le tenemos para aprender pensamientos contrarios á vuestros discursos. Las damas saben aquí, como en cualquiera parte, estimar á las personas que se parecen á vos ; y si no creyera que os daba alguna ocasion de vanidad, os aseguraria que habrá pocas que no reciban vuestro amor como una buena parte de su fortuna.

Sonrojóse ella al fin de estas palabras, de manera que mi Señor participando de su confusion, la respondió con la mayor humildad : —Vos os podeis divertir, Señora, á costa de este desgra-

ciado; mas no podreis con una vanidad de tal naturaleza sacarme de la opinion en que estoy.

—Cuando la tengais, replicó Roxana interrumpiéndole, como conviene, entonces esperareis todo lo que podreis desear.

Yo creo que ella se hubiera acabado de descubrir, si el Príncipe Artajerjes, dedicado siempre á obsequiar á Oroondates, no la hubiera sacado á danzar, con el fin de volverla despues del baile al mismo puesto, para que sin este embarazo pudieran pasar el resto de la noche. Despues que se retiró Oroondates, haciendo reflexion en las palabras de Roxana, y en otras muchas acciones, que antes por no tener intereses no habia considerado, empezó á conocer que verdaderamente le amaba; y conjeturando por algun secreto movimiento los reveses que este afecto le habian de causar despues, vió su nacimiento con la mayor desazon. Resolvió, pues, si perseveraba en este humor, tratar con ella lo mas civilmente que le fuese posible, no tanto por hacer lo que convenia á su nacimiento, y á su persona, y por no provocar á este espíritu temido de todos por muy vivo y pronto; cuanto por no dar alguna sospecha del amor que profesaba á la Princesa Estatira. Despues de este pasage no dejó Roxana, creyendo que habia superado la mayor dificultad, ocasion alguna de

asegurarle con discursos y miradas el amor que le tenia.

Oroondates disimulaba con la mayor destreza, y fingiéndose desentendido, vivia y hablaba con ella como él creia que su nacimiento y los favores que le dispensaba le tenian esteriormente obligado: mas no quedando satisfecha Roxana de su ordinaria civilidad, y teniendo demasiada satisfaccion de sí misma para creer que no se desdeñaba de su afecto, sino por una especie de temor con que se tenia por indigno, determinó sacarle de esta aprehension; y despues de algunas dificultades que se la opusieron, rompió las leyes de la decencia, haciendo poner en la manga ó bolsillo de Oroondates un billete, que encontró cuando se retiró á su cuarto. Al principio dudó de la verdad; pero habiéndole abierto, halló estas palabras que leyó delante de mí, y que le hicieron conocer la persona que le habia escrito.

BILLETE DE ROXANA A ORONTES.

« ¿ Es posible, Orontes, que mis acciones pasadas no os hayan descubierto los sentimientos que yo tengo por vos, y que contra mi decencia y deber, me obligueis á declararos, que yo os amo? Es verdad, Orontes, que me obligais á

ello; pero os ruego que no abuseis de este favor, ni desprecieis á aquella que está bastante vilipendiada, haciendo por vos lo que debia esperar de vuestra persona.»

Mi amo, que me hacia el honor de comunicarme los mas secretos negocios, no me ocultó el amor de Roxana; y llevó á bien que yo me tomase la libertad de decirle mi parecer. Determinó, pues, de no hacer mencion alguna de este billete, y si Roxana le preguntaba por él, fingir que se habria perdido como podia ser muy bien. Entre tanto comenzó á verla menos de lo acostumbrado; y á huir las ocasiones de verse á solas con ella, buscando cuanto podia, sin manifestar sus designios, la de conservar á su Princesa, á quien discretamente no quiso descubrir nada del amor de su prima, callando por respeto, cuanto debia ella haber disimulado.

En tanto recibia de Estatira tantas pruebas de su favor y gracia, que escedian el mayor deseo, y entonces, á la verdad, se podia tener por dichoso de la inclinacion de Estatira, y asistencia de Artajerjes, si la fortuna, que se burla de nuestros destinos, no le hubiera elevado á tan sublime felicidad, para precipitarle con mayor violencia al abismo de las desgracias en que ha pasado el resto de sus dias.

¡O dioses! prosiguió Araxes con el rostro lleno de lágrimas: ¿por qué habeis consentido á la mayor pérdida que pueda haber en el Asia, sufriendo por la gloria de un hombre la destruccion de la primera casa del mundo? Es muy oportuno que Oroondates esté distante, porque si oyera contar este suceso funesto, le veriais con el mayor dolor que un alma es capaz de sentir: y verdaderamente es tan legítimo el motivo, que jamas le vituperaré; y aunque yo no debia tener valor para contar un infortunio que infaliblemente os hará verter y derramar muchas lágrimas, empeñaré todas mis fuerzas por vuestro amor; pues habiendo tenido corazon para sufrirlo, no me faltará para contarlo.

Aunque la guerra cruel entre los Persas y Escitas parecia cuasi apagada por la muerte de tantos millares de hombres, que habian allí acabado sus dias, estaba solo como adormecida y calmada: porque estos dos Reyes, cuyo odio era irreconciliable, conservando en su alma un deseo rabioso de destruirse, no perdian ocasion de aplicar cuidadosamente los medios. El de los Escitas, que el año antecedente habia sido asaltado por el de los Persas, resolvió atacarle el siguiente, llevando la guerra á sus provincias. Con este fin se puso en campaña con un ejército

de doscientos mil hombres, y pasando el Araxes, entró en la Persia cometiendo toda suerte de hostilidad. Detenidas sus armas en el sitio de Silene, ciudad que está á la frontera del Reino, llegó bien presto la noticia á Persépolis.

El Rey que tenia pronto su ejército para asaltarlo si no estaba prevenido, no quedó sorprendido del aviso, antes bien dando las órdenes oportunas á sus Sátrapas, se dispuso á salirle al encuentro en persona. Pero se le frustró este deseo con el aviso que llegó al mismo tiempo de que Alejandro se encaminaba tambien hácia sus tierras. Alejandro ya se habia hecho famoso por la derrota de los Tribalienses, y por la toma de Tebas; y aunque Darío, el mas poderoso de todos los reyes, despreciaba á este joven vencedor, y le amenazaba con azotes como á un niño, no haciendo todos sus Consejeros semejante juicio, resolvieron que se le opusiese en persona, y que se enviase un Teniente contra los Escitas. Prevaleció esta opinion, y en el consejo, adonde fué llamado mi amo, se determinó que se enviara contra los Escitas un ejército de doscientos mil hombres al mando de Artabazo, y que para mayor autoridad le acompañara el Príncipe Artajerjes en persona, quien en atencion á sus pocos años rehusó el mando del ejército, remitiéndolo á la prudencia de un tan famoso y espe-

rimentado Capitan. Esta fué la resolucion del Consejo.

Considerad, os ruego, el disgusto de mi Señor viéndose obligado á pelear contra los suyos, ó á arruinar, retirándose con ellos, todo lo que habia adelantado, ó á permanecer vergonzosamente entre las damas, mientras que su querido Artajerjes se esponia á los peligros, y á la furia de los Escitas. Tuviéronle estas consideraciones algun tiempo suspenso : mas al fin la obligacion paternal, y la proteccion de los suyos cedieron al amor de Estatira, y á la amistad de Artajerjes, pues determinó no abandonar á un amigo á quien se reconocia deudor de su quietud y su fortuna. Sabiendo, pues, que estaba solo en su gabinete, le fué á visitar sin otra compañía que la mia, y le halló mucho mas afligido que él mismo, por la poca esperanza de lograr una paz que con tanta intension habia deseado. Ignorando el designio de mi Señor, no sabia qué hacerse ; aunque estaba resuelto á no ser jamas su enemigo, y á abandonar primero á quien le habia dado el ser, que á quien habia ofrecido una amistad tan perfecta.

La turbacion que uno y otro tenian les hizo pasear por el cuarto un gran rato sin hablarse ; pero Oroondates rompió el silencio, y le dijo de esta suerte : — No dudeis, pues, hermano mio,

(así acostumbraban llamarse), que en la confusion de estos accidentes manejados, segun creo, por la fortuna en mi perjuicio, no esté poseido del mayor dolor; pues á la verdad estaria destituido de todos los sentimientos de la humanidad, si la sangre no obrase en mí naturalmente, y si viendo las duras aflicciones que los dioses me envian, despues de las felicidades á que me habiais elevado, quedase insensible á esta tan estraña mutacion. Yo os lo confieso, mi valor no puede recibir este golpe indiferentemente, ni sin ceder algun poco al disgusto que preveo, considerando qué enemigos me presenta para pelear la fortuna, y que por evitar un delito es indispensable que cometa otro. Con todo, no creais, hermano mio, que este accidente me mude, aunque me cause alguna turbacion, y que siendo Oroondates hijo de Mateo, Rey de los Escitas, deje de ser Orontes, esclavo fiel de Estatira, y amigo sincerísimo de Artajerjes. Yo no temeré ser hijo desnaturalizado por ser leal amante y amigo irreprensible, ni haré escrúpulo de pelear contra un padre que viene á trastornar la fortuna en que mi amigo me ha colocado. Lo que yo deseo de vos, y lo que ardentísimamente os suplico, es que no permitais que el nuevo motivo que os mueve á aborrecer al padre, haga pasar la enemistad al hijo, que no

debe ser vituperado en sus designios puesto que está inocente, le detesta, y se prepara á arruinarle.

Artajerjes, despues que le hubo escuchado con dulzura, le respondió : — Hermano mio, son tantas las pruebas que tengo de vuestra amistad, que siempre he creido no las pueda mudar ningun accidente. Jamas los dioses me miren con buenos ojos si no amo infinitamente mas vuestra amistad que todas las cosas del mundo ; y ellos saben bien, que si yo deseo vivir, es solo por amar á Oroondates, y merecer su amor con las pruebas del mio. Yo os confieso que he tenido un grande sentimiento con la entrada de vuestro padre en las tierras del mio, tanto por el temor de perderos, cuanto por no poder menos de reverenciar á quien ha dado el ser á un Principe tan amable, y tan perfectamente querido de Artajerjes. Mas que esta consideracion haya podido disminuir la amistad que os tengo, amado Oroondates, sois muy cruel si lo habeis pensado así : no, no, querido hermano, mi amor es de tal naturaleza que ni el tiempo, ni los accidentes lo podrán alterar. Ciertamente yo he considerado todas las dificultades que se presentan, he pesado la obligacion de un amigo con la de un hijo bien nacido, y siendo mas fuerte la que está por vuestra parte, he re-

suelto rehusar el empleo que el Rey mi padre me ha ofrecido para acompañaros, si acaso nos dejais por retiraros á la Escitia. Yo os suplico me permitais vaya con vos antes que verme pelear contra los vuestros. Será menor mi delito estándoos tan obligado, y nadie me podrá vituperar que yo empeñe mi vida por el mismo que me la ha conservado.

—Oh dioses, replicó Oroondates; ¿y podreis vos, generoso Artajerjes, preferir sin disimulo un corto servicio que os he hecho, á las obligaciones del mayor precio, creyendo que este pretesto os pueda permitir rehusar una súplica que precede á la vuestra? Sola la amistad que me profesais me da pruebas de esta importancia. Pero no sabeis que ademas de esta consideracion, el amor que tengo á vuestra hermana es un motivo que vos no podeis alegar? No os opongais, pues, á un deseo tan justo, si no quereis arruinar la fortuna que os debo, porque en todo acontecimiento la razon, y mi obstinada voluntad merecen esta gracia.

— Finalmente, respondió Artajerjes, ¿á qué quereis estrecharme? ¿Y qué diriais de mí si me dejase llevar de vuestra persuasion por consentir á una tan poco razonable?

— Yo diria, replicó Oroondates, que habiéndome obligado hasta aquí tan perfectamente, no

habeis querido disminuir esta misma obligacion con negarme una cosa que tan ardientemente os he pedido, y que al fin habeis deliberado aquello que no podiais evitar.

— A lo menos, respondió Artajerjes, no cometeis un crimen sin alguna necesidad; y pues no me quereis permitir que os acompañe entre los vuestros, no partais de la Corte para pelear con unos enemigos tan considerables. Y aunque vuestra compañía me sea estremamente dulce, quiero demasiado á mi hermana para privarla de la satisfaccion que tendria, y no la aborreceis tanto que no os podais divertir á su lado hasta nuestra vuelta. No la abandoneis, os suplico, y dadla esta muestra del amor que la teneis, y á mí de la amistad que me profesais.

— Si la primera proposicion, replicó secamente Oroondates, me ha desagradado, esta me ofende gravemente, porque ademas de la amistad y amor que os tengo, que jamas permitirá que os espongais á algun peligro que yo no participe de él, amo demasiado la gloria, y aborrezco mucho la infamia para permanecer entre las damas mientras vos estais entre los enemigos.

—Si pretendeis, dijo Artajerjes, ocasion de manifestar vuestro valor, bien presto la tendreis aquí. Alejandro está ya cerca de Granico; y contra él, mejor que contra el Rey vuestro padre, po-

dreis emplear un aliento con que os han enriquecido los dioses.

Añadió á estas razones otras muchas que todas fueron vanas; pues no pudo apartar á mi Señor de la resolucion de acompañarle, y de olvidar no solo cuanto debia á los suyos, sino tambien á sí mismo, y á la consideracion de Estatira, de quien no se podia separar sin un dolor muy violento. El Rey Dario hizo todos los esfuerzos posibles para tenérsele consigo, pero todos fueron vanos; pues resuelto á seguir al Príncipe, su hijo, cedió á su voluntad, y á las razones que le habia alegado.

La Princesa Estatira estaba inconsolable viendo apartar de sí, y esponerse á los mayores peligros las dos personas mas queridas, y apenas tenia espíritu para disimular su tristeza. Los sitiados hicieron una instancia al Rey para que les enviara algun socorro, y al instante dispuso que marchase Artabazo con el cuerpo del ejército; y los Príncipes, que no iban tan despacio como él, permanecieron algunos dias despues para hacer la última despedida. Hiciéronla finalmente todos juntos; y especialmente se despidieron de Roxana, con quien mi Señor no se quiso ver solo, por quitarla la ocasion de proseguir el empeño que habia tomado con él.

Fué muy sensible para Roxana esta partida,

manifestando con tel dolor esta separacion, que mi Señor no pudo menos de tomar alguna parte. La noche antes de la marcha, despues de haber tomado el permiso de las Reinas, y de la Princesa Parisatides, pasaron al cuarto de Estatira, á quien hallaron tan estraordinariamente afligida, que desconfiaron de poderla consolar. Ellos hicieron todos los esfuerzos que pudieron, mas ella no escuchaba, y manifestando con sus lágrimas alguna resulta funesta, les obligó á derramar no pocas para acompañarla en la pena. Artajerjes por dejar con libertad al Príncipe, salió del cuarto, y se retiró á hablar con las damas de su hermana.

Entre tanto Oroondates se arrodilló sobre una almohada que estaba á los pies de la Princesa, y tomándola sus bellas manos, sobre las cuales derramó algunas lágrimas, la dijo : —Señora, me hariais el mayor agravio, si no creyerais que vuestros disgustos me son por lo menos tan sensibles como á vos. Pero si en el infortunio que de vos me separa, pudiera esperar alguna dicha, ¡ oh dioses! ¡ qué grande seria la mia si tuviera parte en las lágrimas que os veo derramar, y si la separacion de un hermano que despues de vos amo mas que á todas las personas del mundo, no fuera totalmente la causa!

—Seriais un ingrato, respondió la Princesa, si

dudarais de mi amor con las muchas pruebas que os he dado; y poco perspicaz, si no reconocieseis que vuestra partida me aflige con estremo. Yo amo á Artajerjes mas que á mí misma; pero el afecto que tengo á Oroondates nada cede al que tengo á Artajerjes. Las lágrimas que vierten mis ojos por vuestra partida son verdaderamente comunes, mas si es permitida la diferencia, sin hacer agravio á la benevolencia de mi hermano, juzgadla á vuestro favor, y quedad consolado en vuestra pena, si tan corta demostracion os puede dar alivio.

—¿Pero es posible, respondió Oroondates, que esta turbacion con que los mios inquietan vuestro reposo, no muda en algun modo la primera voluntad, ni dispensa lo que habeis prometido al Príncipe vuestro hermano? No, Señora: yo veo que vuestro bello espíritu mira mas á un justo y sincero afecto que á los disgustos que nuestros enemigos nos preparan. Digo nuestros enemigos, porque siempre los reconoceré como tales; y la consideracion de la sangre es muy debil para asaltar á una pasion como la mia. Este esceso de bondad me ganaria mas poderosamente el corazon, si pudiese ser vuestro mas de lo que es; pero si se puede obtener todavía alguna gracia de vuestro espíritu, os suplico deis algunas treguas á esas lágrimas que

me matan, y no junteis vuestro dolor al mio, pues este basta para quitarme la vida. Aseguraos, Señora, que la cruel marcha que estoy precisado á hacer, mas presto me pone en estado de pedir consuelo que de darle. Todo cuanto yo puedo recibir consiste en la esperanza que tengo de que esta ausencia no me perjudicará, y de que vos conservareis alguna memoria de aquel que os ama con todo el celo que los dioses han podido infundiros. ¿Puedo yo, Princesa mia, tener esta fe sin presuncion? Es verdad que si yo os considero y reflexiono en mí mismo, esta esperanza queda muerta en su principio, y me hace temer que una persona mas amable...

—Cruel, le dijo ella interrumpiéndole, mi dolor os debia contentar sin suministrarme nuevas ocasiones con vuestras sospechas. Vos hablais contra vuestro modo de pensar, y me afligís mas de veras. ¡Ah Orontes, y ahora Oroondates, cómo temo que borrando la ausencia estas ligeras ideas de vuestro espíritu, os haga arrepentir de la pena que habeis sufrido por una persona que solo habeis visto de noche, y entre turbaciones, y en quien el tiempo y largo trato hubiera hecho ver los defectos que se ocultaban entre aquellas tinieblas!

A esto respondió el Príncipe con alguna indiferencia: — Hay poca apariencia de que yo es-

haga nuevos juramentos para apartaros de una opinion de la que me parece estais muy distante: y bien, Señora, continuó él, pues que vuestra boca me asegura de un bien que no debia esperar, ruego á los dioses, que os conserven siempre en este humor, y jamas os cierren los ojos para que veais qué poco merezco yo esta fortuna.

—Y yo, añadió la Princesa, los suplico conserven vuestra persona; y os mando en cuanto puedo, que no espongais sino por necesidad lo que no es vuestro, si no quereis revocar la donacion que me habeis hecho: y si amais mi vida, cuidad de la vuestra, de tal manera que me deis cuenta de ella siempre que os la pida. No teneis obligacion alguna para precipitaros: y puesto que la amistad de mi hermano y el amor que me teneis os hacen abrazar nuestro partido, ninguna animosidad os debe permitir buscar vuestra pérdida entre los vuestros.

—Yo os he profesado, dijo él, tanta obediencia, que no me apartaré de vuestros mandatos, y me conservaré para volver á veros con tan buen corazon, que yo me hubiera escusado este viage si el honor y la partida de Artajerjes, á quien no debo dejar, me lo hubieran permitido. Pero, ¡oh dioses! prosiguió con una perturbacion increible; ¿qué haré yo para corresponder

al cuidado que teneis del afortunado Oroondates, y para reconocer la mas mínima parte?

— Mantened, dijo la Princesa, lo que me prometeis, y preved en su desobediencia la destruccion de su felicidad, si está fundada sobre la amistad de Estatira. ¡ Mas ay! prosiguió ella, llorando y alzando un poco mas la voz, no sé qué infelicidad presagia mi tristeza, que por mas que me esfuerzo para distraerme, porque veo que tambien sois participante, no puedo adelantar cosa alguna en mi corazon!

A estas palabras entró Artajerjes, y viéndola bañado el rostro en lágrimas, le dijo : — Hermana mia, vos os deberiais avergonzar al ver que manifestais un corazon tan debil á quien tiene tanta parte en vuestros disgustos. ¿ Qué mas hariais si vierais llevar á uno de los dos en un féretro para recibir los últimos deberes?

—¡Ah, cruel hermano! replicó la Princesa, ¿con qué me amenazas? ¿Y qué infeliz presagio es ese de mi dolor? ¿No perdonareis este corto testimonio á la amistad y al amor que yo os tengo, como tambien á aquel de quien habeis sido causa?

— Yo os estoy muy obligado á uno y á otro, respondió el Príncipe; mas yo estaria contentísimo á veros llevar esta ausencia con alguna mas moderacion. Una tristeza tan escesiva, ademas de que aumenta la nuestra, podrá hacer creer

que mas proviene de alguna otra persona que no de vuestro hermano; esto no es decir que las pruebas de amor que manifestais á mi hermano no las reciba con tanto gusto como él mismo; pero, amada Estatira, estos lamentos serian mas sensibles si perdieseis la esperanza de volver á verle, y si fuesen perjudiciales á aquello que hasta aquí hemos tenido tan oculto.

—Pues bien, respondió la Princesa, procuraré consentir en lo que no puedo evitar; pero á lo menos, Oroondates, yo os recomiendo á Artajerjes, y á vos, Artajerjes, os recomiendo á Oroondates, puesto caso que me habeis mandado que le ame.

Despues de estos y otros semejantes discursos, viendo que el dia se acercaba, tomaron el último permiso de la Princesa, la que dió á mi Señor una cinta de sus cabellos, y la cinó á su brazo, de donde no se la quitó por largo tiempo.

Al amanecer pasaron á recibir las órdenes del Rey, que los abrazó mil veces, y los dejó partir con mucho dolor: y montando á caballo marchamos detras del ejército, con el que nos unimos tres dias despues. Jamas se apartaron ni un instante en el camino: mas el Príncipe Artajerjes, que le hacia con violencia, estaba tan afligido, que le quedó muy poco de su buen humor. Considerando Oroondates á qué estremo

le habia llevado su pasion, y contra quienes iba á tomar las armas, estaba poco menos que desesperado; pero la memoria de Estatira superaba todas estas consideraciones, y los mayores sinsabores quedaban oprimidos con los que causaba la ausencia.

Las razones que yo os he alegado me dispensarán contaros las particularidades de este viage, y de pintar á la larga una guerra que se acabó muy presto. Solo me ceñiré á deciros que noticiosos los sitiados de Selene de nuestra venida y socorro, se armaron con un valor tan asombroso, y se defendieron con tanta obstinacion, que dieron todo el tiempo que se necesitaba en nuestro viage : y fué muy oportuno que este impedimento entretuviese un ejército tan poderoso, pues sin este obstáculo habria padecido la Persia un daño irreparable. Entre tanto avanzándose los nuestros de manera que no estaban distantes mas de una legua de Selene, se juntó el Consejo, en el que se discurrió largamente lo que se debia hacer : mas en fin, el parecer universal fué, que se debia levantar el sitio, y dar una batalla antes que se resfriase el valor de los soldados, que con grandes gritos pedian se les llevase delante del enemigo. Artabazo encendido en este fuego, y llevado del consejo de todos los Capitanes, dispuso su tropa para este sangriento

dia : y dividiendo el ejército en tres cuerpos, encargó la vanguardia á su hermano Tiribazo, hombre verdaderamente valerosísimo, y por el antiguo manejo de las armas esperimentado : la retaguardia se la entregó á Nabarzano, y él reservó el cuerpo de batalla para sí.

Ademas de esta disposicion dió á su hijo Idaspes la conducta de quinientos carros de guerra, armados de hoces, y llenos de flecheros de la Media, que en este mismo dia incomodaron fuertemente á los enemigos ; y cuatro mil caballos al Príncipe Artajerjes, que separado del cuerpo del ejército, debia acudir adonde lo pidiese la necesidad. Esto fué lo único que quiso admitir Artajerjes, sin embargo de que Artabazo, atendida su calidad y nacimiento, le ofreció todo lo que debia. Oroondates, que quiso estar libre de todo cuidado, y lo menos culpable que le fuese posible, rehusó toda suerte de mando, y se unió con el Príncipe Artajerjes para pelear al lado de su persona. Puesto este orden en nuestro campo, nos avanzamos hasta una grande llanura, distante de Selene treinta ó cuarenta estadios, despojada de toda suerte de árboles, y muy propia para dar una batalla.

Noticiosos los enemigos de nuestra venida estaban ya acampados, y nos esperaban con buen orden. Es preciso hacer este honor, y dar esta

alabanza al Rey Mateo, pues á la verdad hay pocos Príncipes que no le cedan en la esperiencia, y en la buena direccion de un ejército. Cuando llegamos estaba ya muy cerca la noche, y le pareció á Artabazo seria mejor que el ejército descansase, para que al dia siguiente pudiese embestir con valor. Entre tanto acampamos á la vista de los Escitas, cuyos fuegos descubrimos que eran numerosos: y no ignorando sus costumbres avanzamos muchos cuerpos de guardia para no ser sorprendidos, y así pasamos la mayor parte de la noche sobre las armas. Cuando fué de dia, y se avistaron los dos ejércitos, dieron unos gritos horribles, que asegurando un ardentísimo deseo de pelear alegraron á los Capitanes con la esperanza de la victoria. Con todo eso Artabazo, habiendo adorado al Sol, y mandado hacer sacrificios por todo el campo, visitó él mismo todos los animales sacrificados; los cuales todos se hallaron faltos, ó de hígado, ó de corazon, y el fuego en que fueron consumidos era tan azul, acompañado de un humo tan negro y tan espeso, que en vez de elevarse en derechura á lo alto, se estendia densamente por todo el ejército.

Algunas víctimas, aunque fueron heridas, huyeron de las manos de los sacrificadores, y corriendo por el campo con mugidos horribles

y espantosos, desordenaron bastantemente la tropa. Ademas de estos funestos presagios que Artabazo, y los otros Capitanes reconocieron bien, y que por no acobardar á los soldados parecia que no hacian asunto; el dia estaba tan estraordinariamente oscuro, que apenas se podian ver unos á otros aunque estuviesen muy cerca, pareciendo que ya se vestia de luto por la muerte de tantos millares de hombres que habian de fenecer en él. Esto no estorbó que los ejércitos se acercasen con buen orden, manifestando al mismo tiempola impaciencia que tenian porque tardaban en juntarse.

Yo os hago juez de los pensamientos de mi Señor, que ya veia claramente el sitio donde debia estar el Rey su padre, y que sentia los remordimientos de una culpa, por la cual esperaba de los dioses una pronta venganza. Yo tuve por cierto que mis mas cercanos parientes, que son de alguna distincion entre los Escitas, se hallarian en el ejército; pero no pensando mas que en los intereses de mi Señor, olvidé su memoria, y les compadecí en sus trabajos. Los del Príncipe Artajerjes eran mucho mayores que los nuestros. Tenia el semblante estraordinariamente triste y melancólico, y no pudiendo atribuir esta tristeza á falta de valor, se dejaba conocer que venia á esta guerra contra toda su voluntad.

Acercóse en fin á mi Señor, y le dijo al oido:—vos sabeis la violencia que tengo en venir contra los vuestros, y primero me vereis morir que ofender á mi hermano en la persona de todos aquellos á quienes está obligado á amar.

La multitud de infinitos que los rodearon impidió que mi Príncipe respondiese; y entre tanto marchando los Cabos por las filas, y dejándose ver á alguna distancia, daban ánimo con las palabras y con los gestos á los menos animosos; y descubriendo en ellos todo el ardor que se podia desear, dieron las últimas órdenes, y los instrumentos la última señal de batalla. En este mismo punto la luz remisa de un dia tan sombrío se oscureció mucho mas con una nube de flechas arrojadas de una y otra parte, y la tierra se cubrió de una infinidad de cuerpos, de los cuales quedaron muy faltas las primeras filas. Pero no acomodando este modo de pelear al fuego de los mas enardecidos, abandonaron las flechas, y uniéndose las primeras tropas, comenzaron á combatir con las espadas. Se ejecutó este choque primero con tanta furia, que al instante mudó la tierra de color, y los escuadrones Escitas y Persianos mezclados todos juntos hicieron ver un horrible aspecto de crueldad, desorden y confusion. En este primer encuentro tuvieron los Escitas alguna ventaja;

pero unido el resto de la tropa con las mas abanzadas, y entrando Idaspes con los carros armados entre los Escitas, hizo un terrible estrago entre la Infantería, y puso con su venida á los Persas en mejor estado.

No es facil describir las particularidades de esta batalla, porque ademas de que os molestaria, yo no pude estar presente á todo, especialmente á muchas hazañas memorables que se ejecutaron en dia tan lastimoso. Solamente os diré que en esta mezcla general de tropas, los soldados que pudieron permanecer arreglados y obedientes acabaron de perderse, y no siendo fácil reconocer á los gefes por la confusion tan grande que habia por ambas partes, se vieron precisados á pelear en persona. Artajerjes se mantenia en inaccion, y conteniendo la impaciencia de sus soldados, fingia esperar oportunidad; pero á la verdad dilataba cuanto le era posible asaltar á aquellos que por respeto á Oroondates amaba: cuando viéndose ya acometidos de un grueso de caballería, que cargó con mucho ardor sobre nosotros, le fué forzoso defenderse. Él entretenia el combate cuanto le era posible; y ya habia recibido dos heridas sin haber ensangrentado la espada en sus enemigos. Oroondates, que notaba esto, y veia claramente que esta especie de discrecion le podia ser muy

perjudicial, le dijo asi : — Artajerjes, si mi respeto os obliga á dejaros herir, bien presto se acabará con mi muerte esa consideracion.

Apenas habia dicho estas palabras, cuando viéndole recibir la tercera herida, cerró contra el que se la habia dado con tal corage, que le dejó muerto á sus pies ; y haciendo lo mismo con el segundo, se metió entre los Escitas con un ardor maravilloso. Artajerjes, que sin embargo de la pérdida de su sangre, y cuidado de su vida todavía no se habia movido, viendo á su amigo en peligro tan manifiesto, no quiso abandonarle y combatiendo por su salud, bien presto se dejó ver su incomparable valor. Yo hice todo lo que pude para ayudarlos, y como jamas los abandonaba, ¡vi que los Persas animados con tan glorioso ejemplo pelearon con tanto espíritu que los primeros escuadrones comenzaron á ceder ; pero un nuevo refuerzo que sobrevino para sostenerlos nos rodeó por todas partes. Entonces (¡ ó desgracia ! y desgracia tan fatal que jamas la reparará la Asia), entonces fué cuando el pobre Artajerjes, no habiendo merecido algun respeto, y peleando por la vida de su querido Oroondates, á quien consideraba en el mayor peligro, despues de haberse hecho una trinchera de cuerpos muertos, cayó muerto á la violencia de una nfinidad de golpes, y heridas que habia recibi-

do. El último testimonio de su amor fué un esfuerzo que hizo, en el que solo pronunció al tiempo de morir : *Á dios, Oroond*...... Detúvose á estas primeras sílabas, y tendido á los pies de los caballos nos dió á entender que estaba muerto. Con esta memoria por mas que Arajes queria contener sus lágrimas, las vertió con tal abundancia, que corrieron libremente hasta la tierra.

Lisimaco entre tanto, penetrado sensiblemente de un suceso tan funesto, habiéndosele oprimido el corazon de dolor y de compasion, manifestó su pena con llantos y lamentos piadosísimos; pero al fin despues de haberse detenido en estos movimientos de piedad algun rato, tomando la palabra, le dijo así : — Arajes, este hombre que me habeis pintado tan al natural, y de quien por vuestra relacion he quedado ciertamente enamorado, no ha muerto sino para gloria de Alejandro ; pues los dioses que habian destinado á este gran Rey para tan gloriosas conquistas, le han querido facilitar los caminos con la pérdida de un Príncipe, que sin duda las hubiera retardado si le hubieran dejado permanecer mas tiempo en la Persia. Si los principios de su vida me han encantado tanto, su fin de tal manera me aflige, que yo no lo puedo esplicar. Mas proseguid, os ruego, porque me habeis in-

teresado tanto en vuestra narracion, que tanto deseo saber los sucesos de la vida de vuestro Señor, como de la mia propia.

Habiendo Arajes vuelto en sí mientras el discurso de Lisimaco, y enjugádose los ojos, le dijo: — ¡Oh, dioses! y cual se quedó Oroondates á la vista de este lastimoso espectáculo! Figuraos, Señor, todo cuanto puede producir la rabia, y la desesperacion en un ánimo como el suyo, y apenas os imaginareis una pequeña parte. Viendo, pues, que los soldados insolentes traian entre sus pies una persona á quien tan ardientemente habia amado; hizo en un instante tal carnicería, que la sangre de que quedó inmediatamente cubierto, le hizo en un momento espantable y horrible. Ya no peleaba él por su vida, pues resuelto á perderla; queria acompañarla con la muerte de otros infinitos, hasta que los manes de su amigo quedasen enteramente satisfechos. Por entonces se desfiguró de manera que me parecia mas alto de lo acostumbrado, y el horror que le acompañaba por todas partes, y la sangre de que estaba teñido, presentándomele muy otro y enteramente desconocido, me llenaba á mí mismo de terror. El dolor de semejante pérdida le habia arrebatado enteramente el uso de la voz, pero le habia aumentado de tal manera las fuerzas, que pare-

ciendo inmortal é invulnerable, por todas partes se abria camino, y llevaba infaliblemente la muerte adonde se dirigia.

Bien saben los dioses que yo empleé todas mis fuerzas; y si me dejaron la vida, no fué por el cuidado que puse en conservarla, sino porque hallando el camino franco, y sin resistencia por donde él pasaba, apenas tuve que hacer para seguirle. En fin, nosotros hubiéramos permanecido allí, y mi Señor hubiera hallado entre mil espadas la deseada muerte, si la fuga de un grande número de los nuestros, revolviéndonos, no nos hubiera llevado contra nuestra voluntad. Oroondates golpeaba indiferentemente á todos: mas sus esfuerzos eran inútiles, pues arrancándole el tropel de la silla, le sacaron fuera de las filas, no obstante los esfuerzos que hizo para impedirlo. Despues que pudo escaparse de esta espesa multitud de hombres, la pérdida de su sangre le causó tal debilidad, que cayó en tierra falto de sentido, y con todas las apariencias de muerto.

Aunque yo no dejaba de estar bastantemente herido, con todo me senté á su lado, con ánimo de no dejarle por ningun caso ni muerto ni vivo. Pero viendo que los nuestros se retiraban poco á poco, quise cuidar de su seguridad, en caso que viviese; y haciéndole apartar lejos de la ba-

talla por tres soldados que se ofrecieron, monté en el primer caballo que encontré, y le seguí con mucho trabajo.

Todo esto sucedió cuando ya anochecia, y despues que los dos ejércitos; que habian peleado obstinadamente, estaban ya deshechos. El de los Persas quedó algo inferior, y cedió un poco el campo por la cobardía de Nabarzano (que fué despues el infame homicida de su Rey, y que aquel dia pareció mucho mas infame, é indigno del cargo que tenia); porque volviendo vergonzosamente la espalda, puso en desorden la retaguardia que conducia. Los Escitas quedaron tambien tan derrotados como los Persas, por cuyo motivo desistieron de perseguirnos.

Considerad entre tanto en qué constitucion estaria yo al ver á mi Príncipe en un estado tan lastimoso. Luego que estuvimos algo distantes del ejército, le hice poner en tierra, y le aflojé la celada. El aire que recibió le volvió en sí; mas apenas abrió los que le rodeábamos, gritó diciendo: — ¡ Ay Artajerjes! — Y los cerró al instante con todas las señales de un hombre moribundo. Ya no hay duda que hubiera echado el resto á las pocas fuerzas que me quedaban contra mí mismo, si no me hubieran detenido los soldados que aun no se habian partido. Estos manifestándome que sin nota de infidelidad

no podia abandonar á mi Señor en un estado en que era tan necesario mi socorro, me hicieron tomar alguna resolucion, y concebir alguna esperanza en su vida.

Estábamos distantes de Birsa dos horas de camino. Esta es una pequeña ciudad, donde mi Señor, y muchos principales del ejército habian dejado su equipage antes de la batalla. La comodidad que allí se podia tener, y la noticia que yo tenia de que esta ciudad, aunque corta, no estaba mal provista de todas las cosas que se podrian necesitar para su alivio, me determinó á hacerle llevar del mejor modo que fuese posible. Le mandé poner en un caballo con un hombre á la gurupa para que le sostuviese, y comenzamos á marchar con bastante diligencia y solicitud. Las heridas que yo habia recibido me incomodaban demasiado; pero animado del amor que tenia á mi amo, favorecido de la luna, que por haber sucedido á un dia tan tenebroso, parecia estar bastante clara, y guiados de los caritativos soldados que conocian el pais, y sabian muy bien el camino, llegamos á las dos de la noche á las puertas de la ciudad. Aquí hallamos alguna dificultad en la entrada: mas habiéndonos dado á conocer, despues de las órdenes que en tales ocasiones se acostumbran en las plazas, nos mandó entrar el Gobernador.

Llegamos en fin á la casa donde tenia el equipage mi Señor, y habiéndole hecho poner en la cama, se llamaron al instante los médicos y cirujanos de la ciudad para que le visitasen. Yo estaba bastantemente herido; pero no le quise desamparar hasta ver la curacion de sus llagas, y oir la relacion y parecer de los facultativos. Despues de una larga disputa, acordaron que sanaria de sus heridas si estuviese bien asistido, y no sobreviniesen nuevos accidentes. Asegurado ya con esta opinion de los cirujanos, y habiendo visto aplicar el primer apósito á ocho ó diez heridas que tenia, me tendí en una cama en su mismo cuarto, sin querer separarme ni un punto, sin embargo de la buena asistencia con que estaba servido, particularmente de los dos que le trajeron de Escitia, que en esta necesidad le hicieron buenos oficios. Mis heridas, que eran cinco ó seis, no las juzgaron los médicos mortales, y las aplicaron las mismas medicinas que á mi Señor.

Despues de estos pasos fué toda la diligencia de los facultativos hacerle volver del desmayo; pero por mas que trabajaron, y no perdonaron á diligencia alguna, llegó el dia primero que abriese los ojos. Vuelto en sí, quedó enteramente atónito al verse todavía con vida, y en cuanto le permitian sus fuerzas, pronunció es-

tas palabras: — ¡O dioses! ¿por qué me precisais á vivir?

Calló, y habiendo mirado á todos aquellos que estaban al rededor de la cama, y registrado con toda atencion el cuarto; y reflexionando la verdad del estado en que estaba; — bárbaros, prosiguió, en vano os empeñais en conservarme la vida, y los dioses que han permitido que me la hayais alargado, no me han privado de los medios de quitármela. Quiso hacer un esfuerzo para levantarse de la cama, pero estaba tan debil, que ni menos pudo alzar la cabeza. Considerándose en este estado, y llevando las manos adonde sentia el dolor de las heridas, tropezó con los emplastos y bendages que le habian puesto, y creyendo que este era el mejor medio para conseguir lo que su debilidad no le permitia, comenzó á deshacérselos del mismo modo que lo hizo ayer en vuestra presencia. Los asistentes que le servian lo notaron, y luego se lo impidieron, y el Gobernador de la ciudad, que habia venido á visitarle, le dijo: — ¿Qué quereis hacer, Señor,?

— Librarme, respondió el Príncipe secamente, de vuestra crueldad.

— ¿Pero no conoceis, replicó el Gobernador, que esta desesperacion ofende sobre manera á los dioses, y que solo de ellos debeis

esperar el fin de una vida que os han concedido?

— Puesto que ellos se la han quitado á Atajerjes, dijo el Príncipe, ya han perdido la memoria de la mia, y quitándome el motivo, me quitaron tambien el deseo de conservarla.

— ¿Pero, Señor, dijo el otro, qué habeis hecho de aquel gran valor que os hacia estimar de todo el mundo?

— El mismo, respondió Oroondates, me hace desear una muerte que me librará de otras mil; y os advierto que todos vuestros cuidados serán inútiles para apartarme de mi resolucion. Vos bien podreis aumentar mis sentimientos con la aplicacion de los remedios; pero no podreis impedir que obren los ayunos lo que me niegan mi propia flaqueza y vuestra crueldad.

Estaba mi cama muy cerca de la suya, por lo que podia oir muy bien todo lo que decia; y á la verdad no se le podia culpar enteramente, conociendo bien que una amistad igual á aquella que habia profesado á Artajerjes, y fundada en unas obligaciones tan estraordinarias, no podria sufrir tan cruel separacion sin una grande violencia. Y sin mentir, los méritos de este pobre Príncipe habian impreso en mi alma tal pesar por su pérdida, que yo acompañaba con un rio de lágrimas todas las palabras que proferia

mi Señor, y no sabia cómo consolarle en un dolor tan reciente y tan legítimo. Yo sin embargo, por distraer de su memoria un deseo de morir tan obstinado, y siéndome sin comparacion mas amable su vida que la mia, me esforcé á decirle sin lágrimas, y del mejor modo que pude, estas palabras : — ¿Señor, no teneis bastante juicio para considerar lo que haceis?

Luego que oyó mi voz, volvió la cara al lado de donde venia el eco, y entonces me dijo : — Arajes, ¿eres tú?

— Sí, Señor, respondí ; yo soy Arajes.

— Ah, prosiguió él : benditos sean los dioses ; ¿pero si tú eres aun mi fiel Arajes, puedes sufrir la inhumanidad con que me persiguen?

— Señor, respondí, yo estoy tan herido y tan debil como vos : y si me queda alguna facultad, solo es para deciros, que os haceis enemigo de los dioses, si perseverais en vuestra temeridad.

— Y tú te haces tal conmigo si perseveras en la tuya. Pero si tú eres todavía mi fiel Arajes, debes preferir mi gusto á mis dolores, á los cuales de hoy en adelante me verás espuesto.

Él entonces continuando con las lágrimas en los ojos, viendo que sus fieles criados no le abandonaban, antes le estorbaban sus designios : —Arajes, me dijo, favorece á aquel á quien tú

hacias profesion de amar : y si tu voluntad no está del todo apagada, no seas tan cruel, que te opongas á este dulce fin de sus penas. Ahora es cuando yo tengo necesidad de tu asistencia, y cuando te pido con mi muerte una prueba de la fidelidad de que tantas veces me has protestado.

Yo quedé tan confuso, que no le pude responder sino con lágrimas; y él entre tanto no cesaba de despedir unos lamentos que pasaban el corazon á todos los que le escuchaban. — Querido Artajerjes, decia todo anegado en lágrimas, querido Artajerjes, si tienes todavía alguna memoria de quien te ama mas que á sí mismo, líbrame de la tiranía y crueldad de los que me impiden que te siga : y si el recuerdo de nuestra amistad pasada no se ha borrado de tu espíritu, consuela á lo menos con tu presencia á quien hace vivir tu pérdida con unos dolores mas terribles que la muerte que nos ha separado. Yo no tuve la fortuna de decirte el último á dios; pero bien me acuerdo, que tu último cuidado fué el de asegurarme que tu amor no te abandonaba con la vida. Yo no tuve medio alguno para cerrarte los ojos, y los mios todavía estan abiertos; pero abiertos solamente á las lágrimas, y á los objetos formidables y espantosos. Dioses injustos, dioses inhumanos, si

estais sedientos de sangre humana, y si vuestra crueldad no se puede saciar todavía con la de tantos millares de hombres que la cólera del Rey de los Escitas os ha sacrificado, ¿por qué no derramais la de su hijo miserable, y conservais la de Artajerjes á costa de la suya propia? Sí, monstruo, sí, padre inhumano, yo quisiera que la pérdida de tu vida me pudiese volver la de mi querido hermano; y por recobrarla á este precio, me desnudaria de los sentimientos de la humanidad, como tú te has despojado de toda suerte de compasion. Los impedimentos de tus guardias, y los obstáculos de mis heridas serian poca cosa para poder salvarte, y yo volaria á esta venganza como tú has volado á la tuya y á la saciedad de tu ambicion. Desgraciada Estatira, prosiguió, ¡qué mal he cumplido con el encargo que me habeis hecho, y cómo me avergonzaré de comparecer delante de aquella á quien mi cobardía tan gravemente ha ofendido! ¿Cuál será mi respuesta cuando me pregunteis por un hermano que tanto me habiais recomendado? ¿un hermano, que habia fabricado mi fortuna, y á quien vivia tan obligado?

Proferia con tantos sollozos estas palabras, que aun á los mas insensibles hubieran penetrado y conmovido. Yo por mí no pudiendo vituperarlas del todo, juzgué oportuno dejar cor-

rer estos primeros ímpetus sin agriarle mas, creyendo que mejor se podria curar con el tiempo un mal que parecia incurable en su primera violencia, que obstinándose tan inmediatamente en combatirle. Calló por entonces un rato ; pero luego prosiguió diciendo : — ¡Infeliz Oroondates, infeliz Estatira, y desgraciado Rey de Persia, qué pérdida habeis tenido! ¡Malaventurada noche, malaventurada vista, y mucho mas malaventurado disfraz, en qué abismo de infortunios me habeis precipitado! ¡Ah cruel ahora, pero entonces fiel Arajes, qué saludables eran tus primeros consejos, y cómo Oroondates era feliz si su pasion naciente le hubiera permitido seguirlos!

Por fortuna el Gobernador se habia retirado, y los que le servian que tenian el espíritu poco sutil, atribuyeron estos discursos, capaces de descubrirle, al delirio de la calentura. Vanamente le representaban que estas palabras y lamentos eran muy perjudiciales á su salud : se hacia el sordo á todo, y si alguna vez respondia, solo suplicaba que le dejasen morir, ó le dejasen en paz. Así pasó la mayor parte del dia en estos primeros movimientos sin tomar nada, y sin escuchar á ninguno. Si yo abria la boca para reconvenirle, me rechazaba como á los demas, y hubiera desconfiado de recobrarle, si no

me hubiera venido un pensamiento de hacerle olvidar la memoria de la amistad con la consideracion del amor, valiéndome de la autoridad de Estatira para conservar á quien solo vivia por ella.

Despues de haberse atormentado infinito, estrechándole la debilidad á dar alguna tregua á su dolor, y viendo con los ojos levantados al cielo, que suspiraba sin cesar, se lamentaba sin interrupcion y sin proferir palabra alguna, me determiné á decirle : — Señor, no es mi intencion obligaros á llevar esta afliccion con rostro indiferente, sino como un hombre que sea Señor de sus pasiones. Yo no sabré condenar unos llantos tan legítimos, pero tampoco puedo aprobar una desesperacion. Vuestras lágrimas muestran que sois hombre, y que como tal os resentís de las afficciones que os envia el cielo ; pero vuestra obstinacion en perderos muestra que os falta la razon cuando de ella teneis la mayor necesidad. Ya, pues, que todas estas consideraciones no obran nada en vos, y que parece ocioso contribuir con lo que se pueda á vuestro consuelo, ni con la razon, ni con el temor de los dioses que habeis olvidado ; permitid, Señor, que en este estremo os ponga delante de los ojos á la Princesa Estatira, á quien habeis dedicado el resto de vuestra vida, y que quereis

perder sin su consentimiento. Considerad, os ruego, si lo podeis hacer, y si esta obstinacion en disponer á vuestro arbitrio y sin licencia suya será motivo para que se ofenda en estremo. Acordaos, Senor, de las protestaciones que la habeis hecho de una total resignacion, y no la colmeis de tantas pérdidas, pues la que acaba de tener será capaz de llevarla al sepulcro, si vos no procurais conservarla. Sin duda alguna ella se conservará por vos; pero necesita de vuestra ayuda, y vos no la debeis abandonar en una afliccion en que conviene tanto el consuelo de una persona que la es tan amable como vos. Yo os ruego, Senor, que lo penseis mejor, y que creais que si esta consideracion no es de alguna autoridad, tendré motivo para creer que no la habeis amado.

Añadí á estas palabras otras muchas y mas fuertes, que produjeron un grande efecto en el alma de este desesperado. Nada respondió por entonces; pero pensando profundamente en ello, conocí que no llevaba á mal mis discursos, pues me permitia le tuviese esta conversacion; y aunque los médicos me habian ordenado que hablase poco para no perjudicar á mi salud, yo no cesaba un punto, hasta que al fin noté que ya estaba algo sosegado. En efecto, ya se lamentaba y suspiraba con menos

intension, y permitia que le visitasen y curasen las heridas: tomó alimento, pero siempre con tantos suspiros y sollozos, que temí que la tristeza que le dominaba era capaz de acabarle la vida. Viéndole ya en este estado, empecé yo á mirar por mi salud, y á obedecer á los médicos que me ordenaron el silencio. Mi Señor tambien se propuso obedecerlos y alargar su vida hasta verse con Estatira para pedirla el permiso de perderla.

Al tercer dia despues de la batalla supimos por el Gobernador que viéndose los Escitas muy débiles para permanecer en la Persia, hacian desfilar sus tropas, de las cuales una parte habia ya pasado el Araxes; pero antes de la marcha por no dejar á sus parientes y amigos al arbitrio de las bestias, dieron fuego al campo para que aquel gran número de cuerpos muertos se acabase de consumir. Con esto se acrecentó nuestra afliccion, porque con este medio se perdió toda la esperanza de hacer á Artajerjes los últimos oficios. Dos dias despues supimos que Artabazo habia perdido en esta batalla á su hijo Idaspes, y que su hermano Tiribazo estaba acampado con el resto del ejército entre Birsa y Selene; mas que viendo desalojar á los Escitas, y recibiendo orden de Darío que le llamaba para servirse de él contra Alejandro

que habia entrado ya en sus tierras, comenzaba á tomar el camino de Persépolis, habiendo dejado las órdenes correspondientes en las fronteras.

Nada os hablaré del sentimiento de Darío, de las Reinas, y de las Princesas por la pérdida de un hijo, y de un hermano tan calificado y tan amable, pues á la verdad estábamos muy lejos para ser testigos; pero no obstante, no dejamos de saber despues que el Rey llevó esta pérdida con menos paciencia que la de sus estados, y que las Princesas que le amaban tiernamente, no estimando en nada su vida despues de la muerte de Artajerjes, se determinaron á hacerle compañía. Y á la verdad bien se puede decir que ningun Príncipe ha sido generalmente mas sentido en el Asia que Artajerjes, por mas que entonces estuviese molestada con vuestras armas, y la consideracion de los propios infortunios pudiesen suspender los sentimientos que sufria por las desgracias de la Casa Real.

En cuanto á nosotos yo os diré que estando en una casa en donde nos servian con el mayor cuidado, y trataban unas personas bastante hábiles en su arte y facultad, estuvimos muy presto fuera de peligro; pero nuestras heridas, y particularmente las de mi Señor eran tan

profundas y numerosas, que duró la curacion mas de seis meses. Considerad, Señor, la impaciencia de mi Príncipe, que solo habia diferido el morir por ver á la Princesa; y juzgad como estaria al ver que su curacion se le retardaba tanto tiempo, y en una ocasion en que el amor, el honor, y el deseo le llevaban á ella. Él tenia continuamente en su boca el nombre de Estatira, y besaba mil veces al dia la cinta de los cabellos que al tiempo de su marcha le habia regalado.

Luego que vió en mí algunas apariencias de salud, determinó enviarme para que le diese razon del estado de la Princesa, y que ella supiese el del suyo; pero apenas habia comenzado á instruirme, cuando fuí atacado de una cruel recaida, y reducido á tal estremo, que yo no salí de la cama, hasta mucho tiempo despues de mi Señor. Este accidente le puso en términos de morir de pesar, y no queriendo confiar esta embajada tan importante á ninguno de sus domésticos, determinó esperar hasta que hubiésemos curado de nuestras heridas con aquella inquietud que podeis considerar.

El Gobernador de la Plaza nos visitaba cada dia, y como era hombre anciano, instruido y muy gracioso en la conversacion, nos divertia, y nos participaba los avisos y noticias que le

comunicaban. Un dia entró en el cuarto bastante melancólico, y preguntándole mi Señor la causa, respondió: — Ah, Señor, ahora se puede creer que los dioses nos abandonan, pues la Casa Real de Persia está amenazada á su ruina, y todo el Imperio á una general desolacion.

Estas palabras obligaron á mi amo á saber con mas particularidad el motivo, y sentándose el Gobernador al lado de la cama, le dijo así: — Sabed, Señor, que Alejandro, ese joven conquistador, cuya fama se ha estendido tanto por el orbe, ha pasado el Granico, y ha deshecho con poquísima tropa todos los soldados que el Rey Darío habia enviado con el fin de impedir el paso. A vista de las maravillas que hace este hombre, él pasa por un Dios. Los obstáculos de un rio profundísimo y muy rápido, cuyas orillas son de una altura inaccesible, y cubiertas de innumerables escuadrones Persianos, no han podido contener su valor, ni retardar una victoria que ha ganado tan gloriosamente. Él fué el primero que se arrojó á las corrientes, obligando á los suyos con el ejemplo propio á no temer un peligro que él despreciaba con tanta gentileza. No obstante la oposicion de los nuestros ha ganado la ribera, y combatiendo primeramente con los dardos, y despues con las espadas, ha muerto con sus propias manos

á Resaces y Espitridates, dos valientes Capitanes bien conocidos como tales. Los Macedonios imitando el valor de su Rey han hecho cosas prodigiosas: y por no molestaros, por treinta ó cuarenta hombres que ellos han perdido, nos han muerto mas de treinta mil, y han puesto en fuga á todo el resto, quedando señores del campo y de todo el equipage de los Persas. Pero aun no es esto lo peor, sino que ésta victoria ha mudado de tal manera de aspecto, y ha infundido tal terror con su nombre en los Persas, que la misma ciudad de Sardis, capital de las Provincias bajas, y vecina al mar, se ha rendido sin alguna resistencia. Todas las demas han hecho lo mismo, á escepcion de Mileto y Halicarnaso que se han defendido un poco, pero en cuatro dias las ha tomado. Viéndose Señor de toda la campaña, y teniendo el corazon hinchado con tanta prosperidad, ha corrido toda la costa de Panfilia en pocos dias; y lo que parece mas estraño, es, que hace creer á los Persas que los dioses favorecen sus conquistas, y que esta plaza que no se vió jamas sin tempestad, y que en la mayor calma está mas conmovida que las otras cuando estan mas furiosamente agitadas, y que finalmente es poco navegable á causa de las rocas y escollos que oculta, se ha sometido á él voluntariamente, y

durante su viage ha permanecido en una calma, cual nunca se habia visto tal. Él se embarcó para Fasélida, y ha vencido el paso llamado comunmente *la escala*, y atacando á los Pisidios, los ha vencido, y en pocos dias ha conquistado toda la Frigia. Ahora vuelve sus armas al lado de Paflagonia y Capadocia para marchar á las Provincias altas del Asia. Darío, á quien estas conquistas no han abatido el ánimo, está vecino á Susa, adonde va reforzando su ejército para detener el curso á este torrente impetuoso que inunda sus Provincias con una prontitud tan estraordinaria. Se cree que tendrá trescientos mil soldados, contra cuyo número Alejandro, por mas valiente, y mas invencible que sea, no podrá resistir con treinta y cinco mil caballos que tiene á su mando. Es verdad que cuentan maravillas del valor de esta tropa y de la disciplina que tiene: todos los soldados son veteranos, y la mayor parte ha militado bajo las armas del Rey Filipo, donde Alejandro los ha escogido para esta espedicion. Ellos parecen todos Capitanes, y los Capitanes Reyes. Quien los ha visto hace un informe de ellos tan ventajoso como los de un gran número de Príncipes que sirven al lado de su persona, y que parecen todos unos Alejandros.

Esta fué la relacion que hizo el Gobernador, la que acompañó mi Príncipe con una infinidad de suspiros y discursos que manifestaban demasiado el dolor que le mortificaba, viéndose detenido en una cama, mientras que el pobre Darío, y su Real Casa, que le era tan amable, estaba en vísperas de ver su propia ruina. — Grandes dioses, decia él, ¿es posible que tengais tanto interés en la gloria de un hombre, que por elevarle querais destruir la imagen mas semejante á vuestra grandeza? ¡Ah! ya veo que castigais mi flojedad con justicia, y me haceis comprar una vida que conservo despues de la muerte de Artajerjes.

Despues de estos discursos, lamentándose con los médicos de la tardanza de su curacion, prometia escesivos regalos si la adelantaban: y yo no sé si este deseo contribuyó, ó si en efecto estuvo mejor servido: ello es que se vió al instante un alivio notable, y un mes despues de esta noticia nos pusimos en estado de poder sufrir las fatigas del viage á que se preparaba mi Señor. Antes de partir ya supimos que Alejandro se habia hecho Señor de la Paflagonia, y que en pocos dias esperaba lo mismo de Capadocia. Mi Príncipe, que ademas del interés de Darío era ya émulo de las glorias de Alejandro, y zeloso de las victorias que lograba tan

francamente, apenas estuvo en estado de montar á caballo, salió de Birsa con todo su equipage, despues de haberse despedido del Gobernador, de quien habia recibido muchos testimonios de afecto, y á quien hizo muy buenos regalos á su marcha.

Si mi Príncipe no hubiera sabido el odio del Rey su padre contra el de Persia, hubiera vuelto á Escitia para pedirle algun socorro: mas siendo certísimo el aborrecimiento, y estando asegurado de que el Rey Mateo contribuiria con todo lo que fuera posible para arruinar al Rey Dario, perdió por esta parte la esperanza, y resolvió, hasta que los dioses mudasen estas cosas de semblante, presentarse á la Princesa Estatira, y servir á su padre con su persona todo el tiempo que le restase de vida. Con este fin tomamos quien nos guiase, y marchamos con toda diligencia por el costado de Susa, adonde el Rey reforzaba su ejército. Despues del viage de tres ó cuatro dias supimos que habiéndole formado Darío, y puesto en aquel pie que el Gobernador le habia hecho esperar, marchaba hácia la Cilicia para salir al encuentro á Alejandro, que ya vencedor de la Capadocia, tomaba su camino hácia la Escitia para encontrarle. Esta noticia nos hizo mudar de ruta, y nos atrasó el juntarnos con el Rey mas presto de lo que de-

seábamos. Antes de llegar allá recibió mi Señor una noticia, que le afligió sumamente: esta fué la muerte del valiente Memnon, el mas bravo de todos los Capitanes de Darío, y el mas temido de Alejandro, que con esto se confirmó mucho mas en la resolucion de atacar la Asia superior, no viéndola ya defendida de tan formidable guerrero. Oroondates derramó muchas lágrimas por su muerte, y por el desconsuelo de la bella Barcina; pero estaba todavía su alma tan llena de dolor por la pérdida de su querido Artajerjes, que quedaba poco lugar al sentimiento de otros.

Hubiera continuado Araxes su discurso si la noche que ya habia llegado no los hubiera obligado á retirarse. Le habia escuchado Lisimaco con tanto gusto, y tomaba tal interés por los prodigios de la vida de quien oia estos sucesos, que no llevó á bien cesase la relacion sino con mucha pena. Mas estando precisado á ellos por muchas consideraciones, vuelto á la casa, corrió precipitado al cuarto de Oroondates, que halló en buen estado por la esperanza de la mejora del cuerpo, mas por la del alma era una lástima, y tal que cualquiera persona, aunque desinteresada, sin duda alguna se moveria á compasion. No le quiso hablar, ni permitirle que hablase sabiendo el perjuicio que le podia

venir; y temiendo darle ocasion, le saludó, y se retiró á su cuarto, donde despues de una cena ligera se recogió, y pasó la noche como la antecedente.



LIBRO TERCERO.

Mas el afligido Oroondates, penetrado sensiblemente de la pérdida de la Princesa, en vez de gozar algun descanso en un sitio que parecia destinado á este fin, pasaba en él las horas de su condenacion (así llamaba la necesidad que le precisaba á vivir) entre las penas mas duras y mas insoportables que la misma muerte. Trayendo la noche con sus tinieblas melancólicas la confusion y el asombro, introdujo en su cuarto, y mucho mas en su espíritu el horror y los objetos mas funestos, representándole la infelicidad de su presente constitucion con tan terribles sombras, que casi se es-

puso á perder la vida con el disgusto y precision de estar obligado á conservarla.

Entonces fué cuando se le presentaron todos los acontecimientos de su vida, ya agradables, y ya funestos, y cuando se vió cruelmente acometido de la memoria de las dichas que habia perdido, y del sentimiento de las desgracias en que se veia sepultado. Reflexionó en el impensado orígen, en los maravillosos progresos y trágico fin de su amor; y de todos tres conjeturaba que el cielo solo se habia interesado en sus infortunios para hacer ver en su vida un ejemplo terrible de su enojo, y de las desgracias en que se precipitan los que el mismo cielo ha abandonado. Repasó con el pensamiento este mar lleno de tempestades, sobre el que ha navegado por espacio de diez años; y llamando indiferentemente todos los sucesos mas memorables, se afligió verdaderamente en las materias de pena, y se halló tan poco sensible á los objetos de gozo y de consuelo, que conoció desde luego que su alma prevenida con las impresiones del dolor no daba entrada á otros movimientos que á los suyos, ni admitia otros sentimientos que los de la desesperacion. Pero cuando despues de haberlo corrido todo, llegó á la sangrienta catástrofe de su amor, y cuando despues de la crueldad, de la ausencia, de

las prisiones, de los zelos, y de la cólera, y precepto riguroso de la Princesa, se figuró su muerte, pero una muerte verdadera, una muerte sangrienta y cruelísima, entonces se disipó su constancia; y aquel valor que no habia cedido á tantas desgracias quedó oprimido al peso de la presente afliccion.

Se puso delante de sus ojos á aquella bella y valerosa Reina, resto de la ilustre sangre de Persia, y viuda del mas grande de todos los hombres, alargando su garganta desnuda á la espada de Perdicas, y á los satélites de la cruel Roxana. Él se la representó toda cubierta de sangre, desfigurada al rigor de una infinidad de heridas, que dejaban su hermoso cuerpo horrible y desconocido. La buscaba despues en el pozo, ó bajo el monton de piedras en que fué sepultada; y como su imaginacion obraba en aquel instante con la mayor violencia, se la presentaba en la forma mas estraña y mas lastimosa que su espíritu podia concebir. Entonces se entregó enteramente al dolor, y olvidado de la resolucion de curar, arrojó gritos descompasados, se abandonó á los sollozos, y quedó anegado en un rio de lágrimas que salian de sus ojos como de dos fuentes eternas. Rompió el silencio recomendado por los médicos, y

la ausencia de estos, la de Lisimaco y Araxes le dieron libertad para desahogar su corazon por la boca de una parte de su mal.

— Bella Reina, decia, si por ventura vuestra alma no está enteramente desprendida de los pensamientos terrenos, y si conservais todavía alguna memoria de vuestro fiel Orontes: bella Estatira, Reina bella, espíritu soberano, poned vuestros ojos en este miserable; y si sois todavía aquella Estatira tan religiosamente amada del pobre Orontes, advertid que todavía soy el mismo Orontes que os ha idolatrado: sí, yo soy el mismo, y lo declaro para mi mayor vergüenza y confusion; yo soy el mismo, pues no me ha mudado todavía la indignidad cometida de sobrevivir á vuestra muerte. Sí, Princesa amada, yo vivo despues de vos; pero si conoceis bien mi amor, no debeis dudar que yo no quiera morir despues de vos. Esta vileza de que me acuso, lo es solo en la apariencia, siendo verdaderamente efecto de mi corage, y del amor que os tengo. Yo quiero morir, Estatira, yo quiero morir cuando estareis vengada, y tantas muertes como sufro esperando la última, os deben satisfacer mejor que una sola con que me habeis precedido. ¿Bastabaos acaso, ó Reina mia, morir solo una vez? Pero este infeliz objeto de vuestra muerte, esta causa des-

graciada del odio de Roxana debe perder mil vidas por una que yo os he hecho perder.

Calló despues de estas espresiones para revolver en su corazon mil furiosos pensamientos, y meditar mil géneros de venganzas. Todo le parecia poco á su indignacion : el hierro, y el fuego eran tormentos suaves para la satisfaccion que deseaba tomar, y Roxana y Perdicas objetos débiles y flacos para emplear su cólera. Pedia á los dioses resucitasen un Alejandro para defenderlos, ó que toda la tierra se armase á su favor. Aun su alma, que en todo el resto de su vida se habia mostrado siempre con la mayor moderacion, parecia queria obligar á los dioses á tomar partido contra sus enemigos.

— Grandes dioses, decia, vosotros que por elevar á un Alejandro á aquel grado de gloria adonde otro no ha llegado, habeis destruido la Casa Real de Persia, y abatido el orgullo de tantos Reyes ; que habeis sujetado tantos Imperios y sacrificado tantos millares de hombres á su ambicion ; que me habeis hecho pasar mi infeliz juventud en el amor, en los grillos, en las tierras incógnitas, sin gloria y sin fortuna, aunque me hayais concedido un nacimiento tan ilustre como el suyo, un corazon tan generoso, y un alma capaz de mayores empresas, si aquello que he amado os servia de horror,

¿por qué no habeis protegido á quien habeis amado tanto, á este grande hombre, sobre quien habeis derramado todas vuestras gracias? ¿Habia Estatira cometido tan grande error en dejarse amar de Oroondates, que no pudiese quedar compensado con la gloria de haber sido esposa de Alejandro? ¿No estabais todavía satisfechos de haberme atormentado, afligido y perseguido desde que estoy fuera de la infancia, por la violencia de mi pasion, por la muerte de mi querido Artajerjes, por las largas é insoportables ausencias, por la prision de la Princesa, por las innumerables heridas, por las crueles y largas cárceles, por la pérdida de Dario, por el matrimonio de Estatira, por su enojo, por la persecucion de Roxana, por mi destierro, por los viages tan penosos y espuestos, y finalmente por tantos peligros, tantas penas y obstáculos, en los cuales todo el valor de Alejandro hubiera infaliblemente caido, sino que me habeis quitado del puerto un premio que estaba para coger, y que habia tan gloriosamente merecido? ¡Dioses ciegos! ¿qué culpas son las mias para que hayais descargado sobre mí vuestro aborrecimiento?

Hizo otros muchos discursos de esta naturaleza, hasta que á fuerza de atormentarse, quedaron sus sentidos un poco adormecidos, y se

dejaron llevar del sueño, sepultando en su quietud los pensamientos que le habian afligido: mas aquella que tenia siempre en la idea mientras velaba, todavía se le representó durmiendo; y habiendo en su imaginacion discurrido con ella toda la noche, al romper el dia le pareció oir su voz al lado de la almohada, que habiendo muchas veces pronunciado su nombre, le decia: — ¡Ah este es Orontes, mi querido Orontes!

Estas palabras que efectivamente creyó haber oido, le desvelaron de repente, y corriendo la cortina de la cama, que estaba un poco abierta, pensó ver en su cuarto el rostro verdadero de la Princesa. Sorprendido maravillosamente con esta vista imaginada, arrojó un grande grito, y sacando la cabeza fuera de la cama para verla mejor, esta aprehendida imaginacion se le desvaneció súbitamente. Turbado con esta vision el pobre Príncipe, y no pudiendo discernir si la fuerza de la imaginacion habia representado á su espíritu un fantasma que verdaderamente no habia parecido, ó si el alma de su amada Estatira se habia en verdad presentado á sus ojos, se quedó en una estraña perplejidad. Con todo, como el último pensamiento fué el mas eficaz, llegó á creer, ó que su Princesa le venia á consolar en su afliccion, ó á animarle con su

presencia á tomar la venganza, que tanto deseaba de él. Con esta opinion empezó á gritar: —— ¿adonde huis, amada Princesa, adonde huis? No abandoneis tan presto á quien muere por vos: por mas muerta que esteis no me sois menos encantadora que cuando viva, ni yo os debo ser mas odioso que cuando era vuestro querido Orontes.

Mas hubiera dicho, si no hubiera comparecido Lisimaco, que acercándose á la cama le dió los buenos dias; y viéndole tan sudado, le preguntó la causa de tan grande conmocion.

El Príncipe confuso, y cruzando sus manos sobre el pecho, le respondió con un grande suspiro: — ¡Ah, Lisimaco! ¿qué he visto yo? ¡Ah, Lisimaco! ¿qué he visto yo? y callando al instante quedó despues de estas palabras tan estático, que á Lisimaco le vino mayor curiosidad de saber el motivo, y habiéndole obligado á que se le dijera:

— ¿Por qué tardamos, ó Lisimaco, respondió el Príncipe, por qué tardamos tanto, y diferimos mas esta venganza á la que estamos tan obligados? Nuestras Princesas han venido en persona á solicitarla; y en el mismo instante que vos habeis entrado en el cuarto, Estatira se ha desaparecido de mis ojos. Mis ojos, mis propios ojos la han visto sin ilusion, y mis orejas

han oido esta misma voz que oí muchas veces cuando ella vivia. Yo os hablo de veras. La he visto mas bella, mas grande, y mas encantadora que jamas; y aunque yo no la haya visto sino como un relámpago, no he tenido dificultad en distinguir las facciones del rostro que están tan impresas en mi corazon.

Lisimaco despues de haber juntado las manos, le dijo: — grandes dioses, ya que habeis permitido que nuestros destinos estén tan encadenados, no los separeis jamas, y acabad de una vez con estos males que ya son de larga duracion. Yo no tengo duda, continuó volviéndose hácia el Príncipe, de la verdad de vuestro discurso, porque he tenido otra aventura muy semejante á la vuestra; pues mientras me paseaba por una galería que está muy cerca de este cuarto, compareció delante de mis ojos la sombra de la Princesa Parisatides: tenia el mismo rostro, y aun el mismo porte que acostumbraba. Quise postrarme á sus pies; mas ella se desapareció con tanta prontitud, que á no ser lo que os ha sucedido, creeria haberme engañado, y haber visto solo con la imaginacion lo que realmente he visto con los ojos.

Oroondates, oido el discurso de Lisimaco, le dijo: — No dudemos, pues, Lisimaco, no dudemos mas: las Princesas nos vienen á visitar,

á consolar, y á incitarnos á la venganza que les hemos prometido. Tambien podrá ser que quieran de nosotros los últimos oficios, y que sus bellos cuerpos, que no han tenido otro sepulcro que montones de piedras, esperen de nosotros aquellos fúnebres honores que corresponden á su ilustre condicion. Este respeto trae á sus espíritus errantes entre nosotros, y les priva del paso del rio negro mientras no estén sepultadas. Vamos, Lisimaco, vamos á construir un sepulcro de las ruinas de Babilonia, y á pacificar sus almas con debidos sacrificios. Ya sabemos las víctimas que ellas pretenden: vamos á sacrificarlas, y mezclemos nuestra sangre inocente con la de aquellos bárbaros que nos las han arrebatado.

Lisimaco le respondió seriamente: — cuando vos esteis en estado de poner en ejecucion vuestras justas resoluciones, yo os acompañaré por todo el mundo, y os instruiré como estan los negocios de Perdicas, de Roxana, y de todos los herederos de Alejandro. Entre tanto yo emplearé este dia en algun particular sacrificio, y en visitar el templo de Apolo, que está poco distante de esta casa. Allí ofreceré una parte de lo que debemos á la memoria de las Princesas, y consultaré la voluntad del mismo Apolo por vos y por mí; pues siendo tan uniforme nuestra

fortuna, solo necesitamos un oráculo. A mi vuelta suplicaré á Araxes continue la narracion de nuestras aventuras, y consiguientemente yo os hablaré de mis sucesos, y de algunas particularidades de los vuestros, que sin duda las ignorais. Vos sabeis que tengo en ellos mucha parte, y en la mezcla de nuestros intereses que desde hoy en adelante no se pueden separar.

—Tendré mucho gusto, respondió el Príncipe, con un compañero como vos, si me fuese propicia la fortuna; pero siendo como veis, me afligiré en estremo cuando vea que participais de mis desgracias. Esperaré vuestra vuelta; y puesto caso que lo quereis así, esperaré tambien la salud necesaria á este cuerpo miserable para ejecutar vuestros designios. Pero cualquiera que sea la respuesta que recibais de los dioses, estoy resuelto á no arrastrar una vida que no puedo llevar sin horror.

— Tanto amor tengo yo por ella, replicó Lisimaco, como vos podeis tener: y si yo voy á rendir este obsequio á los dioses, es para obtener con mas facilidad la venganza, y satisfacer verdaderamente la deuda que tengo, conforme á los preceptos de la filosofía, y lecciones que aprendí del gran filósofo Calistenes.

Continuaron todavía con algunos discursos, al fin de los cuales tomó Lisimaco permiso de

Oroondates, y salió de la casa acompañado de un solo caballerizo, y de un hijo del amo que debia servirle de guia. Tomaron el camino del templo que Lisimaco queria visitar; y como estaba cerca, y ellos caminaron á buen paso, llegaron á él en menos de una hora. Este templo se habia fabricado en esta comarca contra la costumbre ordinaria de las provincias sujetas al Rey de los Persas, que querian que todos los sacrificios se hiciesen al descubierto, y sobre la cima de las montañas. Mas por una devocion particular el Rey Artajerjes, antecesor á Dario, le habia hecho erigir cincuenta ó sesenta estadios de Babilonia, y unos cinco ó seis del Eufrates.

Habia puesto el mayor cuidado en enriquecerle con muchas y esquisitas dádivas, y los oráculos que tenia le hicieron bien presto famoso en toda la Asia. Su forma era pentágona, y el frontispicio se dejaba ver por una grande calle, poblada de árboles frondosos, y cuya altura era estraordinaria, terminando en el camino real que está á la orilla del rio. Este frontispicio era maravillosamente alto, adornado de un grande número de estatuas, y particularmente de dos columnas de marmol de una altura escesiva, sobre las cuales Apolo, y la diosa su hermana estaban elevadas sobre sus carros

triunfales. Las puertas eran de cedro, sentadas sobre cinco ó seis gradas del mejor marmol que hasta ahora ha salido de Paros. Todo el templo estaba enlosado de lo mismo, y las pades cubiertas de pinturas que representaban las acciones mas famosas de este dios, su nacimiento en la isla Fluctuante, con el castigo de os villanos que fueron convertidos en ranas, la victoria de la serpiente Piton, la metamórfosis de Dafne, que parecia que este dios la abrazaba tiernamente aun cuando era sensible, la muerte de Coron, la mutacion del cuervo funesto, los amores de Clicie, y de la hija de Orcamo, que medio sepultada imploraba la asistencia del dios que la amaba, el destino del bello Jacinto, y del pobre Cyparisio; y en fin, todo lo que habian cantado los Poetas de esta deidad estaba pintado por una mano diestra, y adornado de cornisas engarzadas de materias muy costosas.

La entrada del altar estaba impedida por un enrejado de bronce que llegaba hasta las bóvedas del templo. Su forma era redonda, y la deidad estaba elevada mas de la estatura de un hombre; tenia la cabeza rodeada de rayos, y tan brillante por el oro y piedras preciosas, que no podian los ojos resistir su resplendor. Detras del altar estaba la cueva sacra, donde los

sacerdotes recibian el furor que les hacian pronunciar los oráculos. A ellos solos se les permitia esta entrada, á la que venian por un subterráneo, que desde su aposento los conducia al altar.

Llegó Lisimaco á la gran calle á tiempo que un estrangero acababa de poner pie á tierra, y se paseaba por el atrio esperando que abriesen la puerta; y apenas se desmontó Lisimaco del caballo, se vió saludado de este hombre con mucha cortesía; y aunque no queria ser conocido, tampoco quiso parecer desatento, pues viendo que el otro se alzó la visera de la celada, él hizo lo mismo descubriéndole el rostro, y saludándole con mucha gentileza. Ademas de la crianza que le obligaba fué movido tambien de la bella disposicion de este estrangero. Mirándole mas cerca halló en su estatura, y en su rostro tanta hermosura y magestad, que no obstante que Lisimaco se habia criado al lado del grande Alejandro, y en una corte de donde habian salido tantos Reyes, él creyó no habia visto hasta ahora hombre que le pudiera igualar. No obstante observando bien sus facciones, le pareció que ya las habia visto en él, ó en otro muy semejante; pero se detuvo poco en esta reflexion, y siguió con el vehemente motivo que le inducia al amor y al respeto.

El estrangero que vió tambien en el rostro de Lisimaco tanta belleza, acompañada de mucha brillantez y marcialidad, le consideró con admiracion, y comenzó á hablarle en lengua persiano con espresiones tan dulces y corteses que Lisimaco no le vió, ni le escuchó sino como persona maravillosa. — Yo pienso, le dijo el estrangero, que un mismo designio nos conduce á este lugar : mas yo ruego á los dioses no sea la causa alguna fortuna tan desgraciada como la mia.

— La bondad que me manifestais, respondió Lisimaco, y la estimacion que profeso ya á una persona de tan buen aspecto, me obligan á pedir á estos mismos dioses cualquiera otra fortuna para vos, pero que no sea igual á la mia.

— Quiera el cielo, respondió el estrangero, con un suspiro grande, que yo os sea igual en las buenas cualidades que poseeis, así como en las desgracias escedo yo á todo el resto de los hombres.

— Si no tener otra esperanza que la del sepulcro, dijo Lisimaco, y haber perdido por una muerte cruelísima y estraordinaria la sola cosa que se amaba, ó por mejor decir, la sola cosa por la cual se vivia, es insufrible, confieso, que se pueden hallar personas mas infelices que yo; pero si todos aquellos que han estado su-

jetos á semejantes infortunios no han tenido ardor igual al mio, y por unas personas tan amables como las que yo lloro, es preciso que me dejen la ventaja que contra mi voluntad tengo sobre todo el mundo.

—Los dioses os consuelen, dijo el estrangero; pues yo por mi parte siento que se redoblan mis dolores con el conocimiento de los vuestros, y estoy muy distante de hallar aquel alivio que reciben los infelices con el encuentro de sus semejantes. Yo que no espero mas que la muerte, y afligido con unos males de la naturaleza de los vuestros, he sufrido todavía otros, bajo cuyo peso sin una particular asistencia del cielo hubiera perecido; esperaré su voluntad con el mismo corazon, que sin quejarme me ha hecho sufrir mil pérdidas, la menor de las cuales me debia haber sepultado.

—Esta animosa resignacion, añadió Lisimaco, es una muestra muy perfecta de vuestra virtud, y acusa sin duda á los dioses, á quienes os someteis tan voluntariamente, de crueldad y de injusticia. Ellos me perdonarán esta libertad de discurrir, que no procede ni de menor respeto hácia ellos, ni de genio impío é inclinado á la blasfemia: mas si puedo continuar sin ofenderlos, prosiguió siguiendo el paseo de la arboleda, y si nos es permitido poder hablar

de aquellas cosas que son superiores á nosotros, paréceme que estos azotes y trabajos que tanto os han perseguido, debian estar destinados al castigo de los parricidas, y de otros muchos delitos que la ambicion y los respetos hacen cometer continuamente á los monstruos del siglo pasado y presente; y sin embargo los vemos privar, y llegar á una estrema vejez, sin haber sido trastornados de algun accidente que turbe la calma de su prosperidad. Hemos visto un Ocon, antecesor á Darío, ensangrentado con la muerte de cincuenta hermanos, su padre Artajerjes, homicida de su propio padre, y de su primogénito, y otros muchos Príncipes, que por razon de estado no se han abstenido de toda suerte de delitos, reinar y vivir pacíficamente hasta cien años sin alguna turbacion y pena capaces de hacerles sentir; y vemos al pobre Darío óptimo y generoso Príncipe, y á toda su ilustre familia, espejo de virtud, de constancia y de generosidad, perseguidos del zelo y de la fortuna, morir al fin por caminos inicuos y crueles, y que parece acusan á esta soberana providencia. Vemos un Alejandro, conocido de todo el mundo, perder la vida en la flor de sus años, y casi en el principio de sus esperanzas, y con estos un infinito número de personas verdaderamente virtuosas, que no viven sino para servir de jue-

go á la inconstancia, y de blanco á los tiros y persecuciones de la fortuna.

El estrangero, despues de haberle pacíficamente escuchado, y enjugado algunas lágrimas que habian salido de sus ojos en fuerza de estos discursos, le respondió con la mayor modestia : — Ya he notado yo algunas veces esto mismo que decís, y he hecho varias consideraciones muy semejantes á las vuestras. En efecto, he conocido muchas personas demasiado viciosas que han logrado una dulcísima y larguísima vida á lo menos en la apariencia, y he visto otras muchas almas virtuosas maltratadas de fortuna, y abandonadas á toda suerte de desgracias; pero esta práctica jamas me ha hecho acusar á los dioses ni de injusticia, ni de falta de providencia hácia los hombres; y si me permitís esponer mi parecer, os diré que siempre he creido que hay tantas diferencias de suertes de dichas, como de suertes de espíritus; y como el verdadero y soberano bien no consiste sino en sola la satisfaccion del espíritu, sola la diversidad de inclinaciones puede diferenciar en esto : así nos podemos engañar muy bien, teniendo por feliz á un hombre porque le vemos poseer muchos tesoros, que él dejaria con gusto por la posesion de una persona á quien ama; y al contrario hacer juicios falsos de la fortuna

de otro por verle disfrutar la gracia de una dama, que él dejaria con el mayor gusto por los tesoros que le niega la misma fortuna. De esta manera podemos nosotros engañarnos en la opinion de la felicidad de los viciosos; pues aun cuando ellos hayan obtenido esta misma felicidad, que consiste en la satisfaccion del espíritu, y en el cumplimiento del deseo, los remordimientos de su conciencia les hacen una guerra continua que no conocemos, y turbándoles el reposo con agitaciones eternas, los deja incapaces de gozar las dulzuras que se proponen en la posesion de las cosas deseadas, y en la carencia de las que aborrece, ó aprende. ¿ Creeis acaso que Ocon pudiese gozar la dulzura que le pudo traer la victoria ganada á los Armenios, y la tranquilidad establecida en sus estados con tantos homicidios, cuando pensaba en la muerte de tantos hermanos, con cuya sangre habia cimentado aquella grandeza en que vivió por espacio de tantos años? ¿ Y creeis tambien que Artajerjes no detestase la duracion de su vida, cuando se vió precisado para asegurarla á sacrificar la de un hijo tan amado? A la verdad si haceis las debidas reflexiones, hallareis que el número de males que estas personas aparentemente afortunadas han sentido, es mucho mayor que los bienes que nosotros hemos te-

nido por tales. Mas aun cuando os confesara que estos crueles, estos parricidas, estos monstruos han gustado una verdadera felicidad, y poseyendo todo cuanto han deseado, no han sido molestados ni de la ambicion, ni del amor, ni de los remordimientos de la conciencia, ¿no podremos creer que los dioses los han conservado tantos años para servirse de ellos como de instrumentos de su justicia: y como de azote con el cual han castigado á otros tan culpados y tan malvados como ellos? ¿Qué sabemos nosotros si dieron á Ocon una vida tan larga, ó para su felicidad, ó para la desgracia de sus hermanos, ó si la amistad que estos tenian por él antes les obligó á conservarle para perderlos, que el odio que tenian por los otros, cuyas inclinaciones eran acaso peores que las suyas? ¿No debemos tambien creer así que estos mismos dioses quisiesen que Artajerjes llegase á los cien años para empeñarle en el castigo de un hijo que habia de atentar contra su propia vida? Este es mi modo de pensar por lo que mira á la prosperidad de los malvados. Por lo que toca á la adversidad de los buenos, aunque ella aflige verdaderamente á los virtuosos, pero me parece que no ofende á la divina providencia. Acaso aquellos que nos parecen inocentes, no lo serán delante de los dioses, cuyos juicios

son muy diferentes de los nuestros, y son castigados con los males por los crímenes que nosotros no conocemos. Si en verdad estan exentos, es en prueba de su virtud, y mayormente para hacerla resplandecer mas á vista de los trabajos y aflicciones que les envian. El ejemplo de aquellos que me habeis alegado....

A estas palabras quedó como mudo el estrangero, y queriendo continuar su discurso, pareció que le detuvo alguna memoria que no le dejó pasar adelante. Lisimaco, que le habia escuchado con alguna atencion, y que admiraba la gracia que tenia, así en sus discursos como en todas sus acciones, quiso proseguir; pero al mismo tiempo abrieron las puertas del templo, con lo que les dieron libertad para entrar y hacer sus oraciones.

Entraron ambos juntos, y habiéndose detenido un poco en la consideracion de las pinturas y otras bellezas del templo, se arodillaron cerca del balaustre, y despues de un breve rato de oracion mental, alzando el estrangero la voz, y dirigiéndose al dios á quien el templo estaba dedicado, hizo la súplica siguiente.

— Poderosa deidad, que no solo dispensas tu soberana luz á los hombres, sino que das verdaderamente el ser á todas las cosas; ser independiente, y de quien todos los demas se-

res dependen; si las súplicas de un pobre miserable merecen ser oidas, mira, padre del dia, al mas desgraciado de todos los hombres postrado al pie del altar, que abandonando toda esperanza de socorro y de consuelo humano, no espera ni uno ni otro sino de tu divina bondad. Tú sabes mis desgracias, tú sabes mis pérdidas, y sabes, gran Dios, en qué mar he navegado por el espacio de tantos años. Si tu justicia está satisfecha con tantas pérdidas, y si despues de habérmelas quitado, conservas aun en el mundo lo que yo busco con tanta aplicacion, ilumíname, autor de la luz, y guia mis errantes pasos por las huellas de lo que yo he perdido. Yo dejo todo lo demas sin dolor; pero, ó gran dios, vuélveme lo que amo tanto, lo que me hace vivir, ó á lo menos la esperanza que ya tengo pérdida y que ya me ha abandonado.

Acabó el estrangero su oracion, y Lisimaco, que la habia oido atentamente y con tanta compasion cuanta le permitian sus desgracias, viendo que habia acabado, y que el sacerdote habiendo pasado por detras del altar, esperaba en la cueva sacra la respuesta de Apolo; despues de haberse postrado humildemente, le hizo la súplica de la manera siguiente :

— Luz del dia, ojo que descubre todas las

cosas, y por quien todas estas mismas cosas subsisten; dos miserables, cuyo destino es uno mismo, estan postrados á tus pies mas para rendirte la debida obligacion, que para pedirte socorro, ó mutacion de una fortuna, en la que estan desahuciados de toda esperanza, menos de la de la muerte. Ya han perdido todo cuanto podian perder, y todo cuanto querian conservar; y no pueden esperar la asistencia de tí, si no practicas en favor de ellos la virtud que has comunicado á tu hijo, y no vuelves la vida á aquellas ilustres personas á quienes habiamos dedicado la nuestra. Asísteles, favoréceles en una justa venganza, y en el deseo que tienen de satisfacer la deuda que profesaron á los espíritus de unas personas tan perfectamente amadas.

Lisimaco acabó estas palabras bajándose hasta la tierra, y poco despues vino el Sacerdote, y se puso delante del altar tan mudado que apenas se le conocia. Era mas alto de lo acostumbrado, traia los ojos azorados; y penetrado del dios que le poseia, pronunció con voz espantosa las siguientes palabras.

ORACULO.

« Que los muertos esperen los deberes de

« los vivos, y que los vivos esperen la asisten-
« cia de los muertos: los muertos fabricarán
« la fortuna de los vivos, y los vivos estable-
« rán el descanso de los muertos. En tanto,
« quiero que los vivos vivan, y que los muer-
« tos descansen: y los vivos y los muertos es-
« peren mi voluntad sobre las riberas del Eu-
« frates. »

Acabadas de pronunciar estas palabras el Sacerdote se volvió poco á poco á su estado ordinario; y aunque para ayudar á la oracion de Lisimaco y del estrangero se volvió á la cueva sacra, la deidad no quiso dar otra respuesta, y los dejó en la incertidumbre del sentido del Oráculo, y de la persona á quien sus palabras se habian dirigido. Cada uno se las aplicaba á sí mismo; pero no pudiendo comprender cosa alguna, determinaron esperar el éxito sin informarse mas: y despues de haber hecho algunos cortos sacrificios, segun costumbre, y segun era la intencion de cada uno, se despidieron del Sacerdote, y salieron del templo tan ignorantes como entraron.

Si los negocios de Lisimaco, y los intereses del estrangero, ó por mejor decir, la triste constitucion de uno y otro les hubiera permitido continuar acompañados, creo que jamas

se habrian separado, pues se habian tomado tan buena voluntad, que no se pudieron despedir sino con mucho sentimiento. Pero llamándolos por otra parte mil poderosas consideraciones, montaron á caballo, y tomando el estrangero su camino, Lisimaco cogió el de la casa de Polemon, adonde habia dejado á Oroondates.

Hizo este corto viage sin articular una palabra, y como sepultado en un éstasis tan profundo, que los que le acompañaban no se atrevieron á hablarle. Cuando estuvo á unos doscientos ó trescientos pasos de la casa, vió hácia la mano derecha, y cerca del rio un bosque de árboles altísimos, que por tan solitario y desierto le pareció muy oportuno para pasar algunas horas en la tristeza y melancólicos pensamientos. Con este designio puso pie á tierra, y mandando á su caballerizo condujese el caballo á la casa de Polemon, entró solo en el bosque, y se retiró al lugar mas oscuro y mas distante de la vista de los hombres. Allí meditó nuevamente las palabras del Oráculo, y despues de haberlas examinado cien veces, se vió siempre mas confuso; y abandonó el pensamiento y el deseo de poderlas comprender.

En esta soledad abundaron las lágrimas con

toda libertad, pues no siendo visto de persona nacida, nadie le podia acusar de flaqueza. Aquí hizo discursos y arrojó lamentos tan lastimosos, que podia mover á compasion aun á los mismos árboles del bosque. La memoria de la vision que habia tenido por la mañana, viniéndosele á la imaginacion, le hacia pedir al alma de la Princesa que se presentase á sus ojos con las súplicas mas ardientes, los discursos mas afectuosos y mas espresivos que la propia pasion le podia suministrar. Esclamaba paseándose lentamente y con los ojos levantados, y decia como si le estuviera escuchando: — Amada Parisatides, si aun siendo tan grande os habeis dignado consolar con vuestra vista á este miserable, y desnudaros del resplandor que os rodea, por acomodaros á la debilidad de sus ojos, no le negueis ahora la misma gracia, pues él es el mismo, y en este lugar solitario podreis honrarle con mayor libertad con los preceptos que espera de vos.

Con semejantes discursos continuó paseándose debajo de los árboles, hasta que llegando á una gruesa encina, vió unas palabras escritas en la corteza, y mirando las mas vecinas, conoció que todas eran de un mismo caracter. Acercóse en fin á las unas, y leyó los nombres de Casandra y Euridice, impresos en la cor-

teza con letras grandes y en diferentes sitios. Despues de esta vista pasando al pie de otra encina como la primera, y poniendo los ojos en otra escritura que llegaba hasta el tronco del arbol, leyó distintamente estas palabras.

« Cualquiera que tú seas á quien el acaso, « ó el destino traigan á esta soledad, ten com- « pasion de las desgracias de la desolada Ca- « sandra. En este infeliz sitio llora y llorará el « resto de su vida lo que ha perdido por su « culpa y por el enojo de los dioses. Con sus « lágrimas manifestará la pérdida de lo que los « dioses la han quitado, y estas mismas lágrimas « harán ver á los mismos dioses y á la memo- « ria de quien amó tanto, el arrepentimiento « de su crimen. Ella amó lo que debió amar, « y ama todavía lo que ya no está en el mundo, « y hasta el sepulcro conservará los primeros « y últimos amores puros é invariables. »

Lisimaco quedó conmovido con la lectura de tales palabras, y levantando los ojos al cielo, dijo : — ¿Con que no soy yo solo, ó grandes dioses, contra quien empleais vuestra ira? Ya veo que el número de los desgraciados es tan grande como el de los hombres.

Adelantóse algunos pasos mas, y vió una pequeña roca á la orilla de un delicioso arroyuelo, cubierto todo de semejantes caracteres.

Leyó otra vez los nombres de CASANDRA y EURIDICE entrelazados de cien maneras, y debajo de ellos las siguientes palabras.

« No te fatigues, ó caritativa Euridice, en « suavizar mis desgracias con tus consuelos. « Lo que yo amaba y debia amar ya no existe « en el mundo, ó no es para Casandra. No es « razon que tú me quites una ventaja que in- « justamente me has querido disputar. Y aun- « que tus pérdidas hayan sido de la misma « naturaleza que las mias, tú te has defendido « mejor de la violenta pasion que hace á las « mias tan sensibles ; y yo sé que la considera- « cion de las mias producen en tí la mayor « parte de tus aflicciones. »

Los cuidados de Lisimaco no le estorbaron que no tomase gran parte en los trabajos de esta desconocida Casandra ; pero quedó mucho mas conmovido, cuando sentándose á la orilla del arroyuelo vió estas palabras al pie de la roca.

« Bellas reliquías de aquello que tan tierna- « mente he amado, ó sea que una parte vuestra « se haya colocado en el orden de los dioses, « ó que ande todavía errante entre los hombres; « ya que este corazon que se os abrió cuanto « fué posible y debido, deja todavía libre una « entrada que solo será para vos, mirad con

« cuántas lágrimas solemnizo vuestro recuerdo;
« contentaos con estos últimos obsequios que
« ofrezco á las cenizas de quien fué la me-
« jor parte de mí misma. La memoria de otras
« pérdidas no tienen parte en mis desconsuelos,
« y como toda mi felicidad siempre estuvo en
« vos, así la pérdida de vos ha establecido en mi
« alma un dolor que jamas se apartará de
« ella. »

No pudo Lisimaco acabar de leer estas palabras sin derramar algunas lágrimas de sus ojos, porque el conocimiento de las miserias agenas haciéndole mencion de las propias, le dejó tan sensiblemente afligido, que quedó casi sin accion apoyado en la roca. Cuando volvió en sí se desató la celada, y se recostó á la orilla del arroyuelo que corriendo entre pequeñas piedras, hacia mas agradable su murmullo. Allí despues de haber derramado sus ojos todavía muchas lágrimas, fueron cogidos de un sueño producido del cansancio, y de la vigilia de las noches antecedentes; y como ademas su cuerpo estaba tan fatigado de las pasiones del alma, se dejó llevar dulcemente de un descanso de que parecia no estaba capaz. De esta manera reparó las faltas pasadas con un sueño tan largo, que ya estaba muy adelantada la noche y aun no habia dispertado; y acaso no hubiera ejecutado

tan presto si no le hubiera hecho el rumor de algunas personas que hablaban cerca de él.

Cuando volvió de su sueño, quedó admirado al verse en un sitio en donde la oscuridad habia ocultado la luz. No obstante, alzando los ojos al cielo, entre las ramas que le rodeaban vió una luz que parecia pálida, con cuyo favor se encaminó hácia la casa de Polemon, creyendo firmemente que estarian con cuidado por su tardanza. Cuando iba á moverse, sintió la misma voz que le habia desvelado, y aunque estaba lejos de todo pensamiento menos del de la muerte, un resto de curiosidad le escitó á atender lo que hablaban aquellas personas en aquel lugar, y á una hora semejante.

Los que hablaban estaban poco distantes, y como se creian solos, discurrian con toda libertad. Lisimaco aplicando el oido sintió que uno de ellos decia. — Astiages, ¿no me tendriais vos por el mas indigno de los hombres, si diese crédito á unos consejos tan perniciosos? Quiero persuadirme que solo vuestro afecto os obliga á dármelos; pero debeis considerar todavía quien soy yo, y contra quien me aconsejais. Esta accion, ademas de que seria vergonzosa y horrible á la memoria de los hombres, atraeria sobre mí la ira de los dioses, y no estaria

jamas sosegada mi infeliz y miserable conciencia.

—Los enamorados de veras, respondió el otro, no se paran en estas ligeras consideraciones : y si en otras circunstancias el temor de los dioses es laudable, en una empresa tal no puede pasar sino como flaqueza. Una violenta pasion lo puede escusar todo, y los que estan sujetos no cometen culpa que no merezca perdon. Cerrad, Señor, los ojos á todo lo que puede trastornar vuestros designios, y no llameis virtud una paciencia indigna y fuera de tiempo?

— ¿Mas es posible, dijo el primero, que quien ama perfectamente pueda hacer cosas que desagraden á la persona amada? ¿ Y que vos que habeis amado me deis consejos tan contrarios á las máximas de los que tienen amor?

—Yo he amado perfectamente, dijo Astiages, mas no como los amantes especulativos que se contentan con que una ojeada, ó un suspiro descubran su amor; y adoran diez años un rostro sin pretender otro premio que la vista y la conversacion. Mi amor, como es real, quiere favores verdaderos y sólidos, y no se pueden alimentar con las quimeras que satisfacen la imaginacion de aquellos espíritus vanos y melancólicos. Y si quereis ver la diferencia, sa-

bed, Señor, que entre todos los que se precian de amantes, una parte ama simplemente por el amor del sugeto amado, y otra por el amor de sí mismo. Los primeros no tienen otro fin que la perfeccion de su objeto, ni fundan su felicidad sino en su propia pasion. Estos aman, ó creen amar una belleza, no por ser amados de la persona que la posee, sino porque la juzgan amable; pero los otros me parece que absolutamente estan destituidos del sentido comun. Estos últimos, cuyas máximas he seguido obstinadamente, buscan un verdadero bien y el propio gusto, como personas que tienen sentimientos racionales, y que solo el instinto natural es capaz de seguir. Estos aman con la esperanza de que serán igualmente amados, y gozarán y poseerán en la cosa amada el bien que se propusieron antes de enredarse en su pasion, y estos mismos no se empeñan tan profundamente en el amor que no se puede desvanecer con la esperanza. Pero dejemos los unos y los otros en su opinion, y detengámonos solamente en lo que os toca. Vos creeis desagradar por una corta y dulce violencia á aquella persona que amais: ¿habeis acaso hecho esta consideracion cuando la habeis arrancado de entre los brazos de los suyos, ó habeis creido ofenderla menos por esta accion que por

aquella que os la haria enteramente vuestra?

— ¡Ah, Astiages! interrumpió el otro, este solo pensamiento me hace temblar. Considerad, os ruego, que mi Princesa no solamente es hija de uno de los mas grandes reyes del mundo, sino tambien de mi rey, y que el atentado que me proponeis seria digno de todos los rayos del cielo.

— Acaso habreis tenido este pensamiento, respondió Astiages, antes de llegar á los términos en que os veis ahora: pero en el estado en que estan vuestros negocios, no podria empeorar vuestra condicion, y no dejando ya esperanza alguna que no hayais perdido, cooperáreis á vuestra quietud, y gozareis de un bien por el que habeis abandonado todos los otros.

—¿Mas qué bien, dijo el primero, se puede gustar con tomar por fuerza la posesion de una cosa en donde sola la voluntad produce las dulzuras? ¿Y con qué satisfaccion se puede acariciar un cuerpo si el espíritu no la admite?

— Los que aman por el amor de sí mismos, respondió Astiages, no hacen esta diferencia, pues los favores siempre son favores de cualquiera manera que se hagan. Pensad, pues, Señor, ahora que hay tiempo, y que las cosas os van tan favorables; servíos del poder que teneis en este lugar, y considerad qué pena se-

ria la vuestra si dejaseis huir y escapar de vuestras manos una ocasion que jamas la volvereis á ver. Yo os prometo que despues de esta accion sereis dueño del cuerpo y del espíritu, que todo lo pasado se borrará de la memoria, y que ella hará por deuda lo que no ha querido hacer por inclinacion.

Detúvose á estas palabras, y viendo que el otro no respondia, continuó diciendo : — Representaos, Señor, la poca esperanza que teneis de poseerla de otra manera ; acordaos de tantos ruegos inútiles, y de tantas lágrimas derramadas en vano : que vuestras sumisiones pasadas os avergüencen, y sonrojaos de haber estado tan sujeto á quien sus desprecios insolentes hacen casi indigna de vuestro afecto. No la hableis mas como esclavo sino como Señor, y en vez de suplicarla, como habeis hecho hasta aquí, decidla con valor, *yo lo quiero* ; y si ella despues de haber conocido vuestro deseo se resiste, servíos sin temor del poder que os ha dado el cielo, y no os espante la cólera de los dioses por una culpa de que ellos os han servido muchas veces de ejemplo.

Despues de haber oido el otro este discurso, de repente, y como si volviera de un sueño profundo ; — Vencisteis, Astiages, le dijo, vencisteis : vuestras razones son tan eficaces, que no

es facil contradecirlas; y cualquiera resistencia que haga me siento llevar tan dulcemente de lo que me lisonjea que no puedo menos de condescender. Yo seguiré vuestro consejo, y cuando los primeros medios que por algun tiempo quiero practicar me sean inútiles, recurriré á los vuestros, y en todo caso os acusaré de una falta que solo la he cometido por vuestra persuasion.

—Gracias á los dioses, respondió Astiages, que manifestais unos sentimientos dignos de vos. Seguid, Señor, ciegamente mis consejos, y atribuidme á mí todo el delito y toda la pena que podais temer. Pero, Señor, continuó, poco tiempo podemos estar aquí, pues la noche está muy adelantada, y la luna que comienza á salir nos descubrirá los caminos que no sabemos. Salgamos del bosque, y vamos á buscar á aquellas personas á quienes nuestra tardanza habrá tenido con cuidado.

A estas palabras se levantaron, y Lisimaco, que lo conoció por el fin del discurso, y por el ruido que hacian al marchar, se levantó tambien. Por el discurso de la conversacion entendió bien el pésimo designio que tenian, y aunque su propia pena no le tenia capaz de agenos pensamientos, el horror que concibió por una accion tan indigna, le empeñó á oponerse á sus

dañadas intenciones, y á impedir sus efectos en cuanto le fuera posible. Como la noche estaba algo clara los siguió un rato, llevándolos siempre delante; pero por mucho cuidado que puso, los perdió al fin entre los árboles, y trabajó inútilmente en buscarlos. Despues de haber corrido el bosque, se encontró á la orilla del rio, reconoció el camino real de Babilonia, y el sendero que conducia á la casa de Polemon. Apenas habia andado cincuenta pasos halló una parte de su gente que le buscaba. Los sacó del cuidado en que estaban, volviéndose con ellos, y con el anciano Polemon que los guiaba á su casa, que ya estaba poco distante. Aunque cuando llegó era bastante tarde, no quiso cenar, ni acostarse sin ver primero á Oroondates, sabiendo por Araxes que no dormia, y que deseaba verle, pues tambien habia tenido el mismo cuidado que los demas. Entró en el cuarto, y acercándose á la cama, le abrazó inmediatamente.

—Y bien, le dijo entonces Oroondates, y bien, Lisimaco, ¿qué nos ordenan los dioses?

—Tan confusamente se han esplicado, respondió Lisimaco, que es muy dificil comprender su voluntad. No sé si vos sereis mejor intérprete que yo, y si penetrareis el verdadero sentido del mas oscuro de todos los oráculos.

A estas palabras despues de haberle contado su viaje, y el encuentro del estrangero, repitió las palabras del oráculo, que con estudio las habia tomado de memoria. Oroondates pensó un poco tiempo en la esplicacion que se las podia dar; y despues de otro rato, le dijo: Yo no sé qué oscuridad hallais en las palabras del oráculo: ninguno se ha pronunciado jamas mas claramente, ni en que mejor se vea la voluntad de los dioses.

« Que los muertos (dice Apolo) esperen los « deberes de los vivos. »

Estas palabras estan esplicadas por ellas mismas: y es sin duda que estas bellas almas esperan de nosotros los últimos oficios, y que Apolo nos acusa la tardanza que tenemos.

« Y que los vivos esperen la asistencia de los « muertos. »

No hay duda que en lo que nos resta que hacer para la satisfaccion de estos queridos espíritus, nos es muy necesaria su asistencia; y que si somos flacos para superar á unos enemigos tan poderosos, la memoria de unas personas á quienes hemos amado, redoblará sin duda nuestras fuerzas. Esto es lo que nos vienen á ofrecer, y esta es sin duda la causa de la vision que tuvimos esta mañana. Con esta asistencia.

« Los muertos fabricarán la fortuna de los
« vivos, y los vivos establecerán el descanso de
« los muertos. »

Toda nuestra fortuna desde hoy en adelante consiste, ó en la muerte que apetecemos, ó en la venganza que esperamos, y con esta y con los deberes del sepulcro estableceremos el descanso de estos pobres espíritus que andan errantes mientras sus cuerpos estan fuera de la sepultura.

« En tanto yo quiero que los vivos vivan, y
« que los muertos descansen: y que los muer-
« tos y los vivos esperen mi voluntad sobre las
« riberas del Eufrates.

Yo hallo mas imposibilidad en la ejecucion de este precepto, que dificultad en la esplicacion. Si los dioses quieren que yo viva, es preciso que me restituyan la Princesa: los muertos pueden descansar y aguardar su voluntad, ó sobre las riberas del Eufrates, ó sobre las del Cocito; y ve aquí, querido Lisimaco, como estas pobres almas obedecen prontamente, y como aunque despojadas de sus cuerpos no se atreven á abandonar este sitio, para hacer á la deidad el obsequio que pretende.

Lisimaco le confirmó en este pensamiento, y despues de algunos discursos que hicieron sobre este asunto, le contó los diversos encuen-

tros que habia tenido en el bosque, y le repitió una parte de las palabras que con el nombre de Casandra estaban impresas en los árboles y en las rocas : no calló la conferencia de aquellas dos personas, cuyo malvado designio no habia podido trastornar. Blasfemaron y detestaron los dos juntos semejante maldad; y Lisimaco viendo que era tarde, se retiró á su cuarto con el permiso de Oroondates, y despues de una corta cena se metió en la cama, donde pasó el resto de la noche como habia acostumbrado en las pasadas.

Al dia siguiente pasó Araxes á darle los buenos dias; y Lisimaco, despues de haberle preguntado por la salud del Príncipe, le dijo : — Él está todavía tan debil, que no me atreveré á pedirle la continuacion de la historia que me habeis empezado á contar, porque le podria dañar tan largo discurso : mas si persevera todavía en vos aquella buena voluntad que me habeis significado, os suplico continueis con vuestra narracion, manifestándome los otros sucesos de una vida que aprecio tanto, ó mas que la mia propia. Araxes no se hizo rogar mas; y sentándose en una silla que estaba al lado de su cama, pensando un rato en lo que tenia que decir, comenzó de esta manera.

CONTINUACION DE LA HISTORIA

DE OROONDATES Y DE ESTATIRA.

Si os ha conmovido tanto el principio de mi discurso, no os moverá menos lo que resta que decir. Ahora entramos en alta mar; y por lo que os contaré juzgareis que los cortos trabajos que ha padecido el Príncipe no han sido mas que las chispas de un rayo que le amenazaba, y la oscuridad de una tempestad que le debia acometer. Callaré muchas cosas que sabeis, y os haré saber otras muchas que ignorais.

Desde que mi Señor supo la muerte del valiente Memnon, con los otros avisos que ya os he dicho, y las diligencias que los dos Reyes hacian de unirse para decidir con una segunda batalla el Imperio del Asia, siempre temió que no se podria hallar en tan memorable espedicion; y asegurando bien su impaciencia por la priesa que daba á los caballos, los precipitó tanto, que rebentaron en pocos dias. Pero habiendo comprado otros á fuerza de dinero, y despues todavía otros mas, caminamos sin

descansar noche y dia con tanta diligencia, que nos unimos con las tropas de Dario la víspera de la sangrienta batalla de Isus. Mi Señor determinó no darse á conocer hasta despues del combate, sirviendo primero á Dario de manera que estimase despues mucho mas la noticia. Pusímonos con tiempo en una llanura cercana al rio Pindaro para ver pasar al ejército en batalla; y porque el orden de marchar me pareció estraordinario y magnífico, lo observé con el mayor cuidado, y os lo referiré en pocas palabras, si es que antes de ahora no habeis tenido esta noticia.

El ejército de Dario estaba compuesto de la mayor parte de las naciones que le estan sujetas, ó á lo menos de las mas vecinas; porque las mas distantes como los Arracosienses, Zoglianos, y Indios no fueron avisados á causa de la priesa con que Dario recogia sus tropas por la necesidad en que se hallaba. De Persia habia treinta mil caballos y setenta mil infantes, todos grandes y valientes, bien montados los unos, y ricamente armados los otros. Los Medos habian puesto diez mil caballos y cincuenta mil infantes. Los Bactrios dos mil caballos armados de hachas ligeras, y pequeños escudos, y diez mil infantes armados de la misma manera. Los Armenios cuarenta mil hombres de á

pie, seguidos de siete mil caballos de Ircania, los mas arrogantes del ejército. Los Dervicios, pueblos bárbaros, sujetos tambien al Rey de Persia, llevaban solamente dos mil caballos y cuarenta mil infantes, de los cuales la mayor parte por la falta de hierro que hay en su pais se servian de unas picas y dardos de madera, cuya punta la habian endurecido á fuerza de fuego. Del mar Caspio y de las otras provincias del Asia concurrieron con cuatro ó cinco mil caballos y diez mil hombres.

Ademas de estas tropas y otras muchas, que habia sacado de otras naciones y pueblos vasallos suyos tenia tambien el Rey á su servicio treinta mil Griegos, jóvenes y valientes, en los cuales mas particularmente confiaba. Este es un compendio del número de soldados que formaban el ejército. El orden de la marcha era el siguiente. Delante de toda la tropa iba el fuego sacro, que entre los Persas está en la mayor veneracion, y le llevaban en unos altares de plata, acompañados de trescientos sesenta y cinco Magos que cantaban himnos y cánticos, y otros tantos mozos vestidos de púrpura. Se referia este número á los dias del año, segun la antigua ceremonia de Persia. Seguian á estos altares el carro de Júpiter, tirado de doce caballos blancos, conducidos por unos hombres

vestidos de blanco, y con varas de oro en las manos. Detras del carro marchaba el mas bello y mas grande caballo que se pudiese hallar, llamado el caballo del Sol, llevado á mano por unos hombres con el mismo vestido que los otros. Despues de este marchaban los diez carros de armas del Rey, todos llenos de oro y piedras preciosas, y mas propios para un triunfo que para una batalla. Seguia la caballería, dividida en varios escuadrones, y muy diferentes en armas, en costumbres y en idiomas; de los cuales callaré el número y el nombre de los que comandaban. Solo os diré que los primeros eran los que los Persas llaman inmortales; tropa escogida y compuesta de diez mil hombres, vestidos de casacas bordadas de oro, cubiertos de armas doradas, y cargados de grandes cadenas de pedrería, de las que igualmente se adornan para ir á una batalla, que para asistir á un sarao.

Poco despues de estos seguian los Doríferos en número de quince mil: llámanse por otro nombre los parientes del Rey; gente mas propia para adorno que para defensa de un campo; pues el lujo de los vestidos y la delicadeza de las armas los hace débiles, y los deja inhábiles para el combate. Mi Príncipe, que los vió tan adornados como unas damas, los miró con des-

precio, y al instante puso los ojos en Darío, que pasaba elevado en un carro con una pompa y una magestad indecible. Estaba el carro tan brillante con el oro y las piedras preciosas, que los ojos no podian resistir tan grande resplandor: todas las orillas iban enriquecidas y adornadas con muchas imágenes de dioses, hechas á relieve, cuya materia era de oro macizo, y la forma rara y escelente. La silla estaba cubierta con un águila del mismo metal, que estendiendo las alas podia defender al Rey de la lluvia, del sol, y de las demas inclemencias del tiempo. La casaca era de púrpura cubierta con pequeños soles de oro: su manto, que llegaba hasta la tierra, era tambien de un tisú de oro, sostenido por delante de dos gavilanes de oro, que en el modo de batirse parecia hubiesen quedado trabados con los picos. Pendia de su rica cintura una cimitarra inclinada, cuyo puño era una piedra preciosa. El adorno de la cabeza, á quien los Persas llaman *cidares*, era de un lienzo azul y blanco, cuyo tejido apenas se veia por estar cubierto de diamantes y de piropos. El carro iba rodeado de doscientos jóvenes, todos Caballeros Persas, de los mas inmediatos á la Corona, y de las mas ilustres casas del Reino. Estos, aunque estan dispensados por su tierna edad de toda carga, estan obligados á de-

fender la persona del Rey. Sus armas eran riquísimas, y sus dardos con la punta de oro en lugar de hierro.

A estos seguian diez mil alabarderos de la guardia del Rey, cuyas picas estaban guarnecidas de plata, y cuatrocientos caballos del Rey llevados á mano: despues de los cuales seguia el resto de la infantería. Poco despues se dejaba ver la Reina Sisigambis en su carroza, la Reina Estatira, su nuera, en la suya, y lo mismo las demas acompañadas de cuarenta carrozas que conducian las damas de honor, y las principales de aquellas que las servian en esta guerra. El resto venia á caballo, y otros carros llamados *armamajas*, en los cuales venian ordinariamente los Ayos de los hijos del Rey, y los eunucos de la Casa Real, que no estan con tanto deshonor entre los Persas como entre otras naciones. El dinero lo traian seiscientos mulos, y trescientos camellos, escoltados de quince mil flecheros, y de algunos escuadrones de caballería. Seguia despues un número infinito y confuso de mugeres, que habian querido acompañar á sus maridos y á sus hijos en este viage, una infinidad de criados, y todo el bagage y equipage con que pocos dias despues se enriquecieron los vuestros.

Yo no pude notar las demas cosas que pasa-

ron por estar obligado á seguir á mi Señor, que á nada atendió desde el punto que pasó su Princesa. La acompañó con la vista hasta que puso pie á tierra con las Reinas para entrar en el Pabellon, que estaba ya dispuesto para recibirlas, y al cual un sol hecho con maravilloso artificio, engarzado en un cristal, y elevado por encima, le hacia mas visible.

Aunque mi Señor ponia el mayor cuidado en ocultarse de aquella por quien solamente habia conservado la vida; no mudó la resolucion de no darse á conocer hasta hacerse considerable á Darío, y hasta esperar el éxito de la batalla : y para estar mas lejos del Rey, y del peligro de que le conociesen, quiso alojarse aquella noche en el cuartel de los Atenienses que estaban al sueldo del Rey, y á quienes su Capitan Patro habia reparado desde aquella noche fatal, en la que habian sido deshechos por mi Príncipe en la defensa de las tiendas de Darío. Oroondates se descubrió solamente á Patro, y recibió de él un caballo de servicio, y propio para la necesidad que creia tener. Poco despues se levantó el campo ; y aunque era de noche, Darío mal aconsejado, y deseoso de una victoria que creyó siempre cierta, temiendo que Alejandro no se escapase, se quiso avanzar, y se metió en unos estrechos que le causaron la pérdida de la batalla.

Conoció mi Señor inmediatamente la falta que cometia Darío, y advirtió á Patro el perjuicio que aquel sitio le podia ocasionar ; porque en efecto, si el Rey hubiera colocado su tropa, que estaba compuesta de infinitos hombres y caballos, en la llanura que él abandonó, y hubiera esperado con buen orden, sin precipitarse, como lo hizo, entre el mar, la montaña y el rio Pindaro, se hubiera podido servir libremente de todas sus fuerzas, en lugar de que habiéndose metido en unos sitios tan estrechos y llenos de malezas, vuestra ventaja era igual á la suya, y vuestros soldados combatian al frente con los nuestros, sin esperanza de ser socorridos, sino con las pocas tropas que le seguian, fuera de la infantería, que formaba en gran parte vuestro ejército, y que combatia con menos embarazo que nuestra caballería. Darío, Artabazo y Mateo reconocieron la falta al romper el dia, cuando vieron á Alejandro mas cerca de lo que habian pensado. Quisieron retroceder para ponerse mas á la larga ; pero ya no era tiempo, porque los ejércitos se hallaban tan vecinos, que no habia lugar de retratarse, ni de prolongar el destino de tantos Persas que murieron en aquella cruel batalla.

Nada os puedo decir en particular de este combate, pues seguramente estabais en medio

de él, y sabeis muy bien los principios y los sucesos. Solamente os diré que á las primeras escaramuzas, habiendo dejado mi Príncipe á los Atenienses, se fué á unir con los caballeros jóvenes Persas, que combatian sin cargo, y cerca de la persona del Rey, ó en parte donde era mayor el peligro y mas considerable la gloria. Montó en el caballo de Patro, bello y fogoso á maravilla. Sus armas eran negras, la cota de malla, el plumage, y la cola del caballo que le servia de cimera eran del mismo color, pues desde la muerte de Artajerjes no habia querido usar de otro. Jamas le perdí un paso, y con este motivo le ví hacer cosas que realmente esceden á la creencia de los hombres.

El buen Rey Darío no faltó á su deber. Vos sabeis que embistió con Alejandro, y que ya habian combatido algun tiempo sin ventaja cuando fueron separados por el tropel de los suyos. En esta separacion Darío fué precipitado de su carro, y rodeado de un infinito número de Macedonios, que sin duda le habrian muerto, ó tomado prisionero, si no le hubiera socorrido mi Señor que peleaba cerca, y que visto el peligro en que se hallaba volvió el caballo con gran furia sobre aquellos que le cercaban.

El primero con quien encontró fué Filotas,

que estaba mas enardecido que los otros, y le dió un golpe con tanto ímpetu que lo arrojó á los pies de su caballo: siguióse Clito, con quien hizo lo mismo que con Filotas, y aun con aquel mucho mas, pues mató tambien al mismo tiempo su caballo: y haciéndose calle por cualquiera parte que queria, tuvo la fortuna de sacar á Darío del peligro, y haciéndome detener el caballo de Filotas, le dió lugar para que montase.

Apenas Oroondates habia servido al Rey de esta manera, cuando Alejandro empeñado en seguirlo, no paró hasta llegar al puesto en que estaban. Conociendo mi Príncipe el peligro que podia correr el Rey, le conduje á un escuadron de los suyos, y volviendo la cara á Alejandro, se fué á recibir á este grande hombre con un gozo indecible.

Esta fué la primera vez que le ví, y si la memoria no me engaña, el adorno de la cabeza, y el resto de su armadura eran de acero, tan resplandeciente y lustroso, que herido de los rayos del sol no los podia resistir la vista. Estaba todo adornado de piedras preciosas, la cota de malla bordada de lo mismo, la celada estaba cubierta de plumas blancas, con una cola de caballo en medio blanca tambien como la nieve, y que bajaba hasta la gurupa del suyo.

Este gran Príncipe no despreció un enemigo como mi Señor: y sabiendo que era el mismo que habia muerto á Clito y á Filotas, y librado á Darío de las manos de los Macedonios, mandó retirar á los suyos para combatirle.

El encuentro fué verdaderamente furioso, y habiendo los caballos topado frente á frente, Bucéfalo tuvo ventaja sobre el de mi Señor, pues le hizo poner las ancas en tierra: mas mi Príncipe haciéndole levantar á fuerza de espolazos, y volviéndole al lado derecho de Alejandro, le hirió en un muslo con un dardo, y tornando otra vez á él, le cortó con la espada las correas de la celada, y descubrió su rostro desarmado á todos aquellos que le rodeaban. En esta ocasion estuvo Alejandro en gran peligro; pero fué socorrido por los suyos, que se pusieron delante, y embistieron con Oroondates y con todos los que estaban con él.

Al llegar aquí no pudo contenerse Lisimaco, y lleno de admiracion interrumpió á Araxes, diciéndole: — Oh dioses, ¿que me decís, Araxes? ¿Con que aquel Caballero cubierto de armas negras que hirió á Alejandro, é hizo otras tantas hazañas, tan grandes y tan estupendas, era vuestro Príncipe?

— El mismo, respondió Araxes.

— Yo soy testigo, prosiguió Lisimaco, de

una gran parte de sus hechos, y estaba muy cerca de Alejandro cuando fué herido. Tambien fuí uno de los primeros que se opusieron á su furia, y no me pude escapar de algunos de sus golpes. Entonces mató con otros muchos á Neoptolemo y Cratero á nuestra vista ; y me atrevo á deciros sin mentir, que Ptolomeo, Seleuco, y yo, movidos de su valentía, no quisimos que se le persiguiese con tanto ardor, como habria sucedido sin nuestra resistencia. El Rey, que sin conocerle, le llenó de grandes alabanzas, mostró mucho gusto de que quedase salvo, y no hablaba de él sino como de un prodigio, ó de un hombre enviado de los dioses para la defensa de los Persas.

— Mi Príncipe, dijo Araxes, todavía os tiene otras obligaciones que os son desconocidas, y por esto debeis cimentar vuestra amistad de manera que dure toda la vida : pues solo vuestro valor proporcionó al suyo un amor que le fué tan provechoso. Es verdad que los Macedonios nos perseguian con alguna lentitud, y que en su retirada conoció mi Príncipe la frialdad que no atribuyó á esta causa. Él se retiró, es verdad, pero se retiró como un leon ; y sabiendo que el Rey ya estaba seguro, despues del mandato, y varias señales de retirada, cedió al número de los vencedores, y á la densi-

dad de las tinieblas, que empezaban á cubrir la tierra, y á quitar á los Macedonios una parte de su victoria. Esta, en fin, fué tan grande, que Darío perdió ciento y diez mil hombres, su carro de guerra, y todo su equipage, á escepcion de lo que habia dejado en Damasco, que cayó todo en vuestras manos despues de la toma de la ciudad.

Indignado mi Señor por la desgracia de la Persia, del Rey, y de la Casa Real, que veia reducida á términos tan lastimosos, no quiso abandonarla en su infortunio, y resolvió perecer con ellos ya que el amor, la amistad, y la reputacion le obligaban á acompañarlos hasta el fin. Con este designio me mandó que le siguiese sin informarse de su equipage que habiamos dejado distante algunas jornadas, y atravesó el campo ocupado ya por los vuestros, y enterado por los fugitivos del camino que habia tomado el Rey, siguió sus pisadas hasta que las tinieblas le privaron de todo conocimiento. No le estorbaron estas, ni el cansancio de su caballo, ligeramente herido, como tambien lo estaba mi Señor, bien que le incomodaba poco, para que dejásemos de proseguir nuestro camino, encomendándose á los dioses, á quienes no pedia otra gracia que la de volver á ver á su Princesa, y á este pobre Rey afligido con tantas pérdidas.

El dolor le impedia el hablar, y el valor arrojar lamentos indignos de su persona: mas por los suspiros que salian de lo mas profundo de su corazon esprimia tan eficazmente la naturaleza de su pena, que no tuve valor para interrumpirle en toda la noche. Vos mismo podeis juzgar cuales serian sus pensamientos, y de qué manera llevaria la desolacion de una casa á quien siempre habia amado tanto.

El pais por donde caminábamos era muy escabroso, y la incomodidad de las tinieblas, junta con la del camino, acaso nos habria hecho caer en algun precipicio, si no hubiésemos hallado de cuando en cuando algunos fugitivos, de quien tomábamos lenguas, preguntando á todos por el Rey, las Reinas y las Princesas. Al romper el dia encontramos un grueso de caballería que delante de nosotros se retiraba, y apretando nuestros caballos para unirnos, los alcanzamos en poco tiempo. Estos eran el Príncipe Oxiarto, hermano del Rey, Mitrano, el eunuco Bagoas, y Patro, aquel mismo á quien mi Señor se descubrió antes de la batalla. Iban seguidos de doscientos ó trescientos caballos, entre los cuales nos mezclamos sin descubrir los rostros, ni darnos á conocer, hasta que Patro reconociendo las armas de mi Señor, y el caballo que él le habia dado, despues de haberle mirado

con reflexion, no dudó que fuese el mismo.

Asegurado de ser así, y llevado de una especie de gozo, dió un grito, y corriendo hácia el Príncipe Oxiarto: — ah, Señor, le dijo, ved aquí el genio tutelar de la Casa Real, el que salvó ayer la vida á nuestro buen Rey, y el que hizo cosas tan grandes, que esceden la creencia de los hombres: ved aquí sus armas, y el mismo caballo que yo le dí antes de la batalla, y del que se ha servido tan gloriosamente á nuestro favor.

A estas palabras acercándose á mi amo, él mismo le descubrió el rostro, y quedó Oxiarto lleno de alegría, y los demas de admiracion y gozo. Ya se habia dicho que el valeroso guerrero, á quien debia la Persia reconocer la vida de su Rey, y que habia hecho cosas tan maravillosas á su favor, era el valiente Orontes, por quien la Corte ya habia traido luto, por haberle creido sepultado con el Príncipe Artajerjes; y con todo quedaron tan sorprendidos con esta vista, que la memoria de la situacion presente les hizo mezclar el gozo con el sentimiento de su infeliz fortuna. Oxiarto le tuvo mucho tiempo entre sus brazos con tal ternura, que á uno y á otro se les saltaron las lágrimas.

— Ya lo esperaba yo, bravo Orontes, le decia Oxiarto, ya esperaba yo, que si estabais vivo,

no nos abandonariais en las desgracias en que nos han precipitado los dioses. Venid, venid á ver un Rey que con toda su casa os está obligado, particularmente en la conservacion de su vida, y á quien los cielos no han guardado, sino para que sirva de materia á vuestra gloria. Vuestra vista le consolará en sus pérdidas, y vuestra presencia animará una esperanza que por poco le iba á abandonar

Mi Señor respondió con todos los términos de la mayor atencion á estas palabras, y correspondió abundantemente á las demostraciones de afecto.

Pasadas las primeras cortesías, y abrazados todos los principales de la tropa, pidiendo Oroondates noticia de la salud de Darío, y de su família Real, Oxiarto, sin dejar de proseguir el camino, le dijo así : — la opinion que tenia el Rey de la infalibilidad de la victoria, le movió á traer á las Princesas al ejército sin atender á su seguridad : mas cuando comenzó á dudar por el desorden que vió en sus tropas, llamó al punto á Megabises y al eunuco Tireo, y les mandó que las fuesen á buscar á las tiendas, y las ordenara que secreta y diligentemente tomasen el camino de Damasco, adonde estaban retiradas casi todas las damas ; y dándoles tres mil caballos para que las acom-

pañasen, las recomendó al grande Orosmande. Hecha esta diligencia, volvió á la batalla, y se internó tanto entre los enemigos, que infaliblemente hubiera fenecido si no le hubierais vos socorrido con valor mas que humano. Poco despues siéndole forzoso ceder á su desgracia y á la instancia de los suyos, me hizo saber por Bagoas, que tomaba el camino de Unca, pequeña ciudad á la orilla del Pindaro, distante de aquí cuatro horas de camino, y que esperaría nuevas de nosotros, y de las damas en un bosque que ya sabiamos, lejos de aquí de diez á doce estadios, mas tan oculto á la vista de los hombres, que no podia escoger mejor lugar para evitar el alcance de los enemigos, y para proveerse en la misma ciudad de caballos frescos, y de las cosas necesarias para su retirada. Esto lo saben pocos, y yo no lo descubro sino á aquellos que son fieles y leales amigos nuestros.

Despues de este discurso redoblaron la marcha; pero mi amo con estos avisos se vió en una grande perplexidad, porque el amor le obligaba á tomar el camino de Darío, y seguir las huellas de las Princesas; por cuya razon estuvo muchas veces tentado á dejar á Oxiarto, y seguir los movimientos de su pasion : mas la consideracion de su honor ahogó totalmente

este pensamiento, y le hizo sacrificar el propio interés á la reputacion y á la memoria de las desgracias de Darío: ademas de que dudó que Oxiarto, y los otros interpretando su marcha, ó segun la verdad, ó segun otras apariencias, todo ello fuese para hacer un juicio dañoso á su quietud, y poco ventajoso á su gloria.

Con esta última resolucion siguió el camino, por el cual Bagoas y otras guias nos llevaban. Y por abreviar llegamos en fin antes de medio-dia al bosque, adonde dos horas antes se habia retirado el Rey. Las guias, que sabian los senderos mas recónditos, despues de algunas vueltas, nos condujeron por lo mas espeso cerca de una fuente, á cuya orilla encontramos al Rey, acompañado solamente de Mazeo, Artabazo, Coortano, padre de Roxana, y unos veinte Oficiales los mas fieles, y que mas diligentemente le habian seguido.

Estaba este grande hombre al pie de un arbol, sentado encima de las capas de los sayos, apoyando sus mejillas en las dos manos, por entre las cuales se veian correr algunas lágrimas que llegaban hasta el suelo. Los que le habian acompañado estaban al rededor de su persona en pie, y ayudaban su melancolía con un profundo silencio, y con una inmovilidad que parecian estatuas. Aunque el Rey estaba sepul-

tado en sus profundos pensamientos, volvió en sí al ruido de nuestros caballos; y sorprendido de alguna especie de temor, se levantó al instante, y habiendo conocido á su hermano, y á algunos mas, se disipó su aprehension, y se adelantó algunos pasos para recibirle, pero con un aspecto tan melancólico, que se conocia bien que su alma, aunque real y generosa, no podia resistir á tan poderosos asaltos de la fortuna. Despues de haberle saludado entre suspiros y algunas lágrimas, abrazando el Rey á los principales, volvió los ojos hácia Oroondates, y reconociendo las armas primero que el semblante: — oh dioses, dijo con un grande grito, y retirándose dos pasos, ¿es este aquel hombre, es este aquel dios que me ha salvado milagrosamente, y ha hecho tanto por defenderme, que ha sobrepujado á todo el valor de los hombres?

— El mismo es, respondió Oxiarto, y á mas es una persona que os debe ser mas amable por otras muchas obligaciones de esta naturaleza.

A estas palabras se quitó mi Señor su celada, se postró á los pies del Rey, y habiéndole tomado las manos, se las besó con el mayor amor y respeto. Darío, abriendo enteramente los ojos, y clavándolos en su semblante, conoció

al verdadero Orontes, por cuya pérdida habia concedido una parte de las lágrimas que habia derramado por Artajerjes : y digo aquel Orontes, que no contento con haber conservado con tantos hechos maravillosos de valor á la madre, muger, hijos, hijas, y Casa Real ; parecia que habia venido del otro mundo para salvar al mismo Rey de un peligro, del cual solo podia haberle librado el genio tutelar de su casa.

No me pregunteis cual fué su admiracion. Yo sé muy bien que comprendeis hasta donde llegó su maravilla : solo os diré, que si no hubiera estado sostenido de un arbol cercano, sin duda hubiera caido en tierra ; pues tardó mas tiempo en rehacer sus alientos con aquel encuentro impensado que habia gastado en resistir á los pasados sucesos. Mas en fin, volviendo en sí de un desvanecimiento tan profundo, levantando los ojos y las manos al cielo, dijo : — grande Orosmade, pues me has vuelto al salvador de mi casa, ya no me espanta el valor de Alejandro, puesto caso que recobro por tu bondad la esperanza que ya habia perdido : — y despues volviéndose al Príncipe, que estaba todavía arrodillado, y bañándole el rostro con lágrimas de gozo y de tristeza : — ¡ oh mi genio protector ! le dijo, que no nos abandonas

jamas en los casos en que tu asistencia es neceseria; mi hijo, mi querido Orontes, ó mas bien, mi querido Artajerjes; ya que habiéndomelo quitado los dioses me han dejado en tí la mayor parte de él, y de mí; ven á ocupar en mi afecto y en mi casa el lugar que él ha dejado, y que sin injusticia á nadie le es debido sino á tí solo.

Aunque estas palabras, pronunciadas por un esceso de amor y entre infinitos abrazos, eran capaces de atraer sobre mi Señor toda la envidia de los asistentes, y especialmente de Oxiarto; estaba tan generalmente amado, y su virtud tan perfectamente conocida, que ni él, ni ninguno de los otros hicieron la mas mínima demostracion de sentimiento; y aun no sé de cierto si ellos mismos animaron á Oroondates para hacer lo que hizo, ó si ya él lo habia primeramente determinado: lo cierto es que cuando menos lo pensaba, le ví hacer una accion, y le oí proferir por su misma boca unas palabras que fueron sugeridas, ó de la desesperacion, ó de la confianza que tenia en el Rey. Este hacia todos los esfuerzos posibles para levantarle, abrazándole con mucha ternura, y llamándole siempre su hijo, y su querido Artajerjes.

Mi Señor, permaneciendo siempre de rodi-

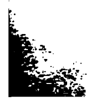
llas, le dijo con un tono de voz mas esforzada que lo que acostumbraba: —Señor, no concedais tan francamente este nombre á quien vos no conoceis todavía, y que con lo que hasta aquí se ha arrogado, debe perder la vida y vuestro amor. Todo lo que yo he hecho por vos, se debia hacer por un Príncipe, y por todas las personas virtuosas. Pero lo que han hecho los mios contra vos, no se puede reparar sino con la pérdida de aquello que mas aman. En fin, Señor, yo no vengo aquí para pediros mercedes de cuanto he hecho por vos, sino para abrazar el castigo de cuanto han obrado los mios contra vos, y aliviar vuestras pasadas y presentes aflicciones con la satisfaccion que podeis recibir de la venganza de Artajerjes, y de tanto número de hombres que le han acompañado en su muerte. El Rey de los Escitas os ha privado de un hijo, que merecia ser perfectamente amado; privad vos, Señor, al Rey de Escitia de otro hijo amado perfectamente de él, y con un cambio tan legítimo castigad en la persona de su hijo al matador del vuestro. Aquí teneis bajo el falso nombre de Orontes al verdadero Oroondates, hijo del Rey de Escitia, vuestro mortal enemigo: Oroondates, que abrasado de amor por la Princesa Estatira desde aquella noche fatal que entró en vuestra tienda, mudó nombre y

condicion por servirla, aunque se considerase indigno; y abusó con esta ficcion de vuestro verdadero afecto : Oroondates en fin, que os ha honrado perfectamente como á todos los vuestros, pero que no ha podido contener la injuria que los suyos os han hecho y á los vuestros. Mientras que las pérdidas han sido iguales, he creido que podia evitar sin delito la pena de todos los que inocentemente habia cometido; pero desde que el Rey de Escitia os ha quitado un hijo que amabais, que me amaba, y á quien yo amaba mas que á mí mismo, no puedo negar el suyo á vuestra justa indignacion, y ocultarle bajo el nombre de una persona á quien habeis honrado con tanto afecto.

Mas hubiera hablado, si el Rey mas atónito que si se hallase de repente debajo de otro cielo, no se hubiese retirado algunos pasos, cruzándose de brazos, y considerándole y mirándole dos ó tres veces desde la cabeza á los pies con un rostro y unos ojos, que esplicaban la alteracion de su ánimo y la variedad de los pensamientos que le combatian. Todos los asistentes estaban tan sorprendidos como el Rey; y mirándose los unos á los otros, esperaban el éxito con duda, con temor, y con impaciencia. El Rey finalmente, despues de haber pesado el odio que tenia á Mateo, con el afecto que pro-

fesaba á Orontes, las injurias que habia recibido del primero con la muerte de su hijo, y de tantos millares de hombres, con los servicios que le habia hecho el último, en la conservacion de su vida, y en la de todos los suyos; y considerando ademas de esto con qué bizarría y grandeza de corazon venia á ponerse en sus manos, en un tiempo y en una ocasion en que ningun respecto le podia mover á desear su amistad ni alianza, sino su propia generosidad; cedió en fin á tantas consideraciones, á la inclinacion que le tenia, y á los movimientos de su propia virtud; y acercándosele de nuevo, y levantándole con sus propias manos, despues de haberle besado en las mejillas, le dijo con la mayor gravedad, mezclada con su natural dulzura, estas palabras:

— Los dioses, Príncipe Oroondates, acrecientan mis aflicciones, permitiendo que yo os conozca en un tiempo en que no puedo como quisiera mostraros cuanto me obliga este conocimiento. Y si no medís mis sentimientos con la generosidad de los vuestros, creereis sin duda que la necesidad de los negocios, la debilidad y temor de los enemigos estrechan á un Rey vencido, despojado de la mayor parte de sus estados, abandonado de los suyos, y en vísperas de caer en manos de sus contrarios, á reci-



bir una amistád que el odio de nuestras casas, y la pérdida de un hijo tan querido, acaso la habria despreciado en el tiempo de la prosperidad. Mas si con la dignidad Real que hasta ahora no me han quitado los dioses, han dejado todavía alguna fe á la palabra de un Rey, yo os juro por Orosmade, que conociéndoos como os conozco ahora, en cualquiera estado que me hubierais visto, los perjuicios que yo he recibido de vuestro padre, jamas habrian apagado el afecto que os tengo, ni borrado con la memoria de las injurias recibidas las obligaciones que profeso á vuestra generosidad. Esto es cuanto puedo deciros en el estado presente: y si no obstante todo esto, os queda todavía el deseo de hacer alianza con un Príncipe, reducido á unos términos tan lastimosos, os lo ofrezco, protestándoos que por mi consentimiento, el de mi hija, á quien honrais con tanto afecto, será vuestro, y yo solo os reconoceré como hijo, y como la persona que mas amo en este mundo.

Mas gozoso mi Príncipe de lo que se puede imaginar por unas palabras tan corteses, y por unas promesas tan ventajosas, se arrojó de nuevo á sus pies, estrechándole las rodillas con un amor increible. El Rey habiéndole levantado, le abrazó tiernamente. Oxiarto siguió su ejem-

plo, y todos los demas se disponian á lo mismo, y á congratularse con él cuanto permitian las presentes desgracias; cuando vieron venir hácia ellos una tropa de caballeros, entre los cuales reconocieron al instante á Megabises, y á algunos de los que le habian acompañado en la conduccion de las Reinas y de las Princesas.

Esta vista conmovió estraordinariamente al Rey, y adelantándose á él antes que llegara; — y bien, Megabises, le dijo, ¿adónde estan las damas?

— Megabises, bajando los ojos, y con una voz trémula, le respondió : Señor, ya no son nuestras.

— ¿No son nuestras, respondió el Rey temblando?

— No, Señor, añadió Megabises : ellas son prisioneras de Alejandro.

— ¿Prisioneras de Alejandro, repitió el Rey?

— Sí, Señor, respondió Megabises. Apenas nos habiamos apartado del campo unos quinientos pasos para conducirlas á Damasco, como vuestra Magestad habia dispuesto, cuando me ví seguido de Parmenon, y de una parte de la caballería de Alejandro. No pudimos retirarnos por causa de las damas, y por el embarazo de sus carros, y tuvimos precision de empeñarnos en el choque con los mas valerosos Macedo-

nios, que pelearon como hombres arrogantes; al reves de los Doríferos, que me señaló vuestra Magestad, que combatieron menos que como mugeres flacas y tímidas, pues despues de una breve resistencia volvieron vergonzosamente la espalda. Parmenon no queriendo entretenerse en perseguirlos, voló á la bella presa que ellos abandonaban. Los dioses saben que yo hubiera perecido muy gustoso, si las Reinas hubieran tenido alguna ventaja con mi muerte; pero viéndome solo, y herido en cinco ó seis partes, resolví emplear lo que me restaba de vida en daros un aviso que acaso habria recibido vuestra Magestad de otro con menos verdad.

No atendió el Rey á estas últimas palabras, sino que no pudiendo resistir á este nuevo ataque de la fortuna, se arrojó al suelo, y cubriendo su cabeza con el manto, comenzó á llorar con tantos suspiros y sollozos, que hubiera movido á piedad los corazones mas endurecidos. Mi Señor, apoyándose á una encina, levantó piadosamente los ojos al cielo, y acusándole sin hablar de una tan súbita mutacion de su fortuna, esplicaba mas al vivo su dolor con el silencio y con el rostro, que no habria hecho con las palabras. Oxiarto, Cohortano, y Artabazo acompañaban sus lamentos, y todos los otros estaban tan confusos, que el dolor y la desola-

cion no se podian dejar ver en forma mas verdadera.

El rey despues de haber estado algun tiempo en la postura que os he dicho, descubriéndose en fin el rostro, y levantándose al mismo tiempo; — esto es mucho, fortuna, dijo; esto es mucho: si tú me perseguias como Rey, me debias perdonar como hombre particular, y contentarte con la pérdida de mis estados, sin sobrecargarme aun con la de mi familia. Bastaba que Alejandro triunfase de mis Imperios, sin hacerle triunfar del honor de mis hijas; y te debias contentar con elevarle al trono, sin hacer suyo hasta mi mismo lecho.

Atormentado violentamente de esas reflexiones, hizo cosas impropias á la gravedad y á la dignidad de un tal personage. Él mesaba sus cabellos, desgarraba sus vestidos, y los zelos le hacian proferir unas palabras tan desesperadas, que todos los asistentes temblaban de miedo, y lloraban de compasion.

Cuando se rehizo un poco, quiso que Megabises repitiese la noticia, mas no teniendo paciencia para oirle el fin, le dijo con voz espantosa: — ah, cobarde, ¿con que has preferido una infame y vergonzosa vida á una bella y gloriosa muerte? ¿Con que pudiendo caer gloriosamente á los pies de tu Reina, no has querido

prolongar tus dias, sino para abreviar los mios con una nueva tan funesta y tan perjudicial á mi honor y á mi reposo?

Al proferir estas palabras, mirándole con ojos furiosos, echó mano á la espada; pero temeroso Megabises, huyó de su presencia, y evitó con esta segunda huida el peligro que le amenazaba.

En esta ocasion me admiré del valor de mi Señor, y del poder que tenia sobre sí mismo. Yo no dudaba, despues del conocimiento que tenia de su amor, que su pena no igualase por lo menos á la de Darío; mas por violenta que fuese, su constancia fué tan grande, que jamas dejó salir de su boca una palabra que pudiese manifestar debilidad, ni que aumentase el desconsuelo á un Rey, á un padre, y á un marido.

Cuando le vió un poco mas sereno, se le acercó con estraordinaria moderacion, y le dijo con un modo que descubria la grandeza de su espíritu: — Señor, cuando la pasion que yo tengo por vuestra hija la Princesa, y el honor que me habeis concedido poco ha, no me hubieran interesado en la pérdida que acabais de tener, saben los dioses qué parte tomaria en vuestros trabajos, y con qué prontitud espondria mi vida por volver el mayor descanso á la vuestra. Esta verdad, Señor, y el honor que

vuestra Magestad me hace en darla fe, me animan á representaros, que con lágrimas no se remedian los infortunios. Bien puede ser que estos no sean tan grandes como vuestra Magestad se los figura; y aunque Alejandro sea jóven, vencedor y valiente, al fin es Príncipe virtuoso, y tendrá sin duda algun miramiento á las Reinas y á las Princesas, á la dignidad Real, y á su própia estimacion. Entre tanto vuestra Magestad se las puede pedir, ofreciéndole tesoros y provincias por su rescate. Yo acompañaré vuestros embajadores, y visitaré desconocido á aquellas á quienes vuestro interés y mi pasion me harán volar hácia ellas. Si estas dádivas no pueden mover Alejandro, y si con mis diligencias no puedo arrancar de sus manos estas ilustres prisioneras, yo acabaré con este vencedor á la fuerza de mi brazo, que ya ha probado; y volveré la calma á vuestros estados, ó moriré con la gloria de haberle disputado hasta con la última gota de mi sangre el premio de mis servicios, y el fruto de la gracia con que me habeis honrado.

El Rey le escuchó quietamente, y echándole los brazos al cuello, le dijo: — nunca he dudado, ó hijo mio, que no me hayais amado en estremo, y que no os espusieseis al mayor peligro por unas personas tan queridas: ni espera-

ré de vos otros efectos que los ordinarios de vuestro valor, pues mas seguro estaré con vuestra asistencia que con el socorro de mis tropas. Pero cualquiera que sea la mudanza que vuestro valor pueda producir en mi fortuna, no puedo resolver que os alejeis de mí en un tiempo en que vuestra vista me es tan amable, y vuestros consuelos tan dulces. Podremos discurrir otros medios; pues aunque parezca que estoy abatido, tengo todavía algunos recursos bastante poderosos. Y aunque Alejandro haya ocupado alguna parte de mis Estados, todavía me quedan diez veces mas de aquellos que poseian sus antepasados. Retirándome yo hácia el Eufrates, puedo poner un millon de soldados, y cubrir la tierra nuevamente conquistada por él con tanta tropa, que daré á conocer á despecho de su fortuna la diferencia que hay de un Monarca de los Persas á un pequeño Rey de Macedonia.

— En tanto que vos, dijo el Príncipe, preparais estas cosas, yo trabajaré en rescatar á las Princesas: y si Alejandro condesciende voluntariamente con la instancia de los embajadores, yo volveré con ellas. Esto no es decir que me pueda apartar de vuestra Magestad sin un grande dolor, y que mi pasion me pueda apartar de vos, si mi desgracia y la obstinacion del

Rey mi padre me permitieran serviros de otro modo que con mi persona. Y ya que la malicia del Rey de los Escitas, y el conocimiento que tengo de su natural me impiden ofrecer su asistencia, complaced los deseos de quien no pudiendo serviros aquí sino como un hombre, os sirva mas eficazmente cerca de Alejandro. No dará vuestra Magestad batalla alguna, en la que si estoy vivo, no pelee á vuestro lado; y acaso podrá ser que antes que vuestra Magestad se mueva para la batalla haya terminado yo toda la guerra.

Interrumpiéronse los discursos y protestas con el peligro que corria el Rey, si permanecia mucho tiempo tan cerca de sus enemigos; y habiendo finalmente mi Señor obtenido el permiso de marchar al campo de Alejandro, hizo montar al Rey en caballos frescos que habian traido, y despidiéndose de su Magestad, de Oxiarto, y de toda la tropa con infinitas lágrimas, le ví encaminarse hácia el Eufrates, quedando mi Príncipe con Mitrano, y los otros que debian ser compañeros en la embajada. Acompañamos al pobre Rey con los ojos, y con el pensamiento; mas habiéndole perdido de vista, quedó mi Señor tan triste y afligido, que si el dolor no se hubiera sosegado con la esperanza de ver á la Princesa, hubiera estado inconsolable.

Despues de esta separacion yo cuidé de nuestras heridas, creyendo firmemente que mi Señor, en el estado en que estaba, iria á parar entre los enemigos, donde ni tendria reposo, ni comodidad alguna para su curacion. Oyó mis razones, y tomando con Mitrano el camino de esta pequeña ciudad, de la que estábamos cerca, llegamos en una hora. Se aplicaron algunos remedios á nuestras heridas, y descansamos el resto del dia, y todo el siguiente.

Al tercer dia recibimos carta de Darío que escribia á Alejandro, y otra á las Reinas, para dar mayor crédito á mi Príncipe, y facilitar con ellas su conocimiento, juzgando este buen Rey que no le seria inutil, antes bien de mucho placer presentarla él en persona. Al dia siguiente las tropas de Alejandro, comendadas por Cratero, vinieron á intimar á esta pequeña ciudad que se rindiese, la que sintiéndose sin fuerzas para sostener solamente los aproches, se puso desde luego en las manos de los vencedores. A nosotros nos fué permitido retirarnos, y saliendo del mismo modo que habiamos entrado, pensamos marchar á otro lugar para dar tiempo á la curacion de nuestras heridas, que no eran de consideracion, pero se habian empeorado por el poco cuidado que habiamos tenido de que nos las curasen.

Supimos por los Macedonios que Alejandro habia tomado el camino de Maraton, á quien queria embestir con el pensamiento de asistir á este sitio en persona, sin embargo de estar todavía incomodado por la herida del muslo, y haber enviado ya á Parmenon con una parte del ejército á Damasco, donde estaba reservado todo el equipage de las tropas de Darío, con las mugeres de los Príncipes, y Sátrapas de los Persas, al cuidado de Artabano, gobernador de la ciudad.

Este aviso puso en ganas á mi Señor, de marchar á aquella plaza que distaba dia y medio de jornada, con deseo de acabar de curarse de sus heridas, y de ver á la bella Barcina, viuda del valeroso Memnon, y á otras damas principales á quienes conocia, y cuya asistencia las podria hacer al caso en algun encuentro; y por último y mas eficaz motivo, para hacer algun servicio á Darío en la conservacion de esta plaza, bastante fuerte para sufrir un sitio. Con esta atencion se separó de Mitrano, á quien mandó tomar el camino de Maraton, despues de haberle recomendado el secreto, y dádole una seña para reconocerse en el ejército de Alejandro, en caso de permanecer allí: y tomando un pasaporte de Cratero, con una pequeña escolta que nos dió, nos pusimos en camino para Da-

masco, adonde llegamos al otro dia al ponerse el sol.

En esta retirada tuvimos un encuentro favorable, cual fué hallar nuestro equipage, que unido con el de Darío se dirigia á esta ciudad, y las primeras personas que encontramos á la entrada fueron los fieles criados servidores de mi Señor. Este se alegró de tan oportuna comodidad, y aunque estaba bastante incomodado de sus heridas, no se quiso recoger sin visitar primero á la bella Barcina, y ofrecerla lo que creyó deber á su mérito, y á la memoria del valiente Memnon.

No hay tiempo para contaros las ceremonias que pasaron en esta visita, el recibimiento que le dió con una vista tan poco esperada, y las lágrimas derramadas por una y otra parte, acordándose mutuamente de sus pérdidas. Bastará deciros que mi Príncipe recibió de Barcina todas las demostraciones que se podian esperar de una dama virtuosa, que siempre habia tenido inclinacion á su mérito. Pero el gusto particular que tuvo en esta visita se agrió con el disgusto de saber que la Princesa Roxana, que él creia prisionera con las Reinas, estaba en esta ciudad, y que el Príncipe Cohortano, su padre, que estaba dispuesto para retirarse á los Sacos, de los cuales era Sátrapa, la habia enviado con

su madre y otras Princesas, entre las cuales estaban las hijas del Rey Ocon, antecesor de Darío, la muger de Farnabazo, sucesor de todos los empleos de Memnon, las hijas de Mentor, y en una palabra, todas las principales damas de Persia.

Aunque el Príncipe quedó muy desconsolado con el encuentro de una persona, en cuyo amor preveia muchos trabajos y reveses en sí mismo, no quiso por esto faltar á la política, á la condicion de esta Princesa, ni á la proximidad y estrecho parentesco que tenia con Estatira; desde cuyo punto resolvió no lisonjearla mas, y si perseveraba en su primera idea, desengañarla y abrirla los ojos con la sencillez de su corazon en los mejores términos que le fueran posibles. La fué en fin á visitar despues de haber salido de la casa de Barcina, y quedó Roxana tan admirada con su vista, y le acarició tan estraordinariamente, y con términos tan poco comunes á los de su condicion y nacimiento, que Oroondates conoció desde luego que la larga ausencia no la habia disminuido la pasion. Ella le habia llorado como muerto, ó á lo menos como perdido para ella; pero al verle recobrado se llenó de tanto gozo, que perdió la memoria de todos sus infortunios, y de las universales desgracias de su pais.

Era ya tarde cuando mi Príncipe salió de casa de Roxana, y ademas estaba bastante incomodado por sus heridas; por lo que no le fué posible hacer otras visitas; y mandándome que le fuese á escusar, se retiró á su alojamiento, adonde encontró médicos y cirujanos, que haciéndole acostar, comenzaron á trabajar en su curacion. La mañana siguiente le fué á visitar el gobernador; pero este indigno, que habia vendido á su patria en su corazon, le hizo ver con la frialdad de sus discursos el poco gusto que habia recibido con su venida á aquella ciudad, que ya estaba para entregarse á los enemigos.

El Príncipe no hizo buen juicio de este presagio, y resolvió, cuando se hallase en mejor estado, oponerse abiertamente á todos los designios que él podia tener contra el servicio de su Rey. Disimuló por entonces su pensamiento, esperando la ocasion de manifestarse mas oportunamente. Apenas salió Artabano de su cuarto, cuando se llenó de las damas Roxana, Barcina y su madre, muger de Artabazo, de las Princesas hijas de Ocon, y de las demas que os he referido, que venian á regocijarse con su vuelta, y á manifestar la confianza que tenian en su valor, y en una ocasion en que seria necesario.

Despues de haber estado un poco tiempo, se retiraron todas, menos Roxana, que con este fin habia venido la última, y queria estar sola para poder hablar con mas libertad. Habiendo, pues, salido toda la comitiva, y viendo que ya no quedaban en el cuarto mas que sus damas y algunos criados de mi Señor, pero todos bastante apartados de la cama, no quiso perder esta comodidad para hablarle mas claramente que la vez pasada, y sacar de su boca el conocimiento que no habia podido hasta aquí en ninguna de sus acciones.

El rostro de Roxana habló mas largamente y primero que su boca; el color que precedia á sus discursos se mudaba cada instante; y notado todo esto por mi Príncipe, se preparó á un combate que no podia evitar. Comenzó Roxana su conversacion, asegurándole cuán grande habia sido el gozo que habia tenido con su venida, cuán sensible el dolor que su larga ausencia la habia causado, y cuánto el temor que habia tenido de perderle entre tantos peligros, de los cuales las súplicas que ella habia hecho á los dioses por su vida acaso le habrian librado. Mi Señor la respondió con su acostumbrada cortesía, con todas las muestras de agradecimiento, y con aquellos términos que se estilan en unas ocasiones de esta naturaleza. Mas Roxana, no quedan-

do satisfecha de esta urbanidad, y deseando alguna seña de una pasion de que no era capaz Oroondates, volvió á tomar el discurso con un gran suspiro y muchas lágrimas que no pudo contener, diciendo: — Pluguiese al cielo, Oroondates, que el primer momento de vuestra vista hubiese sido el último de mi vida, y que el mismo golpe que hirió á mi corazon hubiera enviado al sepulcro mi cuerpo. Si así hubiera sido, no estaria yo en el estado en que mi desgracia y vuestra insensibilidad me han reducido, ni ahora haria una declaracion tan indigna de la sangre Real de Persia, y de aquella virtud de la que he hecho tan severa profesion. No es del caso, Oroondates, que os vuelva á repetir que os amo: mis acciones pasadas lo han dicho, una carta mía os lo ha confirmado; y en fin, resta solo deciros, que por vos acabo de perder en este punto la vergüenza que tanto conviene á las damas de mi nacimiento, y que no debia abandonar sino con la vida. He dilatado algun tiempo esta declaracion, y he esperado de vos aquellas demostraciones que recibia de otros mil, y que mi vanidad me hacia esperar de una persona menos insensible que vos; pero ya que vos solo me habeis desengañado, debo perder con la falsa opinion de mi belleza una parte de mi orgullo, y declarar para mi confusion, que

es cierto que yo os amo, y que me será muy difícil vivir si no soy amada de vos. Es verdad que la pasion, que me hace salir de los términos de la decencia, no me saca de los de la virtud, y que si me quedase tanta autoridad en la lengua y en el rostro, como me queda en la puridad de mis intenciones, no seria culpable en el afecto que os profeso. Yo siempre he regulado mis deseos con honestas y legítimas pretensiones, y no he prevenido la eleccion de mi padre, sino con la debida reserva, y despues del conocimiento que tengo de la estimacion que hace de vos. Si mi afecto no os es odioso, os suplico seais de esta opinion, y no aborrezcais una Princesa que no delira sino por vos, que podeis hacer legítimos estos mismos delirios.

Acabó estas palabras con una lengua balbuciente, y bajando los ojos, de manera que se conocia la confusion y la vergüenza que tenia por haber hablado tanto. Mi Señor, algo mas admirado y atónito que Roxana, estuvo mucho tiempo sin poder responder, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos diferentes: al cabo terminaron todos con la resolucion que tenia hecha de desengañarla, y de no corresponder á un verdadero afecto, con una fingida disimulacion que se descubriria bien presto, y de la que no era capaz, particularmente con respecto á una

Princesa como Roxana, á quien no se debia engañar por su ilustre condicion : ademas de que el haberse descubierto á Darío en presencia de Cohortano, no le permitia ocultarse mas, pues era factible que Roxana llegase á saber la declaracion que habia hecho de sus amores. Quiso, pues, prevenirlo todo, y con una confesion franca y sencilla obligarla á agradecerle lo que podia hacer por ella, y con las pruebas de su confianza precisarla á mudar el afecto que le tenia. Es verdad que estuvo un gran rato pensando en buscar términos dulces para suavizar el discurso que iba á empezar; y no encontrándolos á propósito, puso esta irresolucion á Roxana en la mayor consternacion. Pero despues de un largo silencio quedó mucho mas confusa cuando oyó las palabras siguientes.

—No os maravilleis, Señora, la dijo, de la confusion en que me veis, y atribuid mi desatencion á la turbacion de mi alma. Es cierto, Señora, que yo estoy mas que confuso del honor que me haceis, y del personage que me es preciso representar con vos. Si vuestro nacimiento y vuestro mérito fueran menores, y si yo fuese menos inclinado á honraros con verdad y sin ficcion, yo seria acaso menos atento con vos, y os hablaria con mayor franqueza : mas ya que el respeto que os tengo, y la obligacion que profeso á vues-

tra bondad me prohibe toda especie de disimulo, es preciso dar un paso muy molesto para mí; pero que os descubra los obstáculos que los cielos han opuesto á una fortuna de la que me reconozco muy indigno. Los dioses saben, Señora, que las pruebas que yo he recibido hasta aquí del honor de vuestro afecto, que debe ser mirado como efecto de vuestra bondad, me habrian sin duda inducido á servir á una persona como vos, y que yo me habria tenido por el hombre mas dichoso, pudiendo vivir y morir por una Princesa que hace suspirar á todos los Príncipes del Asia; pero, Señora, antes que yo tuviese el honor de veros, esta alma, que es capaz de todo respeto y reverencia por vos, no podria recibir ninguna impresion de amor: y aquel destino que me condujo aquella noche á las tiendas de Darío, me hizo dejar á los pies de la Princesa Estatira aquella libertad que era debida á vos, y que un espíritu menos preocupado, ó preocupado de otro objeto os habria sin duda dedicado. Yo me he abrasado desde entonces por Estatira: por Estatira he abandonado mi patria, he mudado mi nombre, y he ocultado mi nacimiento, y por Estatira, finalmente, he tenido el honor de veros, como tengo ahora el disgusto de no poder recibir de otro modo que con el respeto la amistad con que os habeis di-

guado honrarme. Descubierto en fin, Darío mismo ha sabido por mi boca mi nombre y mi destino. Uno y otro lo ha aprobado en presencia del Príncipe Cohortano, vuestro padre, y con su real palabra me ha elevado en mis pretensiones á la gloriosa posesion de la Princesa su hija. Mirad si este empeño es poderoso, y si ademas de los respetos del amor, estos últimos son mas eficaces. Sabe el cielo con qué pesar os hago esta declaracion; qué agradecido estoy al favor que me haceis, y con cuánto gusto expondré mi vida por serviros. Pero no puedo mas, Señora, y si no teneis tanta bondad para considerar la verdad de esta relacion mia, como habeis tenido para quererme bien, yo moriré en apariencia como el mas ingrato, pero en el efecto como el mas desgraciado de los hombres.

Acabó el discurso con muchas lágrimas, y mirando al rostro de la Princesa para ver cómo lo habia recibido, reconoció en él todas las señas de dolor y de desesperacion: y á la verdad ella quedó tan afligida, que sin los últimos esfuerzos que hizo para contenerse hubiera manifestado su dolor con la mayor violencia. Media hora estuvo sin hablar, suspirando y sollozando con tanta vehemencia, que sus damas, creyéndola indispuesta, llegaron al instante á socorrer-

la. Pero mandándolas retirar, y rehaciéndose un poco, se animó á decir estas palabras al Príncipe, levantándose al mismo tiempo : — Orontes, Estatira vale mas que yo, pero Estatira no es para vos. Ella es prisionera de Alejandro ; y aunque al presente es señor de ella, muy presto será esclavo. Darío ni Estatira nada pueden hacer por vos, y se puede decir que para el uno y otro está perdida.

— Los Dioses, dijo el Príncipe, dispondrán lo que les agrade ; pero si despues de esta pérdida yo quedo con vida, solo la conservaré para vos.

— Si me lo asegurais, dijo Roxana, estaré en parte consolada, y haré en atencion á mis particulares intereses votos contrarios al bien de mi pais, y de la casa de donde he salido.

Despues de este discurso, habiéndose despedido de él, se fué tan afligida, que se podian leer en su semblante todas las señales de la mayor pena ; y mi Señor quedó tan penetrado así por el dolor, como por las amenazas que le habia hecho, que pasó medio aturdido todo el dia. Despues de esta, se vieron otras muchas veces, y Roxana siempre le habló de sus amores á los que mi Príncipe respondió como la vez primera, y se animó á ponerla buen semblante, para que no perdiera totalmente las esperanzas

de ser amada, por lo menos á falta de Estatira, que al parecer no podria escapar tan fácilmente de las manos de Alejandro.

Continuamente le visitaban las Princesas, hijas de Ocon, las de Mentor, la muger de Farnabazo, la de Artabazo y la bella Barcina, cuya virtud y raras cualidades daban á mi Señor toda la inclinacion que la fidelidad y memoria de Estatira le podian permitir. Era Barcina, como sabeis, graciosa y agradable en la conversacion, bastante sabia en muchas ciencias, y particularmente estaba instruida en la lengua griega; y sobre todo estada dotaba de una maravillosa discrecion, y de una notable franqueza. Estas cualidades obligaron á mi Príncipe á descubrirse á ella, contándole todas sus cosas, menos los amores de Roxana, que su discreccion, ó por mejor decir su desgracia, le obligaron á ocultarlos con el mayor cuidado. En cinco ó seis dias se puso en estado de salir de la cama; pero poco despues recibió un disgusto tan sensible, que despues de la muerte de Artajerjes jamas le ví en mayor afliccion. Advirtió que habia perdido la cinta que le habia regalado Estatira cuando partió de Persepolis, y que en medio de todas sus desgracias siempre la guardó como su único consuelo. Cada dia la besaba mil veces, acordándose de los cabellos en que habia estado, y

con este motivo de la persona que estimaba, que daba consoladísimo.

Una mañana, echando mano al brazo, adonde ordinariamente la llevaba, no la encontró. Mandó á todos los criados que la buscasen, y viendo que salian vanas todas las diligencias, y que ya la creia perdida, fueron tales sus lamentos que movian á compasion: lloraba, se atormentaba, amenazaba á sus criados, y proferia mil palabras nada regulares á su valor: todo el dia estuvo inconsolable; pero al fin cedió aquel corazon que habia resistido á tantas desgracias, con olvidar la pérdida, ó á lo menos con disimularla para aplicarse á otros negocios mas importantes.

Avisóle Barcina que Artabano estaba en términos, y á punto de entregar á los enemigos la ciudad, y tantos ilustres personages que se habian refugiado á ella, y que con este fin habia despachado á uno llamado Mardo á Parmenon, que estaba acampado una jornada corta de Damasco. Esta noticia le hizo dejar la cama, con deseo de oponerse, en cuanto le fuera posible, al pernicioso designio de este desleal; mas si no surtia el efecto con el medio de reducirle al camino de la virtud y de la fidelidad que debia á su Rey, lo tenia por imposible, hallándose solo en una gran ciudad, donde no era conoci-

do sino de las damas, y adonde todos los habitantes y soldados estaban á la devocion del gobernador : añadíase á esto el espanto tan estraordinario que causaba á todos el nombre de Alejandro : motivo por lo que nadie hacia resistencia al designio de este infiel gobernador que le destinaba una presa tan ilustre.

Resolvió en fin mi Príncipe no perdonar á diligencia alguna, y dar al pobre Darío en sus adversidades todas las pruebas que debia esperar de su amistad, y con este fin despues de vestido, apoyándose sobre un baston á causa de una pequeña herida que habia recibido en un muslo, marchó á casa del gobernador, queriendo que le acompañara yo solo que ya lo pasaba mejor que él. Artabano le recibió con una fingida demostracion de gozo, por verle curado; pero mi Señor habiéndole rogado entrasen en el gabinete, estando ya dentro los dos, y un rato sin hablar ; — al fin, Artabano, le dijo mi Príncipe : yo os conozco muy bien, y sé tambien las obligaciones que teneis á vuestro Príncipe para creer que hayais pensado en faltarle : esta es voz que hacen correr vuestros enemigos : yo os ruego remedieis este desorden, y hagais ver á todo el mundo las fieles intenciones que teneis por el servicio de vuestro Príncipe.

Aunque el gobernador quedó algo sentido

con este discurso, estando ya á punto de quitarse la máscara, disimuló su admiracion, y respondió indiferentemente de este modo : — Todos los que han esparcido esta voz, Orontes, no estan enterados de mis intenciones : estas siempre estarán arregladas á mis deberes, mientras no exijan de mí lo que no puedo.

—Vos podeis, respondió Oroondates, hacer al Rey Darío un señaladísimo servicio, conservando esta ciudad, y tantas ilustres personas confiadas á vuestro cuidado. La plaza es bastante fuerte para sufrir un sitio de un ejército mucho mayor que el de Alejandro, y aquellos que os obedecen son demasiados zelosos del servicio del Rey, para no dejaros en una resolucion tan digna y tan laudable, y á la que estais obligado por el nacimiento, por el juramento y por la consideracion de vuestro honor.

El gobernador, que ya empezaba á resentirse de estas reconvenciones, respondió secamente al Príncipe, y le dijo : — no os informeis mas, Orontes, de mis designios, ni os fatigueis en enseñarme mi obligacion en una plaza que no se me ha confiado sin conocerme capaz de saber mandarla. Sois todavía muy niño para darme lecciones, y no estoy en disposicion de recibirlas en un lugar en donde mando yo.

A estas palabras, levantándose sin esperar la

respuesta de mi Señor, se salió del gabinete, dejándole tan confuso, que sin decir cosa alguna se salió tambien del gabinete y de su casa, y se fué á la de Barcina, á quien contó todo lo que le habia pasado con el gobernador, y la aseguró de la pérdida de Damasco y de su libertad, si los dioses no tomaban á su cuidado remediarlo. El resto del dia le empleó en tantear la voluntad de los habitantes, y en dispertar en sus ánimos la memoria de la fidelidad y del valor, para emplearlos en una plaza, que se iba á vender cobardemente á los enemigos. Pero ellos respondieron con tanto desaliento, que mi Señor no pudo hacer otra cosa que detestar su vileza, y llorar la infelicidad de Darío, la de las damas, y de tantas y tan ilustres personas que quedarian envueltas en la toma de esta plaza.

Al otro dia al salir el sol, por las órdenes que dió el gobernador, se pusieron todos los soldados sobre las armas, y poniendo guardias al botin para entregárselo entero á Alejandro, mandó abrir las puertas para ir á buscar á Parmenon que estaba poco distante de la ciudad. Entonces mi Príncipe viéndolo todo perdido, resolvió esponerse al peligro, y haciéndose armar, y á mí tambien, montó á caballo siguiéndole yo solo, y se encaminó á la gran plaza de ar-

mas donde se tenia la asamblea, y adonde por orden del gobernador habian retirado á las damas. Por cuantas calles pasaba iba diciendo á gritos á cuantos encontraba : — ¡ ah Sirios ! algun tiempo honor y apoyo de la Corona de Persia, pueblo instable, ¿ adónde correis, infelices ? ¡Considerad qué Príncipe abandonais, y á qué tiranía os someteis !

A este tenor decia otras muchas cosas : mas estas almas flacas, cobardes y atemorizadas no le atendian, ni escuchaban estas reconvenciones, antes bien corrian ciegamente á su cautiverio como el único medio de evitar la muerte que el temor les habia ocasionado. Cuando llegó á la plaza que estaba toda coronada de hombres armados, y en la que vió á las damas prisioneras, llevado de la cólera, y tambien del esceso de su dolor, empezó á gritar : — Pueblo de Damasco, pueblo ciego y engañado por las persuasiones de un traidor, habitantes de esta ciudad, deteneos, escuchad la voz del hijo de un Rey que os habla, y que quiere morir con vosotros, ¿qué temor os ha sobrecogido? ¿Qué pérdidas os han atemorizado? Las murallas estan enteras, vuestras fuerzas en pie : considerad el peligro en que estais, y la cobardía indigna con que esponeis vuestras mugeres, y vuestras hijas á la insolencia de los Macedonios : vosotros

mismos vais á buscar á ese glorioso vencedor, y sin derramar una gota de sangre le vais á introducir en vuestras casas, y aun en vuestros lechos, sin considerar lo que debeis á vuestro Rey, á vuestras familias y á vosotros mismos. Vosotros mismos os vais á meter entre los hierros que ya os han preparado las manos enemigas: ¿y no os dignareis emplear las vuestras en la conservacion de vuestro honor, de vuestra libertad, y acaso de vuestras vidas? Y vosotros, decia á los que parecian mas principales, vosotros, hombres de honor, á quienes la cobardía de estos miserables envuelve entre sus ruinas, mirad por vosotros, y resolveos á morir como yo por vuestra defensa, y á oponeros á todos aquellos traidores que han conspirado á vuestra perdicion.

Estas palabras hicieron poquísimo efecto, pues entre un número tan considerable de hombres solo le siguieron Ilioneo, hijo de Artabazo, Aristogiton, Dropides, y Levertes, Atenienses: Persipo, Onomastorido, Omayo, y Calicratides, Lacedemonios, que prefiriendo una gloriosa muerte á un vergonzoso cautiverio, se unieron con mi Señor. Con estos pocos marchó á verse con el gobernador, que avisado ya de las tentativas que hacia contra él, le venia á buscar con todas sus tropas.

Cuando el Príncipe le vió, le dijo de esta suerte: — Y bien Artabano, ¿con que con toda ciencia y conocimiento eres traidor á tu Príncipe, á tus amigos, y á tu propio honor, sin que ningun respeto pueda trastornar tu infame resolucion?

Artabano mirándole con ojos atravesados y furiosos; — Escita, le dijo, retírate, y no irrites mas mi bondad, que te permite esta retirada, si no quieres morir por el Rey de los Persas, ya que has abandonado el tuyo.

— ¡Ah! desleal, le respondió Oroondates, quiero morir, y yo no recibiré jamas alguna gracia de un traidor.

A estas palabras, arrojando fuego por la visera de la celada, tomó un dardo de las manos de Aristogiton, y afirmándose en los estribos le disparó con todas sus fuerzas á Artabano, que bajando la cabeza evitó el golpe: pero como iba el dardo arrojado por una mano tan valiente, mató á dos hombres que cayeron entre los pies de sus caballos. Oroondates mas furioso y desesperado por haber errado el golpe, tiró de la espada, y se arrojó intrépido sobre Artabano, que ya se habia escondido entre los suyos por huir la muerte que le amenazaba: pero mientras estaba mas obstinado en abrirse camino, fué herido su caballo de una infinidad de gol-

pes, y cayó tan súbitamente, que mi Señor no habiendo podido desasirse de los estribos, quedó oprimido de su peso, y espuesto á la discrecion de sus enemigos. Yo quise correr para ayudarle, pero me lo impidió el mismo accidente.

Mi Príncipe sin duda habria perdido la vida entre tantos golpes, si Artabano creyendo mejorar su condicion con ponerle vivo en las manos de Alejandro, no hubiese prohibido su muerte, haciéndole desarmar y atar con todos aquellos que le habian acompañado, y se habian defendido con el mayor valor. En fin, ellos cedieron al número, y siguieron la fortuna del Príncipe, como habian seguido su generosa resolucion.

Viéndose Oroondates atado, volvió por todas partes los ojos, y reparando en Roxana y en Barcina que estaban cerca, las dijo: —Señoras, todos corremos una misma fortuna, y todos cedemos á la de Alejandro.

No pudo decir mas por la cólera que le atormentaba, temiendo prorumpir en alguna palabra contraria á su acostumbrada moderacion. Las damas le miraron con un dolor muy sensible, aunque mezclado con algun gozo, por verle fuera de un peligro en que habian perdido la esperanza de su salud, y de su vida. Artabano haciéndole poner en un caballo, con las piernas

atadas por el vientre, y las manos ligadas por la espalda, movió á piedad á todos aquellos que le miraban: y poniendo el botin, y dando órden á las tropas que encontraron los vuestros, marchó con este equipage á buscar á Parmenon.

Yo no os diré cómo fué recibido, ni las órdenes que dió Parmenon, porque lo sabeis bien: y no debiendo hablar sino de la vida de mi Príncipe, os diré solamente que Parmenon habiendo recibido con la mayor atencion á las damas, y á los prisioneros mas ilustres, y puestos los unos y los otros con buena guardia, Artabano le presentó á mi Señor. Parmenon le miró atentamente, y enamorado de su buena presencia, y bello semblante, preguntó al gobernador por qué delito habia maltratado á aquel bello joven.

Mi Señor previendo la respuesta de Artabano, le dijo: —descubra el traidor la verdad para que obligue con ella á que me den el debido castigo, y á él la recompensa merecida.

Parmenon, que era verdaderamente generoso, quedó muy satisfecho de este discurso, y sabiendo por Artabano lo que habia pasado, apenas vino en conocimiento de la verdad, que mirando con desprecio al gobernador; — Ya no es estraño, le dijo, que vos castigueis hazañas tan contrarias á vuestro caracter: y ya no

me admiro que Darío con tantos millares de hombres defienda tan mal sus estados, pues se trata tan indignamente á la virtud. Mas los Macedonios que ahora son vuestros señores, la reverencian de otro modo, pues en lugar de los hierros que le ofreceis, le presentan coronas.

A estas palabras volviéndose hácia mi Príncipe, mandó que le desatasen, declarándole libre, y con accion de poder seguir el partido que gustase.

El Príncipe agradeció este favor sin vilezas, y sin orgullo; y pidiendo la misma gracia para mí, recibió con mucha cortesía las armas que le mandó dar Parmenon. Artabano sentido de la libertad, y privado de la recompensa que esperaba de Alejandro, ó por mejor decir, corriendo precipitado á la muerte; — Señor, le dijo, volviéndose á Parmenen: ¿pensais en lo que haceis? No queda libre el amigo de Darío, sino el mortal enemigo de Alejandro, que le hirió en la batalla de Isus, y que con solemne juramento se ha obligado á llevar á Darío su cabeza.

Mi Príncipe mirándole con ojos indignados; —Ah, pérfido, le dijo: ¿es posible que tú abras la boca en presencia de un hombre generoso, y que condenes las acciones aprobadas por su

virtud, despues que te has infamado con una traicion que no tiene ejemplo?

Artabano, animado con la presencia de Parmenon, con quien se creia seguro, le respondió: — Prefiriendo el partido de Alejandro al de Darío, no hago mas que ceder al vencedor, y seguir la voluntad de los dioses, que quieren que toda la tierra obedezca á este hombre grande; mas abandonando tú antes que yo, y sin necesidad el partido de los tuyos, y el servicio de tu Rey por abrazar el de Darío; tú haces una traicion que no tiene escusa, y contrayendo una amistad fingida con el Príncipe Artajerjes para sacrificarle y conducirle al matadero entre los tuyos, en que recibió de tí los últimos golpes, tú cometes una doble perfidia, á la cual los siglos pasados no han hallado semejante.

Es imposible, Señor, esplicaros el enojo de mi amo: baste deciros que la memoria de Artajerjes se dispertó tan eficazmente en su corazon, y le dejó con estas reconvenciones tan dolorido, que perdió con la voz el uso de la razon; y sin considerar que estaba en presencia de Parmenon, de quien era prisionero, y desahuciado de todo socorro, se arrojó con la espada en la mano contra Artabano sin poder articular una palabra. Asombróse el traidor á vista de este ob-

jeto, y retirándose detras de Parmenon, y de los otros, procuró huir una muerte que ya miraba delante de sus ojos : pero Oroondates desfigurado con la ira y el dolor, y no hallando obstáculo alguno capaz de detener su justa cólera, se hizo lugar por en medio de todos los que se le oponian, le pasó la espada dos veces á vista de veinte mil hombres, que no pudieron impedirlo. Cayó este infeliz traidor en tierra, y vomitó con la sangre aquella alma infiel y desleal.

Despues de este lance sosegando Oroondates su cólera, y volviendo á tomar su primera frescura, se puso al lado de Parmenon, y envainando la espada le dijo con el mayor sosiego : — gran Parmenon, ya que Darío y yo estamos vengados, disponed ahora de mi vida, segun la voluntad de los dioses : yo no rehuso vuestras prisiones habiéndome librado de las de este traidor, y os presento gustoso aquellas manos que han castigado su perfidia, y me han hecho perder el respeto que con tanta justicia mereceis.

Admirado Parmenon mas de lo que os puedo esplicar, le miró muchas veces de arriba abajo con grande atencion, y mayores señales de irresolucion. Este hecho de mi Príncipe con el que habia tenido tan poco miramiento á su persona, despues de la obligacion que le tenia, le

exasperaba estraordinariamente contra él, y le hacia inclinar á darle muerte. Por otra parte la rara generosidad manifestada en un solo dia con tan grandes empresas, junta con la gracia que le acompañaba, ahogaba sus primeros sentimientos, y le hacia ceder insensiblemente sus intereses al afecto y estimacion que le tenia: pero haciendo reflexion en las palabras de Artabano sobre el juramento hecho contra la persona de Alejandro, y creyendo por una ejecucion tan atrevida que este hombre era capaz de todo, juzgó faltaba á lo que debia á su Rey si conservaba á un enemigo tan formidable. En fin, serenada un poco su admiracion; — Cualquiera que tú seas, le dijo, mereces la muerte, ó la libertad. Mas no permitan los dioses que yo dé la muerte á un hombre tan valeroso, ni la libertad á un enemigo tan grande de Alejandro. Si aquellos hubieran resucitado dos hombres semejantes, ya podia este abandonar la esperanza de las conquistas, y Darío recobrar la de volver á subir al trono de sus predecesores.

Concluidas estas palabras le puso en la guardia de los suyos, con orden de que le tratasen bien, y de responder por él so pena de la vida.

El desleal Artabano acabó de esta manera, y su cuerpo sirvió de sustento á la voracidad de los buitres, y su cabeza, como supimos despues,

fué cortada por un Persa, y enviada á Darío que recibió algun consuelo en medio de sus desgracias. Parmenon despues de haber guarnecido á Damasco, y dadas las órdenes necesarias en la provincia, tomó el camino de Maraton, que estaba sitiada por Alejandro, y adonde sabia que le habia de hallar. Llegamos en cuatro dias, y dejando Parmenon los prisioneros con segura guardia, pasó á presentarse al Rey. Despues de haberle dado cuenta del soberbio y rico botin que traía, le contó los hechos de mi Señor, ensalzando su generosidad con términos tan ventajosos, que Alejandro quedó mas contento con esto que con la toma de Damasco, y todo el equipage de Darío.

Hízole despues saber Parmenon el intento que tenia contra su vida, segun se habia esplicado Artabano, y aun él mismo lo habia demostrado en la última batalla, donde quedó herido el Rey, como se dejaba ver en las señales; de lo que se admiró tanto, que llegó á temer mas á él solo que á todo el ejército de Persia. Estas consideraciones pusieron al Rey en ganas de verle: pero, Señor, no juzgo necesario que os refiera lo que pasó entre ellos, pues sin duda estariais presente, y es demasiado memorable el suceso para que se os haya olvidado.

Lisimaco viendo que se detenia Araxes, le di-

jo : —Yo entonces estaba distante del Rey, porque Meleagro, Poliperconte, y yo por mandamiento de su Magestad habiamos con algunas tropas tomado el camino de la isla de Arado, que se nos entregó sin resistencia alguna : y aunque despues he oido contar varias cosas, ha sido con tanta confusion, que os quedaré obligado si proseguís vuestra historia.

—Ya que lo deseais, dijo Araxes, os diré, que Parmenon conociendo la voluntad del Rey mandó traer á mi Señor á su presencia. No estaba el Príncipe atado ni con seña alguna de preso, pero sí bien guardado, de manera que no se pudiera escapar. Puesto delante de Alejandro, inmediatamente su hermoso semblante produjo los efectos ordinarios ; y como vimos por las demostraciones del Rey, quedó tan admirado y tan lleno de respeto por él, cual no quedaba jamas por el resto de los demas hombres : esto sin duda alguna fué efecto ó de la magestad de su rostro, ó de lo que habia oido contar de su valor, ó lo que el mismo Rey habia esperimentado en la batalla pasada. El Príncipe tenia por entonces unos veinte años ; pero era su estatura tan corpulenta y ventajosa que escedia á la de Alejandro toda la cabeza. Estaba formado con tan bella proporcion, y acompañada con tanta viveza en los ojos y gracia en todo lo demas, que fué mira-

do de todos como una persona estraordinaria, y dejó impresa fácilmente con su presencia la fama que de su valor corria por todo el mundo. Oroondates saludó á Alejandro no con aquella bajeza que ha exigido despues, ni con aquella fingida humildad que parece pide mercedes á quien tiene un poder absoluto, ni finalmente con un orgullo impolítico y fuera de razon, sino con una justa modestia, y una entera libertad correspondiente á un hombre de su nacimiento, y á un héroe famoso por sus victorias. Alejandro le recibió cortesmente, y habiéndole mirado con atencion dos ó tres veces; — ¿ es posible, le dijo, que vos seais aquel hombre valiente que hizo tantas maravillas en la batalla de Isus, y con quien combatí con tan poca ventaja, como se deja ver en la herida que todavía me incomoda?

Oroondates, obligado á Alejandro con las alabanzas que le daba, respondió con la mayor modestia : — fué tan poco, Señor, lo que yo hice en esta batalla, que mis hechos solo fueron conocidos por la flojedad de los de mi partido, y la única gloria que me queda es no haber vuelto la espalda, sino despues de haber probado el valor de un hombre que hacia huir trescientos mil.

— Quedó Alejandro muy gozoso con una res-

puesta tan modesta, y mirando á Efestion y á Tolomeo los obligó á concurrir con su aprobacion. Volviéndose despues á Oroondates, le dijo: — ¿Y es verdad que vos deseais mi muerte, y que sois uno de aquellos que con la esperanza de mil talentos habeis prometido mi cabeza á Darío?

Aunque mi Señor quedó muy ofendido, como yo lo conocí por el color que se apoderó de su semblante, respondió sin alterarse. — La esperanza de mil talentos ni la de mil Imperios jamas me harán emprender lo que juzgue contrario á la virtud y al honor; mas la consideracion de lo que yo debo á Darío me hará atentar contra vos, y contra todos sus enemigos, cuanto puede desear un Rey de un amigo contra los usurpadores de sus estados, y perseguidores de su vida.

Esta respuesta picó alguna cosa á Alejandro. mas no dejó de llenarle de estimacion, por lo que volvió á decir: — Si Darío hubiera tenido muchos amigos como vos, acaso estaria yo mas allá del Granico; pero si tuviera uno de los mios en su poder, y oyese semejante declaracion, creo que le quitaria la vida para librarse de tan poderoso enemigo.

— Si vos teneis el mismo temor, respondió Oroondates sin turbarse, tambien teneis la mis-

ma autoridad, y yo siempre estoy con la misma intencion.

Mas sorprendido Alejandro ahora que al principio, estuvo un rato sin hablarle manifestando su irresolucion con su aspecto. Todos los presentes esperaban con impaciencia el fin de este suceso: y yo aseguro que muchos de sus amigos, bien que estuviesen contentos con la seguridad de la vida de su Rey, y con la pérdida de un enemigo, estaban mas inclinados á mi Señor. Por mi parte confieso que temí y vacilé entre la incertidumbre. Alejandro en fin, despues de haber tenido largo rato los ojos en tierra, los puso de repente en mi Señor, y levantándose de la silla adonde estaba por lo comun sentado, á causa de su herida, tocándole las manos le dijo: — Cualquiera que tú seas, ó Griego, ó Persa, ó Príncipe, ó hombre particular, yo te conozco demasiado generoso y muy bravo para no atentar contra mi vida sino por los caminos del valor; y yo no me reputo menos para defenderla cuando tú la ataques como valiente. Yo no quiero asegurar la mia con la pérdida de la tuya, mas procuraré que el peligro sea comun cuando la ventaja sea igual. Te dejo, pues, la vida y la libertad, que desde hoy puedes emplear á favor de Darío. No te temo para atraerte á mi partido sin embargo de la declaracion que has hecho, ni

te desprecio tanto que si estuvieras en mi poder, no antepusiese tu amistad á la mayor provincia del Asia. Retírate cuando gustes; y si te hallas en la batalla, date á conocer, acordándote de tu bella resolucion. Allí se peleará por mi cabeza, y procuraré mejor que ahora vengarme de la herida que me has hecho.

Si la magnanimidad de mi Príncipe agradó sobremanera á Alejandro, la de Alejandro penetró tan vivamente el corazon de mi Príncipe, que depuso todo el odio que le tenia; y si aun le quedaba alguna chispa de sentimiento, menos fué por la pérdida de Darío, y por la cautividad de las Princesas, que por la pena de haberse visto vencido en unos hechos de tanta generosidad. Así me lo confesó despues, y por esta razon no respondió á Alejandro sino las palabras siguientes, acompañadas de una voz mas melancólica de lo que acostumbraba. — Ahora es, dijo, cuando yo lloro la fortuna de Darío, y veo perdidos todos sus Estados por la cólera de los dioses, pues han suscitado un enemigo que gana los corazones como las batallas.

No dijo mas, y despidiéndose de Alejandro, rehusó todos los presentes que le hacian, y solo aceptó las armas y los caballos, en cambio de los que le habian quitado. Tomó tambien todo el equipage que le hizo dar Alejandro y se con-

tentó con el pasaporte, rehusando tambien la escolta que queria darle para conducirle con seguridad á alguna de las ciudades de Darío. Así se separaron estos dos grandes hombres, conservando en sus almas una estimacion cual podreis imaginar.

Aquí llegaba Araxes, cuando Lisimaco le rogó pasase al cuarto de Oroondates, y le escusase si no le pedia visitar por la mañana, alegando la impaciencia que tenia, juntamente con el deseo de saber y oir el resto de su historia. Obedeció Araxes, y viendo á su Señor en buen estado, se volvió con Lisimaco, y sentándose en la misma silla á sus instancias, siguió el discurso de esta manera.



LIBRO CUARTO.

Habiéndose apartado Oroondates de Alejandro, llevó consigo una estimacion tan alta de su valor, y concibió un amor tan sincero por su magnanimidad, que olvidó desde luego todas las ideas que formaba contra su vida, ó por lo menos hizo una resolucion de no embestirle sino á la frente del ejército, ó en caso de honor, ó por la vida de Darío y de las Princesas; y siempre con un dolor muy sensible al ver trastornados sus pensamientos por una obligacion de esta naturaleza. Pero este alto valor, que amaba tanto y reverenciaba en sus mismos enemigos, no le permitió insistir en su primera resolucion, pues antes hubiera consentido en

su propia ruina que en la de un enemigo tan generoso. En este mismo instante deseó vivamente la posesion de la corona de su padre, para disputar mas igualmente con Alejandro el imperio y el precio del valor; pero ni el genio de su padre le permitiria mientras viviese esta esperanza, ni el amor que profesaba á la Princesa le daba lugar para abandonar la Persia, ni menos apartarse del campo en donde estaba detenida.

Cuando perdimos de vista las tiendas de Alejandro, mi Señor, volviéndose hácia mí; — Araxes, me dijo; ahora sí que es necesaria toda nuestra industria, pues aunque estamos acostumbrados á vivir en Persia entre nuestros enemigos, nos conviene al presente mayor circunspeccion. Por esta razon es preciso mudar nombres y vestidos: y para evitar mejor ser conocido de aquellos que pueden tener presentes las facciones de mi semblante, debereis vos pasar por mi señor, procurando saber representar este papel con la mayor destreza. De esta manera podremos vivir entre los Macedonios con mas seguridad, y acaso los dioses me facilitarán los medios para ver á mi Princesa, y procurar su libertad.

Dichas estas palabras, habiéndome dado algunas instrucciones acabamos de atravesar el

campo de los Macedonios, y hallando un bosque muy propio para nuestros designios, me mandó sacar de las maletas los vestidos conformes al uso de Macedonia, de los cuales nos habiamos prevenido en Damasco. Vestímonos; y mandándome tomar la plata y demas joyas y piedras preciosas, quedándonos solo con dos criados Escitas para el servicio, dispuso que los otros marchasen con el resto del equipage á Persépolis ó á Babilonia para esperar sus órdenes cerca de Darío, á quien escribió unas cartas, que les entregó con el pasaporte que habia recibido de Alejandro para que hiciesen uso de él en caso necesario. Acabado este despacho, y dadas todas las órdenes correspondientes, montamos á caballo, y tomamos el camino del campo, adonde llegamos al mismo punto que la ciudad de Maraton se acababa de rendir, y el Rey hacia su entrada.

Nosotros nos retiramos á un cuartel distante del Rey; y habiéndome dado mi Príncipe las señas en donde le hallaria, me mandó buscase por el campo al embajador de Darío. Mas despues de haberle buscado vanamente, supe que habia marchado mal contento, pues solo habia conseguido de Alejandro unas cartas muy picantes para el Rey Darío. Despues me informé cautamente, y sin manifestar á nadie mi desi-

gnio que las Reinas y Princesas y las otras prisioneras estaban en la guardia de Filotas y Nicanor, hijos de Parmenon, y eran tratadas con el mayor respeto, y servidas de todas las cosas necesarias á su ilustre condicion, sin faltarlas otra cosa mas que la libertad; pues las guardaban con tanta diligencia, que era imposible verlas: que aquellas que habian sido hechas prisioneras en Damasco, como Roxana, Barcina, las hijas de Ocon, y las demas no estaban todavía con las primeras como lo habia mandado el Rey; pero que las unas y las otras vivian tan retiradas de todo comercio y comunicacion con los hombres fuesen Persas ó Macedonios, que no eran vistas sino de muy pocos. Llevé estas noticias á mi Príncipe, que quedó muy satisfecho del trato que recibian, pero tambien muy sentido por las dificultades que habia para poderlas ver: por esto mismo determinó no abandonar el ejército, esperando que el cielo le ofreciese ocasion mas favorable.

Al dia siguiente salió el ejército de Maraton, y entró en la Fenicia. Nosotros le seguimos siempre; y por cuanto mi Señor me daba el primer lugar, y á presencia de todos me llenaba de honores estraordinarios, no daba motivo á la curiosidad para considerarlo; y lo que facilitaba mucho mas nuestra mansion entre los

Macedonios era la libertad que concedia Alejandro á todos para que viviesen entre ellos, y el buen tratamiento que recibian allí los Persas y otras naciones que se venian á ofrecer todos los dias, y de los cuales estaba compuesto su ejército. Desde el primer dia que marchamos vimos pasar á las Reinas y Princesas en sus carrozas. Todas iban vestidas de negro, con las ropas conformes al estado presente, de manera que cuantos las miraban, se llenaban de lágrimas, de pena y de dolor, y al acercarse á las carrozas, estaba tan impedido el paso de un infinito número de guardias, que era preciso contentarse con lo que alcanzase la vista, sin pretender otra ventaja. Con un espectáculo tan funesto fué un milagro que no muriese mi Señor, y perdiendo casi la memoria de la resolucion que habia tomado, estuvo á pique de descubrirse, y aun tambien de precipitarse.

El segundo dia vimos á Efestion, á Perdicas y á vos, Señor, al lado de las carrozas, que procurabais divertir á las Reinas y á las Princesas. Vos montabais un caballo blanco, y le manejasteis con tanta destreza delante de las damas, que nos obligó á preguntar por vuestro nombre y por el de los otros dos. En los dos dias que se siguieron no ocurrió ninguna cosa particular hasta que llegamos á Sidon, donde resolvió Ale-

jandro detenerse algun tiempo, no solo por la belleza de esta ciudad, sino tambien por quitar el gobierno al Príncipe Estrato, y poner otro en su lugar. Impaciente mi Príncipe pasaba todas las noches cerca de las tiendas ó alojamiento de las Reinas, esperando oportunidad para verlas, y darse á conocer; pero le era imposible el salir con ello. Yo reconocí muy bien al eunuco Tireo, pero jamas le pudimos hallar sin testigos.

Al quinto dia, despues de haber llegado á Sidon, le vimos salir de la ciudad, y tomar con las guardias el camino del jardin de Abdolonimo. Bien conoceis este nombre y la belleza del jardin, cultivado con tanta aplicacion por este buen hombre, cuya fortuna pocos dias despues fue tan estraña. Hallaron estas ilustres prisioneras tanto gusto en pasear en el jardin, que pidieron licencia al Rey para volver algunas veces mas mientras permanecian en Sidon. Todo se lo concedieron, y no pasaba dia sin que fuesen á él para pasar algun rato en aquella diversion que por entonces podian disfrutar. Mi Príncipe creyó hallar por este medio lo que con tanta obstinacion le habian prohibido, y con este fin marchó una mañana muy temprano á casa de Abdolonimo; y estando enterado de la mucha pobreza de este hombre, le presentó desde

luego abundancia de oro y preciosas piedras, y le pidió con aquellas súplicas ardientes que le sugeria su amorosa pasion, le diese entrada en el jardin, y si podia hacerlo, le dejase pasar en él todo el dia.

Considerando Abdolonimo su buen aspecto, y atendiendo á la bella gracia con que él pedia este favor, se dejó vencer de sus ruegos; y rehusando con la mayor generosidad sus presentes ; — Cualquiera que seais, le dijo, poco me conoceis si habeis creido que las riquezas tienen algun poder sobre mí: mas estimo yo á mis plantas que á todos los tesoros del mundo, pues con ellas tengo lo sobrado para satisfacer mi ambicion; pero si me asegurais que no venís con intencion dañada, como me lo persuado de vuestra bella presencia, yo os concederé todo lo que me pedís, y aunque me lo tienen rigurosamente prohibido, no creo ofender á los dioses con desobedecer á algunas personas, á las cuales no estoy sujeto, por complacer á un hombre tan bien dispuesto, y que lo pide con tanto modo.

Mi Príncipe le protestó que su intencion era sólo ver, si era posible, á una hermana suya que habia sido cogida prisionera con la Princesa Estatira, de quien tenia el honor de ser su dama, y que si le hacia este favor, él sabria re-

conocerle este servicio, ya que con tanta generosidad no admitia el oro y joyas que le habia presentado.

El buen hombre, penetrado de la gracia con que el Príncipe se atraia los corazones de todos, y aprobando un deseo tan laudable, no solo le concedió lo que pedia, sino que tambien le ofreció su casa, de la que se podia servir con la comodidad posible mientras Alejandro permanecia en Sidon; y habiéndole obligado á aceptarlo, él mismo nos llevó al jardin, adonde nos dejó despues de habernos enseñado los paseos retirados, las grutas y los gabinetes secretos, donde podriamos ocultarnos en caso de necesidad. Tengo por ocioso pintaros este delicioso jardin, pues le habeis visto muchas veces, y yo juzgo que los celebrados de Ecbatana y cultivados con tan bello artificio, no eran mas primorosos.

Mi Príncipe cuidaba poco en mirar estas delicadezas; solo esperaba las damas con una impaciencia que no se puede esplicar, pasando la mayor parte del dia con una inquietud indecible. No quedamos engañados en nuestras esperanzas; pues cuando comenzábamos á desconfiar, vimos entrar las personas tan deseadas. Continuaba Alejandro con el empeño de no permitir entrar á persona alguna en sus cuar-

tos, ni en la conversacion sin su consentimiento, y siempre con las señales y guardias de prisioneras. Este obsequio nos hizo mucho al caso; pues luego que entraron con las damas y con algunos eunucos, cerraron inmediatamente las guardias rodeando el jardin para que nadie entrase sin orden de Nicanor, que aquel dia estaba á su cuidado.

Es imposible que yo os describa los movimientos del Príncipe Oroondates á vista de la Princesa: él estaba fuera de sí por el amor y por el gozo que tenia, y faltó muy poco para irse á echar á los pies de Estatira y descubrirse delante de todas las demas; pero le pareció mejor hacerlo con mas disimulo, esperando ocasion que ella le pudiera ver, y no las otras. Mas presto se presento esta que lo que podiamos desear. Estábamos nosotros en un gabinete bastante cubierto, desde el cual descubriamos la entrada del jardin, y podiamos verlo todo sin ser vistos. Las damas se dividieron segun sus inclinaciones. Las Reinas comenzaron á pasearse por la calle mayor que estaba á la orilla de un canal: la Princesa Parisatides con Apamia y Arsinoe, hijas de Artabazo, y hermanas de Barcina, se retiraron á un gabinete, y la Princesa Estatira, haciendo llevar una almohada á Cleone, la mas querida de sus doncellas,

tomó el camino de una gruta en donde habia una fuente agradable.

Habiéndola visto pasar Oroondates, la dió lugar para que se retirase segun la inclinacion que llevaba, y poco despues de retirada, se le acercó mi Príncipe por una calle cubierta, por la que podia pasar sin ser visto de nadie hasta la gruta. Permitióme que le siguiese, y marchando con silencio y sin ruido, llegamos á la entrada sin que nadie lo notase. Temblaba mi Príncipe de miedo, de amor y de respeto en tal manera, que parecia asombrado, y lo quedó mucho mas cuando al acercarse vió á la Princesa recostada en la almohada, y dormida á la orilla de la fuente. Cleone, con el fin de dejarla descansar, se salió de la gruta, y andaba recogiendo flores muy inmediata, pero en parte desde donde no podia descubrirnos.

Acercóse Oroondates á Estatira tan conmovido que apenas se conocia, y viéndola sumergida en un sueño tan profundo, se puso de rodillas, y comenzó á mirarla con unos movimientos estraordinarios, que solo puede esplicar el que los ha esperimentado. Entonces se vió asaltado de mil pensamientos diferentes, y mas acometido de su aprehension que si se hallara en lo mas peligroso de una batalla. Temia que la Princesa, á causa de una ausencia tan larga,

no le hubiese borrado de su memoria, recibiendo en su espíritu alguna impresion poco ventajosa para él, ó que no habiéndole amado sino por obedecer á sú hermano Artajerjes, muerto este se creeria dispensada de esta obediencia. Estas y otras aprehensiones le atormentaban de tal suerte, que fácilmente se dejaban ver en los ojos y en el semblante, y temia dispertarla por no recibir acaso de su boca alguna prueba de una desgracia, que venia á buscar desde tan lejos y con tanto trabajo.

Descansaba la Princesa de un lado, apoyada la cabeza en el brazo, y el otro estendido sobre el muslo. Su belleza, aunque las aflicciones la habian disminuido demasiado, especialmente en el color y buen aspecto, estaba en la mayor perfeccion: la garganta medio descubierta, la manga regazada un poco presentaba un medio brazo mas blanco que la misma nieve, la negrura de sus vestidos hacia sobresalir mas su resplandor, y los cabellos del mismo color jugando á causa de un vientecillo, suave sobre la mejilla que descubrian nuestros ojos, manifestaban tambien por esta oposicion la delicadeza de su tez, que ni el ébano ni el marfil han hecho jamas union mas agradable; los ojos, sin embargo de que los tenia cerrados, habian dejado el paso libre á algunas lágrimas, que corriendo por

la misma mejilla llegaban á la boca, donde finalizaban su curso, como sitio capaz de igualar la belleza del origen de donde habian salido.

No he podido menos de haceros esta breve pintura, aunque poco conforme con nuestras aflicciones, cuando me acuerdo del tiempo que ocupó mi Señor en contemplarla, pues fue tan largo, que yo temí que no perdiese la ocasion que le habian enviado los dioses. Conocióla en fin, y valiéndose de ella, tomo aliento, y despues de dos ó tres suspiros que no pudo contener, acercó sus labios á la mano de la Princesa, y los imprimió con tanto ardor, que por poco no desfalleció de gozo. Desvelada la Princesa, abrió los ojos, y viéndose entre los brazos de un hombre, cuando ninguno (aunque prisionera) se la habia acercado sino con el mayor respeto, quedó de tal manera sorprendida, que no se pudo esplicar sino con un grito. Mas cuando ella se levantó de la almohada para defenderse de la violencia de este creido enemigo, y fijó sus ojos en el rostro de Oroondates, cuya memoria tenia siempre presente y habia llorado tantas veces como muerto, cedió el susto á un temblor que la privó del uso de los sentidos, y despues de otro grito cayó desmayada, y casi sin esperanza de vida.

Mi Señor, penetrado de dolor y llevado de su pasion, la recibió entre sus brazos, y viendo yo el poco socorro que procuraba darla, tomé agua de la fuente, y la rocié el rostro tres ó cuatro veces; pero era tan profundo su desmayo, que no volviendo en sí, nos hizo estar con el mayor cuidado. A los gritos de la Princesa llegó Cleone toda sobresaltada, y al mismo tiempo que ella por camino diferente llegaron tambien la Princesa Parisatides, Apamia, Arsinoe y otras muchas damas. Juzgad, Señor, vos mismo de la admiracion y temor que tuvieron no menos por la Princesa que veian medio muerta entre los brazos de dos hombres, como por ellas mismas, á quienes por el estado en que se hallaban cualquiera cosa las hacia la mayor impresion. Comenzaron pues á gritar de manera, que si no las detengo lo pudieran haber oido las guardias.

Yo me levanté precipitado, y dejando á mi Señor ocupado en el oficio que no le habian impedido las damas, me acerqué á ellas, y descubriendo mi rostro, que conocian muy bien, las dije: — Señoras, bien podeis hacernos perecer; pero si perdeis á Oroondates, perdeis á un hombre que os ama con estremo, y que no viene á morir aquí sino por serviros á costa de una vida que tiene abandonada por vosotras mismas.

Las damas, sin embargo de que estaban mas muertas que vivas por este accidente, se detuvieron á mis palabras; y permaneciendo inmóviles, esperaban el fin de una aventura tan estraña. Entre tanto Cleone, acercándose á Estatira, la aflojó el vestido, y la echó tanta porcion de agua, que al fin abrió los ojos. Luego que volvió en sí, lo primero que dijo fué: —¡Ah Oroondates! — Pero al verle en su presencia, por poco no volvió á su primer desmayo.

El Príncipe se puso de rodillas delante de ella, y mientras Cleone, mas animosa que las otras, la tenia entre sus brazos, la besó la mano, y se la llenó de lágrimas con tantos suspiros y sollozos, que aunque la Princesa estaba bastante acobardada, al fin se atrevió á mirarle, y las otras á su ejemplo hicieron lo mismo, y luego le rodearon por todas partes.

Cuando la Princesa se vió asistida de tantas personas, dejó su temor, y fijando los ojos en el Príncipe, despues de haber estado un rato sin hablarle, le dijo: —¿Estais vivo, Oroondates? ¿ó venís despues de muerto á visitar á unas prisioneras que mientras viviais os amaron tanto?

Glorioso el Príncipe con estas palabras, y ase-

rado con semejante discurso, abrazándola las odillas con afecto indecible, respondió : —vivo estoy, Señora, vivo estoy; pues no habiendo nacido sino para vivir y morir por vos, vengo á vivir y morir á vuestros pies, y á prestaros á vos y á todos los vuestros los servicios que les debo hasta el último instante de mi vida.

Dichas estas palabras la Princesa Parisatides y las otras damas se acercaron mas á él, y arrodillándose mi Príncipe delante de Parisatides, y saludando con toda urbanidad á las otras damas, las sacó poco á poco del susto que tenian, y las llenó del gozo que podian recibir en su cautiverio. Sintió mucho Estatira que mi Señor hubiera dado tantas pruebas de su amor delante de las damas; pero él, que estaba cierto de la voluntad de Darío, y determinado á declararse en un todo, tuvo poco pesar.

Mientras tanto pasó Arsinoe á dar esta noticia á las Reinas para librarlas del susto que ellas acababan de recibir. Su admiracion no fue menor que la de las Princesas, y no pudiendo creer la relacion de Arsinoe, ni esperar el arribo de mi Señor, tomaron el camino de la gruta, á la que no llegaron, porque toda la comitiva las vino á salir al encuentro. Luego que Oroondates estuvo cerca de ellas, se arrojó

á sus pies, y haciéndole levantar las Reinas, le abrazaron mil veces con lágrimas de gozo, y le hicieron todas aquellas caricias que hubieron hecho á Artajerjes si le hubieran resucitado los dioses. La Reina Sisigambis, luego que le vió, le dijo: —¿Conque todavía estais vivo, Oroondates? Los cielos sin duda os han conservado para que seais testigo de nuestros infortunios, y de la ruina del pobre Darío: ahora nos veis realmente prisioneras, y prisioneras de un vencedor menos generoso que vos, que nos disteis aquella libertad que Alejandro niega á los ruegos y á los presentes de Darío.

— Señora, respondió el Príncipe, los dioses me han guardado la vida despues de una pérdida que me la hacia aborrecer, porque habian resuelto que yo la conservase para servicio de vuestra casa. Los he obedecido, igualmente que á la poderosa inclinacion que me ha arrancado del lado de Darío, para venir á morir á vuestros pies, y emplearme en vuestro obsequio hasta derramar la última gota de mi sangre.

La Reina, esposa de Darío, comprendiendo por el discurso de mi Señor que habiamos visto al Rey, despues de haberle hecho de nuevo mil caricias, le preguntó por él; y mi Señor, sacando del bolsillo la carta que habia es-

ito el Rey, se la presentó, queriendo preinrarlas con su lectura al discurso que habia hacerlas. Sisigambis la tomó, y conociendo el sello del Rey su hijo, leyó lo siguiente:

EL REY DARIO A LA REINA SISIGAMBIS SU MUY HONRADA MADRE, Y A LA REINA SU QUERIDA ESPOSA, SALUD.

« El que me ha salvado la vida, va á salvar tambien el resto de mi casa. Oroondates, resucitado por los dioses para mi bien, va á mirar por el vuestro, y á solicitar vuestra libertad, con aquel maravilloso afecto que le hace olvidar sus intereses propios por los nuestros. Pero no le recibais como Oroondates, y recompensadle con vuestras sumisiones las faltas pasadas: honrad desde ahora en la persona de un Príncipe, que os ha hecho tantos obsequios, la de Oroondates, heredero de los Imperios de Escitia, que ha mudado el odio de su casa en una amistad, que os es tan ventajosa, y que en todas nuestras pérdidas nos debe servir de consuelo. Nuestra amada hija Estatira, que los dioses nos han dado para nuestra dicha, es suya, no menos por los méritos de sus servicios que por la palabra de su padre y de su Rey. Tratad-

le, pues, como á nuestro salvador, y como á hijo nuestro : y ya que, sin embargo de tantas pérdidas, desea con las mayores ansias entroncar con nuestra parentela, procurad hacérsela amable por vuestro reconocimiento, y con las pruebas de vuestro afecto.

« DARIO. »

Acabaron las Reinas de leer las cartas con una grande admiracion, acompañada de la de las Princesas, y particularmente de Estatira, cuya discrecion fue maravillosa en disimular el gozo que recibió tan de repente. El conocimiento del sello y de la letra misma de Darío no dejó duda alguna á las Reinas de la verdad de la carta, y el que ellas tenian tambien de la virtud de mi Príncipe, acabó de darlas la mayor seguridad Comenzaron, pues, á tratar Oroondates con mas respeto que lo acostumbrado ; y mostrándole cuanto deseaban saber del estado de sus cosas, le hicieron entrar con ellas en un gabinete cubierto, donde sentándose en la yerba, le obligaron á que las hiciese relacion de los sucesos de su vida. Obedeciólas al instante, y en pocas palabras hizo un compendio de todo cuanto yo os he contado, menos del amor de Roxana, y de los favores

que habia recibido de Estatira. Quedó esta Princesa enteramente satisfecha de su modestia y discrecion, y las otras admiradas de los últimos sucesos que os he referido, así en la batalla de Isus, como en el encuentro de Darío en aquellas generosas empresas con Artabano, Parmenon, y Alejandro.

Acabado su discurso á satisfaccion de las Reinas, y con admiracion de su valor, le hicieron tantos honores y gracias que le dejaban confuso, y le aseguraban el gozo que tenian al ver su ilustre condicion y sus grandes deseos, con unas pruebas tan ventajosas que se juzgó gloriosamente recompensado de los trabajos sufridos, y de los muchos, que segun las apariencias, le reservaban todavía los dioses.

Despues de varios discursos, volviendo el rostro la Reina hácia su hija Estatira; — Hija mia, la dijo: cuando no estuvieseis obligada á reconocer lo que debeis al Príncipe Oroondates por la memoria de las obligaciones que le tenemos, y por la inclinacion de la que no os creo exenta, y que nadie debe vituperar; el mandamiento del Rey vuestro padre es tan espreso, y el gusto de mi madre y mio son tan justos, que no os podeis eximir de la debida obediencia, sin acarrear sobre vos la continuacion de las calamidades y desgracias que nos

persiguen. Preparaos, pues á ejecutar (despues que los dioses hayan mudado nuestra suerte) la voluntad del Rey y la nuestra, pues con el permiso de esta Señora os declaro que todos estamos conformes.

Mi Príncipe al oir unas palabras tan benignas se arrojó á los pies de las Reinas, y la Princesa Estatira, haciendo una profunda reverencia, recibió este precepto sin mas palabras que un rubor lleno de modestia que cubrió sus mejillas. Tratóse despues de este discurso de pensar en los medios para verse, y eludir la vigilancia de los guardias. Oroondates contó á las Reinas lo que le habia pasado con Abdolonimo, y como le habia ofrecido su casa que estaba dentro del jardin. Se resolvió que se serviria de ella; y para evitar todo peligro se vestiria á la rústica, con cuyo disimulo podriamos pasar como ocupados en cultivar el jardin: ellas en vista de esta determinacion prometieron no dejar pasar dia alguno, mientras permaneciesen en Sidon, sin venir al dicho sitio, puesto caso que tenian el permiso de Alejandro.

Despues de este concierto, haciéndose ya tarde, y temiendo no entrase alguno, y los viese á todos juntos, las buenas Princesas se despidieron, y tomando sus carrozas se retiraron á su

habitacion. Entrámonos nosotros en la casa de Abdolonimo, y habiéndole mi Señor abrazado mil veces, le suplicó, con las mayores veras que pudo, le asistiese, y escusase si abusaba de su bondad, aumentando al mismo tiempo que las súplicas las ofertas que le habia hecho; y viendo que este buen hombre estaba dispuesto á todo cuanto mi Príncipe deseaba, le descubrió la intencion de disimular y ocultar su ilustre nacimiento con el vestido de jardinero, suplicándoselo con tantas caricias y halagos, que Abdolonimo lo aprobó todo, dándonos los vestidos segun la necesidad, y cerrando los nuestros, porque pudiésemos pasar libremente por huéspedes, mientras Alejandro y las Princesas permanecerian en Sidon. Toxaris y Loncates, que eran los dos criados Escitas, cuidaban de nuestras armas y caballos en la ciudad, y tenian el encargo de traernos la comida, lo que llevó muy á mal el buen Abdolonimo.

Informado mi Señor de su pobreza, no le quiso ser gravoso, antes hacia todos los esfuerzos posibles para que recibiese algun presente; pero él lo rehusaba con tanta generosidad, que nosotros muchas veces le juzgamos digno de la fortuna que le vino despues. El dia siguiente esperó Oroondates la venida de las damas con una impaciencia igual al pasado. Es verdad que

su espíritu estaba mucho mas desembarazado, y no quedándole que vencer mas que la fortuna de Alejandro, se creia en lo mas alto de la felicidad. Llegaron en fin á la hora acostumbrada, y hallaron á mi Príncipe vestido de blanco y muy sencillamente, bien que nada impropio, ni menos que pudiese desairar la bella presencia que tenia con sus vestidos regulares.

El primer objeto de la conversacion fué premeditar y discurrir los arbitrios oportunos para la libertad de las damas; mas despues de haberlo pensado vanamente, y reconocido la imposibilidad que habia por entonces, resolvieron esperar á que el cielo proporcionara alguna ocasion, sin precipitar fuera de tiempo un golpe que podria arruinar sus designios, y romper los medios que despues podrian sobrevenir para conseguirlo con mas facilidad. Así pasaron un rato en esta conversacion, pero juzgando las Reinas cuán impaciente estaria mi Príncipe por el conocimiento que tenian de su amor; y no dudando que despues de una ausencia tan larga desearia ardientemente hablar con la Princesa Estatira, determinaron dejarlos solos, y tomando las calles del jardin por un lado, obligaron á Parisatides y á las demas á lo mismo. Cleone quedó sola con la Princesa, y to-

mándola yo de la mano comenzamos á pasear juntos, dejándolos á los dos con entera libertad. Entonces el Príncipe apasionado se arrojó á los pies de la Princesa, y teniendo su boca por largo rato fija en sus hermosas manos, la habló de su amor en unos términos que no acertaré á esplicar, sin embargo de haberlo oido de su boca. Entonces fué cuando con un diluvio de lágrimas renovaron el dolor por la muerte de Artajerjes, y trataron de consolarse uno á otro por una pérdida tan sensible.

Despues de haber dado un poco tiempo á esta memoria, enjugándose los ojos dijo el Príncipe á Estatira : — Señora, yo hubiera muerto sin la menor duda al lado de una persona tan amada, si el fiel Araxes, menos oprimido del dolor, no me hubiera representado la obligacion que yo tenia de vivir por vos. Yo os lo confieso, Señora, yo cedí á esta consideracion ; y como la amistad que yo tenia á Artajerjes no podia superar á vuestro amor, quedó superior este, y me hizo conservar por vos la vida que queria perder por él, y que debia haber perdido para cumplir mejor el encargo que me habiais encomendado.

La Princesa que le queria apartar de una memoria tan triste, le respondió : — Vos ha-

beis espuesto mucho una vida que tanto os habia recomendado: pero ya que me habeis desobedecido, os suplico no lo volvais á hacer, y si mi autoridad se estiende á mas, os lo mando; y supuesto que es imposible que mi pobre hermano vuelva á vivir, procuremos que no esté muerto en nuestra memoria, en donde le demos el correspondiente sepulcro: entre tanto alegraos cuanto permita nuestra triste constitucion; y ya que vuestros disgustos me son tan sensibles como á vos, renovad en vuestro semblante aquella antigua alegría, si quereis que reconozca en ella aquellas dulzuras que me obligaron á amaros.

Pronunció estas últimas palabras con una voz tan cortes, y miró al Príncipe con unos ojos tan penetrantes, que desde luego pasó del dolor al gozo, dejándose llevar de tal manera de su pasion, que si la Princesa no le hubiera detenido, acaso hubiera atropellado por su respeto. Viéndole la Princesa en estos términos, le dijo así: —No abuseis, Oroondates, tan presto de los derechos que os ha concedido Darío, ni irriteis á los dioses contra nosotros en una ocasion en que está tan afligida nuestra casa con pérdidas tan considerables. Ninguna demostracion necesitais para saber que os amo, ni se disminuirá mi afecto, aunque exija aun de vos

aquel respeto y aquella veneracion que hasta aquí habeis tenido, y que nunca me puede desagradar.

Oroondates avergonzado de una reprension aunque tan dulce, respondió : — atribuid, Señora, mi esceso á mi grande fortuna, y no estrañeis que en este instante me entregue al placer desmedido, habiéndome costado tantas penas haber llegado á vuestra presencia ; ni tampoco hallais estraño que un hombre que os ama, y se halla apadrinado con la gracia del Rey y de las Reinas, desee esplicar con viveza su pasion. No obstante no es mi intencion disgustaros, y ciertamente mas temeria esto que irritar á los dioses ; solo deseo haceros ver con una accion inocentísima mi amor, y el deseo de ver si le dais buena acogida. Pero qué, Señora, ¿ deberé fiarme de mi fortuna? ¿Puedo creer con alguna apariencia de razon que vuestra voluntad estará siempre firme? ¿ No debo temer el poder y aun la memoria de Alejandro, y creer que este vencedor de los hombres pueda vencer vuestro espíritu ó por su fortuna, ó por su mérito, ó por la autoridad que tiene ahora sobre vos?

— Poco favor me haceis con semejante discurso, respondió la Princesa : y si me creeis tan fácil á ceder á cualquiera impresion, me esti-

mais muy poco, ó por mejor decir, nada; si es verdad que el amor perfecto se funda sobre la estimacion de la persona amada. Yo os amo, Oroondates, porque sois amable, y porque creo que me amais: mi afecto no faltará como estas dos causas no falten, y aun cuando no subsistiesen, no sé si tendria bastante razon para desecharos de mi afecto. No temais, pues, á Alejandro, puesto que ni la fortuna, ni el mérito que me habeis alegado, ni la autoridad que suponeis tiene sobre mí, serán capaces de mover mi voluntad, ni de apartarme de la resolucion que he tomado. Os aseguro la palabra de ser vuestra si vos no mudais de amor, ó si no os arrepentís de amar á una prisionera, á una hija de un Rey despojado de sus estados, y á quien no le queda otra seña de su ilustre nacimiento que el valor.

Arrebatado mi Príncipe del principio y fin de este razonamiento respondió: —¡Ah! Señora, no me acuseis jamas de una bajeza, de la que en ningun tiempo he sido capaz. Quien no ha temido las dificultades que se oponian á su primer intento y al deseo de serviros, menos temerá las mudanzas de la fortuna; y si se me hubiera permitido hacer por mis propios intereses votos perjudiciales á vos, habria continuamente deseado que los dioses os hubieran hecho

nacer fuera de una grandeza, á la que yo os hubiera elevado, y no os habriais obligado á bajaros á mí, y á creer que una condicion tan ilustre añadia alguna cosa al amor que habia concebido solo á vuestra persona. Mas ya que aunque sois tan ilustre, os dignais no despreciar mi bajeza, y esta grande desproporcion no os detiene para darme las mas altas esperanzas, los dioses son testigos que no envidio su condicion, ni trocaré mi fortuna por la de Alejandro, ni aun por la de ellos mismos.

Fueron muchos los discursos que pasaron sobre esta materia, y cuando quedaron satisfechos por la seguridad de un eterno amor que uno á otro se habian prometido, le pareció regular ir á buscar á las Reinas. Salieron, pues, del gabinete en que estaban, y habiéndonos llamado, hallamos luego á las Reinas en una calle, y permanecieron todos juntos hasta que marcharon. Pasaron despues en el mismo jardin otros muchos dias con la mayor tranquilidad y gusto, y tanto que mi Príncipe como estaba tan satisfecho del estado de su amor, casi llegó á olvidar los negocios del Rey Darío, y la cautividad de la Princesa.

Pero poco le duró este gozo, pues unos dias despues sobrevino un disturbio que le trastornó su fortuna con la venida de las damas que

estaban prisioneras en Damasco, y que conducidas á Sidon las pusieron juntas con las otras. Mi Príncipe se alegró en estremo con la venida de Barcina, y en apariencia con la de Roxana. Esta Princesa, á quien su grande amor y la verdadera condicion de Oroondates no la eran desconocidos, dejó por algun dia su importunidad; pero poco despues la renovó de manera, que obligó al Príncipe á disminuir la estimacion y afecto que tenia por su persona. Procuró mi Señor ocultar su amor con el mayor cuidado, tanto por seguir lo que su propia virtud le dictaba, y era callar las faltas que otro cometió por causa suya, cuanto por el conocimiento que tenia del espíritu de Roxana, capaz de perturbarle en su amor, y de arruinarle de una vez si llegara á ver el suyo enteramente rebatido. Entre tanto Alejandro se enamoró de Barcina, y, como lo sabeis bien, esta nueva pasion le hizo ir muchas veces á visitar á las damas, que antes no lo hacia por una continencia afectada, con que decia varias veces que las damas de Persia hacian mal de ojo. Un dia, pues, que estaban en el jardin, y el Príncipe entreteniéndose con ellas en la conversacion ordinaria, con el deseo de ver á Barcina, se presentó allí Alejandro. Vos veniais con él, Efestion, Perdicas, Leonato y otros muchos. Cuando mi Señor le vió entrar,

se apartó de las damas, retirándose á un ángulo del jardin, y se puso á trabajar en un oficio que enteramente ignoraba. Así permaneció fingiendo su trabajo mientras el Rey estuvo en el jardin, y así continuó siempre que Alejandro tomaba este paseo, pero con tanto disimulo que jamas fué conocido de persona alguna.

Pasados algunos dias tuvimos un grande susto, del cual vos sabeis la causa. Estábamos con Abdolonimo en su casa, cuando vimos entrar un gran número de guardias del Rey, y un hombre al frente que parecia el gefe ó capitan. Yo á la verdad empecé á temblar, y se aumentó mucho mas mi temor, cuando adelantándose Abdolonimo hácia ellos para saber el motivo que los traia á su casa, el gefe que venia delante respondió : — Buscamos un Príncipe que está oculto en esta casa, con unos vestidos poco conformes á su ilustre nacimiento. Es preciso que se presente delante de Alejandro que le conoce bien, para que reciba de un Rey tan justo la recompensa que merece.

Imaginad, Señor, como estaria mi Príncipe teniendo por infalible su ruina. Sus pensamientos eran conformes al estado en que se hallaba ; pero presto le sacó del cuidado el mismo gefe ; pues encarándose á Abdolonimo, le dijo así : — Príncipe Abdolonimo, no os maravilleis, an-

tes bien disponeos á recibir de Alejandro la corona de vuestro reino: vuestra virtud no debe estar mas tiempo oculta, y el grande Efestion, á quien el Rey ha dejado este encargo, os elige entre todos los Sidonios para mandar á un pueblo que está asegurado de vuestra prudencia y de vuestra integridad. Dejad, pues, esos vestidos impropios á vuestro ilustre nacimiento, y tomando los que os han destinado, venid á dar las gracias á Alejandro y á Efestion del presente que os hacen, y de la estimacion que os tienen por vuestro mérito.

Nuestro susto se disipó alguna cosa con estas palabras, pero el de Abdolonimo seria como os lo podeis imaginar. Él creyó ciertamente que era burla; mas cuando vió que perseveraban en lo mismo, recibió esta mudanza de la fortuna como un castigo del cielo. Marchó, en fin, con ellos, y se presentó á Alejandro del modo que sabeis, y conforme se publicó por toda la Asia.

Lisimaco entonces interrumpió á Araxes y le dijo: — Yo estaba al lado del Rey cuando le condujeron, y el mismo Alejandro despues de haberle considerado un rato: — Dime, le dijo, ya que te cedí esta corona, ¿de qué manera has soportado la pasada pobreza? — Quieran los dioses, respondió Abdolonimo con la mayor serenidad, que me sea tan facil llevar la Corona.

Agradó tanto esta respuesta á Alejandro, y la halló tan conforme con lo que habia oido decir de él, que confirmó la eleccion hecha, y añadió á los estados que poseia Estraton algunas provincias vecinas, de todas las cuales este buen hombre fué Señor pacífico, y las gobernó con aprobacion universal.

Mi Príncipe, continuó Araxes, quedó contentísimo de su buena fortuna; y alabó á los dioses por un suceso tan maravilloso y tan lleno de justicia. Este nuevo Rey nos hizo mil caricias y ofertas muy ventajosas, y nos favoreció en nuestros asuntos mas de lo que podiamos desear. Pocos dias despues resolvió Alejandro dejar á Sidon para marchar al sitio de Tiro. Fué muy sensible para mi Príncipe esta determinacion, que destruia todas sus ideas, y le reducia á la necesidad de discurrir nuevos medios para ver á la Princesa. El dia antes de su marcha tuvo una larga consulta con las Reinas, en la que se determinó por conclusion valerse de la amistad de Barcina, y del poder que ella tenia en el corazon de Alejandro, para obtener de él, que durante el asedio de Tiro, las permitiese permanecer en Sidon, que distaba una corta jornada.

Barcina quedó muy gustosa de tener esta ocasion para servirlas y escusarlas al mismo tiempo

de las incomodidades del ejército: y en la misma noche habiéndola visitado el Rey, le representó que la delicadeza de las Reinas, de las Princesas y de ella misma estaban incapaces para poder soportar las fatigas de este sitio, puesto que el aire marítimo de la ciudad sería acaso muy contrario á su complexion, y particularmente á la Reina esposa de Darío, que estaba habitualmente indispuesta, y á Sisigambis, á quien los años tenian tambien muy debilitada. Alejandro, que verdaderamente la amaba, considerando igualmente el embarazo que tendria con ellas, concedió á Barcina todo cuanto pedia, y las permitió á todas se quedasen en Sidon mientras duraba el sitio, dejándolas para su guardia una parte del ejército. El gozo que recibieron las Princesas con esta gracia fué escesivo; pero el de mi Príncipe fué mucho mayor viendo que continuaba su felicidad, cuando ya la creia acabada.

Partió en fin Alejandro, y mi Señor quedó en su primera satisfaccion: y para aumento de su mejor fortuna, habiendo pedido las damas la casa de Abdolonimo para poder tener el paseo del jardin con mas libertad, gustosamente lo concedieron Nicanor y Seleuco que le tenian á su custodia, por haber quedado para su guardia. De esta manera mi Señor, á quien por la ropa

que traia le era libre la entrada y la salida, trataba continuamente con ellas, con lo que por entonces estaba en el mayor auge su fortuna, recibiendo cada dia de Estatira tantos favores, que nada le quedaba que desear sino la libertad de la Princesa y la satisfaccion de Darío. Es verdad que estaba siempre avergonzado al verse ocioso y enmascarado con unos vestidos indignos á su prosapia, en una ocasion en que toda la Asia estaba sobre las armas.

Considerándose en esta situacion me decia frecuentemente: — Araxes, ¿no compadeces mi triste situacion y la dura necesidad en que me veo de representar un personage tan contrario á mi valor y á mi nacimiento? ¿Me conviene acaso estar con los brazos cruzados bajo un vestido vil, manejando un azadon, mientras Alejandro, sudando debajo de la celada, gana Imperios á los filos de su acero? ¡O, Dioses, qué vergüenza, ó por mejor decir, qué injusta violencia! Sin embargo, Araxes, yo no puedo superarla, y las consideraciones de mi honor no me han podido arrancar de un lugar adonde el amor me ha traido.

Estas reflexiones las hacia frecuentemente, y siempre se quedaba en la mayor afliccion. Entre estas ideas jamas olvidó la libertad de las damas, pero todo fué en vano, pues estaban con

tanto cuidado guardadas, que perdió toda esperanza, á no ser por alguna victoria ganada por Darío, ó por la generosidad del mismo Alejandro.

En este tiempo se vió terriblemente perseguido de Roxana, que no aflojando no obstante el poco suceso que veia en el Príncipe, le solicitó con tanta obstinacion, que le precisó á aborrecerla. Es verdad que le obligó con mil malicias y otras tantas invenciones para ponerle mal con su Princesa; pero la discrecion del Príncipe fué tan grande, que no quiso, aunque estaba bastante disgustado, descubrir la causa de sus trabajos, teniendo en perjuicio de su quietud este respeto á Roxana, que le fué despues tan perjudicial.

Visitaba muy á menudo á la bella Barcina, y la trataba con muy honesta libertad, reconociendo en ella tanta virtud y franqueza por él, que se vió obligado á honrar la primera, y á reconocer la segunda con todas las pruebas de una buena voluntad. En estos cimientos fundó Roxana toda su traicion. Ante todas cosas hizo ver á Estatira con la mayor destreza y sin apariencia de algun interés la familiaridad que habia entre Barcina y Oroondates: la esplicó el gran cuidado que tenian los dos de hablar siempre en secreto, la buena cara que se hacian, el buen

acogimiento que se daban, la confianza y satisfaccion que no comunicaban á nadie; y en fin añadió tantas astucias fundadas en estas apariencias, que hicieron en Estatira alguna impresion, y se llegó á persuadir que aquella que á la primera vista habia ganado el corazon del grande Alejandro, podia muy bien por una larga conversacion cautivar el de Oroondates. A estos indignos pensamientos añadió la memoria del viage que habia hecho á Damasco, adonde se habia retirado sin otro fin que el de ver á Barcina, y de donde solo habia salido por fuerza, habiendo sido conducido con ella al campo de Alejandro, y en donde solo por ella se detuvo.

Todos estos discursos sugeridos por la maliciosa Roxana á la Princesa Estatira conforme se presentaba la ocasion, comenzaron á moverla; y la penetraron tan sensiblemente y tan al vivo, que bien presto se dejó ver sobre su rostro el desconsuelo de su alma. Ya desde entonces recibia al Príncipe mas indiferentemente que lo que acostumbraba, y poco á poco se redujo á tal estremo, que ignorando él el origen de esta mutacion, estuvo á pique de morir de sentimiento; y deseando averiguarlo de raiz, no se descuidó de aprovecharse de la primera ocasion. La libertad que tenia de hablar con la Princesa la presentó al instante.

Con este deseo habiéndola encontrado un dia en la misma gruta en que la halló la vez pasaba dormida, acompañada de Cleone, que sabia como confidente todos sus pensamientos, se arrodilló á sus pies; y viendo que por no mirarle tenia fijos los ojos en el suelo, la dijo con el mayor dolor, acompañado de profundos suspiros y sollozos de esta suerte: — No es fácil, Señora, que yo pueda adivinar la causa de vuestros desdenes; pero mas difícil será que yo los pueda sufrir sin morir primero. Perdonadme si me tomo la libertad de deciros que me parece esta mudanza muy estraña, y que este modo que de pocos dias á esta parte habeis tenido conmigo me ha llenado de tantas aflicciones que no las podria esplicar. Si he faltado á mi deber y á vuestro respeto, castigadme con la muerte; pues las menores faltas que pueda cometer contra vos no merecen otra pena. Si habeis visto en este miserable algun defecto que no habiais conocido, descubridle por caridad, ó para corregirme, ó para desterrar de vuestros ojos una persona tan defectuosa, y que no merece vuestro amor; pero si no soy culpable como antes lo era, no me hagais morir á ciegas, ni tan injustamente.

Pronunció el Príncipe estas palabras con la mayor vehemencia, mas la Princesa solo le res-

pondió con unas cuantas lágrimas que no pudo contener. Oroondates, despues de haber esperado en vano la respuesta, prosiguió : — Y bien, Señora, ¿son estas aquellas lágrimas que derramais por mi muerte á la que estais determinada? ¿Y es creible que teniendo tanta piedad para llorar mi perdicion, no tengais bondad bastante para descubrirme el motivo?

La Princesa, levantando al fin la cabeza, y mirándole con unos ojos, que aunque humedecidos por las lágrimas, le habia abrasado con mas viveza que antes, le respondió sin conmoverse: — Oroondates, Oroondates, ni soy capaz de mudanza, ni vos de falta; pues nadie le acusará de tal aunque abandoneis una prisionera por la Señora de su vencedor y de su Rey.

Como mi Señor estaba inocente no entendió desde luego el sentido de estas palabras, y medio aturdido la respondió, — Dignaos, Señora, esplicaros mejor, y acabad de sacarme de la confusion en que me habeis puesto; porque hablando con toda sinceridad, ¿de qué teneis que acusarme? Los dioses saben mi inocencia, y desde luego espero la ira de sus rayos si aun siquiera con el pensamiento os he ofendido.

— Cierto es, respondió la Princesa, que no es culpa el amar á Barcina. Ella es hermosa, y verdaderamente digna de ser amada; pero todas

sus bellas prendas no os pueden dispensar del juramento que me habeis hecho, ni absolveros de la infidelidad que mostrais á la hija de Darío, y á la hermana de Artajerjes por una de sus vasallas. No os sonrojeis, Oroondates (prosiguió, viendo á mi Señor sorprendido y confuso de un discurso no esperado), al fin se ha descubierto la verdad: el motivo de vuestro viage á Damasco, y vuestra detencion aquí, no se nos oculta; pues yo he reconocido á mi pesar que solo os sirvo de pretesto á vuestro nuevo amor: alto pues, prosiguió con las lágrimas en los ojos, seguid este último movimiento de vuestro corazon. Yo no me opongo á las ventajas que podeis recibir con esta mudanza; y aunque no la pueda ver sin dolor, la veré sin algun resentimiento que os sea perjudicial.

Confuso mi Príncipe de un lance tan estraño, no hallando palabras para justificarse, se contentó por el pronto con abrazarla las rodillas, y bañárselas con tantas lágrimas, que por estas, por los sollozos y por la vehemencia de su accion llegó á creer la Princesa una parte de su inocencia, y á perder otra de su opinion. Pero cuando levantó la cabeza, y mostrando su rostro lleno de lágrimas, sobre el cual se leia claramente su pasion, se disponia á responderla, vió pasar á Barcina sola muy cerca de la gruta, y

repentinamente sin considerar cuanto podia desagradar esta accion á la Princesa, llevado de un furioso frenesí se arrojó á Barcina, y tirándola por el vestido hácia la gruta se arrodilló delante de ella, y tomándola las manos con una resolucion que la dejó admirada, la dijo así : — Barcina, yo os suplico por la luz del sol, por el poder de Orosmade y de todos los dioses que nos oyen, por la vida de Darío y por la memoria de Memnon, me saqueis del abismo en que me habeis precipitado, y declareis á vista de los cielos y de los dioses, á quienes he invocado, si alguna vez, ó con mis palabras, ó con mis acciones he dicho jamas que yo os amo; y si aquí, en Damasco ó en Persepolis os he tratado sino como si fuerais una hermana mia.

Estas palabras proferidas con un tono de voz fuera de lo ordinario sorprendieron tan repentinamente á Barcina, que no pudo responder en largo rato; pero luego que volvió en sí, respondió de esta suerte : — Señor Príncipe Oroondates, ignoro ciertamente por qué me pedís semejante declaracion. Mas ya que he llegado á conocer cuanto teneis que sufrir por mi respecto; os protesto delante de los mismos dioses que estoy inocentísima; y os declaro delante de esta dama que jamas he recibido, ni he pretendido recibir de vos alguna demostracion de obsequio

ni de servicio debidos á ella sola, y á quien los cederé en cualquiera ocasion en todo el resto de mi vida.

Aunque la Princesa Estatira manifestó en su semblante la admiracion que la habia causado esta accion, quedó tan satisfecha, no pudiendo atribuir esta falta á un hombre á quien siempre habia reconocido por modesto y prudente, sino á la violencia de su pasion, que dejó en gran parte la sospecha concebida, y permitió que Oroondates, algo mas sosegado, acabase de desengañarla con la asistencia de Barcina, la que poniéndola delante de los ojos la poca apariencia de verdad que habia en las sospechas, y la falta de razon, con las ventajas que le habian concedido los cielos, tanto por su belleza, como por su nacimiento, no dejó en Estatira reliquía alguna de las impresiones recibidas.

Cuando Barcina la consideró curada de sus sospechas, y luego que oyó de la misma Estatira que Roxana habia sido la impostora, añadió : — Sin duda alguna ella ama á Oroondates, ó nos aborrece á todas : mas, Señora, no la deis oidos, y creed que algun interés tiene cuando se ocupa en indisponeros.

Oroondates se sonrojó con este discurso, sin descubrir nada del amor importuno de Roxana; y volviéndose á Estatira, la dijo : — Señora, los

dioses sin duda la habian suscitado para impedirme la alta fortuna á que me habiais elevado por vuestra gracia. Mas ya que otra segunda me saca del sepulcro què me habia abierto Roxana, os suplico no la escucheis mas en perjuicio mio, y no supongais infidelidad en un hombre que es incapaz de cometerla.

— Y yo, añadió Barcina, si me viese en estado de poderos hacer alguna sombra, os protesto que luego que esté en libertad me retiraré y privaré de la vista de Oroondates, aunque me sean tan amables, como me son, su vista y su persona.

Avergonzada la Princesa de lo que la habia pasado, pidió perdon á los dos con mucha gracia, y abrazando á Barcina, la suplicó que borrase enteramente este suceso de la memoria. De esta manera quedaron reconciliados, y mi Príncipe tan satisfecho y contento como antes, conociendo lo mucho que le amaba la Princesa. Este accidente sirvió infinito á Oroondates para desconfiar de Roxana, y de allí adelante procuró evitar cuantos encuentros le fueran posibles, y vivió con Estatira con mejor inteligencia; la que abrió enteramente los ojos, y conoció la poca razon en que se fundaron sus sospechas.

Algunos dias despues disgustado Alejandro de un sitio tan largo, vino á Sidon; y aun se

creyó hizo este viage para ver á Barcina. Acaso esta seria la primera intencion, pero á la verdad en este dia solo visitó á Estatira, y la habló de su amor. La Princesa, que siempre habia pensado la cogeria esta desgracia, le respondió con mucha modestia, considerando la situacion á que estaba reducida, sin olvidar la de su nacimiento. Al dia siguiente continuó Alejandro con estas mismas ideas, y antes de marchar la hizo ver que verdaderamente la amaba.

Manifestó Estatira la verdad de este pensamiento á la Reina su madre, á Sisigambis y á Parisatides con las demas compañeras, pero no al Príncipe para que no se desconsolase; creyendo que la pasion de Alejandro se disiparia con la misma facilidad que le habia venido, y con esto se escusaba de decirle una cosa que no podia menos de serle desagradable. Mas Roxana no fué tan mirada, pues meditando despues de este suceso nuevos géneros de malicia, dos dias despues de la marcha de Alejandro se acercó al Príncipe en una calle del jardin, y se valió tan oportunamente del tiempo para hablarle, que, sin embargo de las tentivas que hizo para huir, le fué imposible poder escapar.

—¿Qué es esto, le dijo ella al acercarse? ¿Qué huis de mi presencia? Vos huis de mí por seguir aquellas que huyen de vos, ó por lo menos os

engañan y menosprecian. Esto procede, Oroondates, de no saberos gobernar. Una Princesa inferior á la de Persia no era digna de vuestro amor: y ahora un Príncipe inferior á Alejandro es indigno de la Princesa de Persia. Muchas veces os he dicho que Estatira no era para vos, pero vuestro orgullo acostumbrado se burlaba de mis predicciones. Ahora ya estoy contenta, pues me veo vengada; y si la generosidad permitiera burlarse de los infelices y afligidos, tengo al presente una buena ocasion de burlarme de vos.

Escuchó Oroondates con la mayor paciencia estos reproches, y esperó el fin con toda indiferencia, sin embargo de estar ya tocado de una mortal aprehension. Cuando dejó de hablar respondió mi Príncipe: — Y bien, Roxana, ¿cuál es el blanco de todos estos improperios, y con qué nuevas aflicciones me asaltais ahora?

— ¡Ah, insensible, replicó artificiosamente Roxana! ¡O, qué filósofo, que sabe resolverse en sus desgracias, y sufrir los asaltos de la fortuna con rostro indiferente! No disimuleis, pues, Oroondates, ni finjais una constancia de que no os juzgo capaz. Vos habeis quedado mortalmente herido, y si habeis amado tan cordialmente como me queriais persuadir, con dificultad podreis llevar esta pérdida.

Aunque Oroondates no ignoraba que Roxana estaba llena de artificio, no dejó de turbarse; y cruzando las manos la dijo: — ¿Teneis en fin, Roxana, otra cosa que decirme?

— ¿Y qué, replicó Roxana, quereis que yo crea que solo vos ignorais lo que sabe todo el mundo, y que vos solo no hayais comprendido la fortuna de Estatira, vos que teneis mas interés que cuantos la conocen?

— Tengo tanto interés, respondió el Príncipe, que su fortuna será siempre la mia; pero hasta ahora no he oido cosa que me persuada haberse mudado.

— Mal lo entendeis, dijo Roxana: ella ha llegado al punto de su felicidad, pues ha sabido enamorar á Alejandro, y le ha ganado tanto el corazon por su estudio propio y el de las Reinas, que está dispuesto á desposarse con ella dentro de pocos dias, y restituir con este matrimonio la paz á la Persia y á la casa de Darío todo el resplandor que habia perdido.

Inmediatamente conoció mi Príncipe la malicia de Roxana; mas cuando reflexionó el viage de Alejandro á Sidon, y haberle visto hablar muchas veces con Estatira, lo que no habia hecho antes; comenzó á temer una parte de lo que sentia, y la respondió con una voz poco firme: — Señora, con vuestros discursos malicio-

sos casi me habeis precipitado. Yo no sé qué fin es el vuestro : y cuando me hayais quitado la vida, tampoco sé la satisfaccion que tendreis por mi muerte. Todo cuanto me habeis dicho, no solamente lo ignoro, sino que en vuestra licencia yo juzgo que vos lo habeis inventado. Yo no puedo creer que Estatira ponga el menor cuidado en hacerse amar de nadie, siendo ella generalmente amada de todos los que la conocen, y pudiendo ganar el corazon de Alejandro y de todos los hombres sin artificio ni trabajo.

Aunque Roxana se sintió ofendida de este discurso, replicó sin alterarse : — Creed lo que os agrade ; y como quiera que sea, vos no hubierais sabido esta noticia de mi boca, si fuese cosa que debiera estar oculta. El primero que encontreis os lo dirá, y aun la misma Estatira, que no lo podrá disimular mucho tiempo.

Con esto marchó Roxana, dejando á Oroondates en tal confusion de pensamientos que apenas se conocia. Sentóse en aquel mismo sitio en que se hallaba, y haciendo reflexion sobre todas aquellas cosas que podian confirmar las palabras de Roxana, cayó en una agonía mortal. Es verdad que el conocimiento que tenia de su malicia, y las pruebas recientes que habia dado en un asunto de esta misma naturaleza, la aliviaban un poco la desesperacion que le ame-

nazaba. Pasó en fin el resto del dia entre las mayores inquietudes, y al siguiente compareció tan triste y melancólico cual se dejaba ver en su funesto semblante.

Paseábase, pues, desde entonces en los lugares mas retirados y sombríos; pero Estatira, que no se hallaba satisfecha si estaba mucho tiempo sin verle, ella misma fué á buscarle acompañada de Cleone. Corrió todo el jardin, y finalmente le encontró tendido á la orilla del canal, el vientre pegado con el suelo, y la cabeza apoyáda en las manos, por entre las cuales corrian algunas lágrimas que llegaban hasta el agua: lo que visto por la Princesa, y oyéndole suspirar tres ó cuatro veces, se quedó en duda de lo que deberia hacer.

Entre tanto mi Señor, creyendo estaba solo, y no pudiendo reprimir sus sentimientos, — esto es mucho, grandes dioses, decia con el mayor dolor: esto es mucho. Si mi desgracia es cierta, no debiais haber alargado mi vida por unos medios tan estraordinarios para arrancármela ahora con una muerte tal. Pero no gozará mucho tiempo tan ilustre conquista, pues la generosidad con que supo trastornar la cólera de un enemigo, no sabrá detener ahora la mano de un rival.

Mas hubiera dicho si sus inquietudes le hubie-

ran permitido permanecer mucho tiempo en semejante postura, y si al volverse al otro lado no hubiese visto á la Princesa que le estaba escuchando. Avergonzóse en estremo de que la Princesa le hubiese visto de aquel modo; pero enjugándose los ojos, se puso en pie, y la saludó con un rostro pálido y macilento: desde luego conoció la Princesa que le podia afligir alguna pena, y queriéndole acompañar en su dolor, le dijo así: —Y bien, Oroondates. ¿qué nuevo infortunio os atormenta? ¿qué debo yo discurrir de estas lágrimas que derramais? ¿qué puedo creer de esa tristeza que veo en vuestro semblante, y de esos discursos que he escuchado?

El Príncipe animándose á responder, la dijo: — Señora, que Alejandro os ame, esto procede del mismo mérito que teneis, y que á mí tambien me obligó á amaros; pero que vos procureis atraerle, y que por haceros amar sufrais penas indignas á vuestro nacimiento, ésto es destruir las protestas que me habeis hecho, y quitarme la vida que solo he conservado por obedeceros.

Sorprendida la Princesa con estas palabras, y movida á compasion, le respondió, alargándole la mano, de esta suerte: — Que Alejandro me ame, esto yo no lo puedo estorbar, pero

que yo busque su amor, ni que jamas consienta en él, esto es lo que no podreis decir sin ofenderme, y que no sea Roxana la que os ha informado.

— Es cierto, respondió Oroondates: Roxana es la que me ha dado la primera noticia; pero me lo han confirmado despues tantos accidentes, que estoy demasiadamente enterado.

La Princesa, mirándole con rostro mas alegre, y con un ojo capaz de hacerle disipar su temor, le respondió así: — Siempre creí que esta maliciosa Roxana tomaria nuevo motivo para turbarnos con ocasion de lo que ha visto; pero, querido Oroondates, yo quiero que los dioses que invocasteis los dias pasados para vuestra justificacion, me hagan de repente perecer en vuestra presencia, si habeis tenido jamas tanto motivo como teneis al presente de la satisfaccion de mi afecto. Confieso ingenuamente que Alejandro me ha hablado de amor; pero siempre he creido que lo ha hecho ó para divertirse, ó porque verdaderamente me ame. Mas si esto ha hecho alguna impresion en mi alma, ó si yo he recibido sus palabras, sino como un destruidor de nuestra casa, desde luego me sujeto á sufrir aquellas penas crueles que Orosmades tiene destinadas á las almas perversas. Tambien confieso que os lo he ocultado; pero ha sido

como á persona, cuya tranquilidad es para mí muy apreciable, y cuya noticia sería muy contraria á vuestra quietud. En fin, amado Oroondates, no temais á este rival, y recibid de una vez la promesa que os hago, que mientras yo sepa que me amais, ni Alejandro, ni ninguna persona de este mundo tendrá parte en mi amor; ni aun la razon de estado me hará violar la fe y palabra que os doy, y que la conservaré hasta el sepulcro.

¡O, dioses, qué estraña es la condicion de los amantes, y qué sujeta está á las vicisitudes! Un momento antes de estas amables espresiones Oroondates deseaba la muerte, y ahora de repente pasa del esceso del dolor al estremo de un gozo que no se puede imaginar. Al instante recobró su alegría acostumbrada, y detestando la malicia de Roxana, imprimió mil besos en las manos de su amada Princesa con una dulzura increible. De esta manera inmediatamente quedó libre su espíritu, y Roxana alucinada en la opinion que habia tenido de adelantar con estos medios su amor y sosiego.

Desde entonces comenzaron á detestarla, y á resolver no solo á no dar crédito á sus palabras, pero ni aun á tener la mas mínima comunicacion con ella. Conforme se convinieron, así lo ejecutaron; pues habiéndola encontrado mi Se-

ñor cuatro ó cinco dias despues, deseando de una vez romper el trato, la dijo así: — Señora, vuestros maliciosos artificios han valido poco, y los dioses hasta aquí nos han descubierto vuestra malicia: si deseais acaso ganar mi corazon por unos caminos tan raros y tan contrarios al estilo comun de hacerse amar, os advierto que os engañais: y así como con tanta franqueza os abrí mi pecho en Damasco, con la misma os declaro hoy, bien que á mi pesar, que es imposible que yo os ame. Me violento á mí mismo en manifestaros esta verdad; y así os suplico dejeis en descanso á quien habiais pensado arrojar al sepulcro.

No esperó respuesta, sino dejándola metida en un mar de confusiones, haciéndola una muy reverente cortesía, huyó con tanto cuidado de su vista, que desde aquel dia no volvió á importunarle.

Dos dias despues la Princesa Estatira encontró á Oroondates, y conduciéndole á un gabinete, le dijo así: — Quiero que veais mi puntualidad en la ejecucion de mis palabras, y el deseo que tengo de vuestra tranquilidad. Mi nuevo amante no se ha resfriado con la ausencia: ahora acabo de recibir esta carta, que os la traigo para que, si lo creeis necesario, respondais á ella.

Entregósela, y abriéndola mi Príncipe, leyó de esta manera:

EL REY ALEJANDRO A LA PRINCESA ESTATIRA.

« El vencedor de los vuestros se deja vencer de vos sola; y vos sola podeis lo que en vano ha intentado toda la Asia. Yo os rindo las armas, bella Princesa, pues mas estimo esta gloria que todas las conquistas. Pero no useis de crueldad con lo que habeis obtenido de justicia, y no trateis como enemigo á quien se declara vuestro esclavo.

ALEJANDRO. »

Desagradó en verdad á mi Príncipe esta perseverancia de Alejandro, previendo desde el principio las desgracias que despues sobrevinieron. Juzgó Oroondates que la Princesa no debia exasperar al Rey para no provocar la cólera de un vencedor y Señor, y que por lo mismo estaba precisada á responderle. Ella queria que Oroondates dictase la carta; pero él se escusó, remitiéndose á su prudencia y á la disposicion de las Reinas. Estatira, despues de haberlo consultado con ellas, respondió en estos términos.

LA PRINCESA ESTATIRA AL REY ALEJANDRO.

« La constitucion á que estoy reducida me deja tan inferior á la que vos me atribuís, que es dificil pueda yo conservar la una, ni la otra. Vos no estais todavía vencido, y siempre sereis invencible, si la victoria no llega á conseguirse por otras armas que por las mias. No habiéndome dejado la desgracia de nuestra casa los ojos sino para llorar su desolacion, no me permite servirme de ellos á otro uso, ni reconoceros sino como vencedor y Señor, de quien es en verdad vuestra prisionera :

« ESTATIRA. »

Envió la Princesa esta carta con el mismo que habia traido la de Alejandro, y dos dias despues recibió otra con estas palabras.

EL REY ALEJANDRO A LA PRINCESA ESTATIRA.

« Las máximas del amor y las de la guerra son tan diferentes como la condicion de prisionera de guerra, y la de Señora de mi alma no son incompatibles. Vos no podeis conservar las dos á un tiempo; pues perdereis muy presto la pri-

mera, aceptando la segunda. Haremos un cambio; y si no desdeñais los deseos de un Rey que muere por vos yo pagaré el precio de vuestra libertad por la de

« ALEJANDRO. »

La Princesa conformándose con el parecer de las Reinas, respondió de este modo.

LA PRINCESA ESTATIRA AL REY ALEJANDRO.

« Para descansar un rato de los trabajos de la guerra llevais á bien corresponderos con vuestras prisioneras. Yo conservaré siempre este título, no conociéndome digna de aceptar lo que mis desgracias no me permiten. Jamas desearé la libertad sino con la de las Reinas, y con la tranquilidad de Darío. El honor que recibo no me hará olvidar de mi miseria, ni arrancará de mi alma la memoria de lo que debe á Alejandro la desgraciada

« ESTATIRA. »

No sé si por entonces prevaleció mas la ambicion que el amor de Alejandro, ó si este no quiso, por motivo de estas cartas, empeñarse en

restituir la libertad á las prisioneras, y la paz á los estados de Darío. Cualquiera que fuese la causa, lo cierto es que la Princesa no recibió mas carta mientras permanecieron en Sidon, con lo que mi Príncipe quedó muy satisfecho, gustando desde entonces con la mayor libertad todos los placeres que su alma era capaz de recibir.

Pero la fortuna se cansó de favorecerle mucho tiempo, pues la toma de Tiro le privó bien presto de aquellas delicias que gozaba sin sazon, y mientras la Asia estaba mas afligida. Esta ciudad soberbia fué tomada, como sabeis, despues de haber sufrido un sitio de siete meses, y entonces las tropas que Alejandro habia dejado en Sidon tuvieron orden de marchar á Tiro, y de conducir al mismo tiempo todas las prisioneras. Juzgad, Señor, cual fué el sentimiento de mi Príncipe, y figuraos qué sensible le seria, aunque ya lo tenia previsto de antemano. Compadecíase de las Princesas y de los trabajos á que se esponian con las fatigas del ejército. Es verdad que ya estaban acostumbradas con Darío, y que no estaban menos servidas con Alejandro, pues este queria que las tratasen como Reinas, conservándolas sus criados, y disimulando su triste situacion con el buen tratamiento que recibian. Jamas oyeron una palabra indecente ni fastidiosa : no habia persona que no

las guardase sus respetos y todas aquellas distinciones que podian esperar de los mismos vasallos de Darío. Pero yo, Señor, no he considerado con quien hablo: vos sabeis mas que yo, y nada ignorais de cuanto os he contado.

A continuacion de lo dicho añadiré cuán estraña fué la irresolucion de mi Príncipe. Por una parte no se podia determinar á abandonar á la Princesa y dejarla en manos de la pasion de Alejandro, mientras él estuviese apartado de ella: por otra parte no hallaba medio alguno de verla con la frecuencia que en el tiempo pasado; y cuando los dioses le hubiesen ofrecido otra segunda ocasion tan favorable como la primera, las malicias de Roxana no le permitirian esperar alguna seguridad con Alejandro; y temia, con alguna apariencia de razon, que su espíritu caviloso y agriado contra él no descubriese al fin su estrecha comunicacion al Rey, y le llevase al último estremo, antes que sufrir alguna calma en una felicidad que ella habia varias veces turbado (y por último esta fué la principal razon), el rumor de la guerra le puso en armas; y como Aquiles se avergonzó permaneciendo entre las damas de Licomedia, mientras toda la Grecia corria al sitio de Troya, así el Príncipe se fastidió de la vida que pasaba, mientras toda el Asia estaba en armas, y Darío en la campaña

para recobrar cuanto habia perdido, ó decidir con la última batalla de todos los Imperios del Asia. Esta última consideracion le hizo determinarse á una cruel separacion; y sabiendo que Darío estaba cerca de Babilonia con el ejército preparado, determinó unirse con él, y correr la misma fortuna en cualquiera parte del mundo que hubiese de pelear.

Resuelto en fin, despues de un fastidioso interior combate, comunicó sus pensamientos con las Reinas y con las Princesas. Estas hicieron cuanto les fué posible para detenerle; pero habiendo alegado las razones que le movian á marchar, y particularmente la de su honor y servicios que debia á Darío, las precisó á dar su consentimiento. No puedo yo pintaros sus lastimosas y tristes despedidas. Figuraos vos todo lo que puede producir el dolor en unas almas como las suyas en separacion tan cruel, y aun no concebireis una mínima parte. Las Reinas le abrazaron mil veces: Parisatides y Barcina le dieron mil pruebas de su desconsuelo y del afecto que le tenian; pero su Princesa, la Princesa Estatira, por poco no cayó muerta de dólor á su última despedida.

Ella le tuvo largo rato entre sus brazos, anegándole en las lágrimas que salian de sus ojos como de dos abundantes fuentes: le dijo las

mas afectuosas palabras que el amor, el afecto y el dolor pudieron poner en su boca; y quedó reducida á tal estado, que solo las lágrimas podian asegurar que vivia. Al tiempo de tomar el coche para obedecer á Alejandro, abrazándole por la última vez: — A Dios, le dijo, Oroondates: acordaos de esta pobre prisionera, y sed tan puntual en cumplir vuestras promesas, como yo estoy resuelta á morir primero que faltar á mi palabra.

— Y vos, Señora, respondió el Príncipe, no olvideis á vuestro fiel Oroondates, y para salvar una vida que solo debe emplear por vos, resistid al amor de Alejandro, y guardaos de las malicias de Roxana.

De esta manera partieron las Princesas para Tiro, y desde allí á Gaza, á quien Alejandro disponia sitiar. El buen Rey Abdolonimo las vió marchar tambien con mucho dolor; pero quiso detener á mi Señor dos dias mas, tanto por disfrutar de su conversacion, cuanto por hacerle sacar un pasaporte de Alejandro, sin el cual con dificultad habria podido pasar á Babilonia. Abdolonimo le envió á pedir como para un amigo suyo, y mientras venia le hizo á mi Príncipe todas las caricias que se pueden discurrir, dándole tantas pruebas de su afecto, que obligado de su franqueza, y asegurado de su

honradez, le descubrió una parte de su ilustre descendencia y de su vida. Pero quedó enteramente sorprendido, cuando á la vuelta del propio que habia llevado la carta á Alejandro, vió venir con él un page de Roxana. Este encuentro le desagradó infinito : mas por no parecer desatento, escuchó su embajada, y recibió una carta que Roxana le escribia. Habiéndola abierto, halló dentro una cinta de sus cabellos, trabajada y bordada primorosamente, y teniendo á mal agüero esta dádiva, leyó estas palabras.

LA PRINCESA ROXANA AL PRINCIPE DE ESCITIA.

« Cualquiera que sea el rigor que me habeis manifestado, no puedo creer que tengais un corazon tan duro y fiero como fingís. La rudeza de vuestro pais podrá haber contribuido mucho; pero yo aseguro que la disimulacion tiene la mayor parte. Abandonad desde ahora la esperanza de poseer una persona que ya no piensa en vos, y á quien los dioses han destinado otra fortuna mas alta. Por mi parte yo creo que haceis muy mal en no admitir aquella que alguna vez os he ofrecido; y el juicio que formo de que ya habreis reconocido vuestra falta, me hace acordar de vos, y me obliga á enviaros

na cinta de mis cabellos. Esta la conservareis
i teneis el ánimo síncero, y si os conoceis digno
le los favores de

« ROXANA. »

Quedó Oroondates tan sorprendido de la li.
bertad, ó por mejor decir de la desenvoltura
de Roxana, que no sabia qué juicio formar. —
¡ Oh! dioses, decia ; esta muger ha perdido la ca-
beza ; y si ella persevera en el empeño de que
yo la ame, verdaderamente no acierta con los
medios. Mirad, prosiguió enseñándome la carta,
en qué términos me escribe : no parece que ha
escogido sino los propios para que la aborrezca,
y para ofenderme. Pero ella quedará poco sa-
tisfecha ; pues si quiere coger alguna carta mia
para urdir alguna trama con Estatira, no halla-
rá cosa que la pueda servir á su intento.

Con esta intencion pidió recado de escribir,
y siguiendo sus primeros movimientos, la escri-
bió de esta manera.

OROONDATES A ROXANA.

« Si habeis creido que yo fingia, no estais en-
gañada. He fingido en la complacencia que he
tenido por vos, mas no finjo cosa alguna en la

pasion que tengo por una persona mas hermosa que vos. Verdaderamente vos me habeis hecho abandonar un sitio que vuestras impertinencias me hacian aborrecer. Yo os dejo, pero os dejo sin pesar, y sin deseo de que prevalezca en mí vuestra memoria, ni menos vuestros favores. Me ha costado poco trabajo el adquirirlos para que los estime. Y puesto que los presentes de los enemigos son funestos, os vuelvo vuestro lazo, por no conservar cosa alguna que pueda perturbar la tranquilidad de

« OROONDATES. »

Escribió el Príncipe esta carta contra su genio, y contra el respeto que siempre habia profesado á las damas : pero estando poco satisfecho de Roxana, y creyendo que le hubiese escrito en términos tan groseros con algun malicioso designio, quiso trastornar su intencion con una respuesta, la cual en caso de que se quisiera valer de ella, no la diera ninguna ventaja. Por esto escribió en estos términos, de que despues se arrepintió; y doblando la cinta con la carta, se la entregó al page, y se la remitió á su Señora. Al dia siguiente se despidió de Abdolonimo, de quien recibió todas las demostraciones y ofertas que se podian esperar de un perfecto amigo.

Salimos de Sidon, y encaminándonos hácia Babilonia, adelantamos las jornadas sin detenernos mas de lo necesario. El vestido macedonio y el pasaporte de Alejandro nos sirvieron infinito en las tierras conquistadas; pero luego que las pasamos, tomamos nuestro vestido persiano, y llegamos con mas facilidad á los lugares que obedecian á Darío. Perderia el tiempo si me detuviera en contaros las particularidades de nuestro viage, pues ademas de que no tuvimos cosa digna de memoria, era tan corta la detencion en los pueblos por donde pasábamos que ni aun pudimos informarnos de las cosas curiosas.

Llegamos en fin cerca de Babilonia, y habiendo pasado el Tigris, hallamos toda la llanura que está entre este rio y el Eufrates cubierta de tantos millares de hombres, que nunca mas que entonces admiramos el poder de Darío, que despues de tantas pérdidas mantenia todavía un número tan escesivo de soldados. Es verdad que habia hecho los últimos esfuerzos, porque ademas de los Bactrios, los Zogdianos y los Indios, habia traido á su sueldo algunas Provincias de la Escitia, que habia en Asia de la parte de acá del monte Imao, y que no obstante la enemistad de los dos Reyes, se habian ofrecido á servirle contra el comun enemigo de toda el Asia.

Mi Señor, habiendo atravesado todas las tropas, llegó á los puertos de Babilonia, (y por abreviar) entró en el Palacio adonde el Rey hacia su mansion por entonces.

Todos aquellos á quienes se dió á conocer cuando pasaba le hicieron mil demostraciones y mil honores inimaginables; y habiendo llegado de boca en boca la noticia á Darío, este buen Rey quedó tan lleno de gozo, que no se puede esplicar. Salióle al encuentro con todos los Señores que estaban entonces en su cuarto, y le halló en la escalera de palacio. Mi Príncipe entonces puso una rodilla en tierra para saludarle; pero el Rey le levantó, y le hizo unas demostraciones tan tiernas, que se descubrió visiblemente su afecto, así por estas espresiones como por las lágrimas que bañaban su semblante. — Hijo mio, le decia, teniéndole estrechamente entre sus brazos, ¿es posible que os vuelvo á ver, y que habiéndome abandonado la fortuna, todavía me deja el consuelo que espero de vos? Grande Orosmades, prosiguió alzando los ojos al cielo, si la ruina de mi casa es inevitable, no la precipites de manera, que no me quede lugar para satisfacer á lo menos una parte de lo que debo á este Príncipe.

— Señor, respondió Oroondates, estoy gloriosamente satisfecho con el honor que me ha-

ceis ; y aun cuando yo muriera á vuestros pies, no podria recompensar las gracias que he recibido de vuestra Magestad. Yo vengo á buscar las ocasiones, y abandono la gloria á que me ha elevado vuestra bondad por la de participar de vuestra fortuna.

Despues de otros discursos de esta naturaleza, el Rey dió lugar á los Príncipes y Señores que le acompañaban para que cada uno le hiciese su obsequio. Hiciéronlo todos con esceso; y el Príncipe Oxiarto, Artabazo, Maceo, gobernador del pais, y Teniente General del ejército del Rey, Ariobarzano, Oriobato y todos los demas personages que habeis conocido despues, le honraron á porfia, y le llenaron de la mayor satisfaccion. Acabado el recibimiento, el Rey le señaló cuarto en palacio, y le trató desde entonces como hijo, y sobre quien habia fundado sus esperanzas.

Nuestro equipage habia mucho tiempo que estaba con el del Rey, el cual habiendo sabido por los mismos que le conducian, y por las cartas que le presentaron cuanto habia sucedido á mi Señor hasta aquella hora, le contó todo lo acaecido menos lo que tuvo por conveniente callar. Dario, que no podia despreciar á Alejandro, se afligió en estremo por las noticias que le comunicó Oroondates de su virtud, y creyó

le seria muy dificil vencer á una persona tan generosa, y que por sus acciones tan grandes tenia á los dioses y á los hombres de su parte. Con todo tuvo alguna satisfaccion cuando supo que las Reinas y las Princesas estaban bien tratadas. Contó Darío á mi Príncipe las treguas que habia hecho por dos años con el Rey de los Escitas su padre, que se movió á esto por algunos tumultos que se levantaban en sus estados, y al mismo tiempo por las amenazas que recibia él mismo de las armas de Alejandro, contra quien se preparaba con una valerosa resolucion de morir primero en las fronteras, que sufrir un yugo que abrumaba toda la Asia.

Vió con mucho placer mi Príncipe los Escitas que estaban al sueldo del Rey; y habiendo obsequiado á los gefes que vinieron á honrarle, les prometió que él pelearia á su frente; y enteramente satisfecho de poder servir á Darío, con mas ventajas que la vez pasada, despachó dos de los mas principales Capitanes con orden, dinero y comisiones para hacer aun mayores levas en su pais. Cuatro ó cinco meses se ocuparon en hacer estos preparativos para la guerra; y mi Señor trabajó con tanta diligencia, que animando á Darío cuanto le fué posible, le dejó admirado, y tambien á Mazeo, á Artabazo y á todos los capitanes veteranos, así por la viveza

con que sobresalia en sus acciones, como por la esperiencia de que no parecia capaz en una edad tan temprana. Darío, que admiraba las escelentes cualidades con que le habia dotado el cielo, estaba gloriosamente satisfecho de la felicidad de su hija; y parecia que solo sentia su cautiverio, porque se retardaba la ocasion de lograr un yerno tan cumplido.

Despues de haber estado el tiempo que os he dicho en Babilonia, llegaron noticias á Darío, que Alejandro despues de haber visitado el Templo de Júpiter Amnon, y habiendo atravesado todo el Egipto, venia con todas sus fuerzas contra nosotros, resuelto á perseguir á Darío en cualquiera parte de sus estados que se retirase. Este aviso le hizo precipitar sus prevenciones; y cuando vió á su ejército en el estado que deseaba, salió de Babilonia con la intencion de ponerse delante de Alejandro, buscándole por el camino que debia traer.

Os cuento sucintamente estas cosas porque no pertenecen particularmente á la historia de mi Señor; y para seguir el hilo lo mas breve que pueda, os diré que Darío mandó hacer una revista general de su ejército, en donde vimos tantas y tan diferentes suertes de naciones, de armas, de vestidos y de lenguas; que es dificil decirlo, y vos estais demasiadamente informado,

sin que sea necesario que os lo cuente por menor. A este tiempo llegaron las tropas que mi Señor habia enviado á buscar á las fronteras de la Escitia: componian mas de treinta mil hombres, y eran tales, y venian con tal orden, que el Rey fundó en ellos una parte de sus esperanzas, y cuidó de su sueldo y de alojamiento, con mas atencion que si fueran naturales.

Con estas tropas pasó el Tigris; y sabiendo por las espías que habia en vuestro campo que Alejandro no estaba muy distante, envió á Satropaces, coronel de caballería, con mil caballos escogidos para reconocerlo; y mandó marchar á Mazeo con seis mil para impedir el paso, y desolar los lugares adonde debia acampar vuestro ejército, creyendo con apariencia que con este medio incomodaria á las tropas que no recibian subsistencia sino de la campaña. Vosotros probasteis bien presto los efectos; pues poco despues hallasteis los trigos arrancados, los pueblos abrasados y humeando aun por el fuego que él habia puesto por orden del Rey. Los víveres de nuestro ejército fueron conducidos parte por tierra en los carros, y parte por rio.

Llegamos á Arbeles, pueblo de poca consideracion, pero despues ilustre por nuestra dese-

cha, y en el espacio de cinco dias, pasando el rio Lico por un puente de barcas hecho de orden del Rey, fuimos á campar cerca de la ribera de Bomela, donde la belleza de la campiña, y la vasta estension de su llanura daba al Rey toda la comodidad que deseaba para formar fácilmente el número infinito de sus batallones. Hizo allanar todo lo que estaba montuoso, cortar los árboles y romper todos los obstáculos que le podian quitar alguna parte de sus ventajas. Pero mientras se trabajaba por esta parte con la mayor prisa, recibió malas noticias de Mazeo, que se volvió al campo, forzado de los vuestros, y no habiendo podido impedir el paso del rio, donde Satropaces con sus mil caballos habia sido dividido en trozos por Ariston, capitan de los Peonienses.

Con esta noticia y con la de que Alejandro estaba solo distante ciento y cincuenta estadios, se dispusieron de veras á la batalla. Visitó el Rey en persona todas las tropas, hizo suministrar armas á los que no las tenian, y armar sus carros de hoces cortantes y de hierros agudos; pero mientras preparaban todos estos aprestos, y daba con una maravillosa prontitud las órdenes necesarias, se le presentó un hombre que los centinelas habian cogido pasando del campo de Alejandro al nuestro. Tenia el rostro todo

lleno de lágrimas; pero cuando le vieron de cerca, el Rey le conoció al instante, y lo mismo mi Señor con todos los demas. Este era Tireo, el fiel eunuco de las Reinas, que habiendo sido cogido con ellas jamas las quiso desamparar. La vista y la tristeza que manifestaba en su semblante sobresaltaron tanto al Rey, que ni menos se atrevia á informarse del motivo de su venida, ni podia esperar con paciencia un suceso que preveia muy funesto.

Finalmente despues de haber mirado al eunuco largo rato; — Tu semblante, le dijo temblando, tu semblante me está indicando algun accidente mortal; pero te ruego no me ocultes la verdad, ni lisonjees un corazon que debe estar acostumbrado y dispuesto á toda suerte de desgracias. ¿No vienes tú, ó Tireo, para anunciarme la vergüenza de mi casa, para afligir á un marido y á un padre con la ignominia de su muger y de sus hijas?

— Tireo, tomándole la palabra con mucha dificultad, y levantando los ojos que hasta entonces habia tenido en tierra: yo no lloro, Señor, le dijo, por el deshonor de vuestra familia, pues no ha sufrido sino el del cautiverio, y ha recibido del vencedor todos los respetos y todas las demostraciones de honor que habrian recibido de vuestra Magestad; solo lloro la muerte,

continuó redoblando sus gemidos, solo lloro la muerte, de una ilustre Reina, vuestra amada esposa y mi Señora, que ha rendido su alma entre los brazos de sus hijas, y de la Reina vuestra madre.

Aunque Darío habia establecido resignarse en lo venidero con la voluntad de los dioses, y de sufrir con espíritu y valor real todos los trabajos que pudieran venirle, no pudo acordarse en afliccion tan sensible de cuanto habia determinado; y recibiendo esta noticia como una saeta mortal, quedó como muerto entre los brazos de los suyos, y cuando volvió en sí hizo unas exageraciones tan lastimosas, que todos cuantos le cercaban hubieron de morir de dolor y compasion; y sabiendo todo el campo esta desgracia, en un momento se llenó todo de gemidos lamentables.

Mi Señor lloró á esta Reina como le obligaban su virtud, sus bellas prendas, las pruebas que le habia dado de su afecto, el interés de su Princesa y de Darío, y finalmente su natural compasion. Pero viendo al Rey en una afliccion mortal, disimuló en gran parte la suya para darle un consuelo que recibia mejor de él que de los otros.

Estuvo Darío una hora entera sollozando sin proferir una palabra que fuese á propósito; y

cuando por la asistencia de mi Príncipe, de Oxiarto, y de los otros, se redujo á un estado menos violento, reflexionó sobre la pérdida de su esposa, y figurándose que esta Reina virtuosa habria muerto en defensa de su honor : — Oh, Alejandro, dijo medio enfurecido, ¿qué he hecho yo contra tu persona, ó contra los tuyos, para que me trates con tanta inhumanidad? ¿He sido yo homicida de Filipo, ó de alguna otra persona amada tuya? Tú me aborreces y me persigues sin haberte dado motivo ni para que me persigas, ni para que me aborrezcas. Mas cuando tu guerra sea justa, ¿qué gloria sacas con esta muerte? ¿Qué ilustres despojos consigues ni logras de una pobre muger que no te ha ofendido jamas, y que se ha defendido contra lo que acaso pretendias con violencia?

El eunuco, que estaba presente á estas palabras, volviéndose al Rey, le dijo: — Señor, no trateis con tanta indignidad la virtud de Alejandro; ni agradezcais de esa manera los honores que ha hecho á la difunta Reina y demas Princesas. Él ha servido á las unas y las otras con el mayor respeto, y no ha derramado menos lágrimas en esta muerte que vos mismo. Yo os lo protesto, Señor, por todos los dioses. Alejandro ha recibido esta funesta noticia como

vos: se ha afligido como si fuera su hermano ó su hijo, y ha honrado su cuerpo de manera, que no podria hacer mas con la Reina su madre; y en cuanto al sentimiento no creo se conozca mas en vuestro semblante que en el suyo.

Mientras hablaba el eunuco le miraba el Rey con los ojos fijos; y habiéndole escuchado atentamente, pasó en un momento de un pensamiento á otro, y uniéndose los zelos con el dolor, comenzaron á atormentarle con la mayor violencia. Levantóse de la cama adonde se habia echado, y tomando al eunuco por la mano, le llevó á una sala retirada, en donde estando á solas con él, le dijo de esta suerte. — Ahora es, ó Tireo, cuando te pido las muestras de la fidelidad que me debes, y del celo que has tenido siempre por el servicio de mi casa. Mira el semblante de tu Rey, y si reconoces aun algo de magestad y reverencia, de la cual la mudanza de mi fortuna no te puede dispensar, háblame con aquella verdad que debes á los juramentos pasados y á la presencia de los dioses que te escuchan. No te amenazo con tormentos para sacar la verdad de tu boca. Si no te has vuelto Macedonio con la desgracia de los Persas, el mandamiento de tu Rey y Señor natural lo obtendrán mejor de tí que el suplicio. Te

mando, pues, por el alto poder de Orosmades, por la claridad del Sol á quien adoramos, y por todo lo que reconoces mas santo y sagrado, me descubras la verdadera causa del sentimiento de Alejandro, y del dolor que manifiesta por la muerte de la Reina tu Señora: ¿porque qué piedad puede tener con la muger de un enemigo suyo, quien no la ha tenido con tantos millares de hombres que está sacrificando á su ambicion, sin haberle ofendido? ¿Cómo puede sentir tan vivamente su pérdida á quien no han movido mis desgracias, mis súplicas y mis ofertas? Y en fin, ¿qué honesta amistad puede tener un joven vencedor con la muger de quien trata con tanta crueldad?

Tireo, que conoció el pensamiento del Rey por estas palabras, se arrojó súbitamente á sus pies, y llenándoselos de lágrimas; —¡Ah, Señor, Señor! respondió, tratad mejor la memoria de la mas virtuosa Reina que hubo jamas, y no deshonreis despues de muerta á la que os ha honrado tanto cuando viva. La Reina fué un ejemplo de virtud, de modestia y de amor conyugal, y Alejandro es un ejemplo de generosidad, de moderacion y de continencia. Ni las Reinas, ni las Princesas vuestras hijas han sentido su cautiverio, sino por estar ausentes de la vista de vuestra Magestad, ni vuestro enemi-

ga ha tratado con ellas, sino como trataria á Olimpias, y vos á la Reina Sisigambis. Yo os lo protesto, Señor, por la veneracion que debo á vuestra sacra Magestad, y por el poder de los dioses que habeis invocado. Y si en todo lo que he dicho me he apartado de la verdad, pido al grande Orosmades envie un rayo que me consuma á vuestros pies.

Acompañó Tireo estas palabras con tantos juramentos y lágrimas, que arrancaron del ánimo del Rey las sospechas que habia concebido; y cuando reconoció la inocencia de su querida esposa, se aquietó un poco, y dando paso al dolor, se sentó, y cubriéndose el rostro, estuvo llorando un gran rato. Pero luego que se serenó un poco, se levantó de la silla, y se fué á la sala adonde habia dejado todos los Príncipes, y alzando los ojos y las manos al cielo; — Dioses grandes, dijo, si los ruegos de aquel á quien habeis abandonado pueden ser oidos, hacedme la gracia de volver la fortuna á la Persia, y de colocarme con vuestra asistencia en el trono adonde por vuestra bondad me habeis elevado, á fin de que en mis victorias y en el restablecimiento de mis estados pueda corresponder á Alejandro con la obligacion que le debo, al trato que los mios han recibido de él; ó si en vuestras divinas determinaciones, cuyos decretos

son irrevocables, está decretado que yo decaiga y dé lugar á otros sucesores mas dichosos; haced, ó grandes dioses, que despues de mí ninguno de mis enemigos, sino Alejandro, se vea en el trono de Ciro.

Profirió estas palabras con tal eficacia y tono de voz, que hizo ver á todos los presentes que nacian verdaderamente del corazon; y sosegado un poco á instancia de sus amigos, permitió que se le hablase, y pudiesen alegar todas aquellas cosas que le podian dar consuelo.

Al dia siguiente, sin embargo de que se creia mas poderoso que Alejandro, y que segun era la apariencia podia esperar la victoria, por convenir con los sentimientos de la humanidad y de su virtud, pensó en la paz, que ya Alejandro habia negado dos veces á las condiciones propuestas. Con este fin envió diez embajadores de los mas distinguidos de la Corte, con amplia facultad de tratar con él, y ofrecerle treinta mil talentos en rescate ó cange por las prisioneras, y á su hija Parisatides en matrimonio, con dote de todas las tierras que se encierran entre el Eufrates y el Helesponto.

Nada os diré de lo que pasó con Alejandro, pues lo sabeis mejor que yo; mas á la vuelta respondieron á Darío de parte de Alejandro,

que la tierra no podia tener dos soles, ni el Imperio dos Soberanos: que si él le queria ceder el primer lugar, y contentarse con el segundo, le concederia la paz que le pedia; pero que si no admitia esta condicion, se preparase á la batalla.

Desesperanzado Darío de la paz, volvió sus pensamientos á la guerra, y se dispuso con toda intencion al combate. Unidas todas sus tropas con este fin en la grande llanura donde estaban acampadas, las dividió en dos cuerpos. A la punta de la ala izquierda puso mil caballos Bactrios, mil Dageses, y cuatro mil Arracosienses y Susios. Estos primeros escuadrones estaban seguidos de cien carros cargados de guadañas, despues de los cuales marchaba Bezo con ocho mil caballos Bactrios, escoltados de dos mil Masagetas. Seguia despues la infantería de diversos paises, separada segun las naciones, y comandada por los gefes de sus mismas provincias.

Despues de estos comparecieron los Persas, los Mardos y los Zogdianos, mandados por Ariobarzano y Oriobato, acompañados de otras muchas tropas mezcladas, de quienes yo no conozco ni los hombres, ni los gefes, y de cincuénta carros al cargo de Cradates, capitan de los Caspios. Los Indios y los pueblos vecinos al mar

Rojo, que como inútiles para el combate mas servian de número que de socorro, iban detras de estos, precedidos de otros cincuenta carros cargados de hoces y alfanges de hierro bien templado y cortante, y una parte de las tropas estrangeras que estaban al sueldo del Rey. Detras de estos marchaban los de la Armenia menor, esto es: los Babilonios, los Belitos, los habitantes de las montañas de Cosa, los Gortuanes, pueblos de Eubea, los Frigios, los Catanios, y los últimos de todos los Partos: de todas estas tropas se componia la ala izquierda. A la derecha estaban los Sirios, los Medos, los de la grande Armenia, los Cadusios y los Capadocios con cincuenta carros como los precedentes.

Todo el ejército se componia de cincuenta mil caballos, y doscientos mil infantes. Colocada la tropa de esta suerte, el Rey la hizo marchar diez estadios mas, y hallando la llanura muy acomodada á su fin, la mandó detener, y determinó esperar á los enemigos en buen orden, y con grandes deseos del combate. La mañana siguiente, habiendo partido Mazeo del campo para descubrir á los enemigos con cuatro ó cinco mil caballos, volvió poco despues, asegurando que el ejército de Alejandro estaba muy cerca, y que acababa de ganar una co-

lina, que él habia abandonado. Este aviso hizo estar todo el dia á los Persas sobre las armas, y aun toda la noche siguiente. Darío, que creyó que Alejandro á causa de la desproporcion de sus fuerzas le asaltaria por la noche, para no descubrir con la claridad del dia la propia flaqueza en una llanura, en donde no podria ser favorecido de las montañas ni de los rios como en Cilicia, hizo avanzar muchos cuerpos de guardia, encender fuegos, con todas las otras precauciones necesarias para evitar una sorpresa. La noche se pasó de esta suerte, y luego que amaneció, al instante descubrimos vuestro ejército muy cerca del nuestro. Los dos empezaron desde luego á dar gritos horribles, y esta vista escitó en el espíritu de los soldados diversos movimientos y pensamientos muy diferentes.

Entrando mi Señor en la tienda del Rey, le dió los buenos dias, y ya encontró en ella una parte de los gefes que le acompañaban. Darío correspondió á todos, y asegurándoles la confianza que tenia en su valor, los obligó por los honores que recibian á hacer los mayores esfuerzos para no desmentir la opinion que tenia de ellos. Pero volviéndose tiernamente á mi Príncipe, despues de haberle abrazado mil veces, le preguntó qué cargo queria, y á qué

frente de las tropas habia determinado pelear. Oroondates, despues de haberle comunicado un pensamiento que tenia, y dejado para el cuerpo de los Escitas un capitan en su lugar; escogió solamente mil entre estos, y los mas valientes Persas, para servirse de ellos cuando lo pidiese la ocasion. Terminado el Consejo, dadas las órdenes, y hechos los sacrificios, se armó el Rey,. y con él mi Príncipe, Oxiarto, Artabazo y los principales del ejército, y cuando conocieron que era tiempo, montaron á caballo todos, escepto Darío, que habiéndose acomodado en su carro, se paseó por todas las filas para animar con su presencia y su voz á las tropas mas desmayadas. Su rostro tenia un resplandor y una magestad estraordinaria : su voz mas clara y mas alta que lo acostumbrado; y porque yo estaba muy cerca de su carro, oí que decia á los que le podian escuchar estas palabras.

ARENGA DEL REY DARIO A SU EJÉRCITO.

« En otro tiempo hemos sido señores de todo lo que lava el Océano, y de todo lo que circunda el Helesponto; pero ya todo lo hemos perdido. Ahora no peleamos, ni por el recobrar estas tierras, ni por la gloria que es de mas consi-

deracion que nuestras posesiones; sino por nuestro propio honor y por la libertad que nos debe ser mas amable que la vida. En otro tiempo teniamos mas retiradas y mas asilos: podiamos recobrar en la Cilicia lo que habiamos perdido cerca del Granico: podiamos retirarnos á la Siria despues de haber sido vencidos en la Cilicia: ahora estamos reducidos á tal estremo que nuestro refugio, nuestra retirada, nuestras ciudades, nuestras posesiones y nuestras últimas esperanzas estan solo en el recinto de este campo. Aquí es, pues, donde debemos, ó vencer para salvar lo que resta, ó celebrar los funerales con vuestras mugeres y vuestros hijos, á quienes no les queda otra retirada que la de vuestra defensa. Este es el dia fatal que debe establecer ó trastornar este Imperio que el mundo ha reconocido como solo. Los dioses ven que yo contribuyo á su conservacion en cuanto puedo. Yo levanto las tropas, yo las armo, yo las conduzco á la batalla, lo demas depende de vosotros. Animaos solamente á vencer, y no os espante una vana reputacion. Aquella audacia que habeis temido ha arrojado ya todo su ardor; y esta llanura os descubre una debilidad que os habian ocultado las montañas de Cilicia. Mirad qué claras estan sus filas, y sus alas estendidas mas de lo que pue-

dan sus propias fuerzas, dejan lo mejor del cuerpo vacío y sin defensa. Nosotros podemos, si embestís como hombres de valor, arrojarlos á los pies de los caballos, y dad por acabada la guerra si ganamos esta batalla. Ellos no tienen por donde huir; estan metidos entre dos rios, y su campo cargado con nuestros despojos lo hace mas pesado y mas difícil á moverse. Este embarazo os facilitará la victoria, y en la victoria hallareis vuestra vida y todo cuanto habiais perdido. Este Alejandro, cuyo nombre espanta solo á los tímidos, es un hombre como el menor de vosotros, mas afortunado por nuestra flaqueza, que por su valor. Si la fortuna ha favorecido su temeridad, sus favores no serán eternos, y sola la razon hace nuestras felicidades durables. Puede ser que los dioses hayan decretado las desgracias de la Persia para hacer ver á este Imperio orgulloso por el mando universal y poder soberano que tenia, la fragilidad y la inconstancia de las cosas humanas, que por lo comun huyen de nuestra memoria cuando nos hallamos en la mayor prosperidad. En otro tiempo nosotros haciamos la guerra á los Griegos en sus tierras, ahora la sufrimos en las nuestras: estas son las vueltas de la fortuna. Mas si vosotros sois vencidos, vuestro Rey queda vivo y sensiblemente ultrajado; y ademas de

las calamidades públicas, las miserias de mi casa os deben mover á compasion. Mi madre, mis hijas, vuestra Reina, vuestras Princesas estan entre los grillos de vuestros enemigos. Estos llevan en triunfo las personas que os debian mandar, y si yo no me conservase por vosotros, os podria decir que estoy prisionero por la mejor parte de mí mismo. Sacad mi sangre de los lazos, volvedme mis hijas, por las cuales no rehuso la muerte. La Reina mi esposa ha muerto entre cadenas, y el resto de ella y de mí os alargan la mano, y os piden por los dioses de vuestro pais, y por el amor que profesais á los vuestros las libreis de un cautiverio vergonzoso, á vosotros, y á las que habian nacido para vosotros. Yo mismo os pido y os ruego por los dioses de vuestras casas, por el fuego eterno que llevamos en nuestros altares, por la claridad del sol que nace en los límites de mi Imperio, y por la memoria de Ciro, que añadió á la casa de Persia el Imperio de los Medos y de los Lidios, que salveis el nombre y la fortuna de la Persia de la última desgracia y de la última infamia. Dejad á vuestros sucesores la gloria que habeis heredado de vuestros antepasados. Vosotros llevais en vuestras manos los bienes, la libertad y toda la esperanza, y sobre vuestra frente una victoria cierta. Yo la leo en vuestros

ojos, y la veo en vuestro modo de proceder. Quien desprecia la muerte asegura la vida, y pierde la vida quien huye de la muerte. Marchemos, pues, amigos mios, adonde tantos respetos nos llaman. Yo me voy al campo enemigo: seguidme vosotros valerosos, pues yo no rehuso ponerme al frente, y serviros de ejemplo de valor ó de flaqueza.

Profirió el Rey estas palabras con tanta vehemencia, que todos los soldados le respondieron con un altísimo grito, lo que tuvo Darío por buen agüero. Estaban ya los ejércitos tan inmediatos, que apenas faltaba nada para atacarse. Todos los gefes corrieron cada uno á su cargo, y mi Señor, despidiéndose del Rey, que por última vez le abrazaba, — Señor, le dijo, ó yo moriré hoy gloriosamente, ó yo restituiré á vuestra Magestad una parte de lo que ha perdido.

—Andad, hijo mio, respondió el Rey: cuiden los dioses de vuestro bien como del mio, y háganme la gracia de volveros á ver con tanto gozo cuanto es el dolor que tengo ahora en separarme de vos.

Así le dejamos; y mi Príncipe, poniéndose al frente de los mil caballos que habia escogido, se apartó del resto del ejército, mientras que, dando los ejércitos la última señal, se empezó

á mezclar toda la tropa. Nada os diré de la batalla, porque estais informado del principio, del medio y del fin, mejor que yo: pues habiendo andado al lado de mi Señer, no pude ser testigo sino de la primera embestida con que desde luego se acometieron los dos ejércitos.

Despues de haber visto desde lejos este primer suceso, mi Príncipe mandó á las guias le condujen al sitio que tenia pensado. Habia sabido por Tireo, y por otras espías que teniamos de vuestro campo el puesto adonde estaban las prisioneras, y el número de los quo las guardaban; y haciendo un rodeo bastante largo, por no ser descubierto de vuestro ejército, rodeó uno y otro campo, y atravesando por un valle pequeño, llegó en fin á la vista de las tiendas donde las Princesas estaban detenidas. Es verdad que en todo el camino estuvo siempre balanceando lo que deberia hacer; pues acordándose de las últimas palabras que le habia dicho Alejandro, creyó ser una especie de cobardía huir un combate, al que parecia haberle desafiado. Esta reflexion le puso casi en términos de volver al campo para buscarle entre las tropas, y decidir con él todas las quejas con un choque á que se creia obligado por interés y por honor. Pero al fin el amor lo ahogó

todo, y le obligó á valerse de esta ocasion para librar á su Princesa, juzgando no le faltaria tiempo para volver á Alejandro, y que no podria hallar mejor ocasion que esta para socorrer á quien amaba tanto, y á quien sin duda le estaria esperando.

Con esta consideracion volvióse á los que le acompañaban, y les dijo: — Amigos mios, hoy debemos adquirir una reputacion que no se olvidará jamas de la memoria de los hombres, pues vamos á hacer un servicio á Dario, que le será de mas estimacion que la conservacion de sus estados: yo no habria emprendido esta accion con tan pequeño número, si no estuviera enterado de vuestro valor y de los intereses que teneis en este empeño. Una parte de vosotros debe hoy pelear por la libertad de su Reina y de sus Princesas: la otra por el bien de sus padres, de sus mugeres y de sus hijos que estan prisioneros con ellas, y todos juntos por la gloria, y por el servicio de vuestro Rey y de vuestro Príncipe. Vamos, pues, queridos compañeros mios, con seguridad á combatir, ó á morir gloriosamente conmigo, pues yo no rehuso la muerte por vuestros intereses.

Dichas estas palabras se arrojó como un águila sobre los que guardaban los prisioneros con unos gritos tan espantosos, que á ellos les sio-

rian de espanto, y á nosotros de facilidad para ganar la victoria. Los que nos acompañaban eran en verdad la flor de todo el ejército, y dieron pruebas tan grandes de su valor, que mi Señor no se arrepintió de la eleccion que habia hecho, y redoblando sus esperanzas por las acciones que les veia hacer, venció los primeros cuerpos de guardia, y rompiendo los batallones que hacian alguna resistencia, con una prontitud increible cubrió en un instante toda la campaña de cuerpos muertos. Luego que fueron asaltados los Macedonios, los prisioneros alzaron el grito, pidiendo libertad, y se ofrecieron á los nuestros; y quitándoles los grillos les presentaron las armas de sus contrarios, con las que, precisándolos á pelear, y á ganarse la libertad por sí mismos, aumentaron nuestras tropas la mitad. Este refuerzo acabó de deshacer á los Macedonios, y mi Señor, entrándose por en medio de los batallones mas numerosos con una furia estraordinaria, los dividió en trozos, y en poco tiempo se hizo dueño de las tiendas de la Reina y de las Princesas.

Interrumpió Lisimaco á Arsaces, diciéndole: — Tuvisteis demasiado tiempo para hacerlo. La tardanza del Rey en socorrer á los que habiais deshecho os dió toda la comodidad posi-

ble, y el tiempo que podiais desear. Él ya habia hecho volver la espalda á los batallones de Darío, y proseguia felizmente su victoria, cuando Polidamante vino á él de parte de Parmenon á anunciarle la derrota de todos los que guardaban los prisioneros y el bagage; y advertirle el peligro que corria de perderlos si no enviaba prontamente socorro. El Rey volviéndose hácia nosotros, respondió: — Parmenon ha perdido el seso el dia de hoy, pues no considera que si vencemos, no solo nuestro bagage, cuya pérdida teme, sino tambien *el* de los enemigos será nuestro; y si morimos, nada necesitamos. — Con esta respuesta despachó á Polidamante, y no quiso permitir que nadie se moviese hasta que la batalla estuviese enteramente ganada, y despues de haber perseguido á Darío perdiese la esperanza de hacerle prisionero. Entonces, acordándose de la noticia de Parmenon, marchó contra los vuestros, pero fué tan tarde, que muchas veces me he maravillado cómo os aprovechasteis tan *poco* de vuestra victoria, y empleasteis tan mal el tiempo que tuvisteis tan sobrado.

— Escuchad la razon, respondió Araxes, y consiguientemente la dolorosa aventura de mi Señor. Desde que se abrió el paso que tanto deseaba, y no teniendo ya enemigos con quien

pelear, todo cubierto de sangre y de polvo, llegó á la tienda de Sisigambis, puso pie á tierra, y entrando con la espada en la mano con algunos pocos de los nuestros, dejó á los otros en estado de defenderse, y de oponerse al socorro que podia venir. Cuando las Princesas le vieron entrar de la misma manera que la primera vez, se turbaron un poco; pero viendo que se acercaba con el mayor respeto, se aseguraron, particularmente luego que mi Príncipe se volvió á la Reina, y la dijo : — Señora, ya estais libre por la asistencia de los dioses : no perdamos el tiempo en razones, disponeos, si os parece, á aprovechar esta buena fortuna.

Acabadas estas palabras se quitó la celada, y descubrió su rostro á todo el mundo. La Reina, que habia recibido las espresiones del Príncipe con una moderacion digna de ella, y con una gravedad que nada presentaba de gozo, admitió esta vista con mucha indiferencia. No pudiendo mi Príncipe adivinar el motivo, y atribuyéndolo á turbacion de su espíritu, despues de haber ofrecido todo el obsequio que debia, se fué á poner á los pies de su Princesa, y la estrechó por las rodillas con un dolor inesplicable. Pero esta, despues de haberle mirado con ojos desdeñosos, y aun de indignacion, los apartó al instante de su rostro, y desprendién-

dose secamente de sus manos, se retiró á otra parte, dejando al Príncipe en una confusion, que yo no os la puedo pintar. Con todo la necesidad le obligó á ponerse en pie, y mirando por la tienda, vió tantos objetos melancólicos y frios, que lo quedó él mas que el marmol; y no pudiendo sospechar la causa de su desgracia; — Oh, dioses, dijo, ¿qué aventura es esta? — Y viendo á su Princesa en una silla, y que, ó le miraba con desprecio, ó no se dignaba mirarle, y al resto de las damas en un profundo silencio, quedó tan confuso como si hubiera sido arrojado aun desde lo mas alto de las nubes.

No obstante, animándose un poco, y volviéndose á poner de rodillas delante de la Princesa, la dijo así: — Señora, ¿no me conoceis? ¿ó me teneis acaso segun la turbacion con que os veo por algun Macedonio?

La Princesa rompió entonces el silencio, y sin mirarle, respondió: — os creo un Escita, y por consiguiente un enemigo mas cruel que un Macedonio.

Aunque estas palabras fueron un rayo para mi pobre Príncipe, procuró conservar su valor en la necesidad en que se hallaba, y mirando á la Princesa con unos ojos capaces de disipar todo desden, si ella se hubiera dignado conside-

-mario, le dijo: — ahora no es tiempo, Señora, de justificarme: yo creo que mi verdadero amor no se os ha ocultado; y cuando tengais que reprenderme alguna falta, es preciso tomar otro tiempo mas acomodado, y emplear el que tenemos en la libertad que los dioses y la asistencia de los vuestros os han concedido.

Entonces Estatira le miró con unos ojos llenos de rigor, y esforzando algunos sollozos que no dejaban paso libre á las palabras; yo no quiero, le dijo, la libertad venida por tu mano, y siempre preferiré mi cautiverio, y aun la misma muerte á la libertad que recibiria de tí. Si Darío es vencedor, yo quedaré libre sin tu ayuda, y si es vencido, mas quiero seguir su fortuna, que valerme del socorro que recibo del mas fiero de nuestros enemigos.

Escuchaba mi Príncipe estas palabras medio muerto, y la Princesa sin moverse de la silla, y despues de haberse enjugado algunas lágrimas, que á su pesar salieron de sus ojos, continuó de esta suerte. — Tú vuelves ahora, pérfido, porque las treguas de nuestros padres te han hecho renovar los sentimientos perdidos, y no habiendo perficionado la obra, vienes á continuar tu traicion, y á oprimir con tu última perfidia una casa que está cerca de arruinarse. Pero marcha de aquí, desleal, y deja en su quie-

tud á quien la mutacion de su estado, y las desgracias de su casa te han hecho abandonar. Yo no estoy todavía tan desamparada de los dioses, que no pueda encontrar alguna buena fortuna. Alejandro me ama, y aunque yo no le pueda amar, quiero entregarme á él para castigar á este corazon de una falta que tú le has hecho cometer. Quítate delante de mis ojos para siempre, y líbrame de ver jamas á un enemigo que tan gravemente me ha ofendido, y tan indignamente me ha tratado.

—Mi Príncipe, que estaba todavía arrodillado, y la escuchaba lleno de pavor, no pudo contenerse, y la interrumpió, diciendo : — yo, Señora, ¿yo os he ofendido gravemente? ¿yo os he indignamente tratado?

—Sí, pérfido, respondió la Princesa, tú eres, tú mismo : y guárdate de hablar una palabra sola para tu justificacion, porque me es sobremanera ofensiva, si á tí te es indiferente. Pruebas tengo que tú ni podrás ni querrás desmentir, y tu conciencia culpada bastante te reprende este crimen. Entre tanto, si la memoria de Artajerjes tiene alguna autoridad sobre tí, yo te pido por ella, y por los dioses tantas veces invocados por tí en la falsedad de los juramentos con que me has engañado, que dejes en tranquilidad mis errores, que abandones para siem-

pre esta tierra enemiga, adonde has permanecido demasiado para mi desgracia, y que no te presentes jamas delante de mis ojos, que no te pueden ver sino como objeto espantoso.

Acabadas estas palabras se puso en pie, y aunque mi Príncipe quiso justificarse, ni quiso ella oirle, ni mirarle. Quedó tan vivamente sentido de un accidente tan impensado, y de una mudanza tan poco prevista, que por poco no muere de dolor; y viendo que la muerte no venia con la prontitud que deseaba, volvió la punta de la espada hácia su pecho; pero considerando la indignidad del tratamiento que habia recibido de una persona á quien habia dado tantas y tan grandes muestras de su amor, por quien habia hecho empresas tan señaladas, y á quien tenia tantas veces obligada por su propio bien, y por el de los suyos, pasó desde el despecho al dolor, se puso en pie, y despues de haberla mirado con unos ojos llenos de amor y de indignacion todo junto, la dijo así: — Es verdad, Señora, que soy traidor, indigno, desleal; pero contra mi padre, contra mi Rey y contra mis parientes y patria, á quienes he vendido y abandonado por vos y por los vuestros. Por estas traiciones y por estas deslealtades he salvado muchas veces vuestra vida y la de los vuestros; he perdido la sangre de este mísero cuerpo; y fi-

nalmente vos y los vuestros se han sabido aprovechar de estas traiciones. Estas son las reprensiones que yo puedo temer; pero las faltas de que me acusais se hallan verdaderamente en vos, y fingís que yo os abandono en vuestras desgracias, para tener el pretesto de abandonarme ahora que os he librado de las manos de un enemigo, á quien habeis preferido indignamente. Esta es la verdadera bajeza, y este vencedor es el que os hace olvidar á quien habia olvidado sus padres, sus estados y á sí mismo por serviros á vos y á los vuestros; cuya fineza ni vos ni los vuestros sabrán reconocer jamas. Yo os abandono, pues, para siempre, y para dejar lugar al mas afortunado, y para libraros, no de un objeto espantoso, sino de un objeto que os haria salir los colores á la cara con la falsedad de vuestros juramentos, y os improperaria continuamente vuestra ingratitud y vuestra infidelidad. No penseis mas en el infeliz Oroondates, si quereis que vuestra conciencia descanse, que yo procuraré pensar en vos por el medio de la muerte, que no está lejos; pero de una muerte que irá acompañada de aquel rival por quien me habeis abandonado.

A estas palabras, echándose la celada tan furioso, que no osamos mirarle á la cara, salió de la tienda sin saludar á nadie, á tiempo que ya

se oia el ruido de vuestras tropas, y Amintas con una parte de vuestra caballería estaba ya muy cerca. Voló, y se arrojó encima de su caballo, y mandando tocar las trompetas para embestir, salió al encuentro á Amintas con una furia indecible. Resistió este cuanto pudo los primeros golpes; pero despues de haber recibido dos ó tres heridas, y viendo á sus tropas hechas pedazos por el valor de mi Señor, y de los que le acompañaban, volvió la espalda con los que le habian quedado para buscar nuevo socorro. Pero el Príncipe, llevado de su desesperacion, le siguió los alcances hasta que llegó á ver el cuerpo del ejército, y al mismo Alejandro á la frente de sus tropas. Oroondates, que le conoció por el caballo, por la belleza de sus armas, y por el puesto que ocupaba entre todos, corrió á él con un grito lleno de fiereza, y adelantándose mas de cien pasos de nosotros, le dijo en alta voz: —Alejandro, yo soy quien acaba de derrotar tus tropas, yo fuí el que te hirió en la batalla de Isus, y á quien dejaste una vida que vengo á perder en tus manos. Perdóname esta ingratitud : yo te he amado como enemigo, pero como rival no te puedo dejar vivir, sin que me quites la vida despues que me has quitado á Estatira.

Proferidas estas palabras, se arrojó á él como

un rayo, y habiéndose unido las tropas, se llenó inmediatamente la tierra de cuerpos muertos. Alejandro prohibia á los suyos ofender á mi Príncipe, queriendo él tener la gloria de vencerle solo; pero presto conocieron la dificultad que tendria, y tirándose muchos á él, los apartaron por fuerza, y libraron al Rey del peligro que le amenazaba, espuesto á la furia de mi Señor.

Cuando este se vió separado de Alejandro, se arrojó sobre los primeros que se le opusieron, y se abrió con la espada un camino bastante ancho para coger á Alejandro si no se le hubiera huido; pero resuelto á morir se metió por en medio de los mas valientes Macedonios con tanta rabia y tan poco miramiento, que recibió finalmente muchas heridas y golpes, que le hicieron caer á los pies de los caballos sin alguna apariencia de vida.

Yo ví que Alejandro llevó muy á mal esta accion; pero resuelto yo tambien á no vivir despues de mí Príncipe, me metí tanto entre los enemigos, que despues de haber recibido algunas heridas caí finalmente á sus pies, y puse todos los esfuerzos posibles para abrazarle, y darle las últimas pruebas de mi afecto al fin de una vida que ya creí perder por su amor.

Pero, Señor, el hilo de mi relacion me ha

obligado á deciros en pocas palabras un suceso, de que acaso estais mejor informado que yo.

— Y en verdad, dijo Lisimaco, que yo fuí testigo de esta accion, y que ví al Rey oprimido del mas violento dolor. Vuestro Príncipe, que no era conocido de nadie, hizo tales proezas, que escedian al poder de un hombre ; pues ademas de los que habia muerto, cortó el brazo derecho á Efestion, hirió á Perdicas con dos golpes furiosos de espada, y arrojó por tierra á Cenon y á Menidas heridos peligrosamente. Al caer este le cogió debajo el caballo y allí pereció ; y entonces mi Señor quedó rodeado de tantos, que tuvo que acompañar á los mismos que habia abatido. Despues de la derrota de los Persas, el Rey mandó á Eumeno que hiciese buscar el cuerpo de este valeroso guerrero para hacerle los honores del sepulcro, como su valor merecia. Derramó muchas lágrimas, y habló despues con términos que esplicaban la estimacion que hacia como de una persona milagrosa. Pero á su tiempo sabreis otros sucesos.

Queria Araxes continuar su narracion, cuando Amintas entró en el cuarto, diciendo á Lisimaco, que ya era tarde, y Oroondates deseaba verle y comer con él. Lisimaco, que ya casi le adoraba por el conocimiento que le habia dado Araxes de su valor, se vistió ; y entrando en su cuarto

le saludó, y se informó de su estado con las mas vivas espresiones de afecto. Oroondates le correspondió con toda cortesía. Despues de haber comido, Lisimaco, impaciente por saber el fin de la historia, suplicó á Oroondates le permitiese el resto del dia, para acabar de enterarse del fin de los sucesos de su vida, y retirándose al jardin con Araxes, tendiéronse en la yerba, y oyó que proseguia en estos términos.



LIBRO QUINTO.

Despues de la derrota de nuestras tropas, los Macedonios desarmaron y despojaron los cuerpos. Yo creo que esto me hizo volver en mí; pues poco tiempo despues que me desarmaron la celada, el aire que recibí fué causa de que recobrase mis sentidos. Luego que abrí los ojos, al instante pensé en mi Señor, y levantándome con bastante trabajo, miré á todas partes, y le ví tendido á mi lado sin señales de vida. Le eché los brazos, y acercándome á su rostro, comencé á llorar su infortunio cuanto permitia mi flaqueza. Ocupado en estos ejercicios ví venir á Eumeno, acompañado de algunos hombres. Este cumpliendo con el orden de Alejandro

buscó algun tiempo á mi Señor entre los muertos, y llegando al fin adonde yo estaba, viéndome vivo, se acercó á mí para tomar alguna noticia, y me preguntó : — ¿ Sabrás tú decirme adonde está el cuerpo de aquel hombre valeroso, que era vuestro capitan, y que hoy ha peleado con el Rey ?

Estas palabras me hicieron redoblar mi dolor, y poniendo otra vez mi rostro sobre el suyo, — ¡ Ah, Príncipe mio, dije : ah, Príncipe mio !

Atendió Eumeno á mis dolorosas espresiones, y habiéndomelo preguntado segunda vez, le respondí : — Señor, este es el que buscais, este es mi Príncipe ; yo no le he abandonado, y ni menos le quiero desamparar. Si teneis tanta piedad, que permitais me lleven con él, os pido por todos los dioses no me aparteis de su vista, pues habiéndole acompañado vivo, yo le quiero seguir hasta el sepulcro.

— Tu fidelidad, dijo Eumeno, es digna de mayor recompensa : — Y haciendo poner á mi Señor y á mí en unas andas, nos sacó de entre los muertos.

Mientras marchábamos, uno de los que llevaban á mi Príncipe, observó que se movia un poco. Lo avisó al instante á Eumeno , y acercándose al cuerpo, sintió en él algunas reli-

quías de calor. Este hombre, dijo entonces á los que le acompañaban, no está muerto; y yo haria un grande crímen si descuidara de la salud de un sugeto de tanta importancia. — Considerad, Señor, qué gustosas fueron para mí estas palabras. Yo levanté la cabeza con el mayor placer, y dirigiendo mis palabras á Eumeno: — Señor, le dije lleno de alegría; si mi Príncipe vive todavía, salvad por vuestra generosidad al mas virtuoso de todos los hombres, y al Príncipe mas grande del mundo.

Habiendo Eumeno escuchado mis palabras, nos llevó á su tienda, y puestos en la cama nos hizo registrar las heridas con el mayor cuidado. Los médicos hicieron volver á mi Señor á fuerza de remedios; y considerando atentamente las llagas, dudaron por entonces del suceso que debian esperar. De las mias aseguraron que podian curarse, y desde luego comenzaron sus operaciones en uno y otro con la mayor piedad. Mi Príncipe no pudo hablar ni una palabra en todo aquel dia, ni en la noche siguiente. Al otro dia, estando obligado Eumeno á seguir al Rey, que ya estaba bastante apartado por seguir los alcances de Darío, ordenó que nos llevasen á Arbeles. Sus criados le obedecieron fielmente, y habiéndonos pasado con la comodidad posible á esta corta ciudad, nos pusieron un buen

alojamiento, recomendándonos al amo, á quien entregaron bastante dinero para que nos trataran conforme habia dispuesto su Señor.

Despues que marcharon, viendo el huesped que estaba yo mucho mejor que mi Príncipe, me vino á preguntar su nombre. Pero apenas supo que era el Príncipe de los Escitas, á quien habia visto pasar dos dias antes con Darío; levantó las manos al cielo, y dió gracias á los dioses por la ocasion que le ofrecian de servir á su Rey, asistiendo á una persona que amaba tanto; y entonces llevado de un buen celo, corrió á buscar los médicos y cirujanos de la ciudad, y les encomendó mirasen por la salud de mi Príncipe con unas palabras llenas de compasion y de ternura. Estos buenos hombres movidos de sus ruegos y del conocimiento que tenian de nosotros, emplearon toda su habilidad en nuestra salud, y sabiendo muy bien lo que hacian, despues de una larga consulta, quedaron acordes en que si se podia sacar de la herida del Príncipe una punta de dardo sin hacer incision, no seria dificultoso salvarle la vida con sus remedios, y con la asistencia de los dioses.

Con este conocimiento pusieron manos á la obra, y lo practicaron con tanta destreza, que al fin lograron sacarla sin insicion; pero con tan-

tos dolores de mi Señor, que se desmayó muchas veces, y otras tantas estuvo á punto de espirar. Hecha esta operacion nos curaron despues con mas oportunidad y gusto, y nos impusieron silencio por muchos dias. Yo no puedo menos de estar muy agradecido á mi Príncipe, pues luego que pudo hablar, al instante preguntó por mí, y sabiendo que estaba en su mismo cuarto, y mucho mas aliviado que él, dió señales del mayor regocijo. Mas cuando se acordó de la causa de sus heridas, y del cruel tratamiento que habia recibido de Estatira, se afligió con tanta violencia á la fuerza del dolor, que por esta reflexion estuvo para perder una vida que se procuraba conservar con tanto cuidado.

Estaba, no obstante, algo mas moderado que despues de la muerte de Artajerjes, ó porque acostumbrado ya á las desgracias, sabia sufrirlas con mayor paciencia, ó porque con la edad iba creciendo la razon, ó porque creyó con generoso y justo despecho que no debia morir por una persona, que despues de haber recibido de él los mas señalados beneficios, tan ingrata y tan indignamente le habia tratado. En verdad que se lamentaba con unas espresiones capaces de ablandar los corazones mas endurecidos; y aunque mostró un muy grande despre-

cio de su vida, pero no se obstinó en quererla perder, como habia hecho otras veces, ni rompió los vendages que le habian aplicado á las heridas, ni se opuso á los deseos que manifestaban los médicos por su salud. Lo cierto es que la cólera que tuvo le fortificó mucho: y que reflexionando todas las acciones pasadas, y la ingratitud de Estatira, este sentimiento ahogó mucha parte del dolor y del afecto, y casi le hizo arrepentirse de cuanto habia hecho por ella, y del deseo que tantas veces habia tenido de morir por una persona tan ingrata; porque habiendo examinado todos los sucesos de su vida, los halló tan llenos de inocencia y de verdadero amor, que no podia atribuir su mudanza sino á la ligereza de su espíritu, y á una bajeza indigna de su nacimiento, que le hacia preferir un enemigo, porque era grande, y estaba victorioso, á un Príncipe que le habia servido con la mayor fidelidad, y á quien estaba obligada por tantos juramentos y respetos.

Repasaba todo el progreso de su amor lleno de memorables acontecimientos, y de felices efectos de su pasion, y viendo que todo acababa en un destierro, necesitaba de todo su valor para no quedar oprimido de una afliccion tan poderosa. Cuando estaba mas vivamente tocado de este pensamiento cruel, y traia á la memoria

las últimas palabras de Estatira, que no se le habian olvidado; — ¿Es posible, esclamaba, que vos, cruel Estatira, hayais pronunciado el decreto de mi destierro? ¿Vos, que habiais manifestado tantas veces que me amabais, y que estabais obligada en fuerza de tantos juramentos á amarme eternamente? ¿Vos, que me habiais protestado mil veces que seriais mia, y que yo por infinitas pruebas habia manifestado claramente que seria vuestro? ¿No sois vos aquella Estatira, á quien libré del furor de los Escitas, y conservé un hermano verdaderamente amable? ¿No sois aquella, por quien he abandonado mi padre y mi patria, por quien he ocultado mi nacimiento, y me he espuesto á peligros mortales en medio de mis enemigos, por quien he peleado contra mi padre y mi Rey, recibiendo tantas heridas, que por poco no me han llevado al sepulcro? ¿No sois aquella, á cuyo padre he salvado la vida, por quien he sufrido las prisiones de Artabano, de Parmenon y de Alejandro; por quien he resistido los amores de la bella Roxana, por quien he pasado de hijo de un Rey grande y poderoso á un vil y á un pobre jardinero? ¿No sois la misma que un momentò antes de mi pérdida os habia sacado á costa de mi sangre de las prisiones de Alejandro?

Sí, la misma sois, y la misma que despues de estas obligaciones ha tenido corazon para decirme : quítate delante de mis ojos, desleal, y líbrame para siempre de la vista de un mortal enemigo. Sí, Estatira, yo soy vuestro enemigo, y todo cuanto ahora os reprendo son acciones de enemigo; pero si me dais este nombre, ¿cuál será el de vuestros amigos? ¿De quién de estos, y de vuestros parientes habeis recibido mejores oficios que de este enemigo? ¿Es, por ventura, de Alejandro, á quien me proponeis, y por quien me abandonais? ¿Acaso ha dejado él sus estados por serviros, y ha salvado mas veces á vos y á los vuestros la vida, el honor y la libertad? Con que las ofensas y ultrajes mortales que me haceis, pasan por obligacion, y los servicios que os he hecho por ofensa y ultrajes. El que ha destruido vuestro pais, ha quemado vuestras ciudades, ha muerto millares de hombres, ha despojado á vuestro padre de sus estados, y acaso ahora habrá quitado la vida : el que os ha tenido y detiene todavía en el cruel cautiverio, sin duda os habrá servido y tratado bien, y yo que os he servido mejor, ¿os he tratado indignamente? Alejandro me ama, decís, y yo quiero ser suya. Vos le haceis un presente que verdaderamente ha merecido. Esta es la recompensa que se de-

be á los servicios que os ha hecho: y vos conoceis que os ama por estas bellas pruebas, y por estos buenos oficios. Pero no es esto: decid con mas razon, Alejandro es vencedor, Alejandro es Señor de toda la Asia, y de una parte de la Europa: yo soy debil, y mudo de faz con la fortuna. Oroondates me ama, dijisteis alguna vez, Oroondates me ha servido; ¿pero qué importa? Oroondates no tiene poder en los estados de su padre, y acaso se ve aborrecido y abandonado por amarme. Yo quiero, pues, seguir la mejor de estas dos condiciones, y dejar al que me ama, porque es desgraciado, por el que no me ama, pero que es grande, feliz y victorioso. Esta es, ó Estatira, vuestra razon; pero de hoy en adelante esta será la mia: yo quiero abandonar á Estatira, no porque es desgraciada, no porque su padre está despojado de sus estados, no porque es prisionera de Alejandro; sino porque no corresponde su corazon á su nacimiento, y es infiel, engañadora y falsa. Creo que me perdonareis estas palabras, ó Estatira, pues habeis sabido perdonar á quien os ama ahora, los males que habeis recibido de él; y porque vos sois de tal condicion, que olvidais fácilmente las ofensas y los servicios.

Añadia todavía otros muchos discursos que

todos se dirigian á olvidar una muger tan ingrata y tan infiel, y á dějar la Persia para siempre, volviéndose á su patria, adonde podria gozar el descanso que habia perdido tantos años voluntariamente. Cuando yo le ví con este pensamiento, procuré confirmarle con todas las razones posibles. Alguna vez ya parecia que estaba enteramente resuelto; pero una hora despues representándose Estatira á sus ojos mas hermosa y mas brillante que nunca, deshacia en un punto sus bellas resoluciones; y yo conocia á pesar mio, que con dificultad dejaria su pasion mientras le durase la vida. No obstante, como era hombre de valor, obraba poderosamente en él el despecho; y viéndose despedido con tanto menosprecio de una persona de quien creia haber merecido mejor agradecimiento, hizo sobre su pasion un esfuerzo digno de su corazon, y se determinó en fin, no á no amarla mas, pues le parecia imposible arrancar tan profunda pasion, sino á obedecerla, privándose de su vista para siempre.

Entre tanto los médicos obraban eficazmente en nuestra curacion, de manera que en poco tiempo no dudaron de la salud de mi Príncipe. Pero sin embargo del mal tratamiento que había recibido mi Señor de la hija de Darío, no

le impidió pensar en su padre, á quien amaba de corazon, y cuyos infortunios lloró con mas dolor que los propios. Despues de haber preguntado varias veces, supo finalmente que habia pasado á Arbeles la noche siguiente al dia en que fué derrotado su ejército; pero que se detuvo poco, y que despues habia entrado en la Media con designio de reclutar tropas de á pie, y de pelear hasta que no hubiera hombres, y hasta derramar la última gota de su sangre: que Alejandro le habia perseguido, resuelto á buscarle, aunque se ocultara en el último rincon de la tierra, juzgando, y bien, que en sola su persona consistia el fin, ó la continuacion de la guerra; pues mientras viviese, ó estuviese libre Darío, no habia que esperar calma alguna en los estados que le habia usurpado: esto fué lo que supimos por entonces.

No me fatigaré en describiros á la larga cómo pasamos el tiempo, que nuestras heridas nos hicieron detener en Arbeles: esto seria inutil; solo os diré que fueron tan grandes, que en cuatro meses no pudimos montar á caballo. Es verdad que la afliccion de mi Señor retardó mucho la cura, y le hizo recaer tres ó cuatro veces con bastante temor de los que nos servian. Al fin se rehizo un poco, y aunque sus desazones mas que sus heridas pusieron su ros-

tro bastante demudado, en el tiempo que os he dicho se puso en estado de poder llevar las fatigas del viage.

En tanto que disponiamos la marcha, oimos unos grandes gritos en toda la ciudad, y vimos entrar en el cuarto á nuestro huesped bañado de lágrimas y de gestos de un hombre afligidísimo; y encarándose á mi Príncipe; — ¡Ah, Señor! le dijo: yo os traigo una noticia funesta. El pobre Darío ha perdido la vida por la traicion de los suyos, sin haber tenido otro consuelo en su muerte, que haber llorado por él Alejandro.

Un rayo fueron estas palabras para mi Señor; y aunque sus desgracias le habian dejado en disposicion de no sentir las agenas, quedó tan penetrado de dolor por esta pérdida, que el huesped y todos los demas creyeron que iba á rebentar de dolor y de sentimiento. No se pueden esplicar los lamentos en que prorumpió: baste deciros que no fueron menos que en la muerte de Artajerjes. En dos ó tres dias no quiso que ninguno le hablase: el tercero permitió que nuestro huesped entrase, y le contase brevemente cuanto habia oido decir de la muerte de Darío. Obedeció, y dijo así.

— Señor, habiendo llegado nuestro buen Rey á Ecbatana, capital de la Media, adonde

solia pasar el estío, se vió desamparado de todas sus tropas, á escepcion de treinta mil infantes, de los cuales cuatro mil eran Griegos mandados por Patro, y de tres ó cuatro mil caballos Bactrios á las órdenes del infiel Beso. Despues de haber permanecido un poco tiempo en dicha ciudad, supo que Alejandro se habia hecho Señor de Babilonia por gracia de Mazeo, que sin resistencia alguna habia puesto la ciudad, la provincia, sus hijos y á sí mismo en manos del Rey: que Abulito, gobernador de Lusa, y Tiridates, gobernador de Persepolis, habian seguido el ejemplo de Mazeo, y que Alejandro sin desenvainar la espada habia conquistado todo el pais en menos tiempo que el que necesitaba para pasearle; y que venia á toda prisa á encontrarle, estando ya muy cerca. Sin embargo de este aviso, no pensó el Rey en retirarse, sino en tentar fortuna por última vez, y morir honrosamente si quedaba vencido. Con este fin determinó salir á campaña, y hacerle frente; pero primero quiso oir el parecer de Artabazo, de Beso, de Nabarzano y de todos los demas sobre lo que se debia hacer. Nabarzano fué tan infame, que le aconsejó renunciase por algun tiempo el imperio en Beso con quien las cosas y la fortuna podrian mudar de faz. Quedó el Rey tan irritado con este discurso, que echando mano

á la espada. hubiera muerto á este insolente, si los demas no le hubieran detenido. Viendo los conjurados descubierta su mala voluntad, no quisieron perder tan buena coyuntura, y sobornando secretamente á los soldados, cansados ya de sufrir tanto tiempo, los atrajeron á su partido. Patro, capitan de los Griegos, tuvo alguna noticia de lo que se maquinaba, y como era verdaderamente fiel y generoso, suplicó al Rey que se valiera de él, y de los suyos para guardia de su persona Real, descubriendo en pocas palabras la conspiracion de los traidores. El buen Rey no esperando ya ninguna felicidad despues de tantas pérdidas, ni queriendo vivir, viéndose tan desamparado de los suyos, le agradeció el aviso, pero no se sirvió de él; antes bien aquella noche se retiró á su tienda con las guardias ordinarias, y acompañado tambien de Artabazo y de algunos eunucos. Luego que vió claramente la infelicidad en que se hallaba, abrazó por última vez á Artabazo, y suplicando á los dioses recompensasen su fidelidad, le mandó se retirase, y siguiese en adelante otra fortuna: mas no queriendo obedecerle, le hizo retirar por fuerza y tomar el camino de la Partia. Despues de su marcha despidió tambien á los eunucos, y regalándoles de la manera que podia en tal situacion; andad, les dijo, cuidad

I. *Pag. 405*



de vosotros, y no os fieis de la fortuna de un Señor, que tardará muy poco en morir, y que mas gusto tiene en morir por culpas agenas, que por las propias. Un momento despues llegaron Beso y Narbazano, y entrando en la tienda del Rey, le ligaron sin respeto alguno con lazos de oro, y le pusieron por fuerza en un carro cubierto de pieles, y haciéndole tirar por caballos desconocidos, guiados de dos hombres incógnitos, le condujeron de esta suerte muchos dias sin que nadie pudiese tener alguna noticia. Luego que supieron que Alejandro estaba á los alcances, se llegaron al carro, y mandaron al Rey que montase á caballo, y se salvase con ellos de las manos de Alejandro que le venia siguiendo. Pero el buen Rey, prefiriéndolo todo á la compañía de estos viles traidores, rehusó seguirlos con tanta firmeza y resolucion, que irritados estos monstruos de su resistencia, y privados de la esperanza que tenian de mejorar fortuna con Alejandro, le hieron malamente, y desjarretando á los caballos, se salvaron con la fuga. Poco tiempo despues un Macedonio llamado Polistrato, llegando á beber agua de una fuente, halló á este buen Rey espirando, y conociéndole por la voz, á sus ruegos le dió un poco de agua. Recibido este favor, le dijo Darío: —sta es la últim a de mis desgracias, que

habiendo recibido este beneficio de tí, no tengo arbitrio para recompensarle: pero Alejandro te lo dará, y suplirá por mí, y los dioses le agradecerán el buen tratamiento que ha hecho á los mios. — Al decir estas palabras le alargó la mano, rogándole que de su parte se la tocase á Alejandro; y metiéndola despues en su pecho, espiró sin poder decir otra cosa. A poco rato llegó Alejandro; y visto aquel espectáculo funesto, derramó infinitas lágrimas sobre el cuerpo de Darío; y cubriéndole con su manto, le remitió á la Reina Sisigambis, para que le hicieran las debidas exequías.

Este discurso renovó el dolor de mi Señor tan eficazmente, que nos pareció mas inconsolable que antes, pues en cinco ó seis dias se puso de tal manera, que nos hizo temer una peligrosa recaida. No obstante se fortaleció un poco, y despidiéndose de su huesped, montó á caballo. Aunque habiamos perdido el equipage, yo habia reservado siempre las piedras preciosas en los vestidos que me habian dejado los Macedonios; y con este medio satisfizo mi Señor á los que le habian asistido, y habiendo comprado armas, salimos de Arbeles cuatro meses despues de la batalla.

Luego que estuvimos fuera de la ciudad, creyó mi Príncipe que en la Persia cualquiera

objeto le podria renovar la memoria de Estatira, y deseando librarse de estas persecuciones, procuró salir de ella lo mas presto que le fuese posible, y abandonar para siempre un pais, en que habia estado tan lleno de desgracias y de pérdidas. Esta reflexion le hizo creer que todas las desventuras que habia padecido habian venido del cielo en castigo del crimen cometido en dejar á su padre por una loca consideracion de amor, y en servir con su propia persona á sus mas mortales enemigos: y al mismo tiempo le hizo arrepentirse tanto, cuanto le pudo permitir la violencia de su amor: y queriendo reparar los disgustos que sin duda habrian tenido los suyos por su ausencia, resolvió retirarse á su patria, creyendo firmemente que la mansion en Persia, y los servicios que habia hecho á Darío y á su casa, no habrian llegado á su noticia. No juzgo necesario deciros si le confirmé este noble pensamiento, y si quedé gustoso al ver que se iba á cumplir mi deseo, ver mis parientes, y retirarme con él de esta serie infinita de desgracias que nos perseguian incesantemente en la Persia. Tomada, pues, esta resolucion, nos encaminamos por la Media, y habiéndola atravesado entramos en la Bactriana, vimos la Ircania, y habiendo pasado el Arajes, entramos en la

Escitia Asiática por la provincia de los Masagetas.

Vos sabeis que la Escitia está dividida en dos, una en la Europa, y otra en la Asia. Sepáralas el monte Imao; y una y otra estan sujetas al Rey Mateo, que reside en Isedon en la Europa. Dispensadme la relacion que os podria hacer de las particularidades de nuestro viage; pues no hubo cosa memorable, y ademas esto va largo, y me contentaré con referiros lo mas importante, sin deteneros en sucesos de poca monta. Solo os diré que mi Príncipe estaba ordinariamente tan triste, tan afligido y tan debilitado, que no le conocia yo mismo, y aun temia no podria conducirle á Isedon. Despues de haber atravesado la Escitia Asiática, pasamos el monte Imao, y entramos en Europa.

En la primera ciudad quiso el Príncipe informarse del estado del Reino, y preguntándoselo al huesped como hombre curioso y forastero, le preciso á decir cuanto sabia. — Nuestro reino, dijo, está, gracias á los dioses, en una grande tranquilidad, á escepcion de algunas provincias distantes, que habiéndose sublevado, han obligado al Rey á enviar un ejército, al mando del valiente Arsaces, que ya les ha ganado dos batallas. En cuanto á las guerras estrangeras hemos tenido poco que hacer des-

pues de las treguas de Persia, y nuestro Rey tiene con tal temor á sus vecinos, que se contentan con poseer pacíficamente lo suyo, sin intentar introducirse en lo ageno. El Rey se ha vuelto á casar ya hace dos años con la Princesa Estratonica, vasalla suya, y hermana de Arsacomes, Príncipe de los Isedonios. Todo el reino ha llevado á mal este matrimonio por la desigualdad, por la edad, y por la condicion de su nacimiento. Los menos apasionados han creido que no habiendo tenido noticia alguna de nuestro Príncipe, y no teniendo del primer matrimonio sino á la Princesa Berenice, deseaba tener quien le sucediera en los Imperios. Es verdad que el Rey parecia estaba loco de amor por Estratonica, y daba á entender que habia olvidado el cuidado de su reino, por dársele á Arsacomes, que gobierna ahora, y con mas libertad por la ausencia de Arsaces.

Mi Príncipe interrumpiendo al huesped, le dijo: — Yo conozco bien á Arsacomes; pero ignoro quien es Arsaces, de quien ya me habeis hablado dos veces.

— Arsaces es, dijo el huesped, el que disputa con Arsacomes el favor de nuestro Rey: pero el primero le disputa por virtud, y el segundo por el empeño de la Reina su hermana. Esto no es decir que Arsacomes no sea valiente

y liberal; pero los que conocen á Arsaces cuentan mil maravillas, que no es facil esplicar. El es Bactrio, ó Parto de nacimiento: ya hace algunos años que está en la Corte, adonde vino como un particular. Sirvió sin nombre, y sin empleo en nuestro ejército: pero sobresaliendo su valor en muchas ocasiones, fué llevado á la Corte por Teodato; y habiendo servido al Rey haciéndose conocer por persona estraordinaria, subió de grado en grado, de manera, que á escepcion de Arsacomes, él solo merece los favores del Rey. Es verdad que todos participan de su fortuna, atribuyéndose á sus buenos consejos el vernos libres de muchos infortunios que antes nos oprimian. Ahora está ausente, y como ya os he dicho, ha ido á castigar á los rebeldes Tauroscitas, y á los Agarisos que se han sublevado. Esto es todo lo que puedo deciros de Arsaces. Arsacomes es ahora favorito del Rey, y se cree que esta gracia le ha cegado de manera, que á la sombra de la Reina su hermana, no solo ha elevado sus pensamientos á la Princesa Berenice, sino que se ha declarado abiertamente. Estas son las noticias que nos traen los que vienen de la Corte. Cuando esteis mas cerca acaso tendreis otras mas individuales, que esceden nuestra inteligencia, y que ni es facil ni es decente que os las refiera.

Acabada la relacion de nuestro huesped, mi Príncipe, que en otra sazon hubiera llevado malamente el matrimonio de su padre, se quedó con la mayor serenidad. Tanto se habian internado en su alma los intereses de amor, que ahogaron todos los otros, dejándole sin el menor cuidado. Proseguimos nuestro viage, y al cabo de algunos dias llegamos en fin á Isedon, en donde el Rey estaba por entonces, y hacia su mansion ordinaria. Atravesamos las calles sin que nadie nos conociese, y entrando el Príncipe en palacio, se fué á besar la mano al Rey, que daba siempre entrada franca á todo género de personas. Hallóle en el jardin acompañado de la Reina, de la Princesa, de Arsacomes y de otros muchos Señores, y poniendo una rodilla en tierra, le besó la mano afectuosamente.

El Rey no le conoció por el pronto, y preguntándole varias veces quien era, respondió el Príncipe: — ¿Qué, Señor, no conoce Vuestra Magestad á quien ha dado el ser? ¿Tan desfigurado está el rostro de Oroondates, vuestro hijo, que habeis perdido todas las ideas?

Estas palabras y juntamente el tono de su voz abrieron los ojos á todos los presentes, y mirándole con mas atencion que antes, le reconocieron por sus facciones, sin embargo de

que los continuos disgustos le habian desfigurado. Yo tambien fuí conocido de los mios, y esto contribuyó mucho al conocimiento de mi Señor. Una vista tan impensada produjo muy diferentes efectos : el Rey se retiró dos ó tres pasos atras como sorprendido; pero á la Princesa Berenice no la pudo contener el respeto de su padre, pues inmediatamente se arrojó al cuello de su hermano con tantas lágrimas de verdadero gozo, que no dudó el Príncipe del amor que le tenia, por lo que la correspondió con los abrazos mas tiernos.

Apartado de Berenice para recibir los de su padre, quedó admirado viéndole mudar dos ó tres veces de color, y que en vez de acariciarle, le miraba con ojos furiosos diciéndole de esta suerte : —¿Qué, tú eres Oroondates? No, Oroondates mi hijo, sino Oroondates el mas cruel de mis enemigos : tú aquel hijo privado de toda humanidad, que ha abandonado indignamente el partido de su padre y de su rey, y que pasándose á las tropas de sus enemigos, ha combatido con sus propias manos contra un ejército en el cual estaba yo en persona; ha muerto casi en mi presencia los mas fieles de mis vasallos, y acaso me ha buscado á mí mismo para bañar sus manos parrícidas en la sangre de quien le ha dado el ser. Este es aquel que ha

pasado los años enteros en la Corte, y al servicio de mi irreconciliable enemigo, mientras estaba yo oprimido en las guerras domésticas, y que ha buscado su alianza con bajezas indignas de su nacimiento, mientras maquinaba mi propia ruina.

Quedó mi Príncipe tan confuso con esta reprehension, que permaneció mucho tiempo sin poder responder. No creyó él tener este recibimiento, ni que su padre tuviese tantas noticias de su vida; y no sabiendo qué responder á una verdad tan clara, despues de haberlo pensado largamente, alzó finalmente la cabeza, y mirándole con unos ojos capaces de conmoverle, le dijo así: — Señor, es verdad que el amor me ha enloquecido, y me ha puesto de un modo que solo un padre, un buen padre, será capaz de perdonarme. Pero, Señor, además del arrepentimiento con que me postro á vuestros pies, y la sumision con que me espongo al castigo que merezco, he hecho una penitencia tan cruel, que vuestro sentimiento no me la pondria mayor.

El Rey poco satisfecho con esta respuesta le replicó: — No creas, pérfido, que me puedas mover con una sumision forzada. Tú no pensabas que yo estuviese tan enterado de tus delitos: mas te aseguro que tú recibirás un casti-

go, que servirá en adelante de ejemplo á los hijos desnaturalizados y parricidas como tú.

Al instante, continuó el Rey volviéndose al Capitan de su guardia, quitádmele delante de mis ojos, y conducidle al castillo de Seró. Despues providenciaré de su seguridad, y del castigo que merece.

A estas palabras se levantó el Príncipe de la presencia del Rey : y creyendo haber satisfecho á la obligacion de hijo, recibió tanta pena con este recibimiento, despues de una ausencia tan larga, que no quiso decir palabra alguna para su justificacion, y siguió al Capitan, pidiendo solamente que yo le acompañase. Fuimos conducidos al castillo, que está poco distante de la ciudad. Esta es una plaza muy fuerte, destinada para la prision de los Príncipes, adornada de todas las cosas necesarias para recreo, como un bello jardin, un gran bosque, y las demas delicias que se suelen hallar en una Casa Real. Aquí estuvimos cerrados dos años enteros sin poder ablandar la cólera del Rey. El Príncipe estaba servido segun era su condicion, pero tan custodiado, que tenia perdida la esperanza de la libertad. Es verdad que jamas puso empeño, ni hizo diligencia alguna para salir del castillo. Yo creo que la Princesa Berenice, y todas las demas personas virtuosas

hablaron á su favor; mas la autoridad de la Reina su madrastra, á quien la muerte del Príncipe ó su eterno cautiverio la era mas interesante, podia tanto con el Rey, que sola su opinion ahogaba los movimientos que la naturaleza, y los consejos de los buenos le podian dar.

Todos creimos que las impresiones de la Reina, que se oponia abiertamente á la libertad del Príncipe, le mantenian en este mal humor: y con el conocimiento que teniamos de que si era tardo en irritarse, lo era mucho mas en perdonar; si alguno se atrevia á hablarle en favor de mi Señor, respondia de esta manera. — Mientras vivió Darío, nunca le vimos por acá, ni le vieramos ahora si la fortuna le hubiera sido favorable. Mas yo le haré conocer que podemos nosotros vivir sin verle.

Entre tanto mi Señor, que no estimaba ni la libertad, ni los placeres de la Corte, llevaba con mucha paciencia su prision, y se hallaba mas sosegado que si se viera en medio de los negocios y conversaciones del mundo. Estaba su corazon tan poco inclinado á las diversiones ordinarias, que sola la soledad podia entretenerle. Por eso me decia muchas veces : — Araxes, si el Rey supiera qué ligero es el castigo que me da, sin duda me concederia la libertad, y me privaria de una quietud en que hallo mucha

dulzura, para precipitarme á las desgracias que tantas veces he probado. Ahora me conviene ver los rostros de los Escitas, despues de haber visto tanto, y perdido de vista el de la infiel y bella Estatira, pues acaso podré hallar entre ellos lo que me ha hecho perder su infidelidad. Cuanto hay de mas amable entre ellos se puede parangonar con la mas mínima perfeccion de Estatira, y la conversacion de los Escitas tendria para mí tanta dulzura como la de Darío y Artajerjes. Inventa, pues ó Rey de los Escitas, inventa otra suerte de castigo, para quien no está en estado de recibir por tu crueldad algun aumento á sus dolores. La fortuna ya ha hecho contra mí cuanto ha podido, y mi alma ya no está capaz para mayores aflicciones.

Estos eran sus discursos ordinarios; y entre tanto pasaba una vida tal, que infinitas veces quedé admirado cómo pudo resistir tantos dias. Mas los dioses que todavía no habian saciado su cólera, y que le destinaban á mayores trabajos y á pérdidas mas considerables, quisieron alargar la carrera de su vida, porque no faltase materia al ejercicio de sus crueldades. A nadie se permitia la entrada en el castillo, y de todos los que pidieron permiso al Rey, sola la Princesa Berenice lo logró dos veces en los dos años que estuvo preso; pero siempre tan acompa-

ñada de testigos y guardias de vista, que aunque tuvo grandes deseos, y no dejó de hacer las mayores instancias, jamas le pudo hablar una palabra en secreto.

El Príncipe su hermano, que la amaba tiernamente, tuvo mucho disgusto, y la suplicó hiciese lo posible para obtener la libertad de visitarle mas ampliamente. Entre tanto cada dia le consumia la tristeza, y retirándose á los parages mas apartados y mas solitarios del bosque, se entregaba á sus delirios, en los que pasaba los dias enteros. Entonces representándose á sus ojos la imagen de Estatira, mas bella y mas halagüeña que nunca, desvanecia todas aquellas resoluciones que le habian ocasionado su olvido. Ya se le figuraba en el mismo estado en que la habia visto cuando recibió las primeras muestras de su afecto : veia la misma dulzura en sus ojos, escuchaba las mismas palabras, con las cuales casi le habia sacado del sepulcro, y gustaba de algun placer en tanto que estaba ocupado en estos pensamientos : mas cuando daba lugar á otros, y en vez de aquella buena, dulce y obsequiosa Estatira, se le objeta una Estatira armada de furor y de rayos contra él, temblaba de miedo, y moria de dolor : y en uno y otro pensamiento gemia por el mal que sentia, y por las felicidades que habia

perdido. — Ved aquí, decia él algunas veces, una juventud bien empleada, y unas bellas esperanzas conducidas á un buen puerto : ved aquí el suceso de tantas penas, y una felíz conclusion de un amor cimentado sobre principios tan maravillosos : cierto que se necesitaba esponerse á tantos reveses, y á tantos males, de que está esta vida continuamente agitada, para coger esta gloriosa recompensa. ¡ Oh Estatira, la mas amada, y la mas infiel de todas las mugeres, qué generosamente, qué á tiempo, y con qué gracia os habeis valido del antiguo odio de nuestras casas : ciertamente habeis ganado mucha gloria con esta última accion, y habeis vengado á los Persas en buena guerra de los daños que otras veces habian recibido de los Escitas ! ¡ Oh Alejandro, qué dichoso eres en haber llegado al fin adonde yo caminaba, por unas vias tan contrarias á las mias, y en haber ganado con la sangre, con las cárceles, y con los ultrages lo que yo he perdido por tanta fidelidad, por tanto amor, y por tantos servicios ! Y, ¡ oh Roxana, qué satisfecha estás al ver cumplidos tus pronósticos, y castigado á tu gusto este ingrato, este brutal, y este incivil con una pena que le era legítimamente debida !

Los pensamientos de esta naturaleza eran su ordinario entretenimiento, y algunas veces re-

costándose á la orilla de una fuente, cuyas corrientes aumentaba muchas veces con sus llantos, despues que sus aguas se habian serenado un poco de la turbacion que les habia causado sus lágrimas, y leia en la mudanza de su rostro las muestras de su dolor : — ¿ es posible, decia, que Estatira me pueda ver en este estado sin moverse á piedad, y que mire la mudanza de mi rostro sin tener algunos remordimientos en el suyo ?

Estos pensamientos suministraron mayor campo á la melancolía que le oprimia, de manera que no teniendo gusto ni en la caza, ni en las delicias del jardin, que otras veces le habian divertido, llegamos á creer que su mal era incurable. Jamas se informó de los negocios del estado, y habia abandonado de tal suerte todo cuidado, menos el de su dolor, que ya le parecia no tenia interés alguno en el mundo. Yo permanecí tambien en el castillo como mi Señor, y aunque me ofrecieron la salida con la condicion de no volver á entrar, no quise aceptarla, perseverando siempre en la resolucion que habia tomado de seguirle en su buena ó mala fortuna. El Príncipe se compadecia de mí, y me decia comunmente : — Araxes, no te obstines en seguir mi destino : es tan desgraciado, que te envolverá entre mis ruinas. Yo siento

mucho verte pasar la juventud en una situacion tan infeliz, y esto aumenta mi dolor: retírate; y si no puedo, como quisiera, agradecerte los buenos oficios que has hecho conmigo, conténtate con mis deseos, y espera el premio de los dioses, que sin duda no dejarán tu fidelidad sin recompensa.

Estas palabras me hicieron salir muchas lágrimas á los ojos, pero no me quitaron la intencion que habia hecho de no dejarle jamas.

Ya llevábamos un año de prision cuando supimos por la guardia que teniamos, que los Macedonios habian entrado en la Escitia bajo el mando de Arimbas; y preguntando mi Príncipe al capitan qué orden habia dado el Rey, respondió: — Señor, aunque hace algunos dias que Arimbas, gobernador del Ponto por Alejandro, ha entrado en nuestras fronteras con un ejército de cuarenta mil hombres, ha hecho pocos progresos hasta ahora: y mientras el Rey se disponia á conducir en persona el ejército en campaña para la defensa de su pais, ha sabido que el valiente Arsaces volvia victorioso con el suyo, despues de haber hecho contra los pueblos rebeldes muchas hazañas de valor, y de un aliento tan grande que escede á la creencia de los hombres. Esta noticia ha hecho al Rey mudar de idea, y al instante ha enviado

un correo á Arsaces con orden de emplear sus tropas contra los Macedonios, en tanto que disponia otras para enviarle socorro al mando de Arsacomes. Todos esperan un feliz suceso en esta guerra por el valor y fortuna de Arsaces, y todo el mundo se dispone con alegría á pelear contra este enemigo de toda la tierra.

Considerad, Señor, como el amor y la afliccion habian mudado el espíritu de mi Príncipe, despojándole de todo sentimiento. En otro tiempo se hubiera alterado con esta noticia, y no habria podido sufrir la prision mientras fuese necesario tomar las armas en defensa de su pais, y viese que el Rey su padre fundaba sus esperanzas, y la seguridad de sus estados en el valor y fidelidad de un estrangero de bajo y oscuro nacimiento. Por eso entonces recibió esta noticia como un caso de historia, en que no tenia interés, y ni menos dió señal alguna de estar afligido por las turbulencias de su patria, ni de envidiar la gloria de Arsaces, que ocupaba su puesto, y hacia á su padre aquellos servicios que se debian esperar de su brazo. Solo se contentó con decir : — Si yo no fuera tan criminal como soy, y el Rey quisiera honrarme con esta empresa, yo le serviria acaso con menos prudencia y valor, pero sin duda con mas

fidelidad que Arsaces, ó á lo menos con tanta.

Dos meses despues de la partida de estas tropas, vino noticia á la Corte que Arsaces habia peleado contra los Macedonios, y que habia muerto con sus propias manos al general Arimbas, y ganado una victoria tan completa, que apenas habia escapado uno solo. Toda la Escitia puso luminarias por tan feliz suceso, y los de Isedon se prepararon á recibir á Arsaces que volvia cubierto de laureles á un pais, á quien habia vuelto el reposo por las muchas victorias que tan gloriosamente habia ganado. En efecto, algunos dias despues supimos que ya habia llegado, y que el Rey, toda la Corte, y demas ciudades y pueblos le habian hecho honores dignos de su valor y de sus servicios: pero ocho dias despues nos dijeron que el Rey, sin atender á los favores que habia hecho, le mandó poner preso sin que el motivo de esta desgracia la supiesen sino muy pocos. Mi Señor quedó muy disgustado de la ingratitud del Rey, y de buena gana se hubiera dispuesto á socorrer á este hombre valiente, si hubiera podido primero socorrerse á sí mismo.

¿Pero de qué sirve, Señor, deteneros mas en esta materia enfadosa? Dejaré á parte los accidentes particulares que ocurrieron durante

nuestra prision, pues son de poca importancia: solo os diré, que estando ya para cumplirse los dos años, supo el Príncipe que el Rey estaba á la puerta del castillo, y que venia á visitarle trayendo muy poca comitiva. Oroondates quedó sorprendido de una visita tan poco esperada, de quien parecia se habia desnudado del dulce nombre de padre por vestir el de su mayor enemigo: y sin entretenerse en investigar los motivos que le podrian conducir á aquel sitio, salió del cuarto para recibirle. Encontróle en un patio cercado de los principales de su palacio, y habiéndole saludado con el mayor respeto y sumision, el Rey le recibió de una manera muy diferente que la vez pasada: y abrazándole tiernamente, le dijo: — Hijo mio, bastante habeis sufrido ya por una falta que merecia algun castigo: ahora vengo yo mismo á sacaros de un cautiverio que el antiguo resentimiento de nuestra casa con la de Persia ha hecho durar demasiado.

El Príncipe sin manifestar alegría por esta libertad, le respondió. — V. M. despues de los dioses, puede disponer de mi destino, y atrasar ó adelantar mi libertad, segun la gravedad de mi culpa, y conforme sea de su gusto.

— Pues bien, hijo mio, dijo el Rey, olvidemos lo pasado; y procuremos recompensarlo

con acciones contrarias á las que nos habian turbado.

Los que acompañaban al Rey, saludaron al Príncipe con lágrimas de gozo; y con las demostraciones de afecto, le hicieron ver que no se habia apagado en su corazon la memoria de sus deberes, y que toda la Escitia que lloraba su prision, recibia su libertad como la mejor fortuna que la podia venir.

Acabados los cumplimientos, dejando el Rey el acompañamiento en la sala, entró en un gabinete, á donde llamó al Príncipe y á Arsacomes, y despues de haber pasado algun rato, habló al Príncipe de esta manera. — Es preciso que confeseis, Oroondates, que habeis infinitamente faltado contra lo que debiais á mi tranquilidad, á vuestra patria, y á vos mismo. Tambien yo debo confesar que acaso he procedido contra vos con un rigor muy contrario á las primeras pruebas de mi afecto, y á lo que debiais haber esperado de un padre que no os habia visto en tantos años. Uno y otro hemos errado; pero el conocimiento de nuestras faltas no puede borrar en las almas el sentimiento de la naturaleza, y el de la virtud. Y así como yo veo que la memoria de las vuestras no me impide consideraros como hijo, y daros las muestras de mi primer amor por la confianza que

quiero tener en vuestra persona; así tambien espero que la memoria del tratamiento que habeis recibido de mí, no os estorbará conocerme como padre, y darme pruebas de vuestra primera obediencia y fidelidad, usando como debeis de la confianza que tengo en vos. Este conocimiento me obliga, hijo mio, á manifestaros el cargo que quiero daros, con la fe que todavía tengo, de que no habeis perdido aquel valor que me daba en los primeros años tan grandes esperanzas. Ahora teneis la mejor ocasion para confirmarme en uno y otro; y creeria ofenderos gravemente si os faltara á lo que tan legítimamente es debido. Sabed, pues, que despues de la derrota de Arimbas, Zopirio su hermano, Gobernador de la Tracia por Alejandro, ha pasado el atajo de Bizancio con un ejército de cincuenta mil hombres, y ha entrado en nuestras tierras, en donde ejecuta toda suerte de hostilidad. Su venida ha conturbado tanto á los pueblos atemorizados con el nombre de Alejandro, que la mayor parte de las ciudades que estan sobre las riberas del mar Euxino, y del rio Boristenes, se ponen en sus manos, sin esperar á Alejandro, que con un ejército mucho mas poderoso quiere inundar nuestros estados. Vos teneis una bella ocasion para defender vuestra patria contra un usurpador de to-

da la tierra, y de decidir vuestras querellas antiguas contra vuestro enemigo particular. Mi avanzada edad, que me ha dejado inhabil para las fatigas de la guerra, no me permite salir en persona al encuentro de este conquistador; ni tampoco pelear con él en unos confines en que ninguno ha entrado, sino para su confusion y su derrota. Yo los he protegido muchas veces contra su padre, vos, hijo mio, los ireis á defender contra el suyo. Algunos de mis Consejeros se oponian á esta eleccion que habia hecho en vuestra persona, representándome que el rigor con que os he tratado os dispensaria una parte de la fidelidad que me debeis; y al mismo tiempo me disuadian os confiase un ejército, sobre el cual están fundadas todas las esperanzas y el apoyo del Reino: pero el conocimiento que tengo de vuestro natural, del amor que vos teneis á la gloria, y de la emulacion contra Alejandro, me ha quitado estas sospechas, y he considerado ademas, que combatís por vos mismo, y que engañándome vos, entregabais los pueblos que os deben obedecer, y los estados que habeis de gobernar, á vuestros enemigos. He mandado salir de las guarniciones las tropas que habian venido con Arsaces, y las he enviado cerca del mar Euxino, adonde Zopirio hace notables progresos. Vos saldreis de aquí,

y las ireis á encontrar, para mandarlas, mientras yo recluto nuevas tropas que os enviaré al instante, y con las cuales podreis reforzar el ejército antes que llegue Alejandro. Pero yo quiero que marcheis mañana por la mañana, sin deteneros un punto, sin entrar en Isedon, y sin ver á ninguno de vuestros amigos, sino á los que os han de servir en el viage. Tengo motivos particulares para haceros marchar con esta diligencia, y por la mañana hallareis todo el bagage pronto á la puerta del castillo, y todos los que os deben acompañar.

El Príncipe no respondió palabra alguna á esta disposicion del Rey su padre, sino con una profunda reverencia, y muchas protestas de servirle como debia. Aunque él estaba fuera de todos los pensamientos del estado, el deseo de gloria que conservaba todavía, y el amor á las empresas generosas que permanecian, sin embargo de sus penas, en su corazon, le hicieron recibir con gozo, no la satisfaccion de su libertad, sino la ocasion de volver al campo, para disputar el valor con Alejandro al frente del ejército, cosa que tanto habia deseado, y hasta ahora no habia conseguido. Pidió licencia al Rey para ver solamente á su hermana la Princesa Berenice; pero se la negó, y le mandó que no se empeñase en saber la razon por que le

hacia marchar tan prontamente, y con tanto secreto. Conformóse el Príncipe con la voluntad del Rey, y pasó con él el resto del dia, recibiendo las órdenes y demas instrucciones para esta guerra.

La mañana siguiente, luego que fué de dia, le llevó el Rey en persona fuera del castillo, en donde halló un equipage soberbio: y entre los oficiales que le señalaron, conoció á Tojario y Loncates, dos fieles criados que habia perdido en la batalla de Arbeles, y que pocos dias antes habian llegado á la Escitia despues de haber tenido muchos trabajos, y sufrido una larga prision entre los Macedonios. Alegróse el Príncipe en estremo, y habiéndolos acariciado como á compañeros de su fortuna, abrazó á todos los demas que por orden del Rey debian acompañarle.

Marchó mi Príncipe, seguido de Arsacomes, de Teodato, de Cleoresto mi padre, y de trescientos mas de los principales Escitas, detras del ejército que se habia adelantado dos ó tres jornadas, y se encaminó hácia aquella parte de la Escitia, que se llama Sendica, situada entre el mar Euxino, y el rio Boristenes. Al cuarto dia nos unimos con las tropas en la ribera del Hipanis, en donde hizo la revista general mi Señor. Encontró el ejército muy debil, y no

dejó de admirar que su padre enviase unas tropas tan débiles para pelear contra el vencedor de todo el mundo. Los Isedonios habian puesto seis mil caballos, los Sarmatas cuatro mil, los Masagetas cinco mil, los Agatirsos tres mil, los Tauroscitas tres mil, los Agripenses dos mil, los Tiragetas dos mil, los Nomades tres mil, los Hilenios, los Basilenses, y todos los que estan cercanos al lago de Buges seis mil, y los Satarchienos dos mil. No tenian infantería, pues sabeis muy bien que los Escitas no se sirven de ella, sino en las grandes espediciones, y cuando estan precisados á echar todo el resto. Viendo el Príncipe que todo el ejército estaba compuesto de treinta y cinco mil caballos, le dividió en tres cuerpos. Dió el primero de diez mil á Arsacomes, el segundo de igual número á Teodato, Príncipe de los Sarmatas, y él se quedó con doce mil, eligiendo por Teniente al anciano Cleoresto mi padre, para que ocupase su lugar siempre que su persona fuese necesaria en cualquiera otra parte del ejército. El resto de tres mil caballos quiso mi Príncipe que le mandase yo como un cuerpo destacado, y solo destinado á socorrer á los demas en caso necesario y urgente.

Puesto este orden, marchó el ejército en derechura hácia el Boristenes, y habiéndole pa-

sado por un puente de barcas, se encaminó á la ciudad de Olbiopolis que Zopirio tenia sitiada, y que era la única que en esta provincia estaba resuelta á defenderse con la mayor generosidad. Será forzoso, Señor, por no alargarme que me permitais abreviar la relacion de esta guerra: por lo que os diré, dejando muchas cosas de poca importancia, que en el mismo dia que pasamos el Boristenes, supimos que Zopirio, noticioso de la prisa que llevábamos, levantó el sitio de la plaza que tenia bloqueada, y venia á encontrarnos á banderas desplegadas. Oroondates dió gracias á los dioses por tan bella resolucion, y aunque conocia la debilidad de sus tropas, no quiso aguardar el socorro de su padre, creyendo que su ejemplo los animaria de manera que ganarian infaliblemente la victoria. Con esta confianza marchó á buscarle, y la tercera noche descubrimos las luminarias de su ejército en una grande llanura que está entre las dos ciudades de Olbiopolis y Miletopolis, el Boristenes y el Danubio. Este aspecto animó el valor de los Escitas, que verdaderamente son los mas guerreros de todos los hombres, y particularmente por la defensa de su patria. El Príncipe tuvo bastante que hacer para contenerlos aquella noche, y al romper el dia los dos ejércitos se saludaron con gritos tan horribles,

que resonaron las riberas del Danubio, y los pájaros aturdidos con un estruendo tan espantoso, cayeron muertos á los pies de los soldados. Entonces Oroondates mandó elevar sobre la tienda la señal de la batalla, que era una cota de malla de escarlata, y dos dardos atravesados.

Luego que la vieron los Escitas, arrojaron un segundo grito, pero un grito lleno de corage y de gozo, del cual mi Príncipe presagió la victoria. Luego que se levantó, sacrificó en compañía de todos los capitanes á Júpiter, á Apolo, á la Diosa Telus, y al Dios Marte, el mas bello caballo del ejército; y habiendo dado las órdenes á los principales Oficiales, los envió á su obligacion.

Poco despues se armó de todo, menos de la celada que llevaba Toxaris detras, y montando á caballo visitó todo el ejército, notando y corrigiendo cuidadosamente los defectos, y dando todas las disposiciones oportunas para ganar la batalla; y exhortándoles con las palabras mas vivas que el deseo de la victoria le podia sugerir, les dijo de esta suerte. — Amigos mios, no son los Persas vuestros antiguos enemigos con quienes vais á pelear, y cuya victoria siempre os ha sido mas facil que el acometimiento: no quiero lisonjearos, y no tengo dificultad en ha-

ceros un discurso que podia intimidar á los flacos; pero no; solo deseo que vuestro ardor os acompañe en el combate, y sea aquel ardor con que siempre habeis quedado victoriosos: los que vienen, pues, contra vosotros son Macedonios, son Tracios, dos naciones valientes y guerreras, y una parte de aquella tropa que ha dado á su Rey el Imperio del mundo. Estos son unos usurpadores de toda la tierra, que no estando satisfechos con esta dominacion tirana que tienen en la Asia, en la Africa, y en la mejor parte de la Europa, quieren todavía estender su Imperio contra vuestra libertad, y contra vuestra vida. Esta variedad de enemigos os precisa á hacer esfuerzos muy estraordinarios: no vencereis sin trabajo, pero tampoco sin gloria ni fruto. De ganar ó perder esta batalla, depende la felicidad ó la ruina de los Escitas. Por la victoria de los suyos tendrá sin duda Alejandro la entrada libre en nuestras tierras, y este ejército poderoso que marchaba contra nosotros penetrará sin resistencia hasta los últimos rincones de la Escitia; y al contrario, por su derrota se arrepentirá del deseo de haberos embestido, y si persevera, mucho teneis adelantado, habiendo aprendido á vencer á los que jamas fueron vencidos.

Hízoles otros discursos semejantes, y cono-

ciendo que habian producido el efecto, mandó marchar el ejército en batalla contra los enemigos, que ya venian hácia nosotros en buen orden. Entonces ví una alegría en el rostro de mi Señor que jamas habia visto. Él iba á la frente del ejército que comandaba, y yo le consideré con tanto gusto, que es dificil esplicar la gracia que tenia, así en el mandar, como en las demas funciones de su cargo. Tenia una fiereza tan noble en las armas, y al mismo tiempo tan amable, que atraia con su dulzura, y atemorizaba á cuantos le miraban. Luego que se acercaron los ejércitos, se puso la celada cubierta de plumages y de piedras preciosas, y poniéndose al frente, mandó á Arsacomes que condujese á la vanguardia, para comenzar el choque.

Apenas las trompetas dieron la señal, cuando los primeros escuadrones se acometieron con una furia dificil de esplicar. Los Tracios no tuvieron tiempo de servirse de sus flechas, porque acercándose los Escitas los precisaron á pelear con las manos. Este encuentro fué muy sangriento; pero despues de haber largo tiempo disputado la ventaja, nuestra caballería ya empezaba á desordenar la infantería, cuando advirtiéndolo Zopirio, partió con el grueso del ejército, y cargando sobre los nuestros hizo una

gran mantanza antes que Oroondates pudiera socorrerlos.

Yo estaba á la ala derecha con mis tres mil caballos, y conociendo cuan mal iban los nuestros, me metí entre los enemigos, y rehice un poco nuestra parte, hasta que llegando mi Príncipe con su cuerpo, quedó el partido menos desigual. Zopirio, que habia tambien como Oroondates dividido su ejército en tres cuerpos, hizo avanzar el último, y Teodato á su ejemplo, por el mandato del Príncipe condujo la retaguardia al combate. Entonces los dos ejércitos pelearon con una obstinacion, y un valor tan estraordinario, que sin la menor duda resolvieron ó vencer ó perder la vida. Yo puedo asegurar con verdad, que de tantos millares de hombres como perecieron en la batalla, ninguno recibió la muerte volviendo la cara.

Los soldados Tracios y Macedonios, viéndose atropellados de la caballería de los Escitas, mataban sus caballos con los dardos, y cubriéndose con los escudos, se resistieron con valor para estorbar el desorden. El número de los enemigos era muy superior, y mejor armado que el nuestro; pero el valor de nuestro general, y la prontitud maravillosa en socorrer la parte mas debil, les quitaba toda ventaja. Ya habia hecho mi Señor hazañas sobrehumanas,

cuando viendo Zopirio que la victoria se inclinaba á nuestra parte, le reconoció entre todos, y considerando que en su muerte consistia todo el triunfo, se metió entre los suyos, y tomando un dardo, despues de haberle desafiado con un grito, se arrojó á él, y hallándole ocupado en otra empresa, le hirió en la espalda, pero ligeramente.

Viendo Zopirio su dardo enredado entre las armas de mi Príncipe, le abandonó, y levantando la espada para descargar segundo golpe, se revolvió mi Príncipe contra él con tanta furia y prontitud tan estraordinaria, que Zopirio encogido de miedo, comenzó á arrepentirse de su atrevimiento, y sintió sobre sí el golpe mortal de la espada, que hallando el paso libre debajo del brazo que habia alzado para su defensa, le pasó de parte á parte, y cayó muerto entre los pies de los caballos. La muerte del general quitó una parte al valor; y los Escitas, que le vieron revolcarse en tierra, echaron un grito tan fiero, que los atemorizó en estremo, y precipitó su derrota.

Es cierto que no hallamos tanta resistencia, y que al fin la victoria se declaró por nosotros. No os quiero entretener: los enemigos fueron destrozados, como sin duda lo habreis sabido despues; mas su obstinacion fué tan grande, que ninguno volvió la espalda, ni

menos pidió cuartel. Fué tan completa la victoria que con el calor del combate apenas pudo la autoridad de mi Príncipe salvar un corto número de heridos de la crueldad de los Escitas. Seis mil perecieron de los nuestros, y mas de diez mil quedaron heridos.

Despues de esta señalada victoria, habiendo dado gracias mi Príncipe á los dioses, se retiró á su tienda sin permitir que le curasen sus heridas hasta haber buscado primero los cuerpos de los principales, y particularmente el de Zopirio, que le hizo unas solemnes exequías como si fuera uno de sus mayores amigos. De cincuenta mil soldados que le habian seguido, ya os he dicho que ninguno huyó el furor de las armas, y de los que quedaron por tierra gloriosamente heridos, un corto número quedó prisionero entre las manos de los Escitas. Mi Príncipe pagó el rescate poniéndolos en libertad, y ministró todo lo necesario á los heridos que quisieron curarse en su mismo campo, haciendo con ellos los mismos oficios que podian esperar de sus amigos. Del mismo modo cuidó de los heridos de su ejército, recompensando á los valientes, y distribuyendo el botin entre todos con justicia, y sin confusion. Él tuvo tres heridas, pero no le precisaron á hacer mas que dos ó tres dias de cama.

Luego que estuvo en estado de montar á caballo, hizo levantar el campo, y enviando á los heridos y enfermos á Olbiopolis en los carros, marchó á Miletopolis y á las otras ciudades que habian abandonado vergonzosamente el partido de su Rey, por recibir y llevar el yugo Macedonio. Primero sitió á Miletopolis; y esta ciudad que no habia tenido ánimo para oponerse con honor y justicia á los enemigos, se obstinó contra el Príncipe legítimo, y le cerró las puertas, ó porque estaba poco apasionada á su Rey, ó porque el conocimiento de la falta, no permitiéndola esperar el perdon, la resolvió á aguardar á Alejandro, ó á sepultarse entre sus ruinas.

Esta plaza era muy buena, de manera que nos detuvo un mes entero delante de sus murallas; pero al fin con pérdida de algunos pocos soldados, habiéndola atacado mi Príncipe por todas partes, la tomó por asalto. Entonces mi Señor se portó con la mayor generosidad, pues hallándose dueño de ella, mandó cesar la mortandad que todavía duraba, y contentándose con los que habian muerto en la brecha, perdonó generosamente, y contra toda esperanza á los demas. Puso despues en la ciudad una ligera guarnicion, y los dejó á todos sus inmunidades y privilegios. Este rasgo de clemencia fué murmurado de muchos de los suyos, que

no podian aprobar hubiese tratado con tanta dulzura á una ciudad rebelde y obstinada, sosteniendo que para aterrar á los que fuesen cómplices del mismo delito, y que faltaba todavía que tomar, era muy del caso destruirla enteramente. Pero mi Príncipe se burló de sus máximas, y siguiendo los movimientos de su natural generoso, logró con esta dulzura el fin que ellos pretendian por caminos contrarios; pues pocos dias despues la fama de su grande bizarría esparcida por todas las provincias revueltas, hizo que todas se sometiesen voluntariamente á él, y en el espacio de tres meses catorce ciudades que se habian declarado ya por Alejandro, se pusieron en sus manos. Las ciudades de Tago, Caliordia y Orquilaquia, situadas á la frontera de la Taurica Quersonesa esperaron la resolucion de Miletopolis, y habiendo resistido hasta lo último, corrieron la misma fortuna, y el tratamiento igual á esta.

Mas para dejar las particularidades que no importan, y tocar solamente aquellas que pertenecen á los amores de mi Príncipe, os diré que hallándose este en el sitio de Orquilaquia, vió entrar en su tienda dos ó tres soldados de su guardia que le presentaron un hombre. Preguntando Oroondates el fin con que le traian,

respondieron, que salió de la ciudad, y habiendo caido en nuestras manos, suplicó le pusiesen en vuestra presencia, pues queria comunicaros una noticia muy interesante. Nosotros no la hemos despreciado; y como la dificultad que tiene en hablar el idioma de los Escitas, nos hace conocer que no es de este pais; hemos creido que la inteligencia que teneis en las lenguas estrangeras os podrá dar alguna luz, y sacar algun fruto de su relacion.

El Príncipe entre tanto le miró con alguna atencion, y viendo en su semblante algunas facciones que no le eran desconocidas, y habiéndome llamado para que le ayudase y diese socorro á su memoria; este hombre despues de haberle saludado con la rodilla en tierra, le dijo en lenguage pérsico. — Vos, Señor, no me conoceis ahora; pero si os dignais recorrer vuestra memoria, y pensar en las personas á quienes he servido, os acordareis sin duda que he tenido el honor y la gloria de haber servido á la vuestra en alguna ocasion. Estas palabras, y el metal de la voz nos abrió los ojos, y el Príncipe y yo conocimos á un tiempo que era el eunuco Tireo, fiel criado de las Princesas de Persia, que habia sido tambien prisionero de Alejandro, y que no las habia dejado, sino para llevar á Darío la noticia de la muerte de la Reina su es-

posa, y que él mismo nos habia conducido á la tienda de Sisigambis, adonde se habia quedado despues de la funesta aventura de mi Señor. Este conocimiento sorprendió infinitamente á mi Príncipe, y levantándose de la silla abrazó al eunuco con mucha ternura y muchas lágrimas que no pudo contener á vista de quien le renovaba la memoria de las cosas pasadas.

Volviendo, pues, á mirarle, — Oh Tireo, le dijo, ¿es posible que os veo? ¿es posible que hayais podido abandonar á aquellas personas que serviais, para retiraros á la Escitia?

— Señor, respondió el eunuco, si mi arribo á este pais os ha admirado, mas os admirará su causa. Os la manifestaré cuando gusteis oirme, y os daré cuenta con la mayor fidelidad de cuanto me han mandado.

El Príncipe se llenó de gozo con estas palabras, y quedó tan agitado de varios pensamientos, que la mutacion de su semblante descubria la conmocion de su alma. Dos ó tres veces quiso hablar; pero reflexionándolo mejor, consideró que Tireo tenia alguna cosa que decirle, pero sin testigos. Con este motivo se resolvió á esperar mejor ocasion para oirle con mas libertad, y por eso tomando la última palabra del eunuco, le dijo: — A la noche hablaremos largamente. Entre tanto estad seguro que

cualquiera que sea el motivo que os ha traido, habeis venido á una tierra en donde puedo recompensar los buenos oficios que he recibido de vos en vuestro pais.

Despues de estas palabras me permitió que le abrazara, y que renovara con él el conocimiento que habiamos tenido en la Persia. Yo tuve el cuidado de su alojamiento y descanso, y de tratarle bien, y entretenerle todo el dia mientras mi Señor estaba aplicado á los negocios del sitio cuanto le permitia su impaciencia.

Venida la noche, y acabada la cena con los capitanes y otros oficiales, se retiró á su cuarto, y poniéndose en la cama me mandó que llamase á Tireo, y haciéndonos sentar al lado de la pared, despues de haber despedido á todas las personas que estaban en el cuarto, y haber quedado solos, volvióse al eunuco, y le dijo :

— Tireo, ya estamos con libertad, ó por mejor decir, ya estoy dispuesto á oir cuanto teneis que contarme sobre la mutacion de mi estado, ademas de la memoria que me es tan sensible. Solo os pido que hableis sin adulacion á quien no puede recibir aumento en sus dolores, ni menos puede esperar suerte alguna de vos.

Sentado el eunuco conforme mi Señor se lo habia mandado, despues de haber meditado

un rato sobre el discurso que debia hacer, le comenzó de la manera siguiente.

HISTORIA DE ESTATIRA.

—El discurso que os voy á hacer, Señor, os llenará de satisfaccion, y al mismo tiempo de pena. Creo que habrá pocas cosas que tan igualmente participen del dolor y del gusto como las que voy á contaros. A muchas de ellas yo no he estado presente; pero las he oido á Cleone y á la misma Princesa, de las cuales estoy perfectamente instruido, para desempeñar la obligacion que me han impuesto, y con particularidad la Princesa.

Despues que por órden de Alejandro dejaron las Reinas y las Princesas á Sidon, y se apartaron de vos con el mayor disgusto, por mandamiento del vencedor tomaron el camino de Gaza, embestida ya por el ejército. Mientras duró el sitio las alojaron en una casa cerca de la ciudad, donde Alejandro las visitaba á menudo, y con este motivo renovaba la persecucion de Estatira. Esta generosa Princesa, acordándose siempre de lo mucho que os debia, y de las promesas que os habia hecho, se opuso con mu-

cho valor á sus ruegos importunos, y se resistió siempre con tanta urbanidad y gracia, que Alejandro en vez de resfriarse se inflamaba mas y mas en su amor; y conociendo en su conversacion las bellezas del alma como habia visto en su cuerpo, se entregó enteramente á ella, y olvidó la pasion que tenia por Barsina. La Princesa se afligia infinito; pero como prudente disimulaba una parte de sus propios sentimientos, gobernándose de manera que sin disgustar á un joven vencedor, cuyo poder era absoluto, sufocó dulcemente todas las esperanzas que podia fundar en su atencion y buen tratamiento.

Es verdad que Alejandro tenia tantas ocupaciones que no le permitian emplearse frecuentemente en las del amor, y estos dias que ella llamaba de descanso, los pasaba hablando siempre de vos. Cleone me lo ha asegurado, y me ha dicho que el conocimiento que todas las Reinas y Princesas tenian de vuestro afecto, la daba libertad para hablar de vos con la Princesa su hermana, con Barsina y las otras damas, cuyo consuelo en sus desgracias era vuestra memoria; como lo acreditaban las muchas alabanzas que os rendian en vuestra presencia, y daban ahora en demostracion de esta verdad. Despues de la toma de Gaza, fué preciso tomar el camino del Egipto, y haciéndolas conducir el

Rey por el Nilo hasta Menfis, llegó cabalmente el Rey en el mismo dia.

La ociosidad renovó su acostumbrada inclinacion, y se dió al amor todo el tiempo que permaneció en la ciudad. La Princesa le trató como siempre, y se portó con tanta modestia y virtud, que se hizo estimar mucho mas, y alabar, así de las Reinas, como de todos aquellos que consideraban su conducta y buen gobierno. Pero no pudiendo este glorioso Príncipe vivir ocioso, y sepultar entre los pensamientos del amor las ideas de la guerra que dominaban mucho mas en su espíritu, partió de Menfis, adonde dejó las Princesas, y corrió en tanto todo el Egipto, que redujo á su obediencia, y resolvió de repente ir en persona á visitar el templo de Júpiter Amnon.

No os contaré su viage, solamente diré que despues de su marcha, un dia, ¡ay de mí! un dia, dia fatal á la quietud del resto de los suyos, y muy contrario al vuestro, estando sola la Princesa en su cuarto la avisaron que uno de vuestros criados la traia noticias de vos y de vuestro estado, y deseaba poderla hablar de vuestra parte. Estatira por poco no muere de gozo, y mandando que entrase al instante, aun no tuvo paciencia para esperarle, pues le salió al encuentro, y vió que era Arbates, uno de los

criados que habiais tomado en la Corte de Persia.

Mi Príncipe interrumpió entonces á Tireo, diciéndole : — Es verdad, que le dejamos en Sidon con el dinero necesario para que marchase donde fuese su voluntad; pues se escusó de seguir nuestro viage á causa de no sé qué indisposicion.

Luego que entró, prosiguió Tireo, la princesa con mucha prontitud le preguntó por vos.

— Yo le dejé, la dijo, en Ircarnia á punto de pasar el Arajes para restituirse á la Escitia; y él me ha hecho venir desde allí para que os entregase esta carta.

La Princesa, que os juzgaba al lado del Rey vuestro padre, se quedó temblando, y tomando la carta, la abrió con unas emociones que desde luego anunciaron los males que la acometieron despues. Abierta, en fin, el primer objeto que se presentó á su vista fué el lazo que ella reconoció ser de sus cabellos, y el mismo que os dió cuando partisteis con Artajerjes á pelear contra los Escitas. Esta vista la hizo horrorizarse, y aun la quitó el ánimo de leer la carta. No obstante, haciendo cuanto pudo para asegurarse leyó las palabras siguientes con la pena mayor del mundo.

« Si habeis creido que yo fingia, no estais engañada. He fingido verdaderamente en la complacencia que he tenido por vos; mas no finjo cosa alguna en la pasion que tengo por una persona mas perfecta que vos. Verdaderamente vos me habeis hecho abandonar un sitio que vuestras impertinencias me hacian aborrecer. Yo os dejo, pero os dejo sin pesar, y sin deseo de que prevalezca en mí vuestra memoria, ni menos vuestros favores. Me ha costado poco trabajo el adquirirlos para que los estime. Y puesto que los presentes de los enemigos son funestos, os vuelvo vuestro lazo, por no conservar cosa alguna que pueda perturbar la paz, y la tranquilidad de

« OROONDATES. »

Oroondates oyendo las palabras de esta carta, no permitió que Tireo pasase adelante, antes bien le interrumpió diciendo: — ¡Oh dioses! ¿Qué me dices, Tireo? ¿Con que la carta que yo escribí á Roxana, la recibió mi Princesa, como si fuese á ella misma dirigida, y el lazo llegó tambien á sus mismas manos?

— No el que volvisteis á Roxana, respondió el eunuco, sino el mismo que habiais recibido de Estatira, y que si os acordais perdisteis en

Damasco. Pero dignaos de escuchar lo demas, y quedareis plenamente informado de todo lo sucedido.

Juzgad, Señor, cual seria la admiracion de la Princesa con la lectura de vuestra carta, cuyo caracter conocia perfectamente, y á vista de un lazo que era suyo, y conoció ademas en el bordado y en las cifras, al recibir uno y otro enviado por un hombre que sabia era todo vuestro, y de bastante estimacion entre vuestros domésticos. Ella le hizo repetir muchas veces para no engañarse lo que habia oido : miró otras tantas, y muy menudamente el bordado y cifras del lazo, y millones de veces leyó el contenido de la carta. Por la estravagancia del caso con dificultad daba crédito á sus ojos, á su memoria, ni á sus oidos propios. Creyéndose dormida, ó fuera de sentido, procuraba rehacerse y desvelarse : mas despues que se aseguró de su desgracia con unas demostraciones y pruebas que no la podian desmentir, empezó á afligirse de manera que quedó sin valor, sin fuerza y sin sentidos ; y dejando caer la carta y el lazo que conservaba en las manos, se reclinó en la misma silla en que estaba sentada, y quedó poseida de un fatal desmayo. Cleone, que era la única que estaba presente, corrió á socorrer á su Señora, y aflojándola la ropa, le arrojó muchas ve-

ces agua en el rostro; y considerándose debil para desmayo tan grande, llamó en su ayuda á las compañeras.

Cuando volvió en sí, miró á todos con un ojo lánguido y moribundo, y mandando á Cleone con vos baja que hiciese retirar á los demas, se quedaron las dos solas. Entonces la Princesa se entregó toda al dolor, y lloró tanto vuestra infidelidad imaginada, que ni Cleone se atrevió á consolarla, ni en todo aquel dia quiso ver á Barcina, á Parisatides ni á la Reina misma. Al dia siguiente Cleone, que en verdad siempre os ha honrado, queriendo alguna vez alegar alguna razon para disculparos; — Calle, loca, la decia : y contra tu opinion, y contra el sentido comun no abras la boca para defender á un traidor ¿ Acaso pueden mentir los caracteres de esta carta ? ¿ Puede negar que no conoce al mismo sugeto que me le ha traido ? ¿Podemos nosotros desconocer este lazo, del cual tú has cortado los cabellos, y ambas á dos hemos bordado? ¿Hay aqui, por ventura, alguna duda? ¿Hay aquí algun artificio de Roxana, ni sombra alguna para que podamos engañarnos? Habla ahora, Cleone, y cree que yo te quedaré enteramente obligada, si puedes hallar alguna escusa para alijerar mi dolor, ó si me puedes persuadir que estoy loca, ó que estoy dormida.

Cleone quedó como muda, y no teniendo que alegar contra los testimonios tan visibles de vuestra mudanza, ella no podia escusaros, ni vituperar el sentimiento de su Señora.

Despues de esta novedad no habia visto mas á Arbates para preguntarle mas particularmente de la infidelidad de su Príncipe : (vos, Señor, perdonareis si uso de este término, pues de este mismo usaba la Princesa despues de vuestra mudanza), y la fuerza de su dolor fué tan eficaz, que realmente enfermó. No obstante el motivo que pudo proponerse en ocultar la causa de su mal aun á las personas mas queridas; al fin no lo pudo disimular; pues entrándola á visitar Barcina, la Princesa su hermana y las Reinas, no pudo menos de arrojar muchas lágrimas, y de manifestarles la carta fatal, que la habia reducido á un estado tan calamitoso. Ella les confesó libremente la grande inclinacion que os tenia, les pidió perdon por la falta en que habia caido á persuasiones de Artajerjes en admitir su afecto sin noticia suya, y les esplicó su dolor de tal manera, que desde luego introdujo la piedad en su favor, y la detestacion contra vuestra persona. Todas condenaron vuestro mal modo de proceder como contrario á la generosidad, á lo sagrado de vuestros juramentos, á la urbanidad, y como indigno de un Príncipe de

vuestro nacimiento, y de un hombre dotado de un vislumbre de virtud. La misma Barcina, que hasta entonces os habia amado en estremo, fué la primera en vituperaros; y tomando parte en la afliccion de la Princesa, manifestó horrorizarse en vista del tratamiento que la habiais hecho.

Roxana la visitaba alguna vez por no faltar á su obligacion; y aunque al principio hablaba poco, y huia todas las ocasiones para no dar á entender el interés que tenia; mas cuando la vió confirmada en la opinion de vuestra infidelidad, y halló la puerta abierta para echar el resto, no perdió la ocasion, y la dijo: — Señora, al fin han querido los dioses que quedaseis desengañada, y que llegaseis á conocer la sinceridad de mis intenciones. Bastantes veces os advertí la mala intencion de este desleal; pero mis fieles avisos os eran sospechosos, y desechabais con menosprecio lo que os prevenia con afecto cordial. Pero consolaos con que no sois sola la engañada: aquí ha suspirado en apariencia por otras muchas. Aunque Barcina finja lo contrario, no ha estado exenta de sus perfidias, y puesto que ya es preciso decirlo todo, permitidme, Señora, que os confiese que tambien yo he sido engañada, habiéndome hecho en vuestra ausencia los mismos juramentos

y las mismas protestas que á vos; pero los dioses me han hecho la gracia de no dar crédito á sus palabras, ni le he concedido favor de que se pueda lisonjear.

Continuaba Roxana con otros discursos de esta naturaleza; y aunque la Princesa no la daba entero crédito, como estaba en términos de creer todo lo que confirmaba vuestra infidelidad, ella la escuchaba con suspiros, y solo la respondió con lágrimas y sollozos. Pero cuando estaba sola, ó solamente acompañada de Cleone, arrojaba unos suspiros tan lastimosos que podian ablandar los corazones de bronce. — ¿Es posible, decia, que Oroondates, hijo de Rey, y cuya virtud en apariencia correspondia á su nacimiento, que abandonó su patria por servirme, y que me hizo conocer su amor con tantas pruebas, haya sido capaz de una vileza indigna de su nacimiento, y tan contraria á las espresiones de su amor? ¿Y es posible que yo dude todavía despues de tan evidentes testimonios y señales tan seguras de mi desgracia? No, Estatira; crédula, facil, amorosa y desgraciada Estatira: tú debes morir por tu credulidad, por tu facilidad y por tu amor: tú debes morir para satisfacer tantas culpas, para reparar la ilustre sangre de Persia, y para acompañar inseparablemente entre las furias vengadoras á este

desleal, á quien tú has creido, á quien has sufrido y á quien has amado. Muere, pues, miserable; no arrastres mas una vida llena de tantas desgracias, de tanta vergüenza y de tanto arrepentimiento: no sobrevivas á los desprecios de este insolente enemigo, y aparta por una muerte honrosa la última desgracia de tu casa. Ahora puedes morir Princesa, é hija de Rey; pero si esperas algunos dias, acaso morirás despues de todos los tuyos, y desnuda de todas las señales de tu nacimiento. Ve á buscar á tu amado que te precipitó inocentemente en las desdichas que te hacen morir: reprehéndele la infidelidad de su amigo, y asegúrale el sentimiento que tienes de haber sobrevivido á un hermano que quisiste tanto, aunque su amistad te ha sido tan fatal.

Algun tiempo permaneció con este deseo, pero luego de repente mudó de idea, y esclamó así: — ¿Qué, yo morir por un traidor que me ha tratado con una indignidad que no tiene ejemplo, y que no se estila aun entre gente de la mas vil condicion? ¿Yo morir por un ingrato, que despues de haber recibido mil pruebas de mi afecto, no ha tenido vergüenza para declararme que ha fingido por complacencia, que ha suspirado por una persona mas perfecta que yo, que solo me deja por evitar mis impertinencias,

que me abandona sin dolor, que desprecia mis amores porque los ha adquirido fácilmente, que me vuelve mi lazo como presente funesto del mas cruel de sus enemigos, y que no quiere conservar de mí cosa que le perturbe su tranquilidad ? No, no moriré por él : ya he hecho bastante sin morir, y esto será mi último empacho, y su última vanidad : el desleal, el indigno quedaria muy glorioso, y se lisonjearia de haber hecho morir de amor á la Princesa de Persia, hija del enemigo de su padre. Yo quiero vivir, pero para aborrecerle, para menospreciarle ; y aunque empiece tarde, y sea prudente á costa mia, y para mi confusion, no importa : yo me mudo la última, pero me mudo con justicia, y tengo la satisfaccion de hacer, sin crimen, lo que él ha hecho con una traicion que detestan los dioses y los hombres.

En fin, fueron tantas sus esclamaciones, que no es facil referirlas todas. Con el tiempo, con las palabras de las Reinas, de la hermana y de todas sus confidentes, estableció por último no aborreceros (pues esto era imposible) ; pero á lo menos estinguir cuanto pudiese una memoria que no la podia ser sino muy funesta. Esta resolucion la acabó de determinar á tomar todos aquellos remedios que conducian á restablecer su salud : y se tuvo tanto cuidado, que

en poco tiempo salió de la cama, sana en la apariencia, pero en realidad tan enferma y mudada, que causaba compasion á cuantos la veian. Trató por entonces apartaros de su memoria, prohibió á Cleone que hablase de vos, rompió todas las cartas que la habiais escrito, y rogó á su hermana y á las demas amigas, que por ningun acontecimiento, accidente, ó caso alguno se volviese á hacer mencion de lo pasado. Pero esto no se cumplió sino con grandísima violencia, y con aquel dolor que os podeis figurar si la habeis amado de todo corazon.

Mientras permanecimos en Menfis, la ausencia de Alejandro la dejó libre de sus persecuciones; pero despues que volvió del templo de Júpiter Amnon, la encontró tan mudada, y tuvo tanta compasion, que hizo todo lo posible para saber la causa; y no pudiéndola descubrir, creyó que la cautividad y las desgracias de su casa serian el motivo. Esta consideracion le obligó por algun tiempo á molestarla menos de lo acostumbrado, y en tanto la hizo servir, y lo mismo á las Reinas, con mas respeto y unos modos capaces de endulzar mucha parte de sus desgracias. Entretanto dió las órdenes correspondientes para que se fundase la nueva ciudad de Alejandria : y dejando á Peucestas, y á Esquilo para que comandasen en Egipto, nos hizo partir de

Menfis, y tomar el camino de Babilonia, en donde se sabia haberse retirado Darío. Fué por entonces tal su diligencia, que en el espacio de once dias acampamos en la ribera del Eufrates, y habiéndole pasado por un puente de barcas, cuatro dias despues ya estábamos cerca del Tigris. Al pasar este rio el valor del Rey fué sobremanera maravilloso. Entró el primero en medio de las aguas, y obligando á los demas con su ejemplo, hizo pasar todo el ejército á pesar de una corriente la mas impetuosa y la mas rápida de todo el mundo. Desde luego destrozó á Satropaces, y otras tropas de Darío, y se le acercó como á unos cien estadios.

Entre tanto la Reina esposa de Darío, cansada de las fatigas del viage y de otros disgustos, cayó enferma, y pocos dias despues murió. Juzgad, Señor, por las noticias que teneis de la ternura de las Princesas, cuánto sentimiento tendrian por esta muerte, y con cuantas lágrimas llorarian la pérdida de una madre que tanto las habia amado, y tantas prendas como tenia esta Reina virtuosa. No me detendré en esto, porque sé que estais bien informado, como tambien que dejé á las princesas para llevar esta triste noticia á Darío. Yo ví de qué manera vos la recibisteis, y ví con vos pocos dias despues el suceso de la sangrienta batalla de

Arbeles: y si os acordais os conduje á la tienda de las Reinas, y siendo testigo de cómo os manejasteis para librarlas, lo fuí tambien del tratamiento que os dió la Princesa. Por entonces lo estrañé; pero quedándome solo con ella despues que os despedisteis, entendí la razon por que se habia mudado, y cesó en mí la maravilla producida de una falta, que no se podia escusar con menos causa que con la que os lo he contado con la mayor fidelidad.

Calló Tireo, y el Príncipe le dijo: — Ya no admiro que esta pobre Princesa (y esto lo decia con lágrimas en los ojos), tan maliciosamente engañada, no pudiese sufrir la vista de aquel que con tanta apariencia de razon era indigno de vivir entre los hombres. ¡Ah, y qué legítimo era su sentimiento! Pero la traicion no pudo urdirse con mejor artificio. Mas continuad, Tireo, porque bien creo que no será esta la última de mis desgracias.

—Despues de la batalla de Arbeles, prosiguió Tireo, quedé como antes sirviendo á Sisigambis y á las Princesas, y el dia siguiente á la derrota de la batalla marchó con ellas, y pasando por Arbeles, llegamos á Memnon, y desde allí proseguimos con Alejandro derechos á Babilonia. Pero apenas estábamos en el camino, cuando Mazeo, Satrapa de esta Provincia, vino con sus

hijos, con sus amigos y con los principales de la ciudad á salir al encuentro á Alejandro; y presentándole las llaves, le introdujo en ella, y le acompañó en persona por toda la muralla. Bagistano, gobernador de la ciudadela, y tesorero, lo puso todo en sus manos: y habiendo los ciudadanos entapizado las calles, adornado las casas con soberbias colgaduras, y cubierto el pavimento de flores, le recibieron mas como persona divina que como humana, sometiéndose al yugo con aplauso universal. Alejandro trató á Bagistano y á Mazeo, como tambien á toda la ciudad, con mucha dulzura: y entrando en ella á la frente de su ejército, tomó posesion de aquello que la cobardía de sus naturales le habian franqueado.

Será dificil poder esplicaros las varias conmociones de la Princesa, despues de vuestra partida. Por mas que hacia para aborreceros, jamas pudo consentir en vuestra muerte, pues creyendo que vos habiais perecido en la batalla, estuvo á pique de morir de sentimiento. Hallándose despues en Babilonia, oyó hablar á Alejandro de vos, y supo por él, que aquel valiente guerrero que habia hecho tantas hazañas por librarla del cautiverio, no habia muerto; pues habiéndole sacado Eumeno por mandado de Alejandro de entre los cuerpos que queda-

ron en el campo, le hizo conducir á Arbelles, donde le habia dejado vivo y con grandes esperanzas de su curacion. La generosidad de su alma, antes que su amor, renovaron con estas noticias su gozo; y acordándose de cuantos peligros os habian librado los dioses, tambien creyó os librarian ahora; y aunque no manifestaba ningun deseo por vuestra persona, hizo no obstante algunos votos por vuestra conservacion, suplicando á los cielos os volviesen con toda felicidad á la Escitia, en recompensa de los servicios que solo por generosidad habiais hecho á su casa.

A esta sola virtud atribuia ella todos vuestros hechos: y aunque Cleone la acordaba los últimos servicios que habiais pretendido hacerla, y aunque Bareina la ponia delante de los ojos vuestras últimas palabras, tan contrarias al contenido de la carta, y á la relacion de Arbates, que decia os habia dejado en la Ircania á punto de pasar el Arajes, en el lugar en que os habian visto con Darío pelear por su salud, hasta derramar la última gota de sangre; ella respondia que en aquellas palabras habiais disimulado como en las otras: que en tanto para retiraros á la Escitia, la cólera del Rey vuestro padre (que acaso estaria avisado de la mansion que habia hecho en la Corte de su mayor ene-

migo) os habia sin duda obligado á volver á Darío; adonde vuestro valor os hizo pelear con los sucesos que os eran ordinarios: y cuando Barcina la estrechaba con esta misma consideracion, y la decia: — Señora, aunque sea tan valiente, y esté desterrado de su patria, ¿á qué venian unas palabras tan llenas de pasion que siempre os dijo, y una desesperacion con que visiblemente ha manifestado su afecto, si en realidad no os amaba?

—Pero, Barcina, respondia la Princesa, ¿á qué venia enviarme el lazo, y escribir una carta tan picante, y tan llena de indignidades y ofensas, si verdaderamente me amaba? ¿Hallais acaso que las últimas pruebas de su amor sean mas claras, que las de su aborrecimiento y de su menosprecio? ¿Y os podeis imaginar qué causa le puede haber obligado, ó qué ceguedad es la nuestra que nos haga desconocer la carta, la letra, la firma y el lazo? Ademas de que si habeis considerado bien el hecho, ni una palabra sola ha dicho para aplacarme: pues despues de haberse contentado con decirme para su justificacion, que si tenia alguna cosa con que reconvenirle, podia buscar mejor ocasion; con la mayor arrogancia me echó en cara los servicios, y salió de la tienda aun sin saludarme. No juzgueis, pues, estraño, Barcina, que per-

mitiéndome otras veces reconvenirle, haya confesado entonces el motivo que tenia, y que no pensando ahora en justificarse, haya perdido todo el respeto que tenia, ó fingia tener por mí.

Aunque la Princesa discurria de esta manera, no dejaba por eso de reflexionar en vuestras últimas palabras y acciones, y en la incertidumbre que la causaban, quedaba tan suspensa entre sus primeros sentimientos, y la resolucion de nunca mas amaros, que si hubierais llegado en aquel mismo punto, hubierais borrado todas sus impresiones: pero como no ha tenido ninguna noticia de vos, cree que la habeis olvidado. Alejandro entre tanto la significaba su amor con infinitas demostraciones, y mientras permaneció en Babilonia no dejó pasar momento sin visitarla.

Un dia que estaba con ella, acompañado de Tolomeo y Lisimaco, sacó la conversacion de la batalla de Arbeles, y de otros encuentros que habia tenido con vos, y valiéndose de este pretesto, suplicó á la Princesa con la mayor instancia le hiciese saber vuestro nombre y vuestro nacimiento: y respondiendo la Princesa que no os conocia; replicó el Rey: — Cualquiera que sea, si su nacimiento corresponde á su valor, y á su bella presencia, es cierto que es muy di-

gno de ser amado: y aunque esto tambien me bastó para que yo le amase, la declaracion que me hizo del afecto que os profesaba me obligó á pensar espresamente ó en su salud, ó en su sepultura. En esto, Señora, podeis considerar el amor que yo os tengo, pues este rival que por su propia confesion no me puede dejar la vida, halla la conversacion de la suya en los cuidados de su mismo rival: y yo pierdo la memoria de mis intereses y de mi salud, por servir á una persona que os ama en perjuicio de mi tranquilidad y de mi vida. Esto es efecto de un amor puro y desembarazado de las consideraciones comunes: y si vos lo mirais como se debe, perdereis sin duda mucha parte de aquel humor que os hace desdeñar á un Príncipe que muere por vos.

La Princesa le respondió con mucha modestia:—Yo no desdeño, Señor, una persona tan ilustre, ni rehuso los favores que me haceis, sino de la manera que la presente condicion me lo puede permitir. Muchas son verdaderamente las obligaciones que os tengo; y procuro cuanto puedo compensarlas con los males que nos habeis causado. Pero, Señor, por muchas que sean las demostraciones del afecto que me mostrais, ¿cómo quereis que yo reciba las pruebas y palabras de vuestro amor, mientras per-

sigais con tanta crueldad á mi padre, y no contento aun con la usurpacion de todos sus estados, acechais su vida, prohibiéndole retirar á un pequeño rincon que le queda de tantas tierras como ha poseido? ¿Cómo quereis que yo reciba las ofertas de vuestra libertad, mientras estoy privada de la mia? ¿Y cómo quereis que yo me repute vuestra Reina y Señora, mientras en efecto me veo prisionera?

Quedó Alejandro avergonzado con estas palabras, y procurando cubrir con la mano los colores que le salieron al rostro, respondió:

— Las reconvenciones que me haceis son muy justas hasta ahora; pero la causa cesará muy presto con la guerra. Si la he tenido con Darío, esto ha sido por el Imperio y por la gloria: y si no ceso de proseguir con mis victorias, no tanto es por tener el honor de vencerle, cuanto por mostrar mi generosidad, esto es, por volverle lo mismo que le he quitado, y haceros á vos Señora de toda la Asia, por el don que os haré antes que por la sucesion.

— Cuando veamos, replicó la Princesa, los efectos de vuestra bondad y del afecto que me mostrais, no será Darío tan ingrato que no agradezca estas gracias como debe, ni yo tan poco obediente que no me rinda al precepto que me imponga de honraros, y de estimar vuestra

persona conforme la grandeza de vuestras hazañas, y segun las gracias que nos habeis hecho.

Aunque Alejandro quedó poco satisfecho de este discurso, aparentó estarlo; y desde entonces procuró hacerse amar de ella por todos los medios que creyó la podian ser agradables. Despues de haber permanecido treinta dias en Babilonia, mandó desalojar y tomar el camino de Susa. Abulito, gobernador de la ciudad, siguió el ejemplo de Mazeo, y saliendo al encuentro á las orillas del Idaspes, se la puso en las manos, con un botin considerable y cincuenta mil talentos. En esta ciudad dejaron de caminar las Princesas; pues conociendo Alejandro en el rostro y en las espresiones de Estatira el disgusto que tenia en correr todas las espediciones y sufrir las fatigas del ejército, las permitió quedase en ella, de donde todavía no han salido, quedando encargadas á Arquelao, á Xenofilo y Calicrates con tres mil Macedonios escogidos para su defensa y la de la ciudad.

Antes de partir se fué Alejandro á despedir de ellas, y diciendo el último á dios á la Princesa Estatira, mientras Efestion, amante de Parisatides, y favorecido del Rey en su amor hacia lo mismo, la dijo: — Señora, yo os dejo; pero aunque parto de aquí, mi alma

no se apartará un punto de vos. Acaso volveré un dia para poner á vuestros pies todas mis victorias. Quieran los dioses que yo pueda vencer vuestro espíritu, como me permiten vencer tantos hombres, y que os halle tan piadosa á mi vuelta, como os dejo insensible á mi marcha.

La Princesa le respondió: —Siempre me hallareis dispuesta á reconocer vuestro valor, y las gracias que me haceis: y jamas arreglaré mis acciones sino por la voluntad de mis padres, y por el tratamiento que recibirán de vos.

Si la Princesa hubiera seguido sus resentimientos, ciertamente hubiera respondido en términos menos atentos; pero siendo sobremanera prudente, no quiso irritar con menosprecios el espíritu de un joven vencedor, ni precisarle á faltar al respeto que hasta entonces habia tenido. Partió en fin Alejandro de Susa, dejándolas en una grande tranquilidad. Duró esta sin interrupcion algun tiempo; pero poco despues Madato, sobrino de la Reina y gobernador de la Provincia de Ugia, la suplicó que habiéndose resistido á Alejandro con su defensa, no pudiendo obtener el perdon, se interesase con él, pues ya se hallaba reducido al último estremo. Dejó pasar Sisigambis algun tiempo antes de pedir gracia alguna á Alejandro; pero al fin

rendida á los ruegos de Madato, cuya fidelidad le habia irritado, le escribió á su favor, suplicándole solamente mirase por su sobrino, concediéndole la vida. Yo llevé al Rey esta carta, y no solamente consiguió lo que pedia, sino que confirmó á Madato en todos sus empleos, y al pueblo los privilegios, inmunidades y demas gracias que tenia con Darío. A la vuelta me hizo acompañar por uno de los suyos, que traia una carta para la Reina, y otra para la Princesa. El contenido de la de la Reina era todo atencion y cortesía; pero la de la Princesa decia así:

ALEJANDRO A LA PRINCESA ESTATIRA.

« He concedido á Madato á instancias de la Reina lo que esta me ha pedido; y yo doy toda la Provincia á mi Princesa que no me ha pedido nada. Quieran los dioses que ella se ablande por sí misma, y que pierda toda la dureza que tiene conmigo, como con la memoria de su belleza se ha disipado toda la cólera que tenia contra los suyos. No de otro que de vos espero yo, bella Estatira, la misma gracia que han alcanzado estos vencidos, puesto que por vos sola sufro penas mas crueles, que las que ellos

han temido. Tratad mi persona como yo trato á los vuestros, y no deshonreis vuestra victoria por la crueldad que manifestais, con la pérdida de aquel que se ha rendido sin alguna resistencia. Yo espero este efecto de vuestra generosidad, y de vuestra sola bondad la vida de

« ALEJANDRO. »

La Princesa Parisatides tambien recibió otra carta de Efestion, mas como yo tuve poco interés en ella, no tengo presente su contenido. La Princesa Estatira con consentimiento de la Reina respondió á Alejandro de la manera siguiente:

LA PRINCESA ESTATIRA AL REY ALEJANDRO.

Así en la vida de Madato como en todas vuestras acciones vemos los efectos de vuestra virtud. Por esta conservaré siempre el debido agradecimiento, y apreciaré infinito los favores que los nuestros han recibido de vos con la mayor estimacion y reconocimiento. Esto es todo lo que una prisionera puede hacer por su Señor; y por el Grande Alejandro, la hija del desgraciado Darío :»

« ESTATIRA. »

Recibió la Princesa otras muchas cartas de Alejandro, cuyo contenido no es necesario referir: mas despues de estos mensages: ¡ oh dioses ! ¿ tendré yo corazon para decirlo? Estas pobres Princesas recibieron la noticia de la muerte de su padre Darío, y pocos dias despues el cuerpo de este gran Rey, que Alejandro las enviaba para que le hiciesen las debidas exequías. Permitidme, Señor, que yo no me estienda sobre esta materia, y que como pintor diestro cubra con un velo el dolor que no soy capaz de espresar. Bastará que sepais que todo cuanto el dolor y la desesperacion han tenido de mas lastimoso y fúnebre, se presentó entonces en su verdadera forma, y que las Princesas oprimidas con el peso de un dolor tan vehemente, perdieron con la esperanza del consuelo cuanto las habia quedado de valor y de resolucion.

Estuvieron muchos dias tiradas por los suelos, cubiertas con los velos, y apartadas de toda comunicacion, llorando esta última pérdida con tantas lágrimas que se creyó ciertamente que su vida se evaporase por los ojos. Pasaré por alto la narracion de las ceremonias que se observaron en el entierro de este gran Rey; por no molestaros, diré solamente que estaban las Princesas tan afligidas para pensar en pompas y en magnificencia de entierro, y Darío tan profun-

damente sepultado en sus corazones, que no las dió lugar á otro sepulcro que fuese mas digno y mas propio para las cenizas de este Príncipe grande. Ellas ofrecieron sobre la sepultura de Darío lágrimas de sangre, sus cabellos y mil imprecaciones contra Alejandro. Pero apenas habian desahogado alguna cosa su corazon, llegó este á Susa, con algunos de sus amigos, con el fin de visitarlas y consolarlas en sus penas.

Uno de los que le acompañaban era Oxiarto, hermano del difunto Rey, á quien habia hallado entre los prisioneros, y que despues de haberle obsequiado como su valor y su nacimiento merecian, le habia recibido entre sus amigos, y restablecido en todas las dignidades y cargos que obtenia. Seguia al Rey en la visita que iba á hacer á las Princesas, las que luego que le vieron, las sirvió de grande consolacion en el golpe cruel que acababan de recibir de la fortuna. Mezcló este sus lágrimas con las de las Princesas, y manifestó por la muerte de Darío, cuanto pudo caber en un hermano, y en un Príncipe tan virtuoso.

Halló Alejandro á las desconsoladas Princesas en un cuarto, cuyas ventanas estaban cerradas y todo tan oscuro, que apenas pudo conocer á nadie. No obstante al cabo de un rato, al resplandor de algunas luces que estaban distantes,

vió caer del rostro de su Princesa tantas lágrimas que quedó enteramente conmovido. El primer dia lloró con ella : el segundo procuró consolarla, y no dejó esta idea hasta que las vió á todas menos afligidas. Luego que conoció que ya estaban algo mas animosas, y que la Princesa estaba capaz de cualquiera otro discurso, escogió el del amor, y renovó sus protestas con tanta viveza y eficacia, que reconoció desde luego ser ahora mucho mayor su pasion que al principio. Con esto se aumentó terriblemente su dolor, y habiéndolo disimulado algun tiempo sin la menor señal de sentimiento, cuando le vió mas empeñado no pudo contener su indignacion, ni ocultar el resentimiento que tenia contra él, como destruidor de su casa : con este motivo un dia que la estrechó demasiado, despues de haberle mirado inflamada de rabia le dijo :

— Señor, todavía os veo teñido con la sangre de mi padre el Rey Darío, ¿ y con estas bellas espresiones de vuestro amor quereis obligar á su hija á que os ame ? La Reina mi madre acaba de espirar bajo las penas que ha sufrido en su cautiverio, ¿ y pretendeis que yo mire con ojos amorosos á quien la ha puesto en el sepulcro ? Las campañas estan aun cubiertas de cuerpos de nuestros soldados, y de nuestros

mas ilustres parientes; las casas de nuestras mejores ciudades humean todavía en fuerza del fuego que las ha devorado; y todos los pueblos que obedecian á mi Rey y mi amado padre, no son sino objeto de desolacion y de espanto; ¿y quereis que yo me entregue á quien los ha arruinado, al homicida de mis parientes, al cruel destruidor del Reino y de la familia Real de la Persia? No, Señor, no creais que por términos semejantes, ni por la sangre de los suyos, ni por la ruina de los Estados se gane el corazon de una Princesa. Por mas virtudes que resplandezcan visiblemente en vos, por mas señas de grandeza que vea en vuestra persona, no os puedo considerar de otra manera que como el homicida de mi padre y de mi madre, y de todos sus vasallos. Conceded á lo menos algunas treguas á quien habeis quitado un padre que fué el mejor de todos los Reyes, una madre que le amó tiernamente, y de toda esperanza al mas florido Imperio del mundo. Gozad pacíficamente de cuanto ellos y yo os dejamos. Yo no envidio ni vuestras victorias, ni vuestros Imperios: no me envidieis vos la tranquilidad que os pido; y permitid que quien quedó con vida despues de la muerte de Dario, pase el resto de la suya con quietud en el rincon mas escondido de aquellas tierras que en otro tiempo fueron suyas. Al úl-

timo punto, y despues de perdida la esperanza que me disteis de la vida, y del restablecimiento de Darío, os hago, Señor, esta súplica, y esta declaracion. Hasta aquí he vivido con vos como una Princesa, á quien despues de mil motivos que tenia para aborreceros, la quedaba todavía un padre, y no he sufrido un amor que la muerte de mi madre, y de tantos millones de los nuestros debian haber desechado con horror, sino por gozar de un padre que me habian dejado los dioses. Vos me le habeis quitado despues; y contra la piedad natural á los hombres, contra la veneracion que se debe á las personas sagradas, contra las promesas que me habiais hecho vos mismo, y contra toda ley le habeis perseguido hasta el último instante de su vida, y no le habeis dejado sino despues de haberle visto acabar con una muerte tan cruel, que vos y todas las testas coronadas debian temer. Ahora que ya todo lo he perdido, y lo he sufrido todo, nada tengo que temer, nada que desear, ni menos que fingir cosa alguna con una persona á quien no temo, y de quien nada espero. No ignoro, Señor el poder que las victorias, y la usurpacion os ha dado sobre mí; pero tampoco ignoro los medios de asegurarme cuando intenteis emplearle mal: pues los dioses que me han hecho nacer Princesa, tambien me han

enseñado el modo de morir como Princesa.

Acabó Estatira estas palabras con tanta admiracion de Alejandro, que quedó enteramente confuso; y se dobló su confusion cuando apenas las habia proferido, se retiró de su presencia, y se entró en otro cuarto sin querer escucharle ni verle, no obstante las súplicas del Rey, y los mandatos de Sisigambis. Alejandro admirándose de su valor, y no pudiendo desmentir la verdad de sus reconvenciones, quedó tan picado, que protestó delante de Sisigambis, que jamas la volveria á molestar, y que pondria en otra los deseos que tenia con ella: y sin detenerse en Susa montó á caballo con aquellos que le habian acompañado, y llevándose consigo á Oxiarto, se fué á buscar el ejército adonde le habia dejado.

Antes de partir dió orden para que á la Reina, á las Princesas, y á las otras damas que corrian la misma fortuna, no las mirasen ya como prisioneras, sabiendo que despues de la muerte de Darío, y la pérdida de todos sus bienes, no podrian tener retirada mas segura que á su lado. Las dió gruesas pensiones para la manutencion de su casa, y las dejó en entera libertad. Entonces muchas damas, maridos y padres, que ó se conservaban todavía, ó habian sido enviados por Alejandro á sus casas y obligaciones, se re-

tiraron, y otras se partieron. Entre estas últimas la madre de Roxana fué llamada por su marido, que habiéndose retirado de su gobierno no habia probado todavía las armas de Alejandro. Salió, pues, de Susa despues de haberse despedido de la Reina y de las Princesas, y se llevó consigo á su hija Roxana. Como Estatira la amaba poco, la vió marchar sin pena; y aunque la artificiosa Roxana al tiempo de la despedida arrojó algunas lágrimas disimuladas, la Princesa, que conocia bien su malicia, no mostró sentimiento alguno en su marcha. Las hijas de Ocon, bellas y virtuosas Princesas, se quedaron en Susa con las de Mentor. Barcina no quiso dejar á Estatira, con la que tenia estrechísima amistad, aunque supo despues que su padre Artabazo con toda su familia habia sido recibido cortesmente de Alejandro, y puesto en el número de sus mas queridos amigos; y á la verdad su virtud merecia este tratamiento. Él habia conservado á su difunto Rey una fidelidad inviolable, pues jamas se mudó, aunque tantas veces se mudó su fortuna.

La Corte de Susa hubiera parecido por entonces la mas bella, si no hubiera estado compuesta de unas personas que eran la verdadera imagen de la melancolía. La situacion de esta ciudad es muy hermosa, y la comodidad de los

paseos obligaba comunmente á las Princesas á salir de casa para divertir en ellos una parte de su tristeza. Un año entero pasaron sin turbacion alguna : y oyendo cada dia los maravillosos progresos de las armas de Alejandro, supieron que habia vencido á los Mardos, conquistado toda la Ircania, domado los Dracos, los Evergetas, los Idaspios, y todos los que habitan cerca del monte Caucaso ; que habia sujetado á los Bactrios, á los Zogdianos, con todas las demas provincias que obedecian á Darío ; y en fin, que todas estas gentes estaban ya bajo el yugo Macedonio, y vivian entre ellos en una calma profunda, y en una perfecta obediencia.

La mas agradable noticia que recibieron fué el castigo de Beso, á quien despues de haberse apoderado de la Bactriana, la habia tomado Alejandro por su propia cobardía, y por la conspiracion de sus amigos : y detestando este gran Rey una persona tan perversa por el homicidio cometido, le habia puesto en manos del Príncipe Oxiarto, quien por vengar la muerte de su hermano le habia hecho morir en un suplicio muy estraordinario, que fué de esta manera. Un gran número de hombres cogieron cuatro árboles, y habiéndoles doblado á manera de un arco, ataron por los cuatro remates los brazos y las piernas de este desleal : puesto así,

mandó que los soltasen con violencia, y en un instante cada arbol se llevó su pieza, quedando descuartizado con una prontitud maravillosa este infeliz traidor. Alejandro habia perdonado ya á Nabarzano por los ruegos del eunuco Bagoas, que era mas favorecido de este Rey, que lo habia sido de Darío.

A continuacion de estas noticias, recibieron otra que las dejó enteramente aturdidas. Esta fué el matrimonio de Alejandro con Roxana, que por la prontitud con que se hizo admiró á toda la Corte de Alejandro, y juntamente á toda la Asia. Entonces mi Príncipe interrumpió al eunuco, y le dijo: — ¡Cómo! ¿Alejandro se ha casado con la artificiosa Roxana?

— Sí Señor, respondió Tireo, y escuchad en dos palabras todo el caso. Habiendo entrado Alejandro en el pais de los Sacos, el padre de Roxana, que era el gobernador, despues de haber puesto en las manos del vencedor los pueblos, las ciudades y todo el pais, le hizo un recibimiento muy famoso, y le dió un festin magnífico, y lleno de las mas hermosas damas. El adorno mas bello que se presentó en esta funcion á los ojos de Alejandro, fué Roxana, que acompañada de otras treinta que se habian escogido entre las mas hermosas de la provincia, sirvió al Rey en la cena. Este Príncipe, que la

habia visto otras veces al lado de la Reina con ojos indiferentes, la halló en aquel instante tan bella, que desde luego quedó enamorado; y habiendo por la larga ausencia, por las grandes ocupaciones que habia tenido, y por el mismo despecho, olvidado mucha parte de la pasion de Estatira, resolvió desposarse con Roxana. Para no diferir su deseo, declaró su voluntad á sus amigos, y al padre de esta Princesa, y habiendo ó por temor ó por gusto dado todos su consentimiento, hizo en el mismo dia *las bodas*, elevando á esta maliciosa y soberbia Princesa á una fortuna á la que jamas habia *aspirado*.

La Reina y las Princesas recibieron esta nueva con admiracion, y aunque no *envidiaban* su fortuna, el conocimiento que tenian de su genio, las obligó á temer su poder, previendo mucha parte de las desgracias que despues sobrevinieron. Estatira se alegró infinito de verse libre con este matrimonio de las importunas instancias de Alejandro, y comenzó á vivir con mayor quietud y mas sosiego que el que habia tenido desde la muerte de Darío, y la noticia de vuestra supuesta infidelidad. Entre tanto, por muchos esfuerzos que hacia para olvidaros, no habia perdido enteramente la memoria, pues os presentabais en su fantasía con formas tan diferentes que apenas os conocia. Si apareciais

como aquel valiente Oroondates, de quien habia sido tan perfectamente amada, y de quien habia recibido tantos servicios, al instante otro nuevo pensamiento os representaba en su imaginacion como un infiel, de quien habia sido tan cruelmente abandonada, y ultrajada tan gravemente. En estos pensamientos pasaba la mayor parte de su vida, y parecia estar tan apartada de otros cuidados y diversiones, que la Reina, y la Princesa su hermana, acompañadas de sus mejores amigas, perdieron las esperanzas, y aun el cuidado de alegrarla.

Paso por alto varias particularidades de su vida, que son de poca importancia: y digo, que mientras Alejandro estuvo ausente no pasó en la ciudad de Susa cosa memorable: pero dos años despues supimos que volvia, habiendo sujetado los Indios, y los demas pueblos que estan de la parte de acá del Ganges. Las Princesas recibieron esta nueva con la moderacion ordinaria: y algunos dias despues le vieron venir con un ejército triunfante y cargado de despojos de la mayor parte del mundo. Luego que llegó las visitó, y las hizo todos los rendimientos que podian esperar aun de aquellos á quien los dioses habian hecho nacer propios vasallos. Habló con la Princesa Estatira con el mayor respeto; y acordándose de la resolucion que habia

tomado al tiempo de su partida, y del afecto que habia prometido á la Reina Roxana, la vió muchos dias, pero con una grande frialdad, y la habló en unos términos llenos de indiferencia. Mas en fin, esta vista llegó á despertar su pasion adormecida; y produciendo la belleza de Estatira los efectos ordinarios, desvanecieron del espíritu de Alejandro todas las impresiones que la hermosura y los artificios de Roxana habian formado. Se habia quedado esta Reina en Pasagarda, á causa de una indisposicion que no la habia dejado acompañar al Rey á Susa: y esta ausencia le dió mas amplia libertad para renovar sus tentativas.

Comenzó, pues, con mas ardor que antes, y valiéndose de la costumbre de los Persas, que les permite muchas mugeres á un tiempo, empezó á servir á Estatira con este pensamiento, y procuró ganar su corazon con todos los medios posibles. Hallóla con la misma constancia que antes, y recibió de ella tales tratamientos, que mil veces habria perdido la esperanza un corazon menos grande, y menos firme que el suyo. Pero como este Príncipe era invencible en todo, perseveró con tanta firmeza, y combatió su espíritu con tanta paciencia, que considerando la Princesa la sumision con que la servia, perdió mucha parte de la aversion que tenia

contra él, y empezó á agradecer con mayor dulzura y complacencia las espresiones de su afecto. No por eso se determinó á amarle, ni á dar lugar á una segunda pasion, habiendo sido tan desgraciada en la primera: porque como habia sido tan mal tratada del primer hombre á quien habia querido tanto, concibió una general indignacion contra todos los demas.

No obstante ella se acostumbró á mirarle como el Príncipe mas grande del mundo, y como quien entre todos los hombres la mostraba en aquel punto mayor afecto. Alejandro se contentó por algun tiempo con una mutacion que juzgaba para sí muy ventajosa, esperando que insensiblemente la ganaria, y con el obsequio y la estimacion la llevaria al amor que tanto deseaba. Mas cuando vió que sus esperanzas eran vanas, porque siempre se mantuvo en sus términos acostumbrados, quiso probar el socorro de sus amigos, y de las personas que tenian con ella algun poder, para que la inclinasen. Empleado vanamente el crédito de Cleone, de Apamia, y de la misma Princesa Parisatides, recurrió á la Reina Sisigambis, y la descubrió su pecho y su pasion con espresiones tan vivas y eficaces, que hallando ya el ánimo de la Reina lleno de estimacion por su persona, movió su voluntad, y el deseo de procurar su satisfaccion.

Retirada Sisigambis, mandó llamar á la Princesa á su cuarto, y habiendo mandado salir á las personas que podrian ser sospechosas, la habló en estos términos. — Siempre he creido, querida hija mia, que la resistencia que habeis mostrado al afecto de Alejandro era un efecto del gran valor que habeis sacado de un nacimiento tan ilustre, del ejemplo de los vuestros y del resentimiento que os ha quedado por la ruina de nuestra casa, contra quien ha sido el motivo : y á la verdad son tan justos estos sentimientos, que yo no los puedo condenar. Pero ahora que la fortuna nos tiene enteramente abandonadas, y nos ha sometido á quien se ha sujetado á nosotras, me parece debemos *disminuir* nuestras severas resoluciones, por quien disminuye los derechos que tiene sobre nosotras, y no buscar nuestra última ruina con una generosidad importuna. Alejandro, nuestro vencedor y Señor, os pide con humildad propia de esclavo, y de vencido, una cosa, cuya gloria, y cuya ventaja es toda vuestra : y el que por toda suerte de derecho puede obtener lo que desea con unos medios vergonzosos y muy diferentes de los que os ofrece, se desnuda de todo su poder por presentaros con la mayor humildad el Imperio del mundo. Reflexionadlo bien, Estatira, y no conserveis una fiereza que os puede

ser muy perjudicial, por hallarse fuera del sentido comun, y de la misma bizarría. Si una parte de sus hechos nos ha dado ocasion para llorar, creamos que los dioses, que le han destinado al Imperio universal, y á la ruina de nuestra casa, no podian dejarnos en poder de otro vencedor mas indulgente. Considerad que los daños que nos ha hecho, y que por disposicion de los dioses podia hacer todavía, se pueden pesar muy bien con los favores que voluntariamente nos hace. En fin, Estatira, temed, ó por mejor decir, temamos que no mude de idea, y que no se canse de pedir á quien puede impunemente estrechar. Este es el consejo que os puedo dar por nuestro comun interés : y ya que por la muerte de mis queridos hijos he quedado sola con el imperio sobre vos, os mando en cuanto puedo, que no hagais mas resistencia al amor de Alejandro mientras él continue en pretender el vuestro por unos medios tan gloriosos, y con la oferta de una corona que eleva á nuestra casa á un resplandor mayor que el que ha perdido.

Acabadas estas palabras la dejó sola con la libertad de poderlas rumiar. Tuvo Estatira por muy dificil al principio obedecer á la Reina, sin embargo de las amenazas que la hacia, y las ventajas que la significaba. Finalmente, pocos dia despues, habiendo oido las instancias que

la hacian muchas personas que la amaban con esceso, abrió los ojos á las razones que la alegaban, y poniéndolos en Alejandro, que hasta entonces solo habia mirado con desden, no vió cosa en su persona que no la fuese verdaderamente grande y amable. Él es, como sabeis, un bellísimo Príncipe, en la flor de su edad, y dotado, ademas del valor que le hace superior á todos los hombres, de todas las cualidades, y partes que pueden adornar á un héroe perfecto. La Princesa considerándolo todo fuera de aquel desden que antes la habia ofuscado su esplendor, y acordándose que vuestra infidelidad la habia dispensado su palabra, protestas y juramentos que os habia hecho, y que no era regular exigieseis de ella, se dejó vencer de estas aparentes razones, y de las persuasiones de todas las personas que la amaban.

Oroondates no se pudo contener sin interrumpir aquí al eunuco con tantos sollozos y palabras lastimosas, que le obligó á cortar el hilo de este discurso por acompañarle en el dolor. Tanto se avivó su fuego, y su amor se renovó de tal manera conociendo la inocencia de Estatira, que quedó mas amoroso y mas apasionado que antes. Él estuvo largo tiempo confuso, y cuando Tireo le vió un poco mas animoso, continuó diciendo.

No os referiré, Señor, el gozo de Alejandro, ni el aparato soberbio de las bodas: bastará que os diga que pocos dias despues que Estatira dió su consentimiento, se desposó con ella públicamente en Susa con toda la pompa, y toda la magnificencia que la condicion de unas personas tan ilustres podia desear, y la coronó Reina de todos los pueblos que vivian debajo de su dominio. Este matrimonio no fué solo: pues con la voluntad del Rey, de Sisigambis, de Artabazo y de todos los sugetos interesados, Efestion casó con la Princesa Parisatides, Tolomeo y Eumeno, con Apamia y Arsinoe, hijas de Artabazo, y otros muchos Principes y Señores de la Corte casaron tambien con las Princesas, y con las damas principales de la Persia. Entonces el Rey viéndose ya en pacífica posesion de una belleza por quien habia suspirado tanto, quiso borrar la memoria de todas las desgracias pasadas con un júbilo universal, introduciendo y renovando en la Persia la alegría que habia estado tanto tiempo desterrada. Sisigambis consiguió al lado de Alejandro la misma confianza que tuvo con Darío, y le entregó todos sus afectos como á un hijo muy amado. Oxiarte y Artabazo fueron elevados al esplendor que no habian tenido jamas, y toda la Persia comenzó á respirar bajo la dulzura de su reinado, y la es-

peranza de la paz que los habia desamparado. Alejandro glorioso quiso en cambio vengarse de todo lo que habia sufrido por ellas, y acarició á esta bella y gran Reina con tanto ardor, que Estatira empezó á probar por afecto lo que solo habia admitido por razon de Estado. Condenaba la obstinacion que habia tenido en huir su fortuna, y borrando con su virtud la memoria que la podia apartar del amor que debia á un marido concedido por los dioses, se determinó á amarle de veras, como su deber y el amor de su esposo la obligaban. Entonces por complacerle desterró de su corazon aquel ceño que se dejaba ver en su rostro, y realzó con su belleza aquella gracia que la habia hecho perder las desgracias de su casa.

Pero apenas empezó á gozar de las dulzuras que la podia suministrar la mutacion de su estado, cuando la Reina Roxana llegó á Susa. No se hallaba todavía perfectamente buena de la indisposicion que la detuvo en Pasagarda, sino que teniendo noticia de los amores del Rey, y del designio de un segundo casamiento, habia deliberado estorbarle por todos los medios que la fueran posibles. Supo tarde la noticia, y así cuando llegó á Susa habia ya ocho dias que estaban hechas las bodas. No es facil manifestar el disgusto que recibió, y los discursos que los

zelos y la concurrencia de una rival otro tanto mayor que ella la hicieron tener consigo misma. No pudiendo ya impedir el matrimonio hecho, resolvió, de cualquier modo que pudiese, separar estas dos almas, renovando en Estatira sus primeros amores para disminuir el afecto que debia á su marido. Con este designio, habiéndola visitado el dia siguiente al de su llegada, despues de una conversacion llena de cortesía y disimulo, y de una hora de discursos indiferentes, la rogó se retirase con ella á su gabinete adonde tenia que hablarla en secreto. La complació la Reina, y habiéndose encerrado solas, comenzó Roxana de esta manera.—Es imposible, Señora, que os pueda disimular mas tiempo la obligacion que me teneis : y el deseo que tengo de ser amada de vos mucho mas que antes, me precisa á declararos que á mí sola debeis agradecer el estado y la grandeza en que os veis elevada.

La Princesa admirada de este discurso iba á responder, cuando conociéndolo Roxana prosiguió de esta suerte. — No os admire, Señora, este discurso : yo os hablo con verdad, y bien presto os lo haré ver con pruebas infalibles, que no lo digo por jactancia; y para que veais que no miento, cuando yo procuraba establecer vuestra felicidad, no habia pretendido la que

ahora poseo, porque no hubiera sido buena amiga en procuraros con perjuicio mio la fortuna que me han concedido los dioses: sino que considerando yo que la hija de Darío era digna de un grande Alejandro, hice todos los esfuerzos para disponerla á este amor, y arrancar de su alma todos los pensamientos que la podian estorbar una dicha que ella rehusaba por respetos dignos de reprehension. Esto me movió á indisponeros con Oroondates, intentando apartarle de vuestro corazon para introducir en él un afecto que os habia de ser mucho mas ventajoso. Así es, Señora; el veros inclinada á una persona tan infeliz como vos, me hizo recurrir á todas las invenciones posibles para imbuiros otros sentimientos mucho mas provechosos. Yo fingí que le amaba, pero era para distraerle de vos; y aunque en esto me empleé vanamente, y él os conservó siempre una fidelidad inviolable, yo saqué gloriosamente de esta ficcion el modo de apartarle de vos, haciendo parecer el mas culpable y desleal al que era mas inocente y mas fiel de todos los hombres.

Estatira entonces la interrumpió diciendo: — ¡Ah! Señora, ¿qué decis? ¿Con que Oroondates estaba inocente despues de tantas pruebas que me dió de su infidelidad, tan claras y visibles, que aun él mismo si vive no podrá negarlas?

—Lo estaba, respondió, indiferentemente Roxana: y yo no os confesaria la traicion que os hice, si mi deseo no hubiera sido bueno, y el suceso tan ventajoso para vos. Y para haceros ver, Señora, la evidencia de esta verdad, continuó Roxana, toda la noticia que teneis de su mudanza, no provino de otra cosa que del lazo que le habiais dado, y que os le volvió con una carta que os entregó uno de sus criados. En cuanto al lazo, ya no le tenia en su poder, desde la detencion que hizo en Damasco, en donde se le hice robar á Arbates que os le entregó, y á quien á fuerza de regalos le induje á que engañase á su Señor, y despues le dejase para servirme de él en las ideas que tenia. En cuanto á la carta, ella no era para vos; y si la conservais todavía, podreis ver que no tenia subscripcion, y no era regular que semejantes palabras se escribiesen á una persona por quien habia pasado tantos trabajos; y si tenian alguna conformidad con vuestra condicion, la tenian mucho mayor con la mia. Esta carta venia dirigida á mí en respuesta á otra que yo le escribí á Sidon, despues que partimos, con un page que acompañó al propio que habia venido á buscar un pasaporte para él de parte de Abdolonimo. El lazo era de mis cabellos, y la carta que le envié estaba escrita en términos muy descorteses, con el fin

de provocarle á una respuesta conforme á mi intencion. Por fortuna me respondió segun mi deseo : y para que veais que no estoy olvidada del contenido, estas son las palabras de una y otra. Refirió en primer lugar la suya, y despues la respuesta de Oroondates sin omitir una sílaba, y prosiguió diciendo : viéndola tan propia á mi intento, puse dentro el verdadero lazo, y llamando á Arbates que á mis persuasiones dejó á su amo cuando partió de Sidon, le hice este encargo, que le cumplió tan bien como podia desear, y os aseguró que habia dejado á su Señor en la Ircania, aunque hayais sabido despues que no se apartó del lado de Darío.

A continuacion de estas palabras, acabó de esplicar tan clara y visiblemente su traicion, que á la pobre Reina no la quedó duda de su malicia, y de vuestra inocencia. Tal fué su dolor que alterándose los humores, y retirándose al corazon toda la sangre, quedó su hermoso cuerpo pálido, frio, y sin movimiento reclinado en un canapé en que estaban sentadas. La perversa Roxana, que mas la hubiera querido muerta que desmayada, acercándose á la puerta, llamó solamente á Cleone, y mostrándola el estado de la Reina, tomaron los medios correspondientes para hacerla volver en sí. Luego que á fuerza de agua y otros remedios, se re-

cobró alguna cosa, miró al rededor con unos ojos tan tristes, que aun á la misma que la habia puesto en este estado, la movió á compasion. Quiso Roxana para mas disimulo manifestarse oficiosa, y entonces la afligida Reina; — Señora, la dijo, yo os ruego me dejeis en mi tranquilidad: por vuestra malicia me podreis dar la muerte, pero por la inocencia de Oroondates no lograreis que yo falte á lo que debo al Rey mi Señor, y mi marido. Yo sabré morir para purgar un error que cometí, abandonando á un Príncipe á quien estaba tan estrechamente obligada: pero tambien sabré desterrar una memoria que no debo conservar. Contentaos, Señora: bien presto sereis sola de Alejandro, pero este solo será dueño de mi corazon, y de todos mis afectos mientras yo viva.

Al oir estas espresiones se retiró Roxana, y quedó sola la Princesa con Cleone en un estado dificil de esplicar. Y á la verdad, todo lo que puede producir un dolor violento, y los remordimientos de un crimen en una alma, atormentaron tan cruelmente su corazon, que Cleone juzgó no podria resistir á este ataque de la fortuna, aunque ya habia superado otros con la mayor constancia. Entonces se acordó de vuestras últimas acciones y palabras, y haciendo la debida reflexion, halló en ellas tantas señales

de vuestro amor y de vuestra inocencia, que no pudo comprender qué hechizo la habia persuadido á una cosa tan distante de toda realidad.

No podré yo deciros las lágrimas que derramaron sus ojos por una pérdida que creyó causada por sí misma. Cleone la desnudó, y la hizo poner en la cama, en donde fué atacada de una calentura violenta. Dos horas despues la visitaron la Princesa su hermana, esposa de Efestion, y la bella Barcina. Apenas las vió cuando dió un grito que las dejó espantadas. —¡Ah! hermana mia, ah, mi querida Barcina, las dijo, — Y callando al instante las dió lugar á que juzgasen por su silencio la confusion de su alma. Atónitas las Princesas se acercaron á la cama, y haciendo salir Cleone á todos los que estaban en el cuarto, las dió lugar para que la preguntasen el motivo de su dolor en un tiempo en que todo era satisfaccion, y á la Reina para que descubriese la causa de su pesar. Lo hizo con tantos sollozos y lágrimas, que las dos Princesas, no obstante, que sabian muy bien todas las particularidades de su vida, quedaron de tal manera angustiadas, que se diferenciaban muy poco de Estatira, y la acompañaron con un diluvio de lágrimas que la afliccion presente, y la memoria de vuestra desgracia arrancaron de

sus ojos. — Y bien, dijo la pobre Reina luego que las descubrió la traicion de Roxana, ¿qué pena merece esta cruel, ó por mejor decir, esta ingrata y desleal Estatira? ¿Cómo se podrá reparar semejante error? ¿Quién la volverá aquel querido Oroondates que por su ligereza ha perdido? Y aun cuando le haya recobrado, ¿quién la dará facultad para amar sin culpa á quien ha aborrecido sin razon? Pobre Princesa, ¡qué mal se ha reconocido tu fidelidad! ¡Qué vergonzosamente has empleado unos años que has pasado sirviendo, y amando una pasion mas que á tí misma! ¡Qué mal se ha agradecido la pérdida de la juventud, de los estados, de los parientes, de tu sangre, de tu descanso, y aun de tu vida!

Así se desconsolaba y afligia la Reina, sin que el consuelo de sus dos Princesas queridas pudiese disminuir su dolor, hallándose tan sensiblemente movidas á lástima, que las quedaba poco campo para consolar á otros. Despues que Estatira se acusó largamente de su falta, dió lugar á otro pesamiento, y justificándose como si estuvieseis presente, empezó á decir: — Pero mi querido Oroondates, si á lo menos mi condicion presente me permite sin ofensa hablaros en estos términos, aunque sea criminal y esté culpable, aseguraos que tengo mil escu-

sas; y así como quedasteis vivamente picado con la noticia de mi mudanza, así yo quedé insensiblemente engañada con tantas apariencias de la vuestra. Aunque yo os amase, era en fin una muger sencilla, flaca, y demasiado ingenua para penetrar una traicion tan diestramente urdida, y con tanta malicia manejada. Yo os he perdido, ó por mejor decir, me he perdido á mí misma: y si os he causado algun disgusto, yo me he labrado para toda mi vida un infierno. Me he entregado á otro creyendo que ya no me queriais; pero el presente que le hago de esta desgraciada, aunque le conceda la posesion de un cuerpo y de una alma toda entera, poco *la gozará*; y la obligacion que me prohibe conceder á Oroondates lo que solo debe ser de Alejandro, me permite dar al sepulcro lo que mi deber me impide, y me veda quitar á Alejandro, y mi inclinacion no quiere rehusar á Oroondates.

No hubiera acabado con estos y semejantes discursos, si el Rey, sabiendo su indisposicion, no hubiera entrado en el cuarto. Se acercó al lecho, y mostrándola su amor por la inquietud en que la novedad de su salud le habia puesto, la hizo arrepentir en un momento de cuanto habia pensado en vuestro favor, y la fortificó en el designio que habia hecho de amar sola-

mente á un marido tan ilustre, y de quien era tan perfectamente amada. Ella le disimuló lo mejor que pudo la causa de su indisposicion, y el Rey habiéndola acariciado con el amor de esposo; — Señora, la dijo, si yo pudiera merecer que mi vida y mi salud os sean amables, os pediria conservaseis la una y la otra en la vuestra; pues es imposible que vos sintais un mal, que no le sienta yo como vos misma.

— Señor, respondió la Reina, el honor que me haceis en mirar por mi vida, me la hará conservar por vos, y vuestro respeto me la hará mas amable que la mia.

El Rey repitiendo las caricias que le eran permitidas, aunque por entonces con poco gusto de la Princesa, se hubiera detenido mas tiempo con ella, si su hermana la Princesa Parisatides, imaginando la angustia que tendria con la presencia de tantos como habian acompañado á Alejandro, no hubiera rogado á su marido Efestion que los sacase fuera. Este privado, cuyo poder es absoluto en el alma del Rey, le significó la incomodidad que podia causar á la Reina una visita tan larga, y le obligó á salir del cuarto. Inmediatamente que estuvo fuera : — ¡Ah, pobre Oroondates! dijo la Reina, nada puedo hacer en tu favor : conténtate con mis lágrimas, y deja mi corazon á quien

legítimamente le posee. Los dioses, que me han dejado las lágrimas para tí, me han hecho toda de él, y si tan perfectamente me has amado, no debes solicitar que yo dé libertad por tí á una virtud que te obligaba á amarme.

Calló Estatira por la venida de la Reina Sisigambis, á quien por respeto disimuló cuanto la habia sucedido: y habiendo tenido el dia en compañía de estas amadas Señoras, pasó la noche en mil inquietudes y combates estraordinarios. El amor y la obligacion pelearon bastante rato en su alma: mas en fin la obligacion fué primero, y la determinó á sufrir antes la muerte que un lunar en una vida tan pura y tan inocente como la suya. Sin embargo, se creyó precisada á justificarse con vos; y ya que estaba enterada de vuestra inocencia, pensó en daros á conocer la suya, y quitaros la impresion que podiais haber tenido de una infidelidad, que no merecia perdon en vista de la obligacion que os tenia.

Por entonces llegaron á Susa las nuevas de la derrota de Zopirio, y se estendió por la Corte que el Príncipe de Escitia le habia muerto con sus manos, y que comandaba en persona el ejército del Rey su padre. Sintió mucho Alejandro la pérdida de Zopirio, y de su ejército, y mandó que por tres dias se vistiese la Corte de

justo; pero no pensó en vengarse, como se dijo, pues Zopirio no emprendió esta guerra por su orden, sino contra su voluntad, y por un injusto deseo de gloria que tuvo aquel. La Reina quedó muy contenta con las noticias que supo de vos, de vuestra vida, y del lugar donde habitabais. Con este motivo consultó largamente con Cleone los medios que deberia tomar para sincerarse con vos, y de quien se podria valer. Para este fin puso en mí los ojos, pues conocia muy bien mi fidelidad para confiarme un asunto de tanta importancia.

Luego que se levantó la Reina de la cama, en la que su indisposicion la tuvo algunos dias, me mandó llamar á su cuarto, en donde nadie entró sino Cleone: y despues de haberme mirado un gran rato, me dijo así: — Tireo, hasta aquí no he tenido motivo alguno que me haya hecho dudar de la fidelidad que me teneis, pero el servicio que espero me hagais ahora, es de tal naturaleza, que me obliga á exigiros nuevos juramentos de vuestra fe, y nuevas protestas de que no me engañareis en un asunto que os quiero confiar á vos solo.

Postréme á sus pies, y besando la estremidad del vestido, la respondí: — Protesto á V. M. por todo lo que debo al grande Orosmades, por la memoria del rey Darío, mi Señor, y por la

cabeza del grande Alejandro, que conservaré mi fidelidad hasta el sepulcro; aquella fidelidad que he tenido siempre á vuestra casa, y que perderé con gusto la vida si con este servicio interesa V. M. alguna cosa.

— No esperaba menos, replicó la Reina: y esto es lo que me obliga á escogeros entre todos mis criados, para daros una comision tan importante como peligrosa. Cleone os instruirá bien de todo; y despues yo os informaré de lo demas.

Retirada la Reina, me contó Cleone todo lo que os he dicho, añadiéndome muchas cosas de los amores del Rey; y finalmente me dijo: — la Reina quiere que vayais á buscar al Príncipe de los Escitas, y le entregueis una carta que le escribe para justificarse, y para descanso de su conciencia. Para este efecto pasareis á aquella parte de la Escitia donde ha derrotado á Zopirio; y si los dioses os hacen la gracia de encontrarle, le direis cuanto os he manifestado, y le informareis de la inocencia de la Reina de la manera que os lo he dicho.

Despues de haberme dado todas las instrucciones necesarias, se entró en el cuarto de Estatira, la cual salió con ella, y me entregó una carta, recomendándome el silencio y buena diligencia en mi viage, y cargándome de oro y

joyas para los gastos del camino: y habiéndome dado licencia, me mandó partir al instante.

Salí de Susa al dia siguiente, y estando bien informado del camino, creí llegar mas presto por la Tracia y por el Bosforo, que por la Ircania, la Bactriana, y el monte Imao. Despues de largo tiempo llegué á Bisancio, y me embarqué en un navío que hacia vela á esta parte: pues ya estaba libre el comercio entre estos pueblos desde la dominacion de los Macedonios. Al fin desembarqué en el puerto mas cercano, y me vine á esta ciudad, la que sitiasteis el dia siguiente á mi llegada. Esta mañana supe de nuevo que vos comendabais el ejército: pedí licencia para salir de ella; y he tenido la fortuna de encontraros, y de cumplir el encargo que me han hecho.



LIBRO SESTO.

De esta manera acabó Tireo su discurso, y mi Señor, que habia escuchado los últimos periodos con la mayor afliccion, acompañada de infinitas lágrimas, oyendo el fin, se entregó de tal manera á los lamentos, que estuvo mas de una hora sin poder contenerse. Al principio creyó oir la mayor desgracia, y aunque en el casamiento de Estatira no vió cosa que ya no se la tuviese pensada, el conocimiento y la noticia que recibia de su inocencia y sentimiento, avivando el fuego que su despecho, y la ausencia de tres años, habian amortecido, le dispertó la primera pasion con mas violencia que nunca.

Entre estas aflicciones mortales recibió la carta : y habiéndola abierto temblando, reconoció

el caracter de la bella mano que habia besado tantas veces, y desconfiaba ya de volverla á besar. Puso la boca sobre aquellas letras amables, y derramó tantas lágrimas, que por poco no las dejó inlegibles. Con este temor la retiró, y poniendo los ojos en ella, despues de un grande suspiro leyó de esta manera.

LA REINA ESTATIRA AL PRINCIPE OROONDATES.

« Yo no sé, generoso Príncipe, con qué ojos mirareis la carta de esta criminal, ó por mejor decir, de esta desgraciada que os escribe. Si los apartais por aversion, ó por resentimiento, volvedlos por compasion y por generosidad, y no rehuseis ver estas tristes y últimas demostraciones de mi dolor y de mi arrepentimiento. Estas son todas aquellas que ahora os puedo dar, y me creo sin embargo culpada conservando todavía una memoria que no puedo retener sin crimen, y que perdí cuando no podia sin ingratitud. Mas por muy severa que sea la virtud que me obliga al amor de un marido, á quien estimo como debo, tambien me reconozco obligada á satisfacer á una persona, á quien ademas de la vida, el honor y la libertad, debo mu-

cho mas por las protestas de mi inocencia. Una parte sabreis por Tireo: y si considerais con reflexion y bondad la flaqueza de una muger maliciosamente, y con tantas apariencias de verdad engañada, tendreis mas lástima por mi desdicha, que indignacion por mi mudanza: como asimismo si juzgais mi corazon por el vuestro, me hareis la gracia de creer que la esperanza de todos los Imperios de la tierra no hubiera tenido jamas el mas mínimo poder en mi alma, si yo hubiera pensado que tenia alguna parte en la vuestra. Dad crédito á esta verdad por compasion, y dejad de aborrecer á quien os ha amado mas que á sí misma, mientras ha podido y ha creido deberlo hacer, y ahora en cuanto puede os ama mas que debe. Esta reliquía de un amor que en otro tiempo fué mas justo, me ha quedado en castigo de mi culpa: y si no la puedo arrancar de mi corazon, la conservaré para mi pena, sin que pueda ofender á un marido que me han dado los dioses. Yo me acordaré siempre de vos, como á quien mi efecto era legítimamente debido, y que justísimamente me han quitado los dioses porque no era digna del vuestro. Os considero como el genio tutelar de nuestra casa: haré votos por vuestra prosperidad, y pediré al cielo os recompense lo que habeis hecho por mí, y por los

mios. Esto es lo único con que os puedo agradecer las muchas obligaciones que os tengo, y lo mismo que podeis esperar de esta desgraciada, si acaso os dignais ocupar un momento en la memoria de la infeliz. »

« ESTATIRA. »

Es imposible, Señor, que yo os pueda decir el miserable estado en que puso esta carta á mí Príncipe. Dejóla caer sobre la cama con un grito, y comenzó á sollozar con tanta violencia, que temí no le acabase su dolor. Estuvo muchísimo tiempo sin proferir una palabra inteligible, y gritando como un hombre furioso ; — ¡ Ah ! Estatira, decia : ¡ Ah, Estatira, y qué tarde llega vuestro arrepentimiento ! ¿ pero por qué me teneis por inocente, si no quereis reconocerme por vuestro ? ¿ por qué dejais de odiarme, si no podeis amarme sin culpa, y cesais de amarme cuando sin culpa no podeis aborrecerme ? ¿ Por qué avivais un fuego que ya no se apagará en toda la vida ? ¿ y por qué finalmente me precisais á amaros, cuando vos ya no podeis amarme ?

Detúvose un rato en este pensamiento, y pasando de repente á otro ; — No, no, Estatira, dijo : vos no estareis en paz á esta costa : no se apartará de mí con tanta felicidad una memoria tan dulce como la vuestra, ni tan ligeramente se

reparan las pérdidas que me habeis causado. Los votos que haceis por mi prosperidad no pueden contentarme, y en vano creais satisfacerme con los que habeis hecho á los dioses por mi dicha. Vos sola habeis turbado mi quietud, y me habeis precipitado desde la alta cumbre de la fortuna, adonde me habian elevado mis servicios, al abismo de las desgracias, adonde quereis consuma el resto de mi vida. Pedid á los dioses á quien me habeis encomendado que aniquilen lo pasado, anulen el casamiento, y que os vuelvan al estado en que estabais cuando me abandonasteis, y este será el modo de satisfacerme. Mas ya que no lo esperais, ni lo deseais acaso, y que el afecto que teneis á vuestro marido no os permite rogar á mi favor, y en perjuicio suyo, resolveos, Estatira, en vez de la pena que vos misma os imponeis, á sufrir no solamente una memoria de Oroondates, como un debil resto del amor que otras veces le teniais; sino al mismo Oroondates de quien todavía no habeis escapado. Vos le vereis á vuestros pies, oireis sus reconvenciones, y acaso tendrá la gloria de acabar en vuestra presencia una vida que no puede ser sino de vos.

Despues de estos y otros varios discursos llenos de amor y de desesperacion, nos mandó retirar, y mientras nosotros procuramos descan-

sar el tiempo que le permitian sus desgracias, mi Señor pasó la noche con unas inquietudes mas terribles que la misma muerte. Luego que vino el dia me mandó llamar, y acercándome á la cama me dijo: — Araxes, es preciso que hagas conmigo una resolucion: y ya que el cielo te ha hecho infeliz con la amistad que te profeso, conviene me acompañes en la miseria hasta el fin.

Mucho me desazonó este discurso; pero estando resuelto á correr su misma fortuna, y no apartarme en toda mi vida de su servicio, le respondí: — Señor, jamas os dejaré, y aunque os retireis al rincon mas escondido del mundo, primero moriré á vuestros pies que abandonaros.

Abrazóme tiernamente y me dijo: — Mi querido amigo, los dioses te recompensen esta fidelidad, y entre tanto asegúrote que si mi fortuna llega á estar en el colmo que espero, tendrás tanta parte en ella que no te podrás quejar de haber pasado tu juventud con este miserable. Y ya que perseveras en tu primer afecto, dispon todas las cosas que preparaste para el primer viage que hicimos á la Persia. Solo quiero el mismo equipage y las mismas personas que nos siguieron: pero es necesario un bajel para pasar el tránsito de Bizancio, por donde debo to-

mar el camino. Procura comprar uno y disponerlo de manera que podamos marchar de aquí á dos dias.

Recibida esta orden, salí del cuarto, y al instante me ocurrió que en el ejército habia un Milotopolitano estrechamente obligado á mi Señor, que fácilmente nos podria proporcionar el navío, y acompañar hasta Bizancio, en donde tenia mucho trato. Yo habia hecho con él particular amistad, por ser muy hombre de bien, y habiendo ido á buscarle, le propuse todo lo que solicitaba, y le hice tomar el camino del puerto de Ipoleon, para que previniese el bajel que habia de conducirnos. Con estudio no le hablé de mi Señor, pero le prometí que estariamos allí al tercer dia. Quedó contentísimo mi Príncipe de cuanto habia hecho: y por fortuna, la ciudad que teniamos sitiada se rindió aquel dia, con lo que se acabó el motivo de continuar la guerra en aquella provincia. Oroondates, que estaba resuelto á marchar en la noche del dia siguiente, dió las órdenes necesarias en el ejército, y se proveyó de lo mas util y preciso para su viage. Al otro dia dos horas antes de partir escribió una carta á Arsacomes, y se la entregó á uno de sus oficiales, con orden de no darla hasta despues de haber marchado. La carta decia así:

EL PRINCIPE OROONDATES A ARSACOMES.

Mi cruel destino me hace apartar de vos, sin tener tiempo ni arbitrio para despedirme. Mandareis el ejército que os encargo, y que no puedo fiar á mejores manos que á las vuestras. No os informeis del motivo de mi partida, ni del lugar de mi mansion. Si os parece, representad al Rey mi padre, que yo no he abandonado el ejército mientras ha tenido necesidad de mi presencia, y él del servicio de »

OROONDATES.

A las dos horas de noche montamos á caballo, seguidos de Tireo, Toraxio y Loncates, y tomamos el camino de Ipoleon, que es un puerto muy famoso en el mar Grande, y marchando á la luna, llegamos al amanecer. Encontramos el navío en el mejor estado que podiamos desear, y el viento muy propio para el caso. Dió gracias el Príncipe al patron, y prometiéndole buena recompensa, entramos en el navío, y haciendo desplegar las velas, navegamos derechos á Bizancio.

Haced, Señor, ahora un poco de reflexion sobre la fortuna de mi Príncipe : considerad los principios de su vida, acordaos de los de su

amor, y de su fin, y de esta consideracion sacad por consecuencia las persecuciones del cielo y la inconstancia de la fortuna. En la carrera de su amor sufrió todo cuanto el mayor valor pudo resistir; y cuando se prometia un rato de descanso, aunque falso y aparente, la inconstante fortuna le llevaba á aquello mismo que voluntariamente le habia quitado. Ved aquí, Señor, á mi Príncipe en campaña, mas apasionado que nunca, mas ardiente y mas abrasado en medio de las aguas que le sostenian. El bajel que corria con una velocidad admirable, le parecia pesado, y el viento que soplaba favorablemente hácia Bizancio, no azotaba las velas con la fuerza que pedia su amor y su impaciencia. Manifestó esta muchas veces con unas acciones muy contrarias á su acostumbrada moderacion, y con mil discursos que nada tenian de aquella solidez, que habia mostrado en otras ocasiones. Alguna vez se presentaba alegre, en fuerza de algun rayo de esperanza, que no obstante algunos obstáculos resucitaba en su alma. En aquel instante miraba la carta de su Princesa, y leyendo las palabras con que esplicaba las reliquías de su afecto, ponia nuevos fundamentos á su felicidad, y hallaba materia para avivar sus esperanzas sepultadas despues de tantos años. — ¿Quién me

prohibe esperar que mi Princesa, decia él, no ha de volver á amarme con el conocimiento de mi amor y de mi inocencia? ¿Y quién lo puede dudar asegurándolo ella misma? ¿no confiesa que me ama todavía, y que quiere conservar este amor en castigo de su culpa? Cierto estoy, pues, de que me ama, y por consiguiente estoy tambien seguro de ser feliz y de estar satisfecho, pues siempre he fundado sobre su amor mi satisfaccion y mi felicidad. Conténtate, pues, Oroondates; la Princesa te ama y quiere verte : porque si así no fuera, ¿para qué te habia de buscar tan cuidadosamente, y con tanto peligro contra su reputacion y reposo? ¿con qué intencion habia de escribir una carta tan afectuosa, si no desease tenerte á su lado? ella te ama y te quiere ver, consuélate, y obedécela; pues por este consuelo y esta obediencia vas á recobrar todo lo que has perdido, y á respirar con mas satisfaccion que hasta aquí.

Estos pensamientos le tenian algun tiempo muy alegre; mas cuando se acordaba del casamiento de la Princesa, de su virtud y de la fe que debia y queria tener á un marido como Alejandro, entonces se le desvanecian todas las esperanzas, quedándose con un humor mas sombrío y mas triste que antes. — Es verdad, decia él, que Estatira me ama, pero me ama

por castigo, y no para mi satisfaccion. Esta es nueva materia de dolor para mí. Si yo estuviera aborrecido seria mia toda la afliccion; pero viéndola desfallecer por un afecto, que solo la puede servir para hacerla infeliz, yo seré el mas desgraciado por sus infortunios y por los mios. Su carta es una señal del reconocimiento debido á una persona que habia tratado tan mal, y de quien estaba tan bien servida. Hubiera sido muy cruel, si á tantas pruebas de amor, y á la seguridad de mi inocencia, no hubiera correspondido á lo menos con palabras atentas y corteses: esto es lo menos que me debe despues de todo lo que he hecho por ella: y aunque se hubiera aconsejado con el mismo Alejandro, no hubiera desaprobado esta tan ligera satisfaccion, mientras daba todo lo demas á su mérito.

Este último pensamiento le acongojaba de manera, que quedaba como inmovil, recostado en la crujía, casi sin apariencias de vivo: y volviendo despues decia: — ¡Oh dioses! acaso en este mismo instante que yo lloro y me aflijo, está Alejandro recibiendo favores de mi Princesa. ¿Es posible que Alejandro, homicida de todos los suyos, sea dueño y señor de una Princesa que merecia yo por mis servicios?

En estos y semejantes pensamientos pasaba

el dia y las noches enteras sin tener otra ocupacion. Llegamos en fin al puerto de Bizancio con un viento favorable. No quiso entrar mi Príncipe en la ciudad sino de noche, y encerrándose el dia siguiente en un alojamiento distante del comercio, mandó á Tireo y á Toraxio comprasen vestidos persianos, y lo demas necesario para el viage; y montando á caballo, al otro dia tomamos el camino de Susa. Era este bastante largo, y en todo él se entretuvo mi Señor con aquellos mismos pensamientos que en el mar, y nos pareció que iba tan distraido, que por complacerle le dejábamos pasar dias enteros sin interrumpirle. Despues de algunos de nuestro viage y sin encuentro particular, llegamos en fin á descubrir la gran ciudad de Susa, con cuya vista empezó mi Príncipe á suspirar de manera, que no podia contener los sollozos y las espresiones de sentimiento de que estaba tan ocupado.

Alejandro y todos los suyos solo habian visto su semblante como una hora, y despues de tres años de ausencia y tantos trabajos como habia pasado, estaba tan desfigurado, que con dificultad podrian conocerle. Sin embargo no se quiso esponer al peligro, y considerando qué precauciones deberia tomar para la importancia de su empresa, esperó á que llegase la no-

che, y entrando en la ciudad, tomó un alojamiento que le dispuso Tireo, en un sitio retirado y cerca de una de las puertas de Susa. Allí me mandó representar el papel de Señor delante de todos aquellos que nos pudiesen conocer, y rogó á Tireo se retirase hasta que se presentase ocasion de descubrirse á la Princesa conforme lo tenia imaginado. Pasó la noche en unos pensamientos atrocísimos, pensando en la felicidad de Alejandro, y en la diferencia que habia entre los dos, sin embargo de estar en una misma ciudad. — ¿Es posible, decia él, que esta Princesa de quien otras veces fuí tan amado, haya ahora sepultado en los brazos de este afortunado marido la memoria del pobre Oroondates, y que á lo menos no interrumpa alguna vez sus caricias con un suspiro á mi favor? ¿Y es posible tambien, flojo Oroondates, que mientras él la tiene entre sus brazos, tú los tengas cruzados, permitiendo á este injusto usurpador la posesion que te se debia de justicia, y que habias ganado á fuerza de sangre, de penas y servicios? No, Oroondates, no : despierta para hacerle morir eternamento. Es preciso que muera este inicuo usurpador de tu bien, este azote de tu vida, y este implacable enemigo de tu tranquilidad. Él no es inmortal aunque vanamente haya querido afectar-

lo, pues la sangre que tú le has hecho derramar, te hace ver que no es invulnerable. Es preciso, vuelvo á decir, que muera, y que recobres con su muerte la que no puede ser tuya mientras viva, y que no puede ni debe ser tuya ínterin te permitan vivir los dioses.

Apenas habia hecho esta resolucion, cuando ya la borraba la memoria de la virtud de Alejandro. Este glorioso enemigo le habia concedido dos veces la vida que le podia haber quitado legítimamente para conservar la propia. Estas dos generosas acciones le habian ganado de tal manera el corazon, que no era capaz de aborrecerle, ni de tener otros sentimientos que los de la amistad. — Si mi propio interes, decia, me obliga á quitarle la vida; ¿acaso estaba él menos interesado en la pérdida de la mia, cuando le anuncié los deseos de matarle? Ademas, cuando yo fuera insensible, y no escuchara á la virtud y al reconocimiento, ¿puedo yo olvidar lo que debo á la Princesa? él es su marido y ella le ama tiernamente. ¿Podré, pues, atentar contra su vida sin ultrajar la suya, y sin hacerla cómplice de la muerte de un esposo tan amable y tan digno de ella? Conserva, pues, Oroondates, sus respetos hasta la muerte: reverencia lo que ella ama y debe amar; y si tu vida ha llegado al fin que la han establecido

los dioses, procura no alargarla con la muerte de la mas gloriosa que hubo jamas.

Así discurria sobre la defensa de Alejandro, y se entretenia largamente en estas virtuosas reflexiones : pero volviendo á atormentarle la violencia de su amor, disipaba una parte, pasando todo el dia sin acabar de resolverse. Algunas veces se inclinaba un poco á la venganza; porque como la pasion no le dejaba con plena libertad, le proponia, contra su intencion, mil pensamientos, de los cuales no es tan facil que se libre la humana naturaleza.

Poco tiempo despues de haberse levantado, Loncates que venia de pasear al rededor de palacio, le dijo, que la Reina Estatira iba á divertirse despues de comer al paseo del rio, que, como sabeis, pasa cerca de la ciudad. Esta noticia le estremeció; y despues de haber estado pensando un rato en lo que deberia hacer, mandó aprestar tres caballos : y habiendo comido un poco, montó en uno, ordenando á Toraxio y á mí que le siguiésemos. Como nuestro alojamiento estaba tan cerca de la puerta de la ciudad, salimos sin ser vistos, sino de muy pocos, y encaminándonos hácia el rio, llegamos al sitio por donde habia de pasar la Reina. La impaciencia del Príncipe nos hizo salir antes de tiempo ; y desmontándose del caballo, se recostó de-

bajo de unos árboles, encargando á Toraxio los caballos y á mí que le acompañase. En el tiempo que estuvimos esperando, profirió unas palabras tan apasionadas, que no soy capaz de referirlas.

Finalmente ya llegamos á ver las carrozas, y mi Señor, levantándose del asiento, esperó temblando la llegada de la que tanto deseaban ver sus ojos. Aunque estábamos algo distantes, no era tanto que no viésemos que en la carroza de Estatira iba tambien el Rey. Esta vista hizo sobresaltar á mi Príncipe y renovar todas las agitaciones de la noche pasada : su rostro mudó muchos colores, y viéndole yo en tal estado, dudé no tomase alguna repentina resolucion. Permaneció mucho tiempo en esta quietud ; pero se rehizo un poco cuando vió que las carrozas paraban en frente de donde estábamos, y que Meleagro, montado en un bellísimo caballo, hablaba con el Rey que estaba asomado á la puertecilla de la carroza.

Despues de algunas palabras que no pudimos entender, se desmontó Meleagro, y saliendo el Rey de la carroza, montó en el mismó caballo. Era este muy rebelde y fogoso, y aunque le sujetaban dos ó tres hombres, tuvo bastante trabajo para tomar la silla : pero cuando le hizo sentir las espuelas, se alborotó de suerte, que la destreza y la fuerza del Rey no pudieron

sujetarle. No obedecia el caballo al freno ni al talon, sino que despues de mil vueltas y saltos, sin dar tiempo al Rey para que se arrojase, ni á los que le acompañaban para detenerle, acercándose al rio por donde estaba mas elevada la orilla, se tiró en medio de las aguas. Pero, Señor, yo creo que estabais presente, y sabeis muchas cosas de las que allí pasaron.

Lisimaco respondió con la mayor prontitud á Araxes. — A la sazon me hallaba yo en parte que no pude presenciar esta accion : y aunque es cierto que tengo alguna noticia, no interrumpais el hilo de vuestro discurso, porque hasta ahora ignoro la resolucion que tomé vuestro Señor.

— Precipitándose el caballo, prosiguió Araxes, en lo mas rápido y profundo del rio, cayó al fondo con la carga, y despues volvió á salir sin el ginete : esta desgracia sorprendió á todos los presentes. Estos exagerando con lamentables gritos el naufragio del Rey, le vieron poco distante de donde habia caido, luchar con las ondas, entre las cuales ya cayendo ya levantando desconfiaban cuantos lo miraban de su vida. Ya sabeis que el Rey nunca aprendió á nadar, y que muchas veces le pesó no haberse dedicado cuando niño á este ejercicio. El amor á su Rey movió á muchas personas á tirarse al

agua para salvarle; pero iba el rio tan rápido, y estaban tan escabrosas las orillas, que era imposible vencerlas; y ademas, al ver que ya habian perecido dos ó tres personas, desmayó á algunos que se iban á esponer por salvar á su Príncipe. Oroondates y yo estábamos en la misma orilla un poco mas abajo de los demas: y siendo testigos del peligro inminente del Rey, éramos tambien de diferentes pensamientos. Vergüenza tengo, Señor, de confesaros mi mala intencion. Aunque el accidente de este gran Príncipe me movió como á los demas á compasion, el interés de mi Señor en la pérdida de una vida que era incompatible con la suya, me dió una especie de gozo, y me hizo esperar con este accidente el fin de sus infortunios.

Pero en el instante que me alegraba de la próxima felicidad de mi Señor, le ví arrojarse al agua con una prontitud maravillosa, rompiendo despues las ondas con tanta fuerza, que en un momento alcanzó al Rey, que privado de sentido, ya no podia resistir á la violencia de las aguas que le llevaban. Mi Señor le cogió por los cabellos, y nadando con una mano sola, le sacó á la orilla con una pena y trabajo indecible. Yo tambien me eché al rio detras de él, y reconociendo su generosa intencion, le favorecí en lo que pude.

Luego que vencimos la orilla, tomando mi Señor al Rey por los pies, le hizo vomitar una parte del agua que habia tragado, y recobrar de esta manera el sentido que habia perdido: mas estaba tan fuera de sí, que nada vió de lo que se hacia con su persona. No contento mi Príncipe con lo que habia hecho, tomó al Rey entre sus brazos, y olvidando el cuidado de no darse á conocer, atropellando todos los obstáculos, le llevó á los pies de la Reina su esposa, que mas muerta que viva por esta desgracia, manifestaba con sus lágrimas el verdadero amor que tenia á su esposo. Mi Príncipe, poniéndole suavemente á su lado, la dijo: — Señora, dignaos recibir este servicio de quien acaso no lo esperabais, y reconoced en la cualidad de este otros muchos que os he hecho.

Estaba la Princesa tan turbada por la desgracia de su esposo, que no se pudo juzgar si la novedad que se veia en su semblante fué efecto, ó del accidente, ó del conocimiento de mi Señor. No hubo lugar de considerar la causa, porque mi Príncipe, abriéndose camino por en medio de la gente, corriendo á los caballos, montó precipitadamente en el suyo, y obligándome con su ejemplo á hacer lo mismo, partimos á rienda suelta, y dejamos la compañía en un momento.

Lisimaco interrumpiendo á Araxes, esclamó: — ¡Oh dioses! ¿es posible que nuestro siglo haya producido un hombre tan virtuoso? ¿conque vuestro Príncipe fué aquel á quien Alejandro quedó deudor de la vida? ¿aquel que se desapareció de los ojos de todo el mundo como un relámpago? ¿aquel que pareció haber bajado milagrosamente del cielo para librar á Alejandro, y á quien él y toda la Corte hicieron sacrificios como á un sobèrano numen? ¿Fué, pues, Oroondates, á quien la muerte del Rey era tan importante y necesaria, el que un momento antes habia conspirado contra su vida, y un instante despues espuso la suya por conservarsela? Ciertamente que semejànte generosidad no tiene ejemplo. ¡Mientras que Perdicas, Meleagro, Leonato, y otros muchos que presenciaban el lance, le dejan perecer sin socorro, recibe la vida de una persona á quien él da la muerte, y que no puede salvar su propia vida sin pérdida de la agena!

Calló Lisimaco despues de estas exageraciones, y continuó Araxes diciendo: — Apretamos los caballos de manera, que en menos de media hora caminamos sesenta estadios. Lo pasamos con bastante incomodidad, pues la frialdad del agua en una estacion poco calorosa, nos tenia medio helados, y los vestidos que no ha-

bian podido secarse pesaban demasiado. Es verdad que se descargaron alguna cosa, pues las gotas que caian por ser tantas, dejaban bien mojado el camino: y como esto podria servir de rastro por si acaso nos seguian, nos metimos por en medio de los campos sin senda conocida. En el espacio de una hora, llegamos á divisar algunas casas, y el Príncipe tuvo á bien retirarse á una de ellas, para secarnos la ropa, y pasar el resto del dia. Luego que llegamos, el amo de la casa á instancias mias, nos puso un grande fuego, y preparando dos malas camas nos tendimos en ellas, dejando á Toxario el cuidado de los caballos, y el de secar los vestidos. En el tiempo de nuestra detencion, no me fué posible ocultarle mi sentimiento, ni exaltar la generosidad de mi Príncipe en su presencia, representándole el disgusto que yo habia tenido al ver que se oponia á una felicidad que los mismos dioses le habian proporcionado.

Pero Oroondates cortó primero las alabanzas que le daba con su modestia, y despues con la grandeza de su corazon, me acabó de cerrar la boca, diciendo: — Araxes, dejemos de pretender por medios indignos, lo que no es debido á personas capaces de tales sentimientos: y si los dioses no quieren de otra suerte restituirme lo que me han quitado, resolvámonos sufrir la pér-

dida antes que recobrarla con vileza y deshonor. Alejandro no goza fortuna que no tenga bien merecida : y si los cielos que le han dado el poder de todo el mundo, no han puesto exencion en lo que yo pretendia, no nos opongamos á su voluntad, ó hagámoslo con mayor gloria, y por los mismos medios con que él ha adquirido lo que queremos disputarle.

— Pero, Señor, le respondí yo, aun cuando no hubierais visto cuán visiblemente os favorecia el cielo, ¿qué vergüenza recibiriais sufriendo lo que Meleagro, Perdicas, y los demas, sin arrojarse á un peligro á que os habeis espuesto? ¿Y cómo podria quejarse Alejandro, aunque no le socorriese un enemigo mortal, viendo que sus mayores amigos le desamparaban?

— Mucha vergüenza hubiera yo tenido, respondió Oroondates, en haber dejado perder por mi culpa al mas grande de todos los hombres, de quien ni he sido ultrajado sino por mi desgracia, ni he recibido buen tratamiento sino por su generosidad : fuera de que yo no podia huir sin infamia el peligro que habia allí de socorrerle, ni rehusar, sin inhumanidad á las lágrimas de la Princesa, la vida de un marido que ama y debe amar. Si Alejandro no pudiera quejarse de mí, yo podria quejarme de mí mismo, y como mi propia satisfaccion me es mas dulce

que la suya, las quejas que yo pudiera darme por haber faltado á una accion generosa, ó por temor del peligro, ó por cualquiera otro interes, me hubieran sido mucho mas sensibles que las de Alejandro, de quien no pretendo recompensa ni agradecimiento.

Con estos y semejantes discursos esperamos á que se enjugasen los vestidos, y cuando vino la noche nos vestimos y montamos á caballo, acompañados del huesped que no nos dejó hasta que nos puso en el camino real de Susa, adonde llegamos en el espacio de una hora. Como no se cerraban las puertas de la ciudad entramos sin dificultad alguna, y aunque la noche estaba bastante oscura, encontramos al fin nuestro alojamiento. Luego que mi Señor se vió en su cuarto, quedó mucho mas ansioso de ver á la Reina: y determinado ya á poner en ejecucion una idea que tenia meditada, mandó llamar á Tireo, para servirse de él en esta ocasion.

La mansion que hizo en la Corte de Darío, le proporcionó un gran número de amigos, que tenian el mismo empleo en la Corte de Alejandro, que en la del difunto Rey. Estaba muy seguro de la amistad del Príncipe Oxiarto, sabia que Artabazo le amaba, no dudaba del afecto de Mazeo, de Oxidato, de Bagoas, y de otros muchos, á los cuales creia poder recomendar con

seguridad su persona, y el secreto de todos sus negocios. Entre las damas conocia muchas, á quienes sin dificultad podria confiarse. La Princesa Parisatides, y la Reina Sisigambis, le habian asegurado muchas veces su afecto que no dudaba de su buena voluntad. Apamia y Arsinoe, entonces esposas de Tolomeo, y Eumeno, las hijas del Rey Ocon, y las de Mentor, habian manifestado tanto su aficion, que no podia creer se hubiesen mudado. Pero entre todas estas, siempre pensó que la bella y virtuosa Barcina era la de mas satisfaccion, y de la que podia esperar mayor socorro. Mas cuando se acordó de la honesta amistad que siempre le habia mostrado, de la noticia que le dió Tireo, y de la perseverancia con que habia defendido su partido en el colmo de sus desgracias, juzgó que solo á Barcina debia descubrirse, y apoyar en ella todo el cuidado de su vida.

Hecha esta determinacion quiso efectuarla; y habiendo salido con este fin de casa acompañado de Tireo y de mí, marchó á la de Barcina, conducido de Tireo que sabia bien los rodeos de Susa, y que muchas veces con recados de la Reina habia estado en su casa. Habiéndose dado á conocer Tireo al portero, nos condujo al favor de algunas luces á la sala. Despues de haber cenado Barcina se habia retirado á su cuar-

to, donde por fortuna no habia mas que algunas de sus doncellas. Tireo, que sabia el estilo y costumbre de la casa, tuvo facil entrada, y apenas se dejó ver de Barcina, que sorprendida con su venida, se fué á él para preguntarle el suceso de su viage. Despues de haberle agasajado y recibido muy cortesmente ; — ¡ O Tireo! le dijo con vos baja. ¿ qué nuevas nos atraes ?

— No son malas, Señora, respondió : pero he dejado dos personas en la sala, que os darán noticias muy seguras si las permitís que hablen con vos sola.

Barcina sin informarse, ni del nombre, ni de la condicion de las personas, se entró en su gabinete, y despues de haberle obsequiado segunda vez, le mandó condujese aquellas dos personas. Vino Tireo á buscarnos, y despues de haber esplicado á mi Príncipe el buen recibimiento que le habia dado, nos condujo por una galería á una puerta de su gabinete. Abrieron esta al instante : y viendo mi Señor sola á Barcina, juzgó por la impaciencia que mostraba la verdad de su afecto. Luego que nos paramos en la puerta, se puso en pie para recibirnos, y se adelantó á nosotros con mucha urbanidad : mas apenas puso los ojos en el rostro de mi Señor, que á pesar de los años y trabajos que le habian

desfigurado bastante, le reconoció al resplandor de las luces del gabinete.

Al principio quedó suspensa, y con su silencio significó la confusion de su alma: pero poco despues, volviendo en sí, no pudo contenerse, y le echó los brazos al cuello con aquella modesta ternura que permite una sincera amistad.

— O Señor, le dijo Barcina: ¿sois vos Oroondates? ¿Debemos todavía reconocer á vuestro amor un bien que no podiamos esperar? ¿Con que la ingratitud que habeis esperimentado entre los nuestros, y la pérdida de lo que habiais tan gloriosamente adquirido, no os ha retraido de un pais en donde habeis sufrido tanto, y habeis ganado tan poco? Venid, pues, (continuó ella con lágrimas que el dolor y el gozo producian juntos) venid á ver en los brazos de otro á aquella que tantos servicios y trabajos habian hecho vuestra, y que las desgracias antes que vuestra culpa, ni la suya, os han quitado injustamente.

Afligió de tal manera esta consideracion á los dos, que ni Barcina pudo proseguir ni mi Príncipe responder, sino con lágrimas que derramó por interés, para acompañar á las que ella vertia por caridad. Sosegado ya un poco, se sentó á su lado, y despues de haberla mirado con unos ojos dignos de compasion, la tomó

la mano, y la dijo : — Señora, ved aquí que ya ha vuelto el juguete de la cólera del cielo, el infeliz desterrado, ó por mejor decir el infiel, el indigno, tantas veces condenado por vos á las penas que ha pasado. Vedle aquí mas ardiente y mas apasionado que nunca : y como si su pasion pudiese aumentarse con sus infortunios, á medida que estos han crecido hasta donde podian llegar, se ha redoblado y ha subido hasta donde parecia imposible. Yo vuelvo, Señora, y vuelvo ó á morir á vuestros pies, ó á recibir de vuestra bondad la asistencia con que siempre me habeis favorecido. En mi prosperidad os habeis dignado ayudarme, y en mis adversidades no me habeis abandonado : ahora sois la única persona á quien recurro para recibir algun consuelo en los pocos dias que me quedan de vida. No rehuseis, Señora, proteger á este miserable, ni dejeis de concurrir á la conservacion de una vida que toda es vuestra. No pretendo de vuestra amistad pruebas que sean perjudiciales á vuestra virtud, ni á lo que debeis al ilustre Alejandro. Los sentimientos que tengo y he tenido siempre por vos estan llenos de respeto. Toda la gracia que os pido por la piedad que han manifestado vuestras lágrimas, consiste en que me proporcioneis el medio de que yo pueda hablar á mi Princesa. Si yo puedo protestar á sus

pies mi fidelidad, moriré contento, y sin envidiar la fortuna al mismo Alejandro, confesaré que os debo la vida que me queda.

Pronunció mi Príncipe estas palabra con tantos sollozos, que Barcina teniendo ya pasado el corazon de dolor y de compasion, no estuvo en largo rato capaz de responder : y despues de haber enjugado las lágrimas que la corrian por las mejillas y garganta, le dijo así penetrada de pesar. — Señor, saben los dioses que estoy tan afligida de vuestros desconsuelos, como lo quedé con la muerte de mi querido Memnon, y que este dolor que estuvo á punto de llevarme al sepulcro, tuvo poca ventaja al que ahora tengo por vuestros sentimientos. Sí, Señor, os lo protesto por la memoria de mi querido esposo, que quisiera poder contribuir á vuestra felicidad con una parte de mi vida, y aseguraros que estoy tan lejos de mirar, por los intereses de Alejandro, que me desprenderia de los mios si os pudiera restituir lo que os era legítimamente debido, y que habeis perdido contra toda razon. Yo estaba demasiado interesada en favor vuestro para perder tan presto la memoria : y vuestra virtud tiene conmigo tanta autoridad, que os aseguro que tengo, como parte principal de mi fortuna, cualquiera ocasion que se presente de serviros. No os valgais, pues, de alguna sú-

plica para obligarme á hacer lo que un Príncipe tan virtuoso como vos puede desear de mí. Yo emplearé en vuestro favor todo mi ardor, y mi fidelidad, y acaso con mejor suceso de lo que podeis esperar. Pedid lo demas á vuestro valor. Haced que este supla mi flaqueza, y hallad en él solamente el modo de satisfacer un alma noble y generosa como la vuestra. Podrá ser que los dioses muden vuestra fortuna, pues ha faltado muy poco para que el dia de hoy no haya sido el mas feliz de cuantos habeis tenido en vuestra vida. La persona que sirve ahora de obstáculo á vuestra dicha, está continuamente espuesta á tantos peligros, que es muy dificil dure largo tiempo. No será imposible conseguir la vista que tanto deseais. Tengo la fortuna de que en todos los accidentes de su vida, siempre me ha conservado la Reina el acostumbrado afecto, y espero que sobre este asunto no la desagradarán mis buenos oficios.

No permitió mi Príncipe que Barcina se adelantase en otras espresiones, sino que arrojándose á sus pies, y abrazándola por las rodillas con las mayores muestras de agradecimiento, la dijo todo aquello que un justo recibimiento le podia suministrar. Barcina le levantó con mucho respeto, y no dejó de avergonzarse al ver en tal estado á un sujeto de tan ilustre condi-

cion. Renovóle sus promesas con tanta eficacia que Oroondates comenzó á confiar en su socorro, y á rebatir cualquiera dolor, que le pudiese sobrevenir. Quiso saber entonces la Princesa las novedades de su vida, y de los años que habia pasado fuera de la Persia. Mi Príncipe satisfizo su curiosidad, haciéndola una relacion muy sucinta de lo que le habia sucedido en la Escitia, con otras particularidades que habian ocurrido: pero cuando al fin de su discurso supo Barcina que él era el que el dia antecedente habia librado á Alejandro, quedó tan admirada, que no se pudo contener sin esclamar de esta manera. — ¡Oh dioses! ¿Con que sois vos, Señor, quien ha pasado tantos mares, y ha vencido tantas dificultades para hacer vivir á un enemigo que os quita la vida? ¿Con que sois vos quien ha espuesto su vida por salvar otra que os es tan perjudicial? ¡Oh milagro de virtud? ¡Oh prodigio de generosidad! Solo esto faltaba para coronar todas las bellas acciones que habeis hecho. Pero si por casualidad hubieseis llegado un dia despues á Susa, seriais ahora el hombre mas dichoso del mundo, y lo mismo hubiera sido si os hubierais portado con menos generosidad. Mas, Señor, esperad de tan maravillosos acasos los mas felices sucesos. Estatira se os debe por tantos títulos, que parece imposible no llegue

el caso de que algun dia sea vuestra, y los dioses parecerian injustos, si al fin no se rindiesen á tanta virtud.

Despues de estas, y otras semejantes palabras que su admiracion la hizo proferir en cambio de su narracion, le contó muchas cosas de la vida que la Reina y ella habian tenido durante su ausencia. Se alargó algo mas sobre los casos que no habia sabido de Tireo, y acabó con las que habian pasado despues de la partida de este mismo. Informándose despues mi Príncipe con mas estension de los pensamientos de Estatira hácia su persona, percibió que eran los mismos, ó muy poco diferentes de los que iban en la carta, y que conociéndose obligada á amar á su marido, procuraba de todas maneras borrar la memoria de Oroondates — Pero no era esto, añadió Barcina, porque tuviese voluntad, de ejecutarlo, sino porque es su virtud tan perfecta, y son tan grandes las demostraciones de amor que recibe del Rey, que hace esfuerzos increibles para arrancar de su alma unos pensamientos poco compatibles con el amor, á que se cree obligada. Pero sea el que fuese el fin que haya tenido, lo cierto es que no pasaba dia sin hablar de vos : y cuando en fuerza de la conversacion se la renovaba la memoria, se conmovia de tal manera su espíritu, que la perplejidad en

que la veia por entonces me hacia huir las ocasiones de hablarla.

— Y Roxana, dijo mi Príncipe, ¿en qué se ocupa ahora?

— En quejarse, respondió Barcina, del poco amor que el Rey la tiene; pues se ha entregado tanto al mérito de Estatira, que apenas la visita. Está tan zelosa y tan llena de desazon, que no hay quien la puede consolar: y aun hoy en la casa de mi padre se ha dicho, que no pudiendo sufrir la grande estimacion que hace el Rey de Estatira, ha pensado retirarse de aquí á algunos dias á Babilonia. Nosotras poco lo sentiremos, pues la miramos con tanto disgusto, que vemos con placer la hora de su partida...

— ¡Ah infame! dijo mi Príncipe: y parando aquí, prosiguió oyendo las noticias que Barcina le daba.

Habiendo pasado una buena parte de la noche en esta conversacion. Oroondates por no incomodar mas á la bella Princesa, la pidió licencia para retirarse á su casa, mas no permitiendo Barcina que saliese de la suya, y mandando que se le pusiese un cuarto retirado, igualmente que á Tireo y á mí, nos mandó llevar sin moverse, por no dar indicios con la distincion del acompañamiento, de las circunstancias del Príncipe.

Antes de despedirse le prometió Barcina que al dia siguiente le proporcionaría ocasion de ver á la Reina, y haciéndonos pasar por amigos, ó criados de Tireo, evitó en su familia la sospecha que podia tener de mi Señor. No os podré yo esplicar las inquietudes que tuvo mi Príncipe toda aquella noche. Primero vino el dia que cerrarse los ojos, y entonces se dejó vencer un poco del sueño. Con este motivo dispertó tarde, y aun no se habia levantado cuando Barcina envió á saber si Tireo se habia vestido. Bien sabíamos que esta pregunta se hacia por mi Príncipe, y pasando Tireo á su cuarto á darla los buenos dias de su parte, supo por él cómo habia pasado la noche.

Vestida Barcina, y sabiendo que el Príncipe ya estaba levantado, vino á su cuarto acompañada de una doncella que era de toda su satisfaccion. Despues de los debidos cumplimientos, le encaminó por una galería de la parte del gabinete en donde habian pasado mucha parte de la noche. Allí tuvieron muchos discursos que no es del caso referir, y despues de haber dado las órdenes necesarias, comieron juntos, sin otra compañía que la dicha doncella, y otros criados que no nos conocian, y que para serlo menos dió siempre con estudio los primeros honores á Tireo. Habiendo ya comido, y creyen-

do que la Reina habria hecho lo propio, mandó que se preparase la carroza para ir á palacio: pero apenas habia acabado de dar esta orden, cuando la avisaron que venia la Reina á visitarla, como habia hecho otras veces, y que ya estaba á la puerta. Una felicidad tan poco esperada, sacó fuera de sí á mi Príncipe, y le hizo temblar de gozo y de temor. No es facil que yo pueda esplicar su conmocion: lo cierto es que yo le ví tan pasmado, que jamas le habia visto en tales términos.

Entre tanto Barcina, despues de haberle mandado se estuviese retirado en el gabinete, y haber entornado la puerta, salió á recibir á la Reina, y despues de haberla saludado como acostumbraba, la ayudó á subir la escalera, y la llevó á su cuarto. La Reina que la venia á visitar para hablar particularmente con ella, hizo quedar á los que la acompañaban en la antecámara, y entrando en el cuarto solo con Cleone, mandó cerrar la puerta; la del gabinete estaba un poco abierta, y acercándose mi Príncipe poco á poco á la abertura, vió entrar á Estatira, pero tan bella, que con esta vista por poco no pierde el uso de los sentidos. ¡Oh dioses! ¿cómo podré yo esplicar, y haceros comprender las agitaciones de su espíritu? Quedó al principio frio como el marmol; pero despues

dando paso franco al fuego que era el mas esencial, se quedó mas ardiente y mas inflamado que nunca, pero sin dejar de temblar, de manera que apenas se podia tener en pie.

Entre tanto se sentó la Reina, y quiso que Barcina hiciese lo mismo á su lado. Su rostro mudó muchas veces de color, y en todas sus operaciones parecia tan confusa, y ocupada de algun nuevo pensamiento, ó accidente, que estuvo mucho tiempo sin poder articular una palabra. Despues de esta suspension, que tuvo á Barcina con bastante inquietud, la dijo finalmente. — Querida Barcina, yo soy la mas infeliz, y mas desgraciada muger del mundo. La confusion en que me hallo, me trae á vos, como á la única persona del mundo que pueda consolarme. El accidente que me ha sucedido os sorprenderá sin duda, y os aseguro que participareis de mi dolor, ó de mi gozo, ó de entrambos juntos.

Calló á estas palabras; pero viendo que Barcina la escuchaba con gusto, y manifestando por las alteraciones de su semblante el interés que tomaba en su fortuna, prosiguió, diciendo: —Sabreis, pues, querida Barcina, que el mismo accidente que estuvo ayer á punto de hacerme perder á mi esposo, este mismo me ha hecho recobrar á Oroondates; pero le recobré para

perderle, pues el mismo momento que le presentó á mi vista, le arrancó de mis ojos para siempre. Yo ví á aquel que parece no está en el mundo, sino para bien de los mios: y aunque era grande la turbacion en que me hallaba entonces, no me estorbó reconocer las facciones de su rostro, discernir el eco de su voz, y penetrar el sentido de sus palabras. Yo misma ví en sus brazos á mi esposo pálido y yerto, y de él le recibí como un presente que me hacia de un bien que ya habia perdido. Él es, querida Barcina, ó si no es su cuerpo (como lo puedo creer por la prontitud con que desapareció de nuestra vista); á lo menos es su espíritu, que criado para nuestro socorro, ha venido de entre los muertos al tiempo crítico de poderme conservar en un momento fatal, lo único que me faltaba que perder. Mis lágrimas le han conducido sin duda, y ahogando en él la consideracion de sus intereses, le han traido para conservar á quien le ha perdido. Ay de mí, continuó Estatira anegada en lágrimas, y dejando caer suavemente la cabeza sobre los hombros de Barcina. Ah, querido Oroondates, y demasiado querido para mi descanso y para mi obligacion, ó sea que tú me ames, viviendo todavía, ó que tu alma, separada de tu cuerpo, conserve aun los prime ros sentimientos, ¿por qué vienes ahora á per-

turbar mi quietud, y á combatir mi deber? Si te fué amable mi descanso, mi deber te debe ser de consideracion; pues no puedes turbar mi descanso sin emplear contra mi deber las mismas armas de las cuales jamas me he valido.

Los sollozos cortaron el curso á las palabras, y tomándola Barcina en sus brazos, juntando sus mejillas con las suyas; —Consolaos, Señora, la dijo, puesto que no teneis ahora motivo alguno para afligiros tanto: y si vuestra alma es capaz de algun contento, menos motivo teneis de dolor que de consuelo. Sin duda alguna vive Oroondates, y vos habeis recibido realmente un servicio, que no podria prestar un espíritu sin cuerpo.

— Ah, querida Barcina, respondió la Reina con un suspiro sacado de lo mas profundo del corazon, si él ha muerto, es imposible que yo viva, mas si está vivo y cerca de nosotros ¿qué quereis que haga? ¿Cómo recibiré á una persona á quien he tratado tan mal? ¿Y cómo me trataré á mí misma, si no le recibo como esposa de Alejandro? ¿Debo yo desterrar mutuamente á Oroondates, á quien estoy inclinada por el grande afecto que le tengo, en atencion á los juramentos y obligaciones que me impuse? Y si no puedo despedirle, ¿cómo deberé verle? ¿Cómo sufriré yo á quien no puedo ver ni sufrir

sin ofender á mi esposo y á mí misma? ¿Cómo amar sin vituperio á quien ni puedo ni quiero aborrecer, y cómo aborreceré sin vituperio á quien ni debo ni puedo legítimamente amar? Considerad, Barcina, el estado en que me veo: yo no puedo consentir en la muerte de Oroondates, ni menos en verle vivo. Es forzoso, pues, que yo muera: y de este modo mi dolor quedará satisfecho, y mi deber sin tacha. Cumpliré con Oroondates y con Alejandro en la manera que debo al uno y al otro, y no faltaré á mi deber ni á mi afecto.

Mas hubiera dicho, si mi Príncipe fuera de sí de gozo, y en un estado cual podeis juzgar, por los discursos que habia oido, hubiese tenido mas paciencia, y no hubiese abierto la puerta del gabinete, corriendo con tanto ardor y prontitud, que antes se arrojó á sus pies, que viese quien entraba en el cuarto. Imaginad, Señor, cómo quedaria con esta vista la pobre Reina. Dió primeramente un grito estraordinario, y dejándose caer despues en los brazos de Barcina y Cleone, que se acercó para sostenerla, quedó con tan poco sentido y movimiento, que mas parecia muerta que viva.

Tireo y yo entramos al mismo tiempo, y fuimos testigos del mas piadoso espectáculo que se vió jamas; y á la verdad no se podria hallar aun

entre los hombres mas bárbaros quien no se moviese á compasion. Mi buen Señor estaba postrado delante de la Reina, y la besaba los pies con el mayor obsequio y humildad, y la Reina mirándole con ojos lastimeros ni le podia hablar, ni tenia fuerzas para levantarle, ni pienso conocia lo que hacia. Todos estaban en un profundo silencio, y Barcina atenta á este lance, estaba con ningun medio para apartarlos del estado en que se hallaban. Mi Señor abrió tres veces la boca, y otras tantas le cortaron los sollozos las palabras: pero recobrando finalmente su valor en caso de tanta necesidad, hizo todos los esfuerzos posibles para hablar, y tomando las últimas palabras de su Princesa, la dijo de esta suerte: — No penseis mas, Señora, en lo que será de vos, ni dudeis en la resolucion que debeis tomar por vuestro interés, y por la seguridad de vuestra quietud. El que segun vuestra confesion, no está en el mundo sino para serviros y complaceros, no vuelve ahora á turbar vuestro reposo, ni á oponerse á un deber de tanta consideracion. No vengo tampoco, ni para reconveniros, ni para obligaros á una palabra que no habeis cumplido, ni estais en estado de poderla mantener. Vuestro corazon y vuestra conciencia hablan á mi favor: y yo no puedo traer á la memoria sino lo que uno y

otro frecuentemente os han representado. Vengo solamente, Señora, para volver á ver á una persona por la que solo he vivido, para entregaros un marido que amais tanto, y que debeis amar en consideracion á su virtud, y por acabar á vuestros pies una vida que solo he conservado por vos, y que no quiero conservar mas, ya que habeis recibido todos los servicios que os podia hacer, y ya que es tan perjudicial á vuestro reposo y deber; pues no es para mí tan gustosa que me deje con algun deseo de alargarla. Estos son, Señora, los motivos que me han traido aquí; mas por muy especiosos que parezcan, no me habrian levantado el destierro, á que me habiais condenado, si no le hubierais revocado vos misma, y no hubiera entendido que sabiais mi inocencia; no siendo otro mi delito que haber elevado mis ideas á una dicha á la cual solo Alejandro podia legítimamente aspirar. Los dioses le han concedido una fortuna que era debida á su mérito, y os han dado por esposo á aquel que entre todos los hombres era menos indigno de poseeros. Viva, pues, sin temor alguno, gozando lo que justamente es suyo. Vivid vos sin que os molesten los juramentos quebrantados. Bien presto quedará Alejandro libre del temor que podria tener de un rival tan valeroso como él mis-

mo. y vos de los remordimientos que pueden turbar la calma de vuestra felicidad.

Mas hubiera dicho Oroondates; pero la Reina que mientras duraba el discurso habia vuelto un poco del desvanecimiento en que estaba como sepultada, le escuchaba con una alteracion del espíritu que no es facil esplicar, y le miraba con unos ojos anegados en lágrimas tan copiosas, que en un momento vivia y moria mil veces. Entonces fué cuando el amor y el deber renovaron su disputa, y agitaron á la Reina con violencia increible. Finalmente, aunque el deber quedó muy superior, no pudo impedir que el amor diese aquellas señales que podrian recusarse sin especie de inhumanidad : y la bella Estatira despues de una larga duda, se dejó caer sobre mi Príncipe, y echándole los brazos al cuello, juntó su rostro con el suyo con tanto ardor que uno y otro estuvieron para fallecer de dulzura. Esta mezcla, y la fuerza de la diferente pasion habian puesto á la Reina en tal vehemencia, que parecia inseparable de mi Príncipe, y haberse olvidado de todo entre sus brazos : y mi Señor, que no podia esperar morir mas gloriosamente que en los suyos, pidió á los dioses, ó que alargasen su fortuna, ó que le quitasen en aquel estado la vida.

Entre tanto Estatira no pudo proferir mas pa-

labra que el nombre de Oroondates, que repitió por tres veces con tan grande afecto, que manifestó sus sentimientos con mas elocuencia, que con todas las palabras del mundo. Retiróse finalmente, y poniéndose en el canapé en que habia estado sentada, se quedó tan avergonzada de esta accion, que desde luego conoció el poco poder que tenia sobre sus pasiones, y se puso el pañuelo en el rostro para cubrir su sonrojo y al mismo tiempo para enjugarse las lágrimas. Luego que se rehizo un poco, despues de haber mirado á mi Señor con unos ojos que aunque tan desfallecidos manifestaban que todavía vivian, se esforzó á hablar: pero iban sus palabras tan mezcladas con los sollozos que eran ininteligibles.

Al fin rompió de esta manera. — Por grande que sea la prueba que acabais de recibir del afecto que os tengo; yo no sé, Señor Oroondates, de qué manera pueda tratar ahora con vos: si considero mi constitucion presente, y lo que debo á mi legítimo esposo, y á mi propio honor, no os puedo hablar, oir, ni ver; pero si atiendo á lo pasado, y me acuerdo que mi querido Orontes fué mi vida, y mi todo, no solamente hablándoos, viéndoos, y escuchándoos, pero ni aunque os dé mi corazon, mi alma, y lo poco que me queda de vida, podré satisfacer una mínima par-

te de lo mucho que os debo. ¿Cómo quereis, pues, que yo viva, y qué destino dais á esta desgraciada, que jamas hubiera sido de otro si los dioses ó su desdicha mas que la vuestra no hubieran dispuesto lo contrario? Yo sé todo cuanto podeis pretender, y todo lo que puedo alegar para mi justificacion : pero vos sois demasiado generoso para confundir con baldones á una infeliz, y yo demasiado culpable y obligada para buscar justificaciones de una falta que no puedo enmendar, y por la cual sufro á lo menos tanto como vos. Es verdad, fiel y generoso Oroondates, que yo debia ser vuestra por todos respectos, y vos debiais ser mio por aquel ardiente y puro afecto que en realidad os tenia; pero es preciso creer que el cielo ha ordenado lo contrario : y la sinceridad de nuestro amor no ha podido defendernos de la cólera de los dioses, ni de la malicia de nuestros enemigos. Ahora, pues, mi querido Oroondates, y digo mi querido Oroondates, porque no obstante cualquiera razon que me lo quiera prohibir, sois y sereis hasta el sepulcro mi querido; ya que por fuerza del cruel destino que nos ha separado para siempre, yo no puedo hacer cosa alguna por vos, ¿qué quereis ahora de mí? Ya veis mi imposibilidad, estimais mi reputacion; y aquella virtud que os hizo ayer correr á la muer-

te por salvar á quien os quita la vida; me asegura de todos los pensamientos que la podrian ofender. ¿De qué manera, pues, podré yo conservar á mi Señor lo que no puede ser sino suyo, y corresponderos á vos con una parte de lo mucho que habeis hecho por mí? Oh, dioses, prosiguió ella, alzando los ojos al cielo, que habeis derramado el torrente de vuestras iras sobre la Casa Real de Persia, ¿por qué no me habeis sepultado entre sus ruinas, ó por qué no han llovido sobre mí todas las saetas que quitaron la vida al infeliz Darío, y que nos privaron de nuestro querido Artajerjes?

Las lágrimas que vertian sus ojos no la permitieron pasar á mas exageraciones: y es preciso que yo os confiese, Señor, que Barcina, Cleone, Tireo, y yo de tal manera la acompañábamos en el llanto, que no pudimos consolarla.

Mi buen Príncipe que todavía no se habia apartado de sus rodillas, y que las abrazaba siempre con un amor que ni se puede esplicar, ni se puede concebir, recibia algun consuelo con el conocimiento que tenia de que su amistad no estaba aun resfriada; pero estaba tan sentido al verla sepultada en su dolor, que el suyo se aumentó sobremanera.

No obstante animándole su valor, la dijo de esta

suerte:—cesad, Señora, de hacerme morir tantas veces: mi dolor es sobrado para llevarme al sepulcro sin ayuda del vuestro. No os empeñeis mas en satisfacerme, pues las lágrimas que derramais por este infeliz han pagado demasiado lo que he hecho por vos. No lloreis mas por una desgracia, en la que solo vuestra compasion os hace tomar alguna parte: yo solo debo dolerme, pues solo á mí me toca. Los dioses no debian mostrar mayor equidad que en la union de la mas perfecta criatura con el mas grande de todos los hombres; y vos no debeis murmurar de lo que han hecho contra mí, pues han hecho por vos todo cuanto podiais justamente desear. Disfrutad sin inquietud y sin pesar el Imperio que os han puesto en las manos: gozad de la tranquilidad en que os han establecido, y no la turbeis con la memoria de este miserable, á quien con razon habeis abandonado, y que se abandonará muy presto él mismo al último y cierto de todos los remedios.

Llevó la Reina tan á mal estas palabras, que no pudiéndolas sufrir sin interrumpirle; — cruel, le dijo, mirándole sobre hombro, vos debierais valeros de la justicia de vuestra causa, sin culparme con los baldones que me haceis con la mayor inhumanidad. Improperadme, con vuestros servicios, reprochadme la falsedad de mis juramentos, y la violacion de la fe dada; yo lo

confesaré todo sin replicar: y aunque yo sea inocente en la intencion, soy muy culpable en los efectos para pretender justificarme jamas: mas no me baldoneis con una vileza de la que nunca he sido capaz. Bastante he huido el Imperio para hacer creer que haya tenido por él alguna dulzura que me lisonjease: y la repugnancia que he mostrado en el bien que poseo, deja campo abierto para entender que no fundaba en eso mi fortuna. Yo soy verdaderamente mas feliz de lo que debia esperar en la posesion y en la amistad de un Príncipe que era digno de mejor fortuna; pero nunca he reconocido esta felicidad en los términos que habeis manifestado: y sola la consideracion de mi deber me ha hecho gozar de unas dulzuras donde mi inclinacion solo hallaba amarguras. No sois solo el desgraciado, y no ireis solo á la muerte si han de seguiros tambien los infelices. No estoy tan enamorada del Imperio, y de la tranquilidad tan ponderada, que no quiera acompañaros: y si de esta manera deseais las pruebas de mi afecto, esto me seria mucho mas facil, y mas legítimamente permitido, que cualquiera de las demas que os pudiera dar ahora. Las que habeis recibido hoy, aunque infructuosas y débiles, son verdaderamente criminales, no pudiendo yo sin deshonor dispensarme aquellas liber-

tades que me estan prohibidas: mas yo las he concedido por esta vez á la memoria de cuanto en otro tiempo habeis hecho por mí, á la reparacion de una falta que no puedo enmendar de otra suerte, al trabajo que os habeis tomado de haber vuelto aquí despues de haber perdido las esperanzas, á la salud de un esposo que tan generosamente me habeis entregado, y en fin, á una pasion de quien yo no he sido señora. Todas estas consideraciones hacen escusables mis primeros motivos: y las tendreis mayores en adelante para no hacer mas culpable á quien habeis amado.

Oroondates conociendo el fin del discurso, no la permitió continuarle, antes bien levantándose, y retirándose dos ó tres pasos atras, la dijo. — Sí, Señora: vos habeis hecho mucho por mí, y teneis razon de arrepentiros de las demostraciones que he recibido hoy de vuestro afecto. Yo las he merecido tan poco, que os avergonzais de habérmelas franqueado: y este infeliz que vale tan poco, y que tan poco os ha servido, no podria legítimamente esperar estos favores de la mayor Reina del mundo.

Estatira arrojando un suspiro desde lo íntimo del corazon respondió. — Sin razon, Oroondates, me renovais la memoria de vuestro mérito, de los servicios que me habeis hecho, y de vues-

tra persona. Vos sabeis que nada ignoro, y que os he confesado que ni mi corazon, ni mi vida, ni mi alma podrán satisfacer la mas mínima parte de lo que os debo, y de lo que os deberé hasta la muerte por mas que me empeñe en satisfaceros. No, Oroondates, yo lo sé, y no lo niego. Los dioses son testigos, que si yo tuviera autoridad sobre mí misma, seria vuestra, y que si me hubieran concedido mil vidas, las hubiera perdido todas por reconocer una parte de lo que habeis hecho por mí. ¿Pero qué puedo yo hacer para descartarme de la nota de ingrata? Y ademas de esta confesion y este deseo ¿qué pretendeis, ni qué esperais de mí? ¿Ignorais mi condicion presente? ¿Os son ocultas las reglas de mi deber? ¿No sabeis que todavía soy Estatira, en quien en otro tiempo habeis amado un poco de virtud?

Mi Príncipe, que la escuchaba atentamente, y que mientras ella hablaba parecia que la devoraba con los ojos, la interrumpió diciendo, con un tono de voz estraordinario. — Bien, Señora: vivid con la seguridad de vuestras reglas, y yo moriré con la de los juramentos y las protestas que os he hecho. Yo apruebo vuestra generosa resolucion, y la perfeccion del amor que mostrais por un esposo digno de vos. Pero vos aprobareis tambien que no pudiendo yo vivir sin la

esperanza que me prohibia morir, ponga á vuestros pies una alma que siempre fué vuestra.

Al decir estas palabras sacó la espada de la vaina, y apoyando el pomo en el suelo, se tiró sobre la punta con tanta prontitud, que si Barcina que se hallaba á su lado no hubiera dado con el pie en el puño, que la arrojó seis pasos de él, se la hubiera pasado de parte á parte, sin haberlo podido nadie remediar. Cayó el Príncipe en el suelo, mas tan avergonzado y afligido de haber perdido el golpe, que faltó poco para que el dolor no supliese lo que Barcina habia impedido. Acercámonos todos, y vímosle tan confuso, por ver cuán mal le habia salido su idea, que apenas se atrevia á levantar los ojos.

La Reina espantada se tiró á él, y abrazándole con temores mortales, procuraba distraerle de su desesperacion con las mas dulces palabras que su amor la podia sugerir. — ¿Cómo, mi querido y amado Oroondates, le decia la Reina teniéndole entre sus brazos; vos que fuisteis en otro tiempo, y que sois todavía, sin embargo del rigor de mi destino, mi vida; habeis querido darme la muerte por unos medios tan crueles? ¿Tan poco cuidado teneis de la mia, y de mi reputacion, que hayais querido sacrificar la

una y la otra á vuestros disgustos, sin considerar que por vos solo estoy espuesta á los mas crueles que se pueden probar? ¡Ah, cruel Oroondates! Si vuestro resentimiento pide sangre, y quiere que yo muera, como lo ha manifestado visiblemente esta accion, contentaos con hacerme morir con una muerte sola: volved la punta de esa espada hácia mi pecho, pasad un corazon que fué vuestro, y en donde estais tan profundamente grabado, que apenas puede recibir á quien está obligado. Si alguno de los dos debe morir, yo debo ser: yo soy sola la criminal, la perjura, y la infiel, y vos sois siempre inocente, siempre fiel, y siempre constante. Yo soy la que indignamente os ha vendido, y vilmente abandonado, y vos sois aquel que fiel y generosamente me ha amado.

Otras muchas palabras dijo todavía tan llenas de vehemencia y de ternura, que hubieran ablandado al corazon mas endurecido. El Príncipe no respondia sino con unas miradas en que parecia que estaba naturalmente pintada la muerte, con lo que la daba á entender no estaba capaz de gozar aquellas espresiones tan afectuosas que le hacia, ni de tomar la resolucion que ella le queria dar. Temiendo la Reina los efectos de su desesperacion, y creyendo que persistia en el deseo de morir, resolvió no per-

donar á diligencia alguna para distraerle, conociendo que en este estremo debia por piedad y conocimiento ablandar la severidad que habia tenido con él. Con este fin violentando un poco su genio, y viendo que ni menos abria la boca para responderla, le dijo así: — ¿Con que quereis, querido Oroondates, que yo crea, que ya no me amais mas, y que he perdido con el poder que tenia sobre mí todo el que me habiais dado sobre vos? Volved en vos siquiera por mi respeto, y considerad que no sois tan infeliz como pensais. Yo soy todavía Estatira si vos sois Oroondates: y ya que, no obstante las leyes del deber y de la decencia, me obligais á confesarlo, si me amais un poco, yo os amo mas que á mí misma. ¿Deseais mas? Yo me someto á vuestro juicio, amado Oroondates, y si creeis que puedo mas, estoy pronta á obedeceros. Si estais en vos, esta declaracion os satisfará sin duda, y si me conservais alguna amistad, os contentareis con las pruebas que os doy de la mia.

Aunque mi Príncipe conocia que las palabras de la Reina no llevaban otro fin que el de trastornar el deseo que tenia de morir, y que á vuelta de estos halagos, no desistia de su resolucion, manifestóse algo sosegado; y tomándola la mano, la dijo de esta suerte. — Señora, el cielo sabe que no me he olvidado del voto que

tengo hecho de obedeceros toda mi vida; y le suplico que me envie mayores penas que las que sufro, si yo no persevero un momento en esta resolucion. El deseo que teneis de verme padecer mayores trabajos, me impedirá dar á mis penas el fin que las habia destinado. Viviré ya que así lo ordenais, y ademas viviré en la forma que os digneis prescribirme. Si me permitís que os ame, y os vea, me satisfaré cuanto me sea posible con la amistad que me prometeis: ni pretenderé de vos cosa que sea contraria á vuestro genio, ni á aquella obligacion que me oponeis.

— Con estas condiciones, respondió la Reina, procuraré haceros ver que no soy ingrata: y no obstante cualquier conocimiento que yo tenga del error que cometo, ó del peligro á que me espongo, superaré todas las dificultades para satisfacer á quien estoy demasiado inclinada, y mas de lo que puedo y debo, y á quien habria tenido toda la posesion, si los dioses lo hubieran permitido.

No acabaria, Señor, si os hubiera de contar todo lo que pasó en aquella conversacion: ella duró hasta que llegó la noche: y su conclusion fué que con el influjo de Barcina se podrian ver alguna vez, y que mi Príncipe se contentaria con esto y con hablarla, sin pretender de la

Reina mas pruebas de su afecto: y aun en esto halló Estatira bastantes dificultades, y tantos peligros, que consintió en ello con temores mortales. Separáronse cuando llegó la noche, y tomando su coche la Reina, dejó al Príncipe en casa de Barcina en un estado dificil de esplicar. La pérdida de sus esperanzas era el sepulcro de su gozo, y la fortuna de su rival que le habia privado para siempre de un bien tan legítimamente pretendido, servia de materia para afligir su alma, de manera que no le daba lugar á ningun género de consuelo. Con todo eso por mas insensibilidad ó aversion que manifestaba hácia su dicha, la noticia que tenia del amor de la Princesa endulzaba en gran parte su dolor, y quedaba lisonjeado con saber que la desgracia que le privaba de la posesion del cuerpo, le dejaba mucha parte en el espíritu de la Reina.

Esta consideracion le aligeraba la pena: y Barcina que se interesaba sobremanera en su fortuna, se la ponia muchas veces delante de los ojos, y procuraba con todas las razones imaginables hacerle pasar el dia con la posible dulzura. Pero ademas de sus discursos y el consuelo que le daba con sus palabras, los buenos oficios que hacia con él, contribuian mucho á su favor. Ciertamente se portó con tanto afecto

y prudencia, que mi Príncipe jamas perderá la memoria, y el deseo de satisfacer tantas obligaciones. Ella fingió estar enferma, y guardó la cama algunos dias para dar pretesto á las visitas de la Reina: con este motivo los que sabian la estrecha amistad que habia entre estas dos Princesas, no se maravillaban de que fuesen diarias las visitas.

Con tan favorable oportunidad estaba muy consolado mi Príncipe por una parte, pero por otra se le renovaban los dolores; pues gozando en los ligeros favores una estraordinaria dulzura, hallaba la muerte en verse privado de los que disfrutaban un rival mas afortunado. Se lamentaba frecuentemente con la Reina, y como no estaba desprendido de los sentidos, se solia tomar mas licencia que la que le era permitida, manifestando con alguna accion no ser señor de su deseo. Mas la sabia Princesa aunque no podia estorbarle algunas libertades, le refrenaba con dulce magestad, y sirviéndose con gracia de la autoridad que tenia sobre él, le volvia con sus razones á su primera obediencia.

A mas de las visitas que Barcina recibia de la Reina en su fingida indisposicion, luego que se vió precisada á salir del cuarto, recurrió á otras invenciones para la satisfaccion de mi Señor. Jamas quiso permitir que dejase su casa, y estan-

do perfectamente honrado y amado de sus domésticos, que era preciso que le viesen, le detuvo sin peligro, y le trató siempre con la mayor dulzura, de modo que casi se puede decir que le volvió á su primera alegría. Muchas veces le proporcionó la vista de la Reina en un hermoso jardin que tenia fuera de la ciudad, haciéndonos marchar allá antes que fuese de dia: y despues de comer conducia Barcina á Estatira al mismo jardin, ó sola ó acompañada de Cleone. Despues se retiraban á los cenadores donde el Príncipe la esperaba, y pasaban en conversacion muchas horas. Todo esto lo manejaba Tireo, que retirándose con la Reina, merecia por su fidelidad la mayor confianza.

De esta manera pasaron tres ó cuatro meses, sin descubrirse mi Príncipe sino á Barcina: porque aunque (como ya os he dicho) tuviese muchos caballeros amigos y damas de confianza, de quienes no podia tener sospecha, la consideracion de la quietud y reputacion de la Reina le hacia vivir tan cauto, que ni menos se quiso dejar ver de la Princesa Parisatides. Saben los dioses con qué gusto le hubiera recibido esta Princesa, la Reina Sisigambis, el Príncipe Oxiarto, Artabazo y otros muchos, y hubieran todos contribuido á su fortuna; pero el interés de su amor habia desterrado de tal manera de

su alma todo otro respeto que no era capaz de otros pensamientos que de los de su pasion. Los frecuentes congresos con Estatira eran en casa de Barcina.

Estaban juntos un dia, en el cual volviendo el Rey de caza, y sabiendo que la Reina se hallaba en casa de Barcina, sin ir á palacio se apeó á la puerta, y subió la escalera sin avisar su venida. Apenas Barcina lo supo aprovechó el instante de poderle recibir fuera de su cuarto: y mi Príncipe sorprendido con una visita tan impensada, pasó precipitado á otro aposento cerca del de Barcina, y se sentó entre el rincon de la cama y la pared que estaba bastante oscuro. Desde allí oyó que al entrar el Rey decia á Barcina en presencia de la Reina: — Señora, vos me habeis quitado mi esposa, y estas visitas tan frecuentes me dan muchísimos zelos: ella parece vuestra de tal manera, que apenas la puedo poseer ni un momento.

La Reina tomando la palabra por Barcina, respondió: — no os parezca estraño: y creed que este es un efecto de las raras cualidades que reconoceis en ella, y que yo tengo mucha simpatía con V. M. para ser de diferente opinion que la vuestra.

Tuvieron juntos varios discursos, al fin de

los cuales, como el Rey venia cansado de la caza, le llamó el sueño; y pidiendo licencia á Barcina, y perdon de la libertad que se tomaba en su casa, como bien informado de ella, entró cabalmente en el cuarto donde se habia retirado mi Príncipe, para echarse sobre una cama que se acordaba haber visto allí. Efestion, Tolomeo, Leonato, Seleuco, Antígono y los demas se quedaron con las damas, y el Rey solo fué á buscar el reposo, adonde mi Príncipe habia buscado su asilo. ¡Oh dioses! ¡qué pensamientos tuvo tan diferentes luego que le vió entrar en el aposento! la antipatía que le tenia por usurpador de su bien, el deseo de acabar con la vida de un rival que destruia la suya, el juicio que formó de haber sido descubierto, y ser causa de la venida del Rey al mismo cuarto, le hicieron echar mano muchas veces á la espada, con deseos de pasarle de parte á parte: mas despues de los primeros movimientos, el pensamiento de la reputacion de la Reina, que se perdia sin remedio por este hecho, la consideracion de Barcina á quien estaba tan estrechamente obligado, el número de amigos que tenia Alejandro en el cuarto vecino en estado de oponerse á cualquiera intencion, y quitarle á él mismo la vida, si él lo hubiera intentado contra Alejandro, le detuvieron y le hicieron resolver no meter ruido algu-

no, ni moverse de donde estaba si no le precisaban.

El Rey como no vió nada á causa de la oscuridad del sitio en donde estaba, se echó en la cama, y se acercó tanto á él, que por poco no le toca con la mano. Mi Príncipe nada se movia, antes bien detenia el aliento cuanto le era posible, esperando que se durmiese. No fué larga la espera, pues apenas puso el Rey la cabeza en la almohada, se quedó dormido.

¡Ah! cuáles eran en aquel instante los pensamientos de Oroondates, viéndose cercano á una persona, á quien la libre posesion de una cosa tan deseada de él, y no conseguida, permitia un dulce y quieto descanso! ¡cuánta fuerza se hacia á sí mismo para detener los suspiros, que esta consideracion enviaba de lo íntimo del corazon! — Tú duermes (decia entre sí) tú duermes, afortunado Alejandro, y no la posesion de los Imperios, sino la de mi Princesa te hace dormir con quietud. Tú duermes sin estar acosado de ningun pensamiento, ni turbado con la memoria de alguna pérdida: y yo velo las noches y los dias enteros, no por envidia que tenga de tus victorias, sino por el dolor que has alojado en mi alma para siempre. Tus ojos se cierran para tu descanso, y los mios siempre estan abiertos á las lágrimas que derramo por tu

causa. Tú posees sin inquietud este reposo que me has quitado para siempre. Tú gozas con tranquilidad lo que se me debia de justicia. ¡Ah ladron de mi descanso, y verdugo de mis dias! tú que adormecido, abatido y espuesto á mi voluntad, me quitas cruelmente la vida, mira como la tuya está ahora en mis manos, y con qué facilidad te pudiera privar de lo que con tanta inhumanidad me has quitado.

Mientras estaba agitado de estos pensamientos, abrió un poco la parte de la cortina que cubria el lecho, y viendo vuelto hácia sí el rostro de Alejandro, quedó tan conmovido, como fuera de sí, y sin conocimiento en la silla en que estaba sentado. Muchas veces le vino al pensamiento acercársele al oido y decirle : — despierta, Alejandro ; despierta : ¿es posible que puedas dormir al lado de tu mayor enemigo? el valor que has esperimentado en él te pone á cubierto de toda supercheria ; ¿ pero no consideras que por muy generoso que haya sido, la desesperacion en que le has precipitado le puede desnudar de esta bizarría? Levántate, Alejandro, para disputar en pie un bien que no puedes gozar mientras yo viva. Estatira en todo el tiempo que vivo no puede ser tuya. Quítame primero del mundo, y despues duerme con seguridad. Nada te puede perjudicar el medir tus armas

con las mias. Tan noble es mi condicion como la tuya, y solo la fortuna te concede la ventaja que tienes sobre mí en la posesion de los Imperios.

Permaneció así largo tiempo con las ganas de hablar de esta manera á Alejandro; pero despues de haberlo pensado mejor, las consideraciones ya dichas le contuvieron, y conociendo que estaba sumergido profundamente en el sueño, se levantó con el silencio que pudo, y se fué hácia una puerta que salia á la galería, sin atravesar por el cuarto de Barcina; pero como su dolor le tenia tan ciego, no pudo cuidar de sus pies, y tropezando en una silla, cayó en el suelo haciendo un ruido tan grande, que el Rey se despertó de repente. Incorporóse en la cama, y alzando un poco la cortina, vió á un hombre de una estatura mas que estraordinaria, y de un rostro magestuoso que se iba á salir por la puerta. Espantóse el Rey, y preguntándole en voz alta quién era; el Príncipe viéndose descubierto abrió la puerta sin responder, y cerrándola detras de sí, se retiró á su cuarto.

Alejandro se levantó un poco admirado, y pasando al cuarto de Barcina, contó lo que le habia pasado. Estatira y Barcina mudaron de color; pero esta asegurándose lo mejor que pudo, respondió al Rey: — Sin duda será alguno de

mis domésticos, que ignorando que V. M. estuviese en el cuarto, despues de haber conocido la falta, se ha retirado aturdido sin atreverse á responder á V. M. por temor. Quedó satisfecho el Rey con este discurso; y retirándose despues de poco rato con la Reina, dió lugar al Príncipe y á Barcina para que pasasen el resto del dia hablando acerca de lo que habia ocurrido.

Reflexionando despues la Reina sobre este accidente, hacia sus visitas á mi Señor con mas precaucion, y dió todas las órdenes necesarias para no ser descubiertos. En este tiempo mismo se turbó toda la corte, por el luto del Rey que lo mudó todo. La muerte de Efestion, que era el favorito de Alejandro, ó por mejor decir el mismo Alejandro, y marido de Parisatides, ocasionó esta novedad. No os hablaré del sentimiento del Rey, ni de la pompa de sus funerales, porque ya lo sabeis; como tampoco del dolor de la Princesa viuda: os diré solamente que esta desgracia fué mucho mayor para mi Príncipe, por no poderla visitar para consolarla en su pérdida. La Reina tomó mucha parte en la afliccion de su hermana, y se valió de este pretesto, por lo que dijo el Rey su marido, para no salir del cuarto en algunos dias, y no visitar mas que á su hermana, á quien tenia un verda-

dero afecto, y sentia igualmente que ella su desgracia. Esta misma privó á mi Príncipe de la vista de Estatira : pero apenas pasaba dia en que no recibiese algun consuelo en su dolor, con los billetes que le escribia de su propia mano, y llevaba Tireo á casa de Barcina. El Príncipe los leia con escesivo gozo, que manifestaba el de su pasion. Entre otros recibió uno que decia así :

LA REINA ESTATIRA AL PRINCIPE OROONDATES.

« No seria justo que mientras mi esposo y mi pobre hermana estan entregados al dolor, yo sola corriese á buscar objetos de gozo : soy digna de perdon si durante algunos momentos pierdo la vista del que amo, por consolar á quien ha perdido para siempre lo que amaba. El deber y la compasion me ordenan esta pena ; pero creed, mi querido Oroondates, que tanto lo siento yo como vos, y que es tan difícil á Estatira abstenerse de veros, cuanto es vituperable á una esposa de Alejandro el solicitarlo.

Mi Príncipe respondió en los términos siguientes :

EL PRINCIPE OROONDATES A LA REINA ESTATIRA.

« Es muy justo que yo sufra en tanto que todos padecen : y yo tengo demasiado interés por lo que os toca para tener parte en el dolor de la Princesa vuestra hermana, sin la mezcla de mis propias desdichas. Solo os suplico que lo abrevieis cuanto podais, y prefijeis límites razonables á vuestro sentimiento, si no quereis que mi vida sea muy corta. Yo no debo amar esta, pues os es importuna en obligaros á unas acciones que estimais dignas de vituperio : pero tampoco la puedo aborrecer, conociendo por los esfuerzos que haceis por conservarla, que os es muy amable.

Se escribieron otras muchas que endulzaban un poco las penas de mi Señor : y la bella Barcina se fatigaba con tanto cuidado para hacerle pasar este tiempo de retiro, que si en verdad no estaba consolado, fingia por lo menos en su presencia cuán agradable le era su conversacion. Acabados los primeros dias del luto, ya pudo la Reina volver á verle : y tuvo despues mucho mas lugar ; pues Alejandro despues de haber hecho á Efestion los honores que los dio-

ses solo exigen de los hombres, cortando las crines á los caballos, derribando las almenas de las ciudades, y gastando en los funerales doce mil talentos, partió de Susa, como sabeis, para desahogar su dolor contra los Cosanos, pueblos bárbaros y cercanos á Susa, á quienes embistió Alejandro como á bestias salvages, llamando esta espedicion, el sacrificio de los funerales de Efestion.

Bien sabeis que la Reina Estatira no se movió de Susa, y que la maliciosa Roxana habiendo obtenido licencia, se retiró á Babilonia, cuya marcha libró á su rival y á todas sus amigas de una vista que las era inaguantable. La ausencia de estas dos personas suministró grande oportunidad á mi Príncipe para tratar libremente con la Reina : y pocos dias pasaron que no tuviese la fortuna de verla mas frecuentemente ó en casa de Barcina, ó en su jardin, ó en el mismo palacio, adonde le conducia Tireo con industria de Cleone, y en donde se pasaban las horas enteras en una honesta conversacion : y hubiera quedado mas satisfecho, si la reflexion no le hubiera presentado las ventajas de Alejandro.

Entre tanto vivia la Princesa de manera, que manifestando su conocimientò como debia á una persona que habia hecho tanto por ella, no

se apartó jamas de los términos de la razon. Nunca permitió saliese de su boca ni una palabra indiferente ; y cuando mi Príncipe, ó por alguna de sus espresiones, ó por cualquiera accion daba alguna señal de aborrecer su vida, cuya pérdida sola podia establecer y asegurar la suya, refrenaba estos ímpetus con tanta gracia, y acompañaba las razones con lágrimas tan preciosas, que, obligándole á admirar mas que otras veces su virtud, le confirmaba en los propósitos que habia hecho de no desagradarla en su vida.

Un dia que en presencia suya y de Barcina profirió algunas amenazas contra Alejandro, acusándole de flaco porque le dejaba vivir, la Reina, despues de haberle reprendido, le dijo : — querido Oroondates, yo puedo, y os debo confesar sin ofenderos, que amo al Rey mi esposo cuanto estoy obligada, y que cualquiera que quisiera atentar contra su vida, destruiria la mia propia ; mas aun cuando yo estuviera destituida del sentimiento que debo tener, y que verdaderamente tengo por él ; ¿ cuando pudiera ver sin el mayor dolor la pérdida de aquel que los dioses me han dado por esposo ? ¿ qué creeis que yo deba á mi propia consideracion ? ¿ con qué ojos os persuadís miraria yo al homicida de mi s poso ? ¿ creeis acaso que pudiese yo recibir por

segundo marido, á quien venia con las manos teñidas de la sangre del primero? y cuando yo olvidase esta consideracion, y me pusiese á ciegas en vuestros brazos, ¿qué opinion tendriais de mí despues de una ligereza tan vergonzosa y tan llena de indignidad? No, no querido Oroondates, no pretendais de mí cosa que sea contraria á lo que os obliga á amarme. Yo me quiero conservar en vuestra estimacion, ya que no he podido ser vuestra, y quiero tambien conservar un esposo, que despues de los dioses, vos mismo me le habeis entregado.

— Pero ya, dijo el Príncipe, que vuestras razones son tan poderosas, ¿qué quereis que haga?

— Yo quiero, respondió la Reina, que vivais, y sufrais como yo vivo y sufro, esperando la voluntad de los dioses, que acaso mudarán vuestra fortuna y vuestro deseo. Entre tanto contentaos con lo que hago por vos: y aunque esto sea poco en comparacion de lo que habeis hecho por mí, debeis hacer algun caso si considerais lo que me cuesta, y á lo que me espongo por complaceros.

Con estas y semejantes razones moderaba la Reina la pasion de mi Príncipe, y cuando veia que se dejaba llevar del poder que le dominaba,

y que se empeñaba en aprovechar las ocasiones en perjuicio de su virtud, se valia de su autoridad con mucha gracia : y en medio de los halagos que la hacian tan amable, se mostraba tan formidable, que le obligó á arrepentirse en un instante de un deseo que ella desaprobaba. Sin embargo no se fiaba tanto de sí misma ni de la autoridad que tenia sobre él, que se quisiese poner en ninguna ocasion : y por huirlas cuanto le fuese posible, se acompañaba ordinariamente de Barcina, ó de Cleone, y si era necesario se apartaba de ellas tan poco, que no daba lugar al Príncipe para nada.

De esta manera pasaron algunos meses sin cosa digna de notarse : pero al fin la Reina comenzó á sentir algunos remordimientos en una manera de vida que no podia durar, y resolvió cortar esta comunicacion, aunque fuera á costa de su vida. Con este fin consultó varias veces con Barcina, para disponer el ánimo del Príncipe con palabras estudiadas. Pero apenas habia empezado á proferirlas, quedó el Príncipe tan aturdido, que lavó los pies de Estatira con un diluvio de lágrimas, que la hicieron perder las esperanzas de prepararle, pero no el deseo que tenia en lo que debia hacer. Yo creo que en esto tuvo mucha violencia su espíritu, pues se conocia en la mudanza de su rostro, la fuerza que se

hacia á sí misma para resistir á los movimientos de su afecto.

En este tiempo recibió cartas del Rey, que habiendo destruido á los Cosanos, habia tomado el camino de Babilonia, adonde la rogaba viniese cuanto antes. Esta súplica, que recibió como mandamiento espreso, la agitó con diferentes pensamientos, y dió materia á mi Señor para pensar nuevos medios de continuar la vida comenzada. Barcina, que queria siempre acompañar á la Reina, la ofreció en Babilonia la misma asistencia que en Susa; pero las impertinencias que ella daba, prohibia á mí Príncipe abusar de su bondad. Él estaba no obstante resuelto á hacer este viage, y buscar invenciones para alargar esta vida, que creia subsistia por la vista de la Princesa, y por el afecto que ella mostraba.

En tanto la virtuosa Reina vivia con mayor circunspeccion que antes, y no le veia sino con señales de tristeza, y acciones que visiblemente manifestaban la violencia con que contribuia á lo que creia contrario á su deber. Notaba esto el Príncipe con un dolor dificil de esplicar, y sacando un mal agüero de este silencio que ya era ordinario, le preguntaba el motivo de esta mudanza; pero con tanto temor y poca seguridad, que daba á entender seria mayor el disgusto

que el deseo de saberlo. La Reina se hizo rogar muchos dias; mas cuando llegó la hora de su marcha, se previno bien, y pasó á casa de Barcina. Mi Señor que la esperaba con impaciencia, habiéndola recibido con el mayor gozo, se echó á sus pies, y con todas las espresiones posibles procuró disipar aquel humor sombrío, en que ya habia dias que estaba sepultada.

Despues de varias instancias alzando la Reina los ojos, y haciendo fuerza para detener las lágrimas, le dijo así: — Saben los dioses, Príncipe Oroondates, que os he amado hasta aquí con el mas puro y perfecto amor que un alma es capaz de concebir; que os amo mas que á mí misma, y que os amaré toda mi vida conforme estoy obligada por los servicios que me habeis hecho, por el afecto que me habeis mostrado, y por mi propia inclinacion. Si miento, Oroondates, quiero que el sol no salga para mí, y que el grande Orosmade me sepulte con mi padre, y con todos los mios ya difuntos. Despues de esta protesta, á que debeis dar fe, os diré con la misma verdad, que no sin violencia, ni sin un dolor estraordinario os declaro mi intencion: y os suplico por todo el amor que me podeis tener, que no atribuyais á ligereza de espíritu, ni á falta de afecto lo que hago, por no ser la mas infeliz entre todas las mugeres, la mas indigna

de vuestro afecto, y de la grandeza á que me han elevado los dioses. Despues de esta prevencion os diré que si el cielo me hubiera destinado para vos, mi voluntad no podria haber estado mas pronta; pues por tener la fortuna de ser vuestra, habria abandonado la esperanza de todos los Imperios del mundo, y las mayores felicidades que se pueden imaginar. Mas puesto caso que mi destino se ha opuesto, y que contra las apariencias, y primeras intenciones me ha hecho ser de otro; no os debe parecer estraño, si os privo de lo que no podeis conservar, ni yo puedo concederos sin pérdida de mi reputacion, de la quietud de mi conciencia, y de mi propia tranquilidad. Confieso que os debo mucho, pero yo no os puedo satisfacer: y no obstante cualquiera reconvencion que podais hacerme, es justo que yo os represente que el esposo que me han dado los dioses, no es de tan poca consideracion que no merezca todos mis afectos: cualquiera derecho que vuestros servicios y mi amor os hayan dado sobre mi vida, no teneis razon de pretender, ni yo de ceder lo que solo es suyo. Permitid, Señor, que os ruegue con las lágrimas que no puedo detener, dejeis esta comunicacion que no se puede continuar sin precipicio, y no penseis mas en esta desgraciada, que no es digna de vuestros cuidados, ni está en estado de

reconocerlos. Si quereis conservar alguna memoria, sea lejos de aquí, para no avivar, principalmente con vuestra presencia, una llama que ya debia estar apagada, y que la muerte acaso apagará cuando yo no pueda recibir vuestra resolucion. Ademas de lo que os debo, el estado en que estais, la pena que sufrís, los azares á que os esponeis por una sombra de favor que nada merece, me mueven verdaderamente á compasion. Vos estais destinado á mayores ocupaciones, y sois digno de mejor fortuna ; y los dioses acaso llevarian á mal que yo retuviese en un estado tan lastimoso á una persona tan cumplida. Pasad, pues, Señor, á otra parte estas admirables cualidades, con las que habiais ganado á esta infeliz Princesa, y que os darán todavía cualquiera otra persona mas perfecta, y mas dichosa, y dejad en su desgraciado destino á quien nada puede pretender de vos, ni vos de ella. Yo os suplico esta gracia por todo cuanto reconoceis mas sagrado ; yo os ruego por la amistad que siempre me habeis prometido, y por el imperio que me habeis dado sobre vuestra voluntad, dejeis esta infeliz para siempre, y no os pongais delante de ella hasta que os pueda recibir como se debe.

Juzgad, Señor, como quedaria mi Príncipe con este discurso. Oyóle todo con mil alteracio-

nes capaces de mover á piedad al corazon mas duro; pero cuando sintió la conclusion, viéndola terminar en un destierro perpetuo, no obstante que recurrió á su valor, no tuvo fuerzas bastantes para resistir á un ataque tan violento. No arrojó en este lance gritos, ni derramó lágrimas: estas espresiones de dolor eran demasiado débiles para manifestar la grandeza del suyo; mas no pudo tener tanto poder sobre sus sentidos y fuerzas que no le abandonasen. Sus ojos se cerraron, su cabeza se dejó blandamente caer sobre el hombro, y poco á poco quedándose todo yerto, cayó sobre el canapé en que estaba sentado.

La Reina, que estaba dispuesta á peor suceso, sin embargo no le vió en este estado sin un dolor muy sensible, y sin mesarse los cabellos, y el rostro que el sentimiento habia desfigurado. Sus palabras fueron las mas lastimosas que se pueden decir en tales lances, y sus acciones casi llegaron á esceder su modestia y su nacimiento. pero no por eso mudó de resolucion, antes bien quiso primero esponerse á morir que retractar el decreto pronunciado. Barcina, Cleone, y yo estábamos cerca del Príncipe procurando hacerle volver en sí con diversos remedios, pero el desmayo fué tan profundo, que ya habia pasado una hora, y todavía no daba señales de vi-

da. Aunque la Reina estaba determinada á no escuchar sus lamentos, ni sus baldones, con todo no le quiso abandonar en un estado tan miserable. Lüego que abrió los ojos, se levantó de su lado, y enjugándose las lágrimas lo mejor que pudo, determinó hacer la última despedida. Vuelto en su acuerdo mi Señor, y viéndose rodeado de tantos, echó lentamente la vista por todas partes, y buscando con ella á la Princesa, acordándose de lo que le habia mandado poco antes, se contentó con decirla : — Yo os obedeceré, Señora, no temais ; yo os obedeceré.

La Reina no permitiéndole pasar adelante, añadió : — Así lo espero, querido Oroondates, y con esta seguridad os digo el último á dios ; y apartándose de él confusa, y sin esperar respuesta, se salió del cuarto tan mudada de color, y tan fuera de sí, que no se conocia.

El pobre Príncipe la acompañó con los ojos sin moverse de donde estaba ; y viéndola desaparecer, empezó á decir con gritos que manifestaban su flaqueza : — A dios la mas amada, y la mas ingrata de todas las mugeres : á dios para siempre, inhumana Estatira : á dios, ya que temeis asistir á mi muerte, no habiendo temido ser la causa.

Fueron tan violentas sus espresiones, que al fin le levantaron una calentura ardiente. Bar-

cina no le quiso abandonar en tal estado; y aunque habia determinado acompañar á la Reina, á Sisigambis, y á Parisatides que marchaban el mismo dia, se escusó, prometiendo iria á visitarla á Babilonia luego que el Príncipe se restableciese. Las Reinas salieron de Susa, y Barcina volvió á su casa para cuidar de mi Señor.

Ya le habiamos puesto en la cama, y conociendo esta buena Princesa la violencia de la calentura, hizo llamar los médicos mas espertos para que le asistiesen. Ella lo hacia con tan buena gracia y esmero, que manifestaba bien el afecto que le tenia; pero mi Señor quedó tan maltratado, que creciendo el mal, al cabo de pocos dias desesperaron los médicos de su salud. Considerad, Señor, cual seria mi afliccion y la de Barcina al ver morir en su casa, y entre nuestros brazos, una persona á quien queriamos tanto, y cuyas escelentes partes conociamos con tanta perfeccion: será dificil poderlo representar. Mas cuando haciamos reflexion á los lances de una vida tan maravillosa, y que todos venian á parar en un fin tan funesto, estábamos mas penetrados de su mal que él mismo. Entre tanto padecia un continuo desvarío, estando muchos dias privado de todo conocimiento; el frenesí le hacia proferir mil palabras llenas de estravagancias, de que no

hacian caso los médicos, no obstante que podrian descubrir mucha parte de su vida.

Muchos dias mantuvieron el parecer de que se moria sin remedio : y saben los dioses que no haciendo yo ánimo de volver á Escitia, hice empeño de acompañarle en el mismo sepulcro. Mas cuando menos lo esperábamos, una crisis favorable dió un poco de esperanza ; y por abreviar una historia, que ya puede ser enfadosa por larga, os diré, que la juventud y complexion vigorosa cooperaron á sacarle del peligro en que habia estado. Cuando los médicos empezaron á asegurarme de su salud, y que por la disminucion de la calentura crecia cada dia mi esperanza, determiné establecer su descanso ; y no encontrando medios proporcionados, tomé una resolucion muy estraña, pero muy conforme tambien al afecto que tenia á mi Señor.

Me acerqué á su lecho, y viendo que nadie me oia, le dije así : — Señor, ya que los dioses os han librado visiblemente de la muerte, que sin su asistencia privativa era infaliblemente cierta, es preciso creer que hayan pensado en el establecimiento de vuestra vida, y que no os la hayan conservado contra la esperanza de todos, para hacérosla continuar entre infortunios y desgracias. Es preciso que vivais, y que vivais mas feliz, y que con este fin desterreis

todos los escrúpulos que os tienen reducido á tal miseria. En este supuesto, ya que la vida de Alejandro es incompatible con la vuestra, conviene que él muera, y que dejeis todas las consideraciones que os pueden trastornar un pensamiento de que depende vuestra salud. Si la Reina os ama, el deseo de ser vuestra la hará llevar con paciencia esta muerte: si no os ama, el temor de disgustarla no debe ser de mas consideracion que vuestra vida. Sin embargo, para quitaros todo el remordimiento de una culpa que creeriais cometer con desobedecerla, Araxes se tomará este cargo, y esta mano os librará de un enemigo, antes que la vuestra esté en estado de emplearse. Si soy tan dichoso que os haga este servicio, preferiré mi condicion á la de todos los hombres, y si yo caigo en la dificultad de esta empresa, y perezco en ella, no podré morir con mas gloria que sacrificando mi vida por la quietud de una persona, á quien se la he dedicado.

Mi Señor, habiendo vuelto la cabeza hácia mí, mientras hablaba, me echó los brazos al cuello, y teniéndome largo tiempo abrazado, me dijo: — Yo me hallo tan estrechamente obligado á la fidelidad de tu afecto, que sola tu consideracion es capaz de hacerme desear la vida por satisfacer alguna parte de tus buenos oficios.

Tus sentimientos son mas generosos que justos : sin embargo, me ha gustado tanto tu proposicion, y el valor con que te has ofrecido, que desde luego convengo. Sí, Alejandro debe morir, y desde que he vuelto á mi razon he determinado su pérdida. Morirá este conquistador del mundo; pero morirá solo á las manos de Oroondates. Esperaré á recobrar mis fuerzas, y obligaré el amor de la Princesa dándola los medios para que sea mia, ó castigaré su ingratitud, sacrificando á sus ojos lo que no debia amar en perjuicio mio. A vista del precipicio en que me ha puesto ya no hay lugar á la consideracion; pues he hecho tanto por uno y otro, que no me queda escrúpulo alguno de haber faltado á mi deber. He salvado la vida á Alejandro cuando sus mayores amigos le dejaron en el peligro : y ya que él arruina la mia, no debe estrañar que yo le asalte sin dolo. No le daré veneno, ni menos usaré de otros medios vergonzosos para quitarle del mundo : dispondré de tal manera el lance, que el mayor peligro infaliblemente me toque á mi. Si en esta ocasion, ó Estatira, yo muero, quedareis para siempre libre de las importunidades de este miserable, y gozareis tranquilamente aquella grandeza por la que tan vilmente me habeis dejado.

Hizo otros muchos discursos de esta natura-

leza; y conociendo yo su genio, no me empeñé en no contradecirle por sostener lo que se habia propuesto. Mientras duró la enfermedad permaneció en su resolucion: y bien presto, ó fuese efecto de esta idea, ó de la asistencia de Barcina, recobró la salud en cosa de dos meses, sin embargo de que necesitó despues un mes entero para poder montar á caballo.

Esta relacion, Señor, ya es demasiado larga, y para concluir os diré que luego que se recobró alguna cosa, y se puso en estado de ejecutar el deseo que tenia, se preparó para la marcha. Pero antes de salir de Susa, la inquietud que yo tenia por su fortuna me obligó á consultar á los dioses: y con este fin visitando el templo de Orosmade, en donde los Oráculos eran muy célebres, despues de haber hecho mi oracion á la intencion de Oroondates, el dios me mandó buscase el reposo á la orilla del Eufrates: y sin darme otra respuesta, me volví á casa con un poco de satisfaccion y esperanzas. Mi Príncipe con esta noticia lo quedó igualmente, y sabiendo que Babilonia, donde permanecia Alejandro, estaba á la orilla de este rio, creyó que su intencion era muy conforme con la voluntad de los dioses. Dispensadme que os cuente lo que pasó en la separacion de mi Príncipe y Barcina. Vos podeis discurrir que la memoria de

los beneficios que acababa de recibir le pondrian en la boca espresiones mas cordiales que se pueden imaginar, y que el sentimiento de dejarla le manifestaria con un copioso llanto. Un dia entero pasaron en despedirse: y mi Señor sin descubrirla la idea que llevaba, la dijo solamente, que presto volveria á tomar sus órdenes antes de marchar á la Escitia. Quedó muy consolada Barcina con esta palabra, pero tambien con el mayor dolor cuando le vió montar á caballo.

Salimos en fin de Susa, y tomamos el camino de Babilonia. Discurrid, Señor, lo que gusteis, sobre los pensamientos que ocuparian á mi Señor en el viage: ello es cierto que siempre perseveró en su resolucion, y tan impaciente, que la velocidad de los caballos le parecia muy tarda. Algunas veces, especialmente cuando estaba mas perseguido de esta memoria, no podia contenerse, y gritaba de esta manera: — Tú morirás, Alejandro, tú morirás y no disfrutarás lo que me impides poseer. Otras veces le ocupaba tanto la tristeza que disipaba estos pensamientos, pero al fin sucedia la fiereza, de manera que parecia arrojaba arroyos de furor de su semblante. En estas ocupaciones llegamos á tres dias de aquí; y cuando mi Príncipe estaba mas animoso, y mas resuel-

to á quitar la vida á su enemigo, supo que habia muerto entre los brazos de los suyos, y que por la maldad de algunos domésticos que le habian emponzoñado, la bella Estatira habia quedado viuda, él desembarazado de un rival, y toda la tierra privada del mayor hombre que jamas habia tenido.

Con dificultad, Señor, podreis creer lo que ahora os voy á contar. No se puede dudar que por toda suerte de razon deberia mi Príncipe recibir esta noticia como la mayor ventura que podia esperar. Por mi parte os confieso que tuve el mayor gozo, y que me faltó poco para ponerme de rodillas, y dar gracias á los dioses por este beneficio; pero me detuvo el rostro de mi Príncipe, que viéndole largo rato con los ojos clavados en el suelo, empezó á derramar un diluvio de lágrimas, y á proferir unas palabras tan agenas de las que segun la apariencia debia pronunciar, que yo le hubiera tenido por hipócrita y disimulado, si no hubiera conocido la generosidad de Oroondates. Pero este conocimiento me obligó á juzgar mejor que nunca de su buen corazon, y de la sinceridad de su dolor, y escuchar con admiracion las esclamaciones que hacia por la muerte de un hombre á quien habia resuelto dársela pocos dias antes. Bien conoció él la ventaja que le venia con esta

pérdida, y aun quiero creer que desde luego tuvo algun principio de gozo; pero reflexionando en las bellas cualidades de este difunto Príncipe, sintió su alma tan vivamente este fracaso, que le fué imposible negar á esta memoria lo que creyó se debia al mayor de todos los hombres. Esta novedad le hizo mudar á mi Señor de pensamiento; y despues de haber pasado la noche envuelta entre inquietudes, montamos á caballo luego que fué de dia, y proseguimos el camino. Todos cuantos encontrábamos en él nos confirmaban la muerte de Alejandro, y al mismo tiempo nos dijeron las grandes disputas que se movian entre los Príncipes por la division de los estados.

Estando ya cerca de Babilonia envió mi Señor á Toxario para que se informase de todo lo que pasaba, y á tomar noticias de Estatira, y que le esperaba allí tres ó cuatro horas de la ciudad. Partió Toxario, y nos hizo estar todo el dia siguiente sin dejarse ver. Impaciente mi Señor envió con la misma comision á Longates, y sucedió lo mismo; por lo que enfadado con tanta dilacion, despues de haber esperado todo el dia, se puso en camino con intencion de enviarme á mí, y esperar la respuesta en el mismo lugar en donde nos encontramos, y en donde supimos por vos mismo la muerte de Estatira,

grande y virtuosa Reina, por la cual Oroondates habia conservado su vida.

Ved aquí, Señor, el fin de las aventuras de mi Príncipe. Si su encadenamiento os ha llenado de admiracion, su conclusion os moverá sin duda á lástima: y ciertamente entendereis que ninguna virtud ha sido tan perfectamente probada: que ningun hombre ha podido elevarla á punto mas alto; y que jamas la fortuna se empeñó mas obstinadamente en perseguir á ningun hombre. Jamas ella le ha hecho algun favor que no le haya puesto en estado de precipitarle en un abismo de desgracias; y cuando despues de una infinidad de tormentos parecia que le conducia seguro al puerto, allí le hacia naufragar y perecer en la última desgracia que podia esperar.

Así concluyó Araxes su larga narracion, y atónito Lisimaco con tantas maravillas, despues de haber estado un gran rato como sepultado en un éxtasis profundo, levantando de golpe los ojos, gritó de esta manera: — ¡O, Oroondates, el mas grande de todos los hombres, maravilla de nuestro siglo y de todos los pasados! ¿Acaso es menester que yo haya alargado mi vida para compadecer, como lo hago, los infortunios de la vuestra, y que lleve al sepulcro el dolor que tengo por las desgracias de una per-

sona tan grande? ¿La consideracion de los mios no era bastante para hacerme morir? Ciertamente, continuó Lisimaço volviéndose á Araxes, que si la fortuna, que favoreció al difunto Alejandro con tanta parcialidad, se hubiera declarado por vuestro Príncipe, no solamente hubiera este ofuscado la gloria del primero, y cortado el curso á sus victorias, sino que hubiera borrado de la memoria de los hombres el resplandor de todos los que le han precedido, y sometido á su dominacion todo el orbe terraqueo. No ha tenido Alejandro cualidad alguna que vuestro Príncipe no la haya poseido con mayores ventajas: y ademas estaba tan distante de sus vicios, y de todo lo que puede oscurecer una virtud, que solo las desgracias nos hacen conocer que es hombre, quien en sus hechos maravillosos podia pasar por mas.

Lisimaco sin duda se hubiera alargado en sus esclamaciones si no hubiera estado la noche tan adelantada. Este respecto le hizo entrar en casa para saludar á Oroondates, cuya admirable virtud le habia ganado enteramente el corazon, y cuyo apartamiento ya no podia sufrir.

FIN DEL TOMO PRIMERO.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06580 0669